

MAMBA NEGRA

DOOMMA

LUCHA DE SUMISION





DOMA

Lucha de sumisión

MAMBA NEGRA

© Derechos de edición reservados.

© Mamba Negra, 2018
DIRTYBOOKS

Cubierta y diseño de portada: © DirtyBooks
Corrección morfosintáctica: DirtyBooks
Corrección ortotipográfica y de estilo: DirtyBooks

De acuerdo a la ley, queda totalmente prohibido, bajo la sanción establecida en las leyes, el almacenamiento y la reproducción parcial o total de esta obra, incluido el diseño de cubierta, por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público, sin la autorización previa de los titulares del copyright. Todos los derechos reservados.



Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

Danielle

C aliente, espumoso...así era mi café: algo irresistible para mi paladar. Tanto como el hombre que todos los días me lo servía con una sonrisa ladina que humedecía mi sexo sin poderlo evitar; Jared.

Sabía su nombre por la placa que llevaba colgada en su uniforme, ese que hacía que me pusiera a jadear como una obsesa. No tenía ningún detalle en especial; camisa blanca, delantal negro con el nombre de la cafetería y pantalones de pinza del mismo color. Pero Jared hacía del tan visto atuendo, algo tan especial que conseguía ponerme como una moto.

—Aquí tienes la cuenta, preciosa.

Me sonrió como solo él sabía hacer, ladeando la comisura de sus labios de forma que en vez de sonreír con amabilidad, lo hacía con toda la intención de excitarme. Sabía que se lo hacía a todas porque nunca lo perdía de vista y eso no me gustaba.

Yo quería ser más que el resto. Ser el centro de toda su atención.

—Quédate con el cambio —le respondí antes de que se marchara con mi dinero del café y lo sorprendí cuando le lancé mi mejor sonrisa seductora.

No era la primera vez que lo hacía.

Desde que tres años atrás comencé a trabajar en *Carpe Diem S.L* visitaba esa cafetería a la hora del almuerzo. Estaba justo enfrente de las oficinas de la empresa en la que ejercía de subdirectora de Marketing, pero solo hacía dos meses que había nacido mi creciente obsesión por él y lamentaba no saber cuánto tiempo llevaba trabajando en el lugar. Hacía que mis bragas se humedecieran sin pretenderlo.

Debía medir un metro ochenta y cinco y tenía el culo un tanto respingón. No era un hombre que diera el tipo de ser de los que se matara en el gimnasio, pero sí tenía pinta de tener unos buenos brazos escondidos bajo el uniforme y el abdomen adornado por un sexteto de onzas de chocolate. Me encantaría probarlas. Y por qué no, saber si sería tan bueno en el sexo cómo

aparentaba a simple vista.

Llevaba el pelo corto peinado hacia atrás con una especie de tupé muy de moda en los tiempos que corrían. Parecía el típico *hipster*, aunque tenía la sensación de que en su interior escondía un lado macarra, casi sádico, el cual hacía que mi radar se activara con ganas de hacer funcionar mi cuerpo.

Estaba caliente, demasiado... y hacía mucho que no tenía a un sumiso al cual complacer en mi mazmorra durante horas, para después, sumergirme en una vorágine de sexo que satisficiera todas y cada una de mis necesidades.

Salí de la cafetería convencida de que alguien me seguía con la mirada y volví a la oficina segura de que durante los próximos días haría todo lo posible por seducirlo. Necesitaba llevarme a Jared a la cama.

Cuanto antes. No aguantaba la tensión sexual que nos envolvía en cada uno de nuestros encuentros y a pesar de no haber tenido ninguna conversación con él, presentía que no haría falta para conseguir mi objetivo.

Una mujer como yo tenía las cosas muy claras y si algo se me metía en la cabeza, no paraba hasta conseguirlo.

Llegué a mi despacho y caminé directa hasta mi baño privado. Estaba acalorada y a pesar del sensual maquillaje que cubría mi rostro, necesitaba mojarlo un poco. Mis ojos verdes brillaban con la intensa luz blanquecina del baño. El maquillaje apenas se estropeó con el agua y la sombra negra que los cubría estaba intacta, al igual que el rojo de mis labios. El rubor de mis mejillas estaba más acentuado de lo normal en comparación a la palidez de mi piel.

Recogí la larga melena negra azabache en una cola alta de caballo y volví a mi despacho dispuesta a dejar de cavilar sobre Jared.

Era solo pensar en su nombre y un súbito calor recorría todo mi cuerpo. Me estremecía.

—Jared —lo nombré en voz alta. Quizá tenía incluso cara de morbosa con ganas de follar.

Cuando alguien se metía en mi mente me volvía una auténtica acosadora de pensamiento. Fantaseaba con todas las posibilidades para atraerlo hasta mí durante cada minuto del día desde el instante en que se metió en mi cabeza.

Atraía a mi víctima de forma concienzuda, ya que no a todos los hombres les gustaba mi forma de jugar. Muchos huían despavoridos en cuanto les hablaba de mis fantasías más ocultas, y otros acababan sobrepasando los límites que ni ellos mismos comprendían. No conocía a Jared en profundidad, pero tenía el presentimiento de que él me comprendería.

—Señorita Davids, tiene una llamada —comunicó Charles, mi secretario de metro noventa de altura, veinticinco años, moreno y con un cuerpo esbelto y sensual.

Sí, era un hombre de lo más atractivo. Yo misma me encargué de seleccionarlo cuando me ascendieron en la empresa. Nunca sabía quién podía ser mi próxima presa. No obstante, intentaba mantener apartada esa parte de mí en el trabajo.

Había cosas que era mejor no sacar a la luz cuando de sexo se trataba.

—Gracias, Charles —le dije con una sonrisa y descolgué el teléfono para a continuación recibir la llamada que estaba a la espera.

—Buenos días, señorita Davids, soy Henry.

—Encantada de hablar con usted —lo saludé con amabilidad.

Henry era uno de nuestros clientes más importantes. Su negocio de moda era uno de los más importantes de Londres y mi departamento se encargaba tanto de promocionar su empresa, como de diseñar los catálogos online y físicos que se repartían por toda la zona.

Me felicitó por nuestro último trabajo y me comentó que las ventas habían crecido desde entonces, cosa que me enorgulleció.

Tras una larga charla en la que le comenté las nuevas ideas que mi equipo y yo habíamos planeado para él, colgué el teléfono abrí la pantalla de mi ordenador portátil y continué con lo que había dejado a medias antes de salir a almorzar.

Me centré en llevar a cabo mi trabajo como mejor sabía, revisé los últimos catálogos de nuestra revista de moda y viajes en la que promocionábamos a nuestros clientes y nuestros propios negocios y terminé todo lo pendiente justo para irme a casa. Recogí mi bolso, bajé mi falda de tubo, que al estar sentada se había enrollado hacía arriba, y salí por la puerta.

—Hasta mañana, Danielle —se despidió de mí Patrick, el baboso de mi jefe. Le respondí con una falsa sonrisa a la que le tenía muy bien acostumbrado.

Decir que había intentado seducirme era un eufemismo de lo que ocurrió en realidad. A ojos de la gente y en mi vida diaria, mantenía ocultos mis apetitos sexuales y actuaba como cualquier otra persona. Obviamente, una cosa no quitaba la otra.

Siempre iba al trabajo vestida con un traje de falda de tubo y camisa blanca con unos cuantos botones abiertos. No era para enseñar las curvas que formaban mis pechos, simplemente era mi estilo a la hora de vestir; elegante,

pero sensual y eso hizo que Patrick, en alguna ocasión, malinterpretara aquello como un posible intento de flirteo por mi parte. Así que de pronto un día su mano se escapó para palpar mi trasero con toda la confianza del mundo.

Recuerdo a la perfección mi reacción, y eso que fue tres años atrás:

Me giré a cámara lenta con mirada furibunda. Sin ni siquiera darle tiempo a pedirme disculpas, lo agarré de los genitales con fuerza y se los estrujé hasta que gritó como una nenaza.

—¿Pero qué haces? —gritó en medio del pasillo donde se ubicaba la máquina de café.

Tuvo suerte de que estuviéramos solos. Hubiera sido todo un espectáculo que los trabajadores de la empresa vieran a su jefe en aquella situación.

—Pensé que después de sobarme el culo sin una orden explícita, yo estaba invitada a hacer lo mismo con tu polla. Discúlpame, jefe —expuse con sarcasmo sin soltarle los huevos.

Tras ver el dolor en su mirada decidí soltarlo a pesar de que me hubiera gustado hacerle sufrir un poco más. Y sin decir ni una palabra al respecto, se marchó mosqueado en un intento de recuperar la dignidad que acababa de perder.

Al principio temía que hiciera algo para que me echaran, pero pasaron los días y lo único que noté era como Patrick huía de mí o me saludaba con inusitada rapidez.

Más le valía no volver a hacer aquello sin mi permiso. Al fin y al cabo, tenía todas las de perder.

Me consideraba una ganadora. Siempre.

Costara lo que costase, conseguía lo que quería.



Me levanté sudorosa en la comodidad de la cama de matrimonio de mi casa del centro de Londres. Estaba más ansiosa de lo que creía, dispuesta a dar un paso más en mis propósitos con respecto a Jared.

Pasé más tiempo del habitual arreglándome en el baño. Pretendía dejarlo sin aliento, que quisiera tirarse encima de mí nada más verme y fusionarse con mi cuerpo sin descanso bajo una tortura de lo más placentera.

Pero debía ir a trabajar.

Mi maquillaje era más marcado que lo habitual, con un delineado alargado que convertía mis ojos verdes en los de una pantera peligrosa. La falda de tubo era más corta que las que llevaba normalmente y la camisa blanca era casi transparente y a través de ella se podía ver el encaje de mi sujetador rosado. Y como colofón, unos zapatos negros de charol de tacón de vértigo. No obstante, en el trabajo, me cubriría con una americana para no recibir miradas indiscretas.

Estaba preparada para comerme el mundo.

Bajé en el ascensor de mi edificio. Vivía en un ático moderno de unos ochenta metros cuadrados, a tan solo unas diez manzanas de mi lugar de trabajo en el centro de Londres, prácticamente al lado del puente principal de la ciudad. Entré en el parking para coger mi pequeño Smart de color negro para llegar cuanto antes.

Las primeras horas en el trabajo se me hicieron eternas, el reloj parecía ir en mi contra, y cuanto más se acercaba la hora del almuerzo, más me atenazaban los nervios. Sentía como si mis hormonas adolescentes hubieran vuelto y ya hacía más de una década desde que tal efusividad desapareció.

Tenía veintinueve años. Una carrera de lo más próspera y mis pensamientos estaban solamente relacionados con el sexo y un hombre al que ni siquiera conocía de verdad.

Mi reloj dio al fin las doce de la mañana, y con más rapidez de la habitual, recogí mis cosas para bajar a la cafetería.

Era viernes, estaba muy llena, así que localicé un sitio de la zona en la que servía Jared y me senté a esperar, deseosa por verle de nuevo.

No tardó en aparecer más que unos segundos. Mis ojos se deleitaron brevemente entretanto se acercaba con un paso que me pareció más lento al habitual, mientras contoneaba brevemente las caderas.

—Buenos días, preciosa, ¿Qué tomarás hoy? —preguntó con su simpatía habitual. Ya solo su tono de voz, grave, teñido por un halo de sensualidad oscura que activaba todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo, se me secaba la boca.

¿Sería consciente del encanto que desprendía cuándo me hablaba?

¿Lo haría de la misma forma con todas?

Esa última pregunta conseguía cierto malestar en mí porque cada día veía como sonreía a la mayoría de mujeres a las que atendía.

—Un café solo y un pedazo de ese *Coulant* de chocolate de ahí —le

sonreí. Agravé mi voz y alargué las palabras sobre todo al pronunciar en perfecto francés el nombre del postre. Pretendía hechizarlo, atraerlo hasta mí.

Él era *Caperucita Roja* y yo el lobo feroz que se lo comería de la mejor forma que sabía. No dejaría ni las migajas. Lo metería entero en mi boca después de que él me saboreara de arriba abajo y me diera orgasmos hasta el desmayo.

Un plan genial y que nada más pensarlo carbonizaba mi ropa interior.

—Hoy te veo golosa. —Volvió a sonreír de lado y aguanté estoica para no sonrojarme como una adolescente hormonada.

¿Qué me pasaba?

Nunca había sido una chica de sonrojos. Me vanagloriaba de ser prácticamente inaccesible. La Dama de Hierro. Yo ponía las reglas del juego, pero me daba la sensación de que Jared sabía a la perfección qué pretendía e intentaba ser él quien mantuviera el control de toda la situación.

Y no me gustaba ni un pelo...

—¿A quién le amarga un dulce? Y más cuando está a rebosar de chocolate. ¿No te parece? —respondí tras centrarme de nuevo.

Esperaba que él no se hubiera dado cuenta de mi titubeo.

—Dicen que el chocolate da tanto placer como un orgasmo —susurró en mi oído agachado para ponerse a mi altura. Su aliento era cálido y me provocó un respingo que me dejó con ganas de más en cuanto se alejó—. Ahora mismo te lo traigo, preciosa.

Me sentía un tanto bloqueada por el intenso hormigueo de mi estómago tras procesar sus palabras.

Lo seguí con la mirada hasta que llegó a la barra. Sacó el humeante café de la cafetera y no se me pasó por alto que se arremangara presentándome una vista perfecta de sus bíceps bastante marcados mientras lo dejaba todo colocado en la bandeja, y para finalizar, sacó el Coulant, relamió sus labios y lanzó una breve mirada en mi dirección.

Definitivamente me estaba siguiendo el juego, y como buena jugadora, no iba a dejar pasar la oportunidad.

Durante mi descanso en la cafetería noté que no me quitaba la vista de encima. Conseguí hacer como que no le veía aunque era imposible no hacerlo. Cada pedazo de Coulant que entraba en mi boca, era minuciosamente estudiado por sus ojos castaños. Unas gotas de chocolate resbalaron por la comisura de mi labio y fue el momento perfecto para clavar mi mirada en él. Mis ojos fueron directos a observar los suyos, y de forma

concienzuda, retiré los restos del dulce manjar con la lengua. Relamí una y otra vez la zona, y todo, sin perder de vista sus ojos, brillantes por una creciente excitación.

Podría incluso asegurar que tenía la polla dura, pero por desgracia, la barra tapaba esa zona y me resultaba decepcionante no poder admirar a qué podría enfrentarme.

«Eres mala» vocalizó en silencio.

Sonreí.

—Jared, ¿me has oído? ¡Sirve de una vez esas mesas! —le gritó su jefa desde la entrada de la cocina y no pude evitar reír.

Se acercó de nuevo hasta mi mesa escondiendo una sonrisa.

—¿Has terminado? —Asentí.

Volvió unos minutos después con la cuenta en la mano. Su voz parecía más ronca de lo habitual. Mi plan de ser una zorra descarada estaba funcionando. Pero quedaba algo más.

—Ahá... —murmuré distraída.

Dejó la nota sobre la mesa y mientras sacaba el dinero para pagar, aproveché para sacar un bolígrafo y escribir mi número de teléfono.

*“Llámame.
Danielle”*

—Quédate con el cambio. —Se lo devolví con una sonrisa y me marché antes de ver qué hacía con la nota que contenía mi teléfono. Podía ser que la tirara y nunca me llamara, pero el paso ya estaba dado.

Era de las pocas veces en mi vida en que había sido yo quien diera el primer paso.

Quería tener a Jared en mi cama. Y si para ello debía rebajarme hasta arrastrarme, podía concederme aquella excepción.



Capítulo 2

Jared

Todos los días me visitaba a la misma hora. Sabía exactamente cuál era su hora de tomar el café, el lugar dónde se sentaba y hasta los pasos que debía andar hasta llegar hasta allí repiqueteando con sus zapatos de tacón de vértigo: veintitrés.

Podría decirse que estaba un poco obsesionado con ella, y así era. Sus ojos verdes como las esmeraldas se clavaban en los míos cada vez que me lanzaba esa seductora sonrisa al hacer su pedido y con su mano enredaba uno de sus rizos negros como el azabache entre sus dedos. Un gesto de lo más seductor que en más de una ocasión había estado a punto de echar por tierra mi cordura. Sobre todo mientras limpiaba la barra de mármol de la cafetería. Cada vez que frotaba, la vista se me desviaba hasta su dirección y mi polla vibraba con intención de endurecerse. Soñaba con saltar de la barra, alzarla en volandas y follármela ahí mismo sin importar el público que nos rodeara.

Era un movimiento sutil, casi infantil, pero para mí, era algo retador. Algo sensual, lleno de segundas intenciones y sentía por cada poro de mi piel como ella quería exactamente lo mismo que yo. Sin embargo, hacía un total de cincuenta y nueve días que habíamos comenzado con ese juego y ninguno había hecho nada para terminar la partida.

—Ya se ha marchado, compañero. Vuelve al trabajo —me ordenó Chris con burla. El otro camarero de la cafetería.

—Sí, pero mañana volverá —contesté con una sonrisa que probablemente demostraba que era un gilipollas que estaba atontado por los encantos de una mujer—. Y me parece que el juego pronto terminará.

—Creo de verdad que estás demasiado obsesionado con esa tía. Parece una mujer importante y tú solo eres un camarero que sirve y limpia mesas.

Fruncí el ceño y taladré a Chris con la mirada. Además de compañeros, era mi mejor amigo, pero no conocía todos mis secretos.

Sabía a la perfección lo importante que era esa mujer que me

obsesionaba, más de lo que él, e incluso ella, imaginaban.

Yo sería tan solo un camarero, pero sabía lo que ella buscaba, y conmigo, lo encontraría si de verdad era aquel su cometido.

Al salir del trabajo me despedí de Chris y fui en dirección a mi apartamento. Estaba agotado tras un día de servir, limpiar y pasear de un lado a otro. Lo único que conseguía hacer que mi empleo fuera entretenido era sus visitas diarias.

Subí el piso que me separaba de mi tan ansiado descanso y me quité el uniforme de trabajo incluso antes de cerrar la puerta del todo.

Necesitaba una ducha de agua congelada. Mi polla llevaba erecta prácticamente todo el día y necesitaba el alivio de algo frío que bajara mi lívido.

Esa mujer se metía a diario en mi cabeza. Por las noches no podía evitar masturbarme pensando en su mirada fiera, en su cuerpo, sus pechos con pinta de ser tan suaves como la seda. Todo en ella era atrayente, un pecado con patas que me gustaría meter entre mis sábanas y dominar con mi polla durante horas.

Al terminar decidí hacerme una cena rápida y me puse el televisor. Necesitaba algo que evitara que pensara en ella, y aunque no daban nada interesante, lo conseguí durante un rato.

Hasta que al irme a dormir recordé que al día siguiente el juego continuaría. Aparecería con su habitual sensualidad y de nuevo, me tocaría reprimir mis instintos.



Cuando apareció a la mañana siguiente casi me quedé sin aliento. Vestía más provocadora de lo habitual. Su falda era más corta, sus zapatos más altos y el maquillaje que adornaba su cara la hacía parecer peligrosa.

—Amigo, será mejor que cierres la boca si no quieres que piense que eres imbécil —sugirió Chris en tono burlón.

Giré la vista en su dirección y lo taladré con la mirada. Sin embargo, razón no le faltaba.

La seguí con la mirada hasta que se sentó en su sitio y fui a servirle todo lo que me pidió.

Ni siquiera sé por qué me comporté de forma tan atrevida, pero estaba receptiva con mi manera de intentar seducirla. Nuestra conversación fue corta, pero intensa. Y ya cuando vi como el chocolate del Coulant se esparcía entre sus carnosos labios y los relamía, creí que el pantalón me iba a explotar.

Tuve que quedarme unos minutos tras la barra, respirar profundamente y continuar con mi trabajo para no esconderme en el baño y saciar mi apetito de sexo.

—Jared, ¿qué demonios haces parado? —anunció mi jefa, Karen—. Tienes mucho que hacer y gente a la que atender. No te pago para que observes el panorama.

—Perdona, Karen —me disculpé sin un ápice de vergüenza. Karen me tenía cierto aprecio y sus enfados eran muy cortos conmigo, pero aun así, decidí centrarme y obedecer antes de ganarme un despido.

Hasta que no pidió la cuenta no tuve que volver a enfrentarme a aquellos ojos hechizantes. Mientras pagaba fui consciente de cómo escribía en el tique y aquello llamó mi atención, pero hasta que no se levantó, no fui capaz de mirar. Contoneaba las caderas de forma tan sensual mientras salía de la cafetería, que la nota que había en mi mano estuvo a punto de caérseme al suelo. Algún cliente se me quedó mirando y lo más seguro era que pensara que era un imbécil, o un baboso que se prendaba de todas las mujeres sexis como ella.

Estaba realmente impresionado con el cambio. Tras dos meses ella había sido quien había dado el paso, cosa que me sorprendía, y mucho.

Leí lo que había escrito en el recibo y sonreí.

—Danielle —dije en voz alta—. Un nombre tan sensual como la dueña.

—¿Quieres dejar de vagar, Jared? Hay gente que te necesita —gritó Karen una vez más. Ese día estaba más distraído de lo normal.

Algo muy lógico, teniendo en cuenta que Danielle no había dejado de provocarme durante toda la mañana con el maldito Coulant. No creía que pudiera comerme uno sin empalmarme al pensar en su lengua recoger el chocolate de sus labios. Era sexi y erótico hasta rabiar. Un fruto prohibido. Esa droga que sabes que no deberías probar porque te va a encantar y no la podrás dejar.

Había algo distinto en ella. Lo noté nada más entró por la puerta. Sabía que trabajaba en la empresa que había enfrente de la cafetería porque un día, cuando yo terminaba mi turno, la vi salir del edificio. Siempre vestía elegante y sofisticada, con algunos botones de su camisa desabrochados y hoy llevaba

uno más. Eso hizo que al acercarme a apuntar su pedido no pudiera evitar fijarme una vez más en el canal de sus turgentes pechos, incluso de ser capaz de observar el encaje rosado de su sujetador. En ese momento había deseado introducirme entre sus senos y arrancárselo con mis dientes. Mordisquear sus pezones. Oírla gemir era uno de mis deseos.

Pero no solo eso había sido distinto. Cada palabra, su forma de dirigirse a mí, todo era un claro intento por su parte de seducción. Y obviamente, yo no me iba a negar a dejarme seducir.

Sabía a la perfección quién era ella. Lo que hacía, su doble vida. Llamar su atención era algo que muchos sumisos querían. Era un ama muy valorada en el mundo del BDSM. Muchos habían querido que ella los castigara, pero pocos lo conseguían. Era selecta con sus víctimas y el solo hecho de que se dignara a seducirte, era un paso que pocos tenían el placer de lograr.

Sin embargo, había una diferencia enorme en lo que podría depararme si yo era su próxima presa: yo también era un amo y juntos podríamos comenzar una guerra, ya que yo jamás me dejaría someter.

Volví detrás de la barra sin dejar de sonreír. Chris me miraba sin entender una mierda y me puse a limpiar platos y vasos sin dejar de pensar en toda la clase de cosas que le haría una vez la tuviera en mis redes.

Hubiera pasado toda mi jornada laboral fantaseando, pero hubo demasiado trabajo como para centrarme en ella. El sudor me caía por la frente de tanto ir de un lado a otro. Por fin llegó mi hora de salida. Solo quería volver a casa, darme una ducha y pensar en el próximo paso a dar.

Tenía su teléfono, la cuestión era; ¿cuándo haría uso de él?



Capítulo 3

Danielle

Pasaba ya más de una semana desde que le di mi teléfono móvil a Jared y no había recibido ni un triste mensaje anónimo que me diera a entender que era él.

—¡Maldito! —gruñí por lo bajo mientras lo taladraba con la mirada desde mi asiento habitual.

Por orgullo seguía yendo a la cafetería todos los días, no iba a quedarme sin mi succulento desayuno para que él pensara que me avergonzaba de haber dado el paso. Sin embargo los roles habían cambiado, ya no intentaba coquetear con él y había optado por la ignorancia. En cambio, él continuaba con su sempiterna sonrisa. Un reto para continuar con el juego. Conseguía que aquello que tanto adoraba de él, se convirtiera en odioso.

¡Maldito!

—Aquí tienes tu cuenta, Danielle.

—Gracias —respondí seca.

Sabía que había leído la nota, ya que antes no conocía mi nombre, y desde entonces, no dejaba de susurrarlo cada vez que me veía. El preciosa había sido sustituido por mi nombre pronunciado de una forma que me ponía enferma por su estilo tan caliente de pronunciarlo.

Le pagué, y como siempre, se llevó su propina a pesar de que no la merecía. Cogí el tique para que la empresa me lo pagara como «dietas» y lo metí en mi bolso sin mirarlo ni dedicarle una simple despedida antes de salir por la puerta.

Las calles de Londres estaban húmedas por la lluvia que caía sin descanso desde que había amanecido y había decidido ir al trabajo a pie. Pocas veces salía el sol y los extranjeros que la visitaban, a pesar de adorar la ciudad, no aguantaban mucho tiempo con un clima tan inestable. Los escasos rayos de sol y el cielo casi siempre encapotado era algo a lo que solo los londinenses nos acostumbrábamos. Era cierto que en ocasiones, sobre todo en verano, me

gustaría que el sol brillara a cambio de las nubes, pero no cambiaba mi ciudad por nada del mundo.

La primavera prácticamente era como un segundo invierno. Las temperaturas se mantenían entre los diez y veinte grados y el verdor de los parques naturales destacaba entre tanta oscuridad. Caminar por la calle a esas horas antes de volver al trabajo me encantaba. El aire fresco junto al agua mojaba mi rostro, pero no me importaba.

El olor a mojado, la humedad que a veces encrespaba mi pelo, todo ello formaba parte de mi hogar.

Llegué a casa agotada después de terminar en el trabajo. Mi horario de salida solía ser las cuatro de la tarde y eran más de las siete cuando abrí la puerta de mi ático. La faena se había acumulado en mi mesa y los catálogos del próximo mes requirieron de mi atención más tiempo del habitual. Ser subdirectora de Marketing tenía muchas desventajas, pero sin duda, lo mejor era el sueldo que me había ganado gracias a mi trabajo en la empresa.

Empecé como becaria en prácticas tras terminar la carrera, sin cobrar un duro. Pero al ver cómo me desenvolvía en el trabajo como si hubiera estado allí toda la vida, decidieron contratarme.

Con el paso del tiempo y tras demostrar mi valía en el mundo del Marketing, fui ascendiendo, hasta que dos años después de entrar, el antiguo director de marketing se jubiló, entró Patrick y me pusieron a mí en su puesto de subdirector, con el consiguiente aumento. Y aunque era más trabajo para mí, me encantaba y disfrutaba de las ventajas de prácticamente ser mi propia jefa.

El único que estaba por encima de mí era Patrick, al cual ignoraba en cuanto tenía la ocasión y no era apenas un estorbo desde que le dejé las cosas claras.

Se me valoraba por mi trabajo y eso era lo que de verdad conseguía hacerme continuar en la empresa a pesar de tener como director general a un baboso que intentaba ligar con todas las mujeres que se le pusieran por delante.

Eso sí, necesitaba un descanso en mi ajetreada vida. Unas largas vacaciones que quitaran de mi cabeza pensamientos que solo hacían que agobiarme. Hacer algo solo para mí.

Tiré el bolso al sofá de mala manera y gruñí cuando todo se desparramó

por el suelo.

—Danielle, hoy no es tu día... —me dije en voz alta—. Ya va siendo hora de que tires de contactos y te desahogues azotando a alguno de tus ex-sumisos.

La cuenta de la cafetería también salió por los aires. Al recogerla me di cuenta de que había algo escrito en ella. Era un número.

“*Llámame tú.
Jared*”.

—¡Será cabrón! Lo llevas claro, guapo.

Dejé la nota sobre la mesa y me fui a la ducha resoplando.

¿Tan desesperada me veía?

Dios, sí, lo estaba. Y lo que era peor, mientras el agua de la ducha caía sobre mi cuerpo imaginé que era él quien me tocaba con sus grandes manos. No hacía falta que cerrara mis ojos para ver los suyos. Su sonrisa ladeada aparecía como un espejismo que me enloquecía y avivaba todo mi cuerpo. El agua no estaba tan caliente como yo.

—*Eres muy mala, Danielle. Te voy a castigar* —gruñía el espejismo con su misma voz en un tono que prometía mucho placer.

Deslicé las manos por mis pechos y los masajeeé entre gemidos mientras el agua seguía su recorrido.

Mi Jared imaginario me daba órdenes y yo obedecía sin remisión. Me sometía a sus imaginarias órdenes como si lo tuviera enfrente en ese mismo momento. Incluso en mi mente, echaba por tierra mi dureza como ama para darle a él el control sobre mis movimientos.

—*Ábrete para mí* —susurraba su sensual voz en mi cabeza.

Separé levemente las piernas sin dejar de pellizcarme los pezones con fuerza hasta el punto del ramalazo de dolor que tanto me excitaba cuando follaba. Me gustaba ser la que tuviera la voz cantante, pero mis sumisos siempre sabían cómo hacerme llorar de placer.

La voz de Jared continuó jugando. Me decía todas las cosas que yo solía hacerle a mis parejas de juegos. Decía que iba atarme, taparme la boca con su gran polla, azotarme y follarme hasta que me corriera con un grito que desgarrara mi garganta. Estaba dispuesta a complacerlo sin importar derrumbar mi fachada de mujer de hierro.

Descendí las manos con extrema lentitud hasta mi coño para acariciar mis

pliegues, e hice hincapié en mi clítoris. Excitándolo para hacer que su volumen aumentara al mismo tiempo que mi excitación.

El agua ardía en mi cuerpo con su toque. Estaba húmeda por el líquido, pero también era mi propia vagina. Notaba el flujo resbalar por mis piernas con cada caricia. Cada roce que me prodigaba iba acompañado por el sonido de su voz masculina manifestando que continuara según sus órdenes.

—*Ábrete más, Danielle. Fóllate fuerte.*

Cada exigencia me encendía más.

Las piernas comenzaban a flojearme. Introduje tres dedos en mi vagina y bombeé entretanto con la otra mano torturaba mi clítoris sin compasión. Mi bajo vientre se contraía de placer, pequeños gemidos escapaban de mi garganta y resonaban en las paredes del baño, consiguiendo un eco que ensordecía mis oídos. Estaba a punto de correrme, pero la voz de Jared me lo prohibía. Quería que aguantara hasta que él quisiera.

¡Maldito!

Hasta en mis propias fantasías me controlaba con un aura dominante.

Necesitaba correrme. Quería gritar a pleno pulmón su nombre hasta quedarme afónica sin importarme que los vecinos escucharan mi solitario derroche de pasión. Ya no lo aguantaba más. Notaba como la sangre entraba en mi boca al morderme los labios con fuerza en un intento de evitar llegar al clímax.

—*Córrete, grita mi nombre.*

Obedecí a la voz sin rechistar y solo con rozar el clítoris con el índice, me corrí.

Me corrí como hacía mucho que no lo hacía, jadeé como una posesa y grité su nombre como si de verdad estuviera allí y hubiera sido capaz de someterme tan solo con sus palabras.

Mi lado de dómina había quedado reducido a la nada por culpa de una simple fantasía.

Podía imaginármelo riendo de forma socarrona, satisfecho por tal hazaña. Gruñí.

Estaba cabreada y para nada saciada. Quería una polla de carne y hueso, la de él. Quería que me lamiera, quería someterlo y hacer que suplicara para correrse después de estar durante horas torturándolo. Verlo sufrir a la vez que complacerlo y complacerme. Llegar juntos al orgasmo una y mil veces. Quería recorrer todo su cuerpo, memorizarlo y descubrir cada recoveco hasta conocer a la perfección todos sus puntos fuertes y débiles.

Salí de la ducha más caliente de lo que había entrado. Mi escena pornográfica conmigo misma y la voz de mi cabeza junto a la imagen de Jared me tenía sudorosa, como si todo mi cuerpo estuviera a punto de sufrir una combustión espontánea. Además, el verano llamaba a la puerta y pronto Londres dejaría atrás el mal tiempo para sentir un calor escaso, pero húmedo, que convertiría mi cuerpo en una fábrica de feromonas desprendidas por el sudor.

Envolví mi cuerpo en una toalla y me miré en el espejo. Mis ojos brillaban con fiereza y el resultado de haberme estado mordiendo el labio durante la fantasía había causado un pequeño estropicio en él. Sin maquillaje incluso parecía una chica buena, aun así en mis ojos verdes podía adivinarse ese halo de perversión que habitaba en mi interior.

Me puse un fino camisón de color morado y sobre él un batín de seda para evitar coger frío.

Mi casa no era demasiado grande y la calefacción cubría toda la estancia. El salón estaba junto a la cocina, al estilo americano y entré en ella para hacerme un Sándwich para la cena y coger una cerveza bien fría, sentarme un rato en el sofá y disfrutar durante unas horas del maravilloso Netflix en el calor de mi hogar.

Hasta que al dejar la bebida sobre la mesa me di cuenta de algo. Sobre ella continuaba el tique que debía entregar a la empresa para que me abonara el importe, lo cual no podía hacer porque en él estaba un número de teléfono.

Lo cogí entre mis manos y dejé de prestar atención al capítulo de la serie que veía mientras cenaba para imaginar de nuevo el rostro de Jared.

Estaba a punto de caer en la tentación de enviarle un mensaje. Pero si él no lo había hecho después de tener mi teléfono desde hacía más de una semana, no iba a ser yo quien se aventurara.

Una cosa era masturbarme pensando en él en la ducha y someterme a los encantos que mi mente habían inventado, y otra muy distinta era dar un paso que le tocaba dar a él.

Grabé su número en la memoria del teléfono y me fui a dormir, no sin antes, estremecerme una vez más al pensar en él.



Capítulo 4

Jared

Tener su teléfono y no caer en la tentación de llamarla se estaba convirtiendo en una tortura que yo mismo me imponía para no parecer débil.

La primera noche apenas dormí e incluso marqué el número varias veces sin llegar nunca a darle a la tecla de llamada. Cada vez que lo intentaba resoplaba y me decía que no iba a arrastrarme sin un poco más de juego. Quería tener contacto con Danielle, decirle cosas prohibidas, citarla, pero entonces ella sería la vencedora en la batalla que llevábamos meses librando y no me hacía ninguna gracia.

Al final guardé el teléfono en la agenda y me fui a dormir. Al día siguiente en la cafetería la noté distante e incluso un tanto enfadada. Sus ojos mostraban una furia interna que intentaba esconder con la indiferencia y me resultaba una situación de lo más entretenida. Aquel día me fui bastante satisfecho por ello a casa porque quería decir que se esperaba que contactara con ella de inmediato.

No pensaba ponérselo tan fácil.

Durante una semana aguanté de forma estoica, y juro que no resultó nada sencillo. Le sonreía, tomaba su nota de la misma forma que lo hacía siempre y fingía que nada pasaba entre nosotros. Interpretaba de la mejor forma que sabía, y funcionaba. Actuaba como el simple camarero que cumplía con su trabajo, y aquello, al menos, me servía para que Karen no me reprendiera tanto por quedarme embobado al observarla.

Cada día sus miradas eran más fieras. Me miraba de reojo y yo hacía como que no me enteraba, no obstante era al contrario. Sentía como se conectaba conmigo de una forma que no era capaz de explicar, notaba cómo su cólera traspasaba todo mi organismo y eso solo hacía que mi ego, al intentar tener el control, aumentara.

Sus ojos estaban tan ardientes de rabia que iba duro durante todo el día y cuando llegaba a casa no tenía más remedio que masturbarme pensando en

toda ella. Era una belleza, una mujer con una fuerza increíble que probablemente no lo demostraba solo con su apariencia, tenía ese fuego en su interior. Y si te fijabas con atención como yo hacía, lo veías refulgir en todo momento.

Me puse tras la barra y preparé su cuenta como hacía cada día, para después, con mi bolígrafo dejarle un mensaje.

Quería volver a avivar la llama del juego, dejar que fluyera de nuevo nuestra forma de coquetear el uno con el otro. Me gustaba ver cómo me ignoraba, pero hubiera sido un mentiroso si hubiese dicho que no echaba de mano nuestras miradas calientes, los susurros en las escasas palabras que intercambiábamos.

Le llevé la cuenta, me pagó y sin despedirse salió por la puerta tras guardar el tique en su bolso, con un contoneo de sus caderas que me hizo soltar un profundo suspiro.

Tenía un culo de infarto.

—¿Qué le has hecho ya? —preguntó Chris después de que Danielle se marchara y me hubiera estado lanzando miradas con ganas de asesinarme.

—Todavía nada, pero ya falta poco para eso —contesté muy pagado de mí mismo.

Sí, sonaba algo creído y pretencioso, pero era la verdad. Tanto ella como yo deseábamos pasar una noche loca y lo mejor de todo era que a ambos nos gustaba lo mismo. Éramos unos sádicos dispuestos a todo en el sexo.

Solo había un pequeño detalle; ella no sabía quién era yo.

—Espero que pase de tu cara. Eres demasiado creído, tío —anunció Chris con la voz teñida por cierto halo de envidia que me hizo sonreír.

Chris era un chico que destacaba mucho frente a otros y no tenía problemas para encontrar mujeres, pero no era tan lanzado como yo. Él era de los que prefería conocer a fondo a la persona con la que se acostaba, tener citas y esas cosas románticas de siglos pasados. Solo le faltaba ir directamente a los padres para pedirles permiso para follarse a su hija. En cambio, mi forma de ser era directa. Atacaba a mi presa y la capturaba para disfrutarla durante el tiempo que hiciera falta. Él no comprendía cómo no me mandaban a la mierda nada más atacaba de esa forma, pero simplemente era porque no sabía mis gustos ocultos.

—Te aseguro que no pasará de mí.

Me miró con el ceño fruncido. Llevábamos escondidos en el almacén más de cinco minutos mientras fumábamos un cigarrillo y pronto Karen

aparecería para echarnos, pero Chris no parecía querer terminar nuestra conversación. Estaba dispuesto a intentar echar por tierra mi confianza ciega con lo que podría ocurrir con Danielle.

—¿Por qué estás tan seguro? Nunca habéis tenido una conversación. No la conoces y sabes su nombre porque tienes su número. ¿Qué más sabes de ella? Así no se liga, tío —dijo con convicción.

—¡Ay, amigo! —Le di una palmadita en la espalda—. Tienes mucho que aprender de la vida, pero si tengo razón, te aseguro que no lo sabrás.

—Tú y tu afán de esconder tus escarceos sexuales —negó.

—No me gusta fardar, pero sí follar. Y ahora, volvamos al trabajo.

Terminé mi cigarrillo y lo apagué con la pequeña manguera del almacén antes de deshacerme de él.

En mi mundo era muy distinta la forma de ligar. Todos sabíamos exactamente a qué nos enfrentábamos, y mientras los límites estuvieran establecidos, nos ahorrábamos los problemas de una cita convencional que a veces ni siquiera saciaba por completo.

Prácticamente nadie de mi entorno lo sabía, era algo muy íntimo. Me lo guardaba para la gente con la que podía compartirlo porque no todo el mundo lo entendía y por desgracia, si no quería que me tacharan de depravado, lo mejor era callarme. Chris, en cierto modo, sospechaba, pero nunca me había preguntado por el tema de forma directa. Éramos muy amigos, pero como todo el mundo, nos ocultábamos cosas.

Al fin y al cabo, disfrutaba igual y contar mis intimidades para ser el típico hombre que presume de sus hazañas, no entraba en mis planes.

En el fondo, también tenía mi parte de caballero.



Al llegar a casa después del trabajo me metí en la ducha. Necesitaba que mis músculos se relajaran tras la tensión de evitar durante todo el día que se notara mi erección bajo el delantal. Llevaba una semana sin apenas ejercitarme y lo notaba en la tensión que se acumulaba en mis hombros. No era un tío que se pasara la vida en el gimnasio, pero para llevar a cabo ciertas prácticas, lo mejor era estar en forma y me tomaba muy en serio mi cometido para aguantar el ritmo de una noche repleta de pasión.

Mientras el agua caía no pude evitar pensar en ella. Su enfado me ponía a mil, tanto que durante la última semana, cada vez que me metía en la ducha tenía que masturbarme para que el dolor cesara.

Era una tortura para mi polla pasar tantas horas tiesa sin que nadie le prodigara las atenciones que tanto requería.

Ser hombre no era fácil.

Salí de la ducha bastante relajado y aproveché que no tenía que trabajar al día siguiente para darme un buen homenaje de hombre soltero que vive solo en un pisucho del centro de Londres. Me serví una cerveza bien fría y pedí una pizza que tardó menos de media hora en llegar.

Puse la televisión y me quedé un rato viendo una película que no me dejaba desconectar. Era de acción, llena de muertes y disparos, pero mi mente depravada le ponía la cara de Danielle a todas las mujeres que salían en pantalla y no resultaba sencillo pasarlo por alto.

El sonido de la lluvia del exterior me distrajo durante unos minutos mientras me asomaba para fumar un cigarrillo. Desde la ventana veía el río Támesis y el palacio de Buckingham en el que repiqueteaban las campanas cada dos por tres.

Al terminar miré el reloj de mi teléfono móvil y me di cuenta de que las horas pasaban lentas y me aburría así que la cama sería mi amante aquella noche.

Danielle no había escrito.

¿Habría visto mi teléfono en el recibo?

No lo tenía demasiado claro. Además, dudaba que contestara rápido.

Yo la estaba haciendo sufrir y la Dama de Hierro era experta en hacer lo mismo. Era un objetivo duro de roer.

Necesitaba sexo. Hacía semanas que no pasaba por el club en busca de placer y la idea era buena, pero solo quería hacerlo con una persona.

Era mi reto personal.

Apenas dormí durante la noche dándole vueltas a la cabeza. Me desperté más veces de las que me gustaría y cuando ya era casi mediodía del día siguiente me decidí al fin, debido a que había soñado con ella y volvía a estar demasiado duro como para soportarlo más.

Había llegado la hora de citarla. No podía esperar más.

Necesitaba probarla cuanto antes.



Capítulo 5

Danielle

Despertar con el sonido del móvil un sábado casi a las doce del mediodía y leer ese mensaje, hizo que cualquier resquicio de cansancio acumulado durante la semana desapareciera de inmediato.

“A las nueve de la noche en la Fantasía Oscura. No hace falta que te vistas de forma irresistible, ya lo eres. J.”

Al final había sido él quien había dado el paso y sonreí por ello. Al menos en ese aspecto, me sentía un poco vencedora a pesar del control que parecía tener sobre mí sin ni siquiera estar presente. Eso sí, no iba a darle el placer de contestarle. Ni siquiera sabría si lo había leído gracias a que mi teléfono ponía los mensajes en una ventana emergente que los mostraba sin necesidad de abrirlos. Deseaba que se quedara con la incertidumbre de si aparecería, o no. Nunca vería el doble *check* de la aplicación de mensajería que le confirmaría si lo veía o no.

Me levanté de la cama dispuesta a hacerme el desayuno, pero antes abrí las ventanas. Eran tan solo las diez de la mañana y una vez más el cielo estaba encapotado, sin embargo la lluvia no estaba presente y en Londres significaba que se avecinaba un buen día.

La brisa entraba por la ventana, no era fría, pero nadie diría que estábamos a punto de entrar en verano. Recogí todas las cosas que había dejado por medio el día anterior y me senté en el sofá a tomar un café mientras veía las noticias y uno de esos programas de cambios radicales de hogares.

En el fondo era una mujer muy normal, a excepción de en el sexo. Mis aficiones eran como las de cualquiera; viajar, leer una buena novela y quedar de vez en cuando con mis amigas.

Ninguna de ellas conocía mis gustos radicales con el sexo, pero era bueno desconectar con ellas, hablar de nuestras cosas y disfrutar de noches de copas en los garitos de moda de la ciudad. A excepción de Nathalie, ella lo sabía

todo.

Como si la hubiera invocado, mi teléfono móvil sonó y su nombre apareció en pantalla.

—Hola, cariño —la saludé sonriendo a la nada.

—¿Cómo está mi Dama de Hierro favorita? ¿Qué ha pasado al final con tu misterioso camarero? —anunció sin dejar que respondiera a su primera pregunta.

Durante los dos meses en los que Jared se me había metido entre ceja y ceja, ella había estado al tanto de todo. Nathalie fue mi sumisa durante un tiempo y cuando encontró el amor en Gabriela fuera de la mazmorra, simplemente quedamos como muy buenas amigas las tres.

Gabriela sabía a la perfección quién era yo y lo que había estado haciendo con su chica. No estaba metida en el mundo del BDSM pero aceptaba que su chica tuviera ese pasado conmigo en el que no había habido sentimientos de por medio, solo puro placer. Nos llevábamos bien y en ningún momento le molestó, lo que significaba que su relación era sana y aceptaba el pasado de su chica.

—Todavía nada. Pero me ha citado esta noche en el Fantasía Oscura —contesté antes de que me atacara con otra pregunta.

—¿Y qué le has respondido?

—Nada. —Escuché su carcajada al otro lado de la línea y cómo se lo contaba a Gabriela, que por supuesto estaba atenta a la conversación. Ambas reían—. Dejad de burlaros, quiero que sufra.

—Sé que lo hará, pero al menos podrías confirmarle tu asistencia. No te cuesta nada. *Whatsapp* es gratis.

—Ha tardado una puñetera semana en escribirme. No voy a darle pie a que piense que estoy desesperada por someterlo y follármelo durante horas —le dije. Puse los ojos en blanco y cogí aire al darme cuenta de lo desesperada que estaba con él.

Algo que hacía demasiado tiempo que no me ocurría.

—Estás realmente interesada en él —afirmó.

—Es uno más al que torturar, no te comas la cabeza, bollito.

—Danielle, sé que adoras tu mundo de torturas, el sexo y la perversión, pero en algún punto de tu vida tú también caerás rendida a los pies de alguien como me pasó a mí. No te resistas, el amor llegará.

—Vale, Cupido. Te voy a colgar, tengo demasiado que hacer.

Antes de pulsar el botón de colgar escuché de nuevo sus carcajadas.

Ese era el problema de la confianza, que a veces daba asco y Nathalie, a pesar de haber sido una sumisa obediente, fuera de la mazmorra era muy sincera y directa. Desde que terminó nuestra relación, se empeñaba en encontrarme a alguien que me hiciera feliz.

Lo que ella no terminaba de comprender era que me sentía muy feliz con mi vida tal y como era.

Me pasé el resto del día rebuscando en el armario qué ponerme. El local en el que me citaba estaba lleno de mazmorras. Lo conocía muy bien y era el que más frecuentaba de la zona. Su exclusividad lo convertía en un sitio íntimo, donde nuestro secreto más oculto se mantenía lejos de la gente que no compartía nuestros gustos. Las calles menos transitadas de Londres estaban repletas de locales del estilo que solo los que nos movíamos por el mundo del BDSM conocíamos y teníamos el acceso. No eran lugares como muchos imaginaban, faltos de higiene y con gente depravada. Era difícil acceder y además, siempre te pedían exámenes médicos para comprobar que ningún cliente saliera de allí con una enfermedad venérea.

El detalle de la cita me hizo confirmar que Jared pertenecía a ese mundo.

Ni por un momento lo dudé.

Su forma de seguirme el juego, las miradas, el intentar por todos los medios conseguir que me desesperara por no conseguir su respuesta y su pose altiva, era algo que se apreciaba a leguas.

Al final me decidí por algo extremo. Látex, cuero... un estrecho body negro con cremallera delantera que se abría hasta la zona de mi coño.

¡Que no se quejara de que se lo ponía difícil! Tenía muy claro a lo que iba. Quería follar durante horas. Eso sí, bajo mis normas. Debía marcar los roles de inmediato si quería seguir manteniendo mi estatus.

Alisé mi largo cabello negro y lo dejé que cayera suelto hasta casi mis caderas. Para el maquillaje quería ir fiera, sombra negra bien marcada, delineado exagerado y labios rojos. Una gata. Era una perversa gata en celo de ojos verdes con muchas ganas de jugar y arañar a mi juguete.

Salí de mi habitación y preparé lo que iba a llevar para esconder mi atuendo. Me puse una chaqueta negra que lo cubría hasta las rodillas y me marché.

En el fondo, un cúmulo de nervios se arremolinaba en mi estómago. Una reacción de novata, como si fuera a enfrentarme a mi primera vez.

Un sentimiento del que debía deshacerme antes de llegar para no mostrar

ni un ápice de debilidad.

El local estaba en un oscuro callejón del distrito de Picadilly. En Londres prácticamente todos los que practicábamos BDSM nos conocíamos. En realidad, y tras pensarlo de forma minuciosa durante los últimos días, no me sorprendía que Jared lo conociera. Tenía un radar para saber a quién le gustaba jugar y tenía toda la pinta de ser un jugador a pesar de tener una apariencia tan encantadora que podía dar lugar a error.

Desde el primer día en que lo vi me resultó familiar, pero jamás se me ocurrió pensar que pudiera deberse a haberlo visto en alguna de mis sesiones con sumisos. Me consideraba bastante selecta con la gente y no solía socializar demasiado en los locales. Era una de esas casualidades del destino que pocas veces ocurrían en mi vida.

No tenía claro si habíamos quedado fuera o dentro. Quizá, como no le había contestado, ni siquiera estaría allí como venganza por mi indiferencia.

A lo mejor estaba a punto de enfrentarme al mayor ridículo de mi vida.

Pero ya que estaba allí y nunca me echaba para atrás. Cogí aire con fuerza y di los escasos diez pasos que me faltaban para acceder al interior.

—Bienvenida, Danielle. ¡Cuánto tiempo! —me saludó el dueño del local—. ¿Cómo estás, Dómina?

—Hola Peter. Pues ya ves, con muchas ganas de jugar —sonreí ladina.

—Se te echa de menos. Hacía mucho que no venías.

—Ya sabes, el trabajo. Llevar una doble vida no es fácil —comenté y ambos comenzamos a reír hasta que una voz nos interrumpió.

—Cuanta confianza hay por aquí. —Me giré al notar la presencia de otro hombre a mis espaldas.

Era quien había hablado.

Su voz me hizo dar un respingo al recordar las fantasías de las últimas noches en las que yo misma había tenido que complacerme. No había pasado una sin que me masturbara pensando en él. Cada noche aparecía en mi cabeza y me hablaba, obligándome a saciar mi apetito bajo sus órdenes.

Sus manos se clavaron en mis caderas y durante unos segundos nuestras miradas se encontraron y llenaron de deseo. Estuve a punto de morderme el labio.

—Hola Jared. No sabía qué conocías a una de las Dóminas más crueles de todo Londres —se sorprendió Peter.

Jared se encogió de hombros con una sonrisa y murmuró.

—Ya veremos si es tan cruel. —Se acercó peligrosamente a mi oído y susurró con una sonrisa ladina—. ¿Así que Dómina? —Asentí. Mis piernas estaban tan inestables como un flan—. Te aseguro que hoy acabarás sometida, preciosa.

—Ni en tus mejores sueños, cachorrito —contesté altiva.

¿Qué se pensaba? ¿Qué iba a poder conmigo?

Lo llevaba claro.

Peter nos guió a la mazmorra que Jared tenía reservada para nosotros y la examiné nada más entrar. Era de las que más cosas tenía: un potro, la cruz de San Andrés, cadenas, cuerdas, mordazas... Una amalgama de artilugios que me encantaba utilizar para los demás y que de vez en cuando dejaba a los sumisos para que los utilizaran conmigo.

La luz era más bien escasa, solo había una lámpara con bombillas rojas en el centro de la amplia sala, rodeada por múltiples espejos y todo estaba lleno de velas que conseguían un ambiente casi más oscuro por las negras paredes.

Jared se acercó con dos copas de champán y me ofreció una:

—Así me gusta, que me sirvas sin yo tener que pedírtelo —lo reté con una sonrisa y le di un sorbo que refrescó mi garganta seca por la expectación.

—No te equivoques, preciosa, estás aquí para someterte.

—¿Qué te hace pensar que una ama como yo va a acabar sometida por un chico como tú?

—Amo J, soy el amo J. —Muy original, pensé con ironía—. Pienso que vas a acabar sometida, porque solo con olerte... —se acercó a mi cuello y olfateó como un perro— sé que estás mojada y deseosa de que te folle.

Me giré con extrema lentitud, poniendo morritos y coloqué las manos sobre su abdomen cubierto por una fina camiseta negra de cuello en uve. Él también había elegido el cuero, lo llevaba en la parte inferior a modo de unos pantalones que enmarcaban por completo su polla. Podía ver el gran bulto que allí se escondía y solo deseaba que me la metiera hasta el fondo de una vez por todas.

No obstante, todavía quedaba mucho para eso. Las batallas no comenzaban por el final.

—Tienes razón. Quiero que me folles —susurré y mantuve la mirada en sus ojos castaños mientras seguía contorneando su cuerpo con los dedos.

Cada toque conseguía que diera unos cuantos pasos hacia atrás, casi lo tenía en el lugar que quería.

—Pero, señor J, aquí mando yo.

Cuando estaba a punto de encadenarlo en la cruz de San Andrés, me dio un giro brusco y acabé con la cara pegada a la madera con un pequeño golpe que me hizo gemir.

—¿Pensabas que podrías engañarme? —Vi por el rabillo del ojo cómo sonreía de esa forma ladeada que me ponía a cien, provocador, perverso—. Aquí mando yo. —Repitió mis últimas palabras y me encadenó una de las manos a la cruz. La alzó hasta uno de los extremos y cerró la anilla.

Apenas podía girarme, estaba de espaldas a él.

«¡Será cabrón!» pensé en mi interior que gruñía furioso por la afrenta.

—Vamos, Danielle, déjate someter. Sé que te gustará. En el fondo de tu ser lo estás deseando.

—Nunca —respondí tajante.

Se suponía que era él quien debía estar ahí, atado, a mi absoluta merced para hacerle todas las perversiones que se me pasaran por la cabeza.

¿Tantos meses de sequía me habían dejado idiota?

Al parecer, sí.

—Desnúdate —le ordené. Aún no me había quitado ni el abrigo y ya estaba atada, pero al menos quería verlo, descubrir si mi suposición de unos abdominales bien formados era certera. En la cafetería había podido comprobar que sus bíceps estaban trabajados, pero quería más, mucho más.

—Si no te callas voy a tener que amordazarte. ¿Quieres eso, esclava?

—No soy tu esclava, soy tu ama —le reté.

A mí nadie me llamaba esclava.

El sonido de su risa me cabreó a la vez que excitó.

Las reglas del juego debía ponerlas yo y era él quien tenía todo el poder por culpa de mi despiste de novata por culpa de las ansias de probarlo. También estaba en que él era más fuerte que yo.

Quizá sí hubiera pensado un poquito mejor mi estrategia, sería él el que estaría en mi lugar. En ese instante por mucho que lo intentara, no conseguía nada. Había actuado de forma precipitada, cayendo en una trampa sutil, pero efectiva.

Jared parecía ser un amo experimentado. ¿Por qué no le conocía?

Yo misma respondí a esa pregunta de mi cabeza; porque era Amo. Solía alejarlos de mi vida por elección propia. Mi única intención era adiestrar sumisos, acostarme con ellos y tener la sartén por el mango. Siempre.

Se alejó unos metros para coger varios utensilios de tortura y lo primero que vi fueron unas tijeras.

—Ni se te ocurra romperme el abrigo. Suéltame y me lo quito —murmuré prediciendo sus intenciones.

Volvió a reír y me agarró de la mano que tenía libre para que no me moviera.

—No seas mala, ya verás como te gusta. —La oscuridad de su voz me provocó un respingo. No era de terror, no estaba para nada asustada porque actuaba de la misma forma que yo con mis sumisos, pero me sentía indefensa, y a pesar de que mi cuerpo respondía con un aumento de temperatura, mi mente me decía que aquello debía ser al revés.

Yo no era una sumisa. No me gustaba. Quería tener siempre el control de la situación y que me arrebataran ese poder, me convertía en débil. Jared no podía salirse con la suya. Debía luchar con todas mis fuerzas para cambiar los roles.

Cuando cogió las tijeras para rasgar la tela de mi precioso abrigo, tuve el acto reflejo de soltarle una patada que paró sin problemas antes de impactar directamente en sus huevos. Como castigo me dio un azote en el trasero con la palma de la mano abierta, y aunque no quería hacerlo, gemí.

—Eres un cabrón. Las cosas no se hacen así —gruñí cuando rompió mi abrigo de malas maneras—. ¿Me vas a hacer ir desnuda por la calle? No tengo otra ropa, joder.

Por no tener, no tenía ni bragas. Mi absurdo pensamiento de ponerle las cosas fáciles iba a pasarme factura y salir a la calle con el frescor de la brisa Londinense a plena madrugada me pondría en bandeja ante los delincuentes de la zona

—No es mala idea —sonrió.

Retiró lo que quedaba de la prenda y con los ojos teñidos por una capa brillante me examinó de arriba abajo.

—Me gusta tu ropa, pero la quiero fuera. Desnúdate —ordenó.

—Hazlo tú, con la boca.

Volvió a azotarme, esa vez con más fuerza.

—He dicho que te desnudes.

No pensaba obedecer. Además, tenía una de las manos atrapada por la gruesa cadena y la manga del mono de látex no había forma de que saliera por ahí.

—No soy tu sumisa.

—Tengo toda la noche, preciosa. Saldrás de aquí habiéndote arrodillado a mis pies. Quizás, incluso, hasta me los lamas.



Capítulo 6

Jared

Danielle no estaba dispuesta a ponerme las cosas fáciles. Desde el momento en que había entrado en la mazmorra vi que tenía planes para mí que no pensaba permitirle llevar a cabo por mucho que lo intentara con su interminable lista de tretas.

Todo el mundo allí la conocía y sabía que era letal.

La Dama de Hierro.

Por ello me había aprovechado de que su ego era demasiado grande para hacerle pensar que podía perder en algún momento. La acorralé mientras ella lo intentaba conmigo y utilicé el truco que ella misma pretendía emplear; atarme en la cruz para someterme a sus placenteras torturas. Tenía más fuerza que ella y no había sido tan complicado como pensaba en un principio. Aun así se resistía a mis intenciones con ella. No quería obedecer.

Era un ama y sabía que todo aquello la cabreaba hasta el punto de llegar a la agresividad. A mi tampoco me gustaría que me lo hicieran. Controlarla no iba a ser una misión sencilla, pero tenía más paciencia que un santo y una larga noche por delante en la que pretendía llevar a cabo al menos una de las fantasías que mi mente deseaba para ella.

—¡Suéltame de una vez! —gruñó de nuevo. No dejaba de forcejear contra las cadenas que ataban su muñeca y si no paraba al final se haría daño, cosa que no me gustaría.

Al fin y al cabo nos encontrábamos en un lugar para disfrutar y no estaba bien visto que alguien saliera herido a no ser que su deseo fuera ser azotado hasta el punto de sangrar.

Cada cual tenía sus propias fantasías, algunas más crudas que otras.

—He dicho que te desnudes. Hasta que no lo hagas yo me sentaré aquí y miraré como te resistes con una sonrisa que solo conseguirá cabrearte más — comenté mientras cogía una silla de terciopelo rojo, digna de un rey y me colocaba frente a ella.

Era tan perfecta. Su furia iba directa a mí y estaría dispuesta a matarme si le dejaba hacerlo, de eso no tenía duda. Su furia me encendía como si un fuego imparable ardiera en mi interior. La noche no había hecho más que comenzar y solo deseaba follarla con fuerza contra todas las esquinas de la sala, sobre la moqueta... en todos y cada uno de los rincones. Mi polla latía y dolía amarrada entre los pantalones de cuero. Cada vez me molestaban más.

No sería difícil caer en la tentación de obedecerla. Sabía como hechizar a las personas, pero mi autocontrol tan ensayado me ayudaría en la tarea de no caer en sus redes.

Era lo que buscaba, suponía que esperaba que llegara algún momento de debilidad por mi parte para doblegarme. ¡Y joder si me dejaría! Esa mujer tenía algo que ni yo mismo podía explicar. Era una bomba que dejaría que estallase sobre mí sin dudarlo.

Pero no. Aguantaría de forma estoica como fuera, aunque tuviera que acabar en el hospital por un horrible dolor de huevos.



Los minutos pasaban y seguía con la resistencia.

—La noche pasa muy rápido. Si quieres que te folle, ya sabes lo que tienes que hacer, esclava.

Quería molestarla con mis palabras, entretenerme mientras llegaba el momento de que sucumbiera. Sabía que no aguantaría mucho más. En el fondo, la situación la ponía a cien y tenía tantas ganas como yo de disfrutar juntos del sexo.

—Yo te follaré a ti, Jared. Y no soy tu puta esclava —replicó una vez más.

Reí a carcajadas. Era tan divertido verla resistirse. Pero incluso desde ahí, podía sentir como su corazón estaba acelerado. Estaba tan excitada como yo.

No era una sumisa, pero que la tuvieran amarrada no acababa de disgustarle tanto como ella quería que le disgustara. Sin duda, eso era lo que más la enfadaba y conseguía que me preguntara si alguna vez había estado en aquella situación.

—Ahora mismo no estás en condiciones para follarme, preciosa, y comienzo a aburrirme. Así que mientras te decides, voy a buscar algo con lo

que entretenerme, ¿te parece? —añadí con arrogancia.

—Por mí como si te la pelas como un mono.

Volví a reír a carcajadas.

—Prefiero que me la pelen, preciosa.

Justo eso era lo que pensaba hacer, y ella, estaría presente en todo momento.

El primer castigo por desobedecer estaba a punto de llegar.

Si quería seguir en ese plan, había formas de torturarla que ni siquiera requerían que la tocara.

Caminé en dirección a la salida de la mazmorra y me dirigí al espacio central.

La noche ya comenzaba a calentarse. Aún no había llegado la media noche, pero el escenario donde muchos amos y sumisos realizaban espectáculos para todos ya estaba ocupado.

Oteé a mi alrededor en busca de alguien que me sirviera para mi ardid y junto a la barra encontré a la que sería mi presa para provocar a Danielle.

Supe que era una sumisa por la forma en la que estaba posicionada. Apenas se movía, estaba quieta en su lugar a la espera de que algún amo se acercara a jugar con ella.

Sabía que no tenía dueño porque no llevaba el distintivo habitual de las que sí; el collar. En el mundo del BDSM se utilizaba como distintivo, sobre todo en eventos como en el que me encontraba, para saber que la sumisa o sumiso ya tenía un dueño. Y obviamente, solo con el permiso de su amo, otro podría gozar de sus servicios.

Pero aquella chica no tenía nada.

Me acerqué con paso seguro hasta su posición y aproveché para pedir una copa antes de llamar su atención. El champán no había hecho más que secarme la boca ante la presencia de Danielle y necesitaba algo más fuerte para soportar la agonía que me carcomía las entrañas por no tenerla en ese mismo instante.

—¿Qué pasa, J? ¿La Dama de Hierro ya te ha pateado las pelotas?

Me giré en dirección a la voz que preguntaba y Peter, el dueño del local me miraba con una sonrisa burlona en su rostro.

—Por ahora no, amigo. La he dejado a solas para que piense en lo que debe hacer si quiere librarse de mí —contesté con la misma sonrisa.

—Eres un osado. Cuidado con lo que hacéis, no quiero problemas en el local —advirtió.

—Tranquilo. Sabes a la perfección que nunca hago nada que una mujer no quiera.

Bebí mi copa de un trago y me despedí de Peter, quien como última palabra escuché que decía:

—Espero que sea verdad.

La sumisa a la que pretendía encandilar había escuchado parte de la conversación. Durante una milésima de segundo vi como alzaba la cabeza para después volverla hacía abajo.

—Levanta el rostro, sumisa —ordené con voz profunda.

Vi en su mirada la ilusión por haber llamado la atención de un amo, las ganas de complacer sin rechistar y hacer lo que se le pidiera.

Era una mujer atractiva, de pelo castaño en una media melena y apenas llevaba ropa. Sus únicas prendas consistían en una braguita de cuero que enmarcaba sus pronunciadas caderas y un sostén con transparencias que dejaban a la vista la erección de sus pezones. Eran bastante voluptuosos, una delicia para mi vista, y quizá si la situación fuera distinta, hubiera sido la verdadera elegida para pasar la noche. Pero tenía una misión con un nombre de lo más hechizante: Danielle.

—Ahora vas a acompañarme y a hacer todo lo que te diga. No hablarás. Solo obedecerás y tú misma establecerás las palabras seguras que quieras utilizar. ¿Estás de acuerdo?

Asintió brevemente con la cabeza y me siguió en dirección a la mazmorra.

Entré de nuevo y Danielle me miró.

El verde de sus ojos brillaba cada vez más y cuando vio quién me seguía, juro que pude ver cómo saltaban chispas de ellos.

—Ahora, arrodíllate —ordené a mi sumisa improvisada.

—¡Suéltame! —gritó Danielle.

—Lo siento, pero no. Ahora, observa lo que te pierdes.

Indiqué a la sumisa que bajara la cremallera de mi pantalón y mi polla saltó directa hasta su cara. Erecta, con ganas de guerra. Con la mirada me pidió permiso para jugar con ella y asentí con una sonrisa mientras mantenía la mirada fija en Danielle.

La sumisa la lamió con premura, paraba en mi glande para después continuar lubricándola por toda su extensión. Gruñí interiormente sin apartar la mirada de la Dama de Hierro y disfruté al ver cómo se retorció en su sitio. Su pecho se movía con rapidez. Si la música de ambiente hubiera estado más

baja, quizás incluso habría escuchado el alocado latir de su corazón.

Cogí a la sumisa por el pelo y mi polla profundizó en el interior de su boca. La sacó para respirar y repitió la acción varias veces. Rocé su cuello, le prodigué caricias y palpé sus pechos mientras mi verga continuaba en su boca. Los tenía turgentes, suaves y cálidos.

Pero lo mejor no era lo que aquella sumisa me estaba haciendo sentir.

Lo mejor, sin duda, era mirar por el rabillo del ojo a Danielle y comprobar que la situación le desagradaba.

Sonreí interiormente y continué disfrutando un buen rato de como aquella desconocida me la chupaba de forma sublime.



Capítulo 7

Danielle

Estaba a punto de enloquecer, la muñeca me dolía de tanto intentar soltarme del amarre y la rabia me consumía como la pólvora con el fuego. Jared estaba disfrutando de lo lindo delante de mis narices mientras yo estaba ahí, abandonada, siendo objetivo de sus miradas lascivas que no hacían más que acrecentar mi ira.

Llevaba dos horas recordándome que debía desnudarme para él y como castigo, había ido en busca de una verdadera sumisa a la que no dejaba de enloquecer con sus roces mientras esta le lamía la polla una y otra vez.

Sus gemidos eran puro fuego. Los susurraba, pero llegaban a mis oídos en estéreo y por desgracia para mí, en mi cabeza solo quería ser yo la que se los arrancara.

—Muy bien, esclava. Métete mis pelotas hasta el fondo de la garganta... Sí, así.

La sumisa disfrutaba de la orden y yo me consumía a cada segundo. Desde hacía largo rato el mono de látex me molestaba y deseaba arrancarlo de mi piel antes de que se fusionara con mi cuerpo por culpa del calor abrasador que me poseía.

Mi coño estaba más húmedo que nunca. Reclamaba por las atenciones de ese puto amo que con tanto tiento, y a la vez rudeza, complacía a la morena de pechos turgentes arrodillada entre sus piernas que le lamía la polla con ardor.

—Desnúdate, ahora —volvió a repetir desviando su mirada hasta mí.

—No.

Tras tantas negativas, mi voz no parecía mía. Tenía un deje de cansancio, de desesperación y rabia. Estaba tentada de bajar la mano que aún tenía libre para acariciar y proporcionarme el placer que tanto ansiaba por culpa del espectáculo que transcurría justo a mi lado. Al estar casi de espaldas, debía

girarme para verlo, pero llevaba haciéndolo desde el principio y era inevitable que mi cuerpo se calentara.

Sin embargo, si caía en la tentación de tocarme, sería un triunfo para Jared y no iba a permitirlo.

Acumularía toda mi fuerza de voluntad para acallar las voces de mi mente que querían liberarse con un tremendo orgasmo. Y todo, por orgullo.



Los gemidos de la morena hacían eco en mis oídos mientras Jared se la follaba con fuerza. Sus testículos chocaban contra el clítoris de la mujer colocada a cuatro patas sobre el potro y deseé ser yo la que estuviera ahí. Ya no podía más, tenía ganas hasta de llorar de la impotencia. Quería suplicar para que me follara, someterme, caer rendida a sus pies aunque eso significara perder mis principios y mi reputación como ama en el Fantasía.

Jared estaba de espaldas a mí y ni siquiera veía su cara contraerse de placer. Lo estaba haciendo a propósito. Se la estaba follando completamente vestido. La camiseta negra seguía en su sitio y el pantalón de cuero que se pegaba a sus nalgas como una segunda piel tenía una apertura delantera con una cremallera que hacía que no tuviera necesidad de desnudarse.

Estaba sudoroso, su piel brillaba. Lo tenía a solo un par de metros de distancia y el sudor perlaba su nuca. Allí olía a sexo. Sexo sucio.

Me mordí el labio con fuerza a punto de hacerme sangre.

La sumisa tras la explícita orden de Jared para que se corriera, se dejó llevar por un increíble orgasmo y él se separó sin terminar.

—Bien hecho, preciosa.

¡Solo debía llamarme preciosa a mí!

Eso sí que me cabreaba...

La agarró por la cola de caballo con fuerza y atrapó sus labios para mordisquearlos. Mientras la saboreaba no me perdía de vista. Lo hacía a maldad, para provocarme. Sabía que le divertía mi cara de pocos amigos y toda la tortura por la que me estaba haciendo pasar en algún momento no muy lejano tendría sus consecuencias.

—¿Te gustaría estar en su lugar? —preguntó mientras pellizcaba con fuerza los pezones de la sumisa, quien gimió tan satisfecha que el brillo de

sus ojos me daba envidia.

—No —mentí. Era un sí como un rascacielos de grande.

Ordenó a la sumisa que separara las piernas y le dio un suave azote en su clítoris hinchado. Quería gemir.

Quería eso para mí.

—Desnúdate —volvió a repetir y de nuevo me negué.

Dejó a la sumisa de lado y se acercó a mí para susurrar:

—Te arrepentirás de no hacerlo ahora, Dama de Hierro. Era tu última oportunidad para claudicar.

—Bastante me estás castigando. Ni siquiera te has acercado a mí y sé que quieres follarme. Desátame y deja que te demuestre como soy capaz de someterte. No estoy para perder el tiempo encadenada en una cruz. Ni yo soy Jesucristo ni tú alguien que tenga derecho sobre mí —añadí con enfado.

Su primera respuesta fue una sonrisa socarrona.

—¿Crees que esto es un castigo? Puede que tú, señora ama respetada, actúes de esta forma tan poco dura con tus sumisos, pero yo no. El castigo no ha hecho más que comenzar. Te aseguro que antes de que amanezca, serás tú la que te sometas sin remisión. Y la Dama de hierro que todos conocen desaparecerá.



Jared

Traer a una sumisa que encontré a solas por el local fue una jugarreta de lo más sucia. Quería provocar su ira y aunque no conseguí mi propósito de que se desnudara, supe por su rostro lo enfadada que estaba.

No dejé que me viera desnudo, quería que fuera ella la que me arrancara la ropa, con la boca si era posible. Pero corría el riesgo de que me diera un buen mordisco puesto que me comportaba como un verdadero cabrón.

Así era yo como amo. Era un papel que solo utilizaba dentro de una mazmorra.

Sometía, torturaba y me entregaba al maravilloso mundo del placer

Quería conseguir que la fachada de dura de Danielle se resquebrajara en pedacitos. Quería su total sumisión, poderla manejar a mi antojo, el reto más complicado que me había propuesto en la vida.

Mientras le metía la polla hasta el fondo a la morena, fui desviando la mirada hasta a ella y estaba excitada. Jadeaba aun sin pretenderlo y movía las piernas para generar fricción en su coño. Durante unos instantes deseé que se tocara, que aquello que yo estaba haciendo, le provocara ganas de masturbarse. Pero se resistió. Era terca. Un palo muy duro de roer.

—¿Vas a seguir resistiéndote? —pregunté cuando la morena se marchó de la sala después de dejarla exhausta con mis atenciones.

Danielle no contestó.

—Muy bien, preciosa. Yo he venido aquí a follar, ahora que continúe el espectáculo. Solo te digo, que no será agradable para ti.

—Te crees un Dios y no eres más que un amo más. No seas tan engreído, J.

Sonreí ante sus últimas palabras y me marché de nuevo en busca de otra mujer con la que torturarla, y como no, para divertirme.

Seguía duro como una piedra. No era fácil aguantar las ganas de correrme mientras metía la polla en el interior de una mujer, pero me reservaba para ella. Era capaz de aguantar horas. Disfrutaba, sí, y las hacía disfrutar a ellas, pero acababa bastante frustrado por no recibir mi tan merecido orgasmo.

Ser amo implicaba muchas cosas. No solo era mandar a mis sumisas, debía complacerlas si lo merecían, cuidarlas y darles el mayor placer que jamás fueran capaces de alcanzar y castigarlas cuando intentaran ser ellas quienes querían poner las normas, como hacía Danielle. Se me daba bien, para qué negarlo. No había llegado a mis oídos ninguna queja durante el tiempo que llevaba inmiscuido en el mundo del BDSM. Recorría mis venas, lo adoraba y no creía que pudiera vivir sin las apasionantes sesiones que me dejaban exhausto y con un agradable sabor de boca

En el mundo real era un chico sencillo. Vivía de mi sueldo de camarero en un piso poco ostentoso pero de forma cómoda. Salía con mis amigos como otros de mi edad aunque la mayoría ya estaban casados y con niños de por medio. Tenían una vida en pareja de lo más común, y desde que comencé en el BDSM, con tan solo veinte años, siempre me tacharon como el rarito. El que desaparecía durante semanas para ocultarse en las mazmorras, cosa que ellos no sabían. Creían que simplemente, y a pesar de conseguir ligues cada vez que salía con el grupo, no me gustaba salir.

Cosa que era una verdad a medias. Me gustaba salir, pero los locales que ellos frecuentaban no eran los que a mí me llamaban.

La noche cada vez se ponía más ardiente en el Fantasía. Allí por donde pasara el sexo estaba presente. Buscaba a alguien a quien llevarme para seguir con mi propio disfrute y no tardé en encontrarla. Apenas intercambié palabras con ella, me siguió y ante la mirada de Danielle, comencé con mi segunda sesión de la noche.

Después de follármela durante un buen rato, hacerla llegar al orgasmo tres veces entre gritos y llorar de placer, quiso hacerme terminar chupándomela con tanta ansia que a punto estuve de caer en la tentación. Pero la aparté y eché de allí para volver con mi víctima más preciada durante esa noche.

—No me lo pongas tan difícil, preciosa. Te quiero a ti. —Acaricié su rostro con la palma de mi mano y descendí con lentitud hasta colarme por su canalillo.

Su atuendo era de lo más seductor. El látex se pegaba por completo a su figura. Le quedaba de miedo, pero ansiaba descubrir que había bajo esa capa de piel falsa. Dirigí la otra mano hacia la cremallera delantera y la fui descendiendo con extrema lentitud. Sus pechos se abrieron camino y saltaron de la prenda, erectos. Reclamaban una atención que estaba seguro de que su dueña no reclamaría por orgullo.

Y aunque era difícil, no iba a caer en la tentación de lamerlos con desesperación.

—Deliciosamente perfecta —dije mientras continuaba desabrochando su ropa.

—Y tú eres deliciosamente idiota. Ni siquiera puedes resistirte a desnudarme —se vanaglorió convencida de su triunfo.

Sí, la estaba desnudando para disfrutar de las maravillosas vistas que su cuerpo me prodigaban, pero no, eso no era una victoria para ella. Al contrario, que estuviera desnuda y hubiera sido yo quien la llevara a ese estado implicaba un castigo que estaba seguro de que no le haría ni puñetera gracia.

Subí de nuevo la cremallera tras deleitarme durante unos minutos más de sus pechos. Su rebeldía le iba a costar muy cara.

—Eso, vísteme de nuevo para no quedar como un imbécil —me retó.

—Prefiero conservar mi postre a buen recaudo, preciosa. Sin embargo, ese mono no estará en tu cuerpo eternamente...

—Y serás tú el que me lo quite —me cortó.

—Quizá, pero esa será la opción que más te perjudique.



Capítulo 8

Danielle

Me preguntaba una y otra vez cómo había acabado de aquella forma. Llevaba horas colgada en la cruz de San Andrés y desde hacía una, más o menos, desnuda y atada de pies y manos, abierta por completo.

Intentaba hacer voto de silencio cada vez que Jared me hablaba. Había visto cómo follaba con tres tías sin prestarme ni la más mínima atención, a excepción de unas breves caricias en mi canalillo que casi me hicieron gemir y su polla aún seguía gruesa e hinchada, buscando la liberación.

Quería correrse conmigo, no dejaba de repetirlo y me ponía cardíaca. Pero al fin había captado que mi orgullo y autocontrol como dominante, era más fuerte de lo que en un principio creyó, por eso había optado por humillarme.

En el oscuro mundo del BDSM era un ama respetada que jamás se había dejado someter por nadie desde que visitaba los locales. Cuando visitaba los clubs más selectos, sumisos y sumisas sin amo, se arrodillaban ante mí para que los eligiera. Adoraban mis castigos, mi crudeza. Sabían que después de una dura sesión disfrutarían del éxtasis más placentero del mundo y les dejaría follarme hasta la extenuación. Todo castigo conllevaba una espléndida recompensa por mi parte que muchos estaban deseosos de recibir cada vez que llegaba a las mazmorras.

Jared estaba dispuesto a destruir mi fachada y no encontraba una respuesta para la pregunta que me rondaba desde que había comenzado la noche; ¿por qué?

Después de ignorarle de forma descarada, tras la tercera tía que se follaba, decidió sin previo aviso destrozarme el mono de cuero que cubría mi cuerpo y rió cuando vio como mi coño estaba empapado. La humedad se deslizaba entre mis piernas y el sudor perlaba mi piel.

En el fondo deshacerme de la molesta prenda era todo un alivio, y que

hubiera sido el quién me la arrebatara, un triunfo.

—Acabarás suplicando —me dijo.

Rompió toda mi ropa sin apenas tocarme y aunque intenté impedirlo hasta el punto de intentar darle una patada, me ató por completo, de pies y manos, de cara a él. La cruz era regulable y abrió la parte inferior para separar mis piernas.

Me dejó ahí durante una media hora, a solas, hasta que volvió para someterme a una humillación pública que como ama, jamás se me olvidaría.

Había veces que no todo estaba permitido. Jared estaba alcanzando un nivel que no me divertía, y menos, cuando ni siquiera habíamos establecido unos límites entre nosotros. Se estaba saltando todas las normas, y la verdad, no sabía cómo afrontarlo.

La habitación que en un principio pensé que utilizaría para hacer con él lo que quisiera, estaba atestada de personas sorprendidas por lo que Jared había conseguido: mantenerme atada y quieta.

—Queridos amigos, ¿queréis ver a esta inquebrantable ama sometida? —preguntó como si fuera un maestro de ceremonias. Los «sí» no se hicieron esperar.

La muchedumbre estaba expectante por averiguar cómo Jared se las apañaría para torturarme. Si hubiera sido otro, estaría convencida de salir vencedora, pero con él tenía la sensación de que todo estaba perdido. Ejercía un poder sobre mí que ni yo misma comprendía.

Con movimientos lentos, Jared se acercó con dos arandelas metálicas en sus manos y las colocó en mis pezones, bien apretadas. Apreté la mandíbula para esconder el dolor tan placentero que comenzaba a recorrerme por completo y la mueca que demostraría que a una parte de mí, aquello le gustaba.

—Caerás —susurró en mi oído y dejó una estela de su saliva por todo mi cuello que me estremeció.

—Ni lo sueñes —repliqué—. Me las pagarás, Jared. Te estás saltando todas las normas —gruñí entre dientes.

Del bolsillo de sus pantalones de cuero sacó otra pinza que colocó en mi clítoris junto al piercing que adornaba la zona. Otro ramalazo de dolor y placer me recorrió y tuve que hacer acopio de todo mi autocontrol para aguantar el gemido que quería salir.

—Vosotros dos, acercaos —indicó a dos sumisos con los que alguna vez jugué—. Tocadla por donde queráis, jugad con ella, pero no dejéis que se

corra. Y tú —me señaló—, por cada gemido que salga de tu garganta, por muy pequeño que sea, tu culo se pondrá como un tomate.

—Te odio.

—Y cada vez que te dirijas a mí sin una orden explícita, sumaré dos más.

—¡Qué miedo me das! —murmuré con sarcasmo.

—Ya llevas cuatro —sonrió satisfecho—. Adelante chicos.

Los dos sumisos se colocaron junto a mí con la cabeza gacha y obedecieron la orden de Jared. Sus manos comenzaron a recorrer mi cuerpo con lentitud y uno de ellos lamió mi pezón mientras tiraba de la cadena de las argollas que los rodeaban. Estaba a punto de gemir, pero no iba a darle ese placer a Jared, quien observaba la escena con un brillo maligno en sus ojos. Mordí mis labios con tanta fuerza que el sabor de la sangre inundó mi boca.

—Torturadla más —volvió a ordenar. Lo miré a los ojos y estaba disfrutando de lo lindo. Su polla estaba fuera del pantalón y de vez en cuando se la masajeaba sin dejar de mirarme. Era incapaz de perder de vista su enorme verga. Tenía la necesidad de que me la metiera hasta el fondo. Fue imaginarlo y un gemido se escapó de mi boca de forma involuntaria, haciendo sonreír a los espectadores que con placer contemplaban mi humillación pública.

—Cinco —murmuró.

—Cabrón —susurré lo más bajo que pude, pero el movimiento de mis labios le abrió la veda para contar dos más.

Ya iban siete.

Las suaves caricias de una lengua en mi clítoris, justo donde estaba mi adorno metálico, estaban a punto de llevarme al desmayo. El orgasmo cada vez estaba más cerca y mis caderas se movían de forma inconsciente para profundizar los roces. Habían pasado demasiadas horas en las que me estaba sintiendo completamente insatisfecha y cada pequeño contacto a mi cuerpo era una pequeña liberación de la que no podía disfrutar por completo para no quedar en ridículo.

—¡Parad!

—No, ¡joder! —gruñí demasiado alto, provocando más risas y sumando más azotes por ser la peor sumisa de la historia.

Ya iban nueve.

Las mejillas me ardían, mezcla de rabia y vergüenza.

Jared apartó a los chicos y su mano fue a parar a mi coño para llevarse en sus dedos mi humedad, lamerlos y contraer su rostro en una mueca de placer.

—Eres deliciosa,

—Y tú un cabronazo de los grandes. Me estás humillando delante de todos.

—Eso suman diez más, perversa. —Me dio un azote en el coño y gemí—. Y otro más.

Veinte.

Estaba muy sensible, más que nunca. Entre el cabreo y la excitación, ya no sabía que primaba más. Quería correrme, eso estaba claro, pero también deseaba darle una buena paliza a ese que se creía mi amo.

Nunca, jamás, tendría un amo.

Eso se acabó.

Hacía mucho que decidí ser yo la que mandara. Y nadie, ni siquiera Jared, al que tantas ganas tenía de sodomizar, lo sería.



Jared

Perverso, malvado... Eran diversos adjetivos con los que podrían definirme en aquellos instantes. Estaba tan frustrado de que no me obedeciera, que humillarla de forma pública delante de muchos de los que eran sus seguidores desde hacía años, me parecía una idea estupenda a pesar de ser muy arriesgada. Aquel movimiento podría causar su odio para toda la vida.

Me estaba excediendo en absolutamente todo. Tenía razón cuando había dicho que no habíamos puesto límites en la que iba a ser nuestra sesión. Directamente la había pillado por banda y estaba haciendo con ella lo que me daba la real gana. Por ello podía ser expulsado para siempre del club, y echar por tierra mi profesionalidad como amo.

Pero por Danielle, estaba dispuesto a arriesgarme. Simplemente rezaba porque no emprendiera acciones legales contra mí. En el fondo, aunque se lo negara a sí misma, disfrutaba, en parte, de la situación.

Mientras aquellos dos sumisos le daban placer, sentí un ramalazo de

envidia que por poco me hizo flaquear. Quería ser yo quien la tocara e hiciera gemir hasta el desmayo. Quería recorrerla y memorizar cada recoveco de su cuerpo. Adorarla como la diosa que sabía que era. Una mujer implacable, fuerte, con ese lado salvaje que no había dejado de mostrar a lo largo de la noche.

Aguantar la tentación se estaba convirtiendo en una tortura. Ella sufría, no le gustaba lo que vivía. Era algo que a ningún amo nos gustaría que nos hicieran, pero aun así estaba excitaba. Su coño estaba mojado, chorreaba. Quería resistirse a todo, pero en el fondo lo disfrutaba a pesar de que tal humillación sería recordada por todos y su estatus como ama quedaría marcado por el acontecimiento.

Su orgullo intentaba mantenerse firme, fuerte como un muro que no aguantaría para siempre. Poco a poco se derruía y la máscara de frialdad que siempre la acompañaba, quedaba sustituida por la del placer reprimido.

Sin embargo, eso no era todo lo que tenía preparado para ella. Necesitaba recibir un castigo por desobedecerme delante de toda aquella gente.

Comenzaba a pensar que me estaba cavando mi propia tumba puesto que mi idea, era bastante más humillante que la primera.

Si esperaba que Danielle quisiera en algún momento de su vida repetir conmigo, con lo que tenía planeado, dudaba que ocurriera.



Capítulo 9

Danielle

Pensé que iba a soltarme de una vez cuando se acercó a mí y manipuló las cadenas. Comenzaba a estar agotada, harta e insatisfecha. Pero lo único que hizo fue ponerme un collar de cuero negro con una argolla para guiarme con la cadena como si fuera una perra sumisa. Substituyó las cadenas de las manos por una cuerda que unía mis muñecas por la espalda y las piernas quedaron liberadas de su prisión.

—Ahora daremos un paseo por el club. ¿Qué te parece? Quiero que todos vean lo preciosa que es mi nueva mascota.

—Ni se te ocurra —dije en un susurro furioso. Todavía teníamos compañía en la sala y no quería demostrar lo que sus palabras implicaban.

Por ahí sí que no pasaba.

Yo no era una sumisa. Me gustaba humillar, no me que me humillaran. Al menos, eso era lo que intentaba hacerme creer.

Después de las horas que llevaba ahí comenzaba a replantearme muchas cosas.

Me excitaba mandar y someter a los demás. Pero que Jared me sometiera a pesar de mis reticencias, me ponía cardíaca. Incluso deseaba seguir revelándome durante el resto de la noche para que me atara, azotara e hiciera conmigo lo que le viniera en gana. Lo que no me gustaba era que se vanagloriara de su triunfo ofreciéndome como carnaza a un público que me respetaba. Tenía orgullo y él lo estaba destrozando con cada castigo, lo que no sabía era por qué no lo mandaba a la mierda de inmediato y lo denunciaba por no cumplir ninguna de las normas.

—Camina mirando al suelo —obedecí a medias. No pensaba agachar la cabeza, pero debía caminar puesto que Jared tiraba de la cadena.

La habitación quedó vacía y las personas que disfrutaron de mi primer castigo público se fueron a follar en la intimidad de sus mazmorras. No me pasaron desapercibidas sus miradas, entre sorprendidas y satisfechas porque

ese hombre que hasta ese día había sido un desconocido para mí, hubiera conseguido aquello que tantos habían ansiado. Que otro amo consiguiera retarme, humillarme y excitarme con sus torturas.

Pasamos por delante de muchas de las salas hasta llegar al centro del local. Allí estaba el escenario donde los amos nos dedicábamos a azotar y castigar a los sumisos delante de todos para su disfrute y el nuestro. Rogué que no me llevara allí, pero no era mi día de suerte, en absoluto.

Todo lo que era en mi mundo nocturno, esa noche quedaría reducido a la nada.

—Eres un hijo de puta por hacerme esto.

—Desde el inicio de la noche te he dicho que me obedecieras, tú te lo has buscado, preciosa —contestó y me guiñó un ojo burlón.

Si hubiera tenido las manos libres, la hostia en toda la cara y con la mano abierta, se la habría llevado puesta.

—Chicos, ayudadme —indicó a dos hombres que nos rodeaban.

Se hizo un pasillo a nuestro alrededor que nos llevaría al inicio de las escaleras del escenario. Me resistí a subir, pero entre todos consiguieron que ascendiera los escalones, con la única prenda que me quedaba en el cuerpo, las botas de tacón de infarto, y me expusieron en el centro del escenario, donde la gente miraba expectante para ver qué ocurría.

Muchos se ocultaban con máscaras. Ojalá yo hubiera sido de ese tipo de amas, en ese instante el anonimato hubiera sido la forma de no sentirme tan humillada.

—Ahora, querida Danielle, gritarás en voz alta el número de azotes que te prodigue con la fusta. Bien alto, para que todo el mundo se entere.

El espectáculo estaba servido. Con la ayuda de varias personas, Jared desató mis manos para atarlas por delante y puso una cuerda que le ayudó a alzar mis brazos hasta colgarme del agarre situado en el techo. Los pies volvían a estar encadenados. Aunque lo intentara, no había forma posible de huir de la situación. Quería correr, revelarme sin descanso. Llorar por la frustración de no poder hacer nada.

El escenario apenas estaba iluminado, pero era capaz de ver al público allí reunido. Los sábados por la noche el Club BDSM estaba hasta los topes y más de la mitad estaba allí para ver como mi culo enrojecía por los azotes que me había ganado por no acatar órdenes.

El sonido de la fusta contra el suelo me puso los pelos de punta. Sabía cómo se sentía Jared en ese mismo momento: ansioso por comenzar. Tenía el

poder de la situación y la adrenalina recorría sus venas, deseoso de escuchar los gemidos que los azotes me arrancarían de la garganta.

Incluso yo, aunque sonara a locura, quería que comenzara cuanto antes.

La sala estaba en silencio, expectante, y el primero no tardó en llegar.

No lo conté en voz alta, ni siquiera gemí a pesar de las ganas.

—Esclava, te he dicho que cuentes.

—No —respondí con chulería—. Yo no soy tu esclava.

Escuché como el público cuchicheaba.

El poco orgullo que me quedaba no pensaba perderlo delante de la gente que me respetaba como ama.

Yo era la Dama de Hierro.

Dos azotes a la vez en mis nalgas llegaron de la nada y apreté la mandíbula para que ningún sonido se escapara de entre mis labios.

—Puedo pasarme así toda la noche.

—Estaré encantada de recibir tus golpes, amo —dije con tono burlón.

Era una suicida. Era imposible que aguantara toda la noche. Llegaría el instante de ceder ante tanto dolor, pero todavía no era el momento.

Primero Jared debía concederme el placer de demostrar mi fuerza de voluntad.



Jared

En una sola noche le estaba proporcionando los peores castigos a los que a un sumiso se lo podía someter, sin embargo, un sumiso estaba acostumbrado e incluso desobedecía las órdenes de su amo para recibirlos y disfrutar de los azotes. Cada golpe con la fusta ponía su culo más y más rojo. Gemía de vez en cuando y su labio sangraba de tanto mordérselo, poseída por una mezcla de placer y dolor que no parecía disgustarle.

Era una mujer implacable que no quería ponerme las cosas fáciles. Sin normas de por medio, sabía a la perfección hasta dónde podía llegar. Conocía sus límites, pero podía ser que su orgullo la llevara a aguantar más de lo que

verdaderamente podía. No quería contar los azotes, y si no lo hacía, yo no pararía.

Era duro. Si ella no se subyugaba a mí, no tenía más remedio que continuar sin dudar ni un solo instante. Yo mismo comenzaba a replantearme mi castigo, pero sus ganas de luchar hacían que quisiera hacerlo. No pararía hasta que ella suplicara.

—Solo tienes que contar —repetí una vez más.

Solo escuché a la gente que miraba el espectáculo. Danielle ni siquiera levantó la mirada para ojearme. Hacía varios minutos que la tenía gacha y pequeños gemidos era lo único que venía de ella.

—¿No ves que lo único que quiero es follarte? No me lo pongas tan difícil —susurré—. Cuenta y esto terminará.

—A este paso te aseguro que esta noche te irás a tu puta casa con la polla bien dura —contestó con rebeldía, alzando la voz.

—Tú misma. Llegará un momento en que no puedas más.

—Eres un capullo ególatra —escupió con rabia. Sin embargo su voz ya comenzaba a sonar diferente.

Su tono era más bajo, se notaba que comenzaba a desfallecer.

—Solo soy un amo en busca de someter a un ama. Y créeme, el hierro no es invencible, a cierta temperatura se deshace.

—A ti te voy a deshacer yo, pero la cara a hostias —contestó.

Decidí ignorar sus palabras con una sonrisa socarrona. Igual que era capaz de desafiarme delante de todos, tenía voz para decir basta.

¿Lo haría? Quizá, pero su trasero iba a acabar como un tomate si no comenzaba a contar pronto.

Durante la noche había acumulado muchos azotes, y ante cada desafío, se sumaban más.

Hice una pequeña pausa para observar a mi alrededor. El silencio era lo que primaba, ni siquiera la música sonaba cuando era lo normal ante un espectáculo en el escenario. Solo era capaz de percibir los susurros de la gente, sorprendida porque hubiera sido capaz de conseguir tener en ese lugar a Danielle.

No sabía si aquello ocasionaría que le perdieran el respeto, lo dudaba, no era la primera vez que ocurría algo así en el mundo del BDSM. Lo que sí tenía claro era que sería un día que todo el que estaba presente recordaría.

Danielle se repondría, era fuerte, y acabaría volviendo a ser la que era.

¿Pero quería eso para ella?

No tenía ni idea.

Solo sabía que en ese momento la quería solo para mí. Tenía ganas de terminar el espectáculo y disfrutar de una vez por todas con ella, follarla y lamerla entera durante las horas restantes de la noche.

Pero si no finalizaba el castigo como estaba planeado desde el principio, quedaría yo en ridículo, y después del gran esfuerzo por no correrme a lo largo de la noche, no pensaba dejarme vencer.



Capítulo 10

Danielle

El silencio cada vez era más intenso. Solo se veía empañado por el sonido de la fusta al golpear mi trasero y mis gemidos entre el dolor y el placer ya incapaces de quedarse en mi garganta. Las lágrimas comenzaban a escaparse de mis ojos.

No podía más.

El público no osaba abrir la boca, hasta dudaba de que respiraran entre azote y azote. Jared estaba ganando la batalla. Aun con el dolor que mi cuerpo soportaba, estaba más húmeda y excitada de lo que jamás había estado. Mi cuerpo estaba súper sensible y cada roce era una mezcla enloquecedora que conseguía que en mi bajo vientre se arremolinara el momento del orgasmo.

Puede que llevará media hora recibiendo golpes, había perdido la cuenta del número, pero podía decir bien alto que no había sucumbido en ningún instante a contarlos.

—Ya está bien. ¡Bajadla y llevadla a mi mazmorra! —ordenó Jared al fin.

Por un momento estuve tentada de suspirar de alivio. Mi culo ardía como nunca. Tuvieron que cogerme en brazos. Ya no estaba atada, pero las piernas no me sostenían.

Estaba agotada, sudorosa y quería salir de allí cuanto antes por culpa de la vergüenza.

Jared les hizo relevo y acabó llevándome él en brazos hasta la habitación en la que la aventura había comenzado. Me tumbó sobre la cama y por un momento creí que acababa de fusionarme con el colchón.

—Te odio —dije con un tono de voz que apenas reconocía.

Era una mezcla de rencor y otros sentimientos que no era capaz de interpretar.

—Date la vuelta —ordenó con suavidad. Era directa, pero noté como su voz bajaba de intensidad. Al fin y al cabo había vencido y estar boca arriba

con el dolor de trasero, resultaba de lo más incómodo. El lunes no podría ni sentarme en la silla de mi oficina.

—¡Au! —me quejé al notar sus manos y algo frío en el trasero.

—Tranquila, esto te calmará. La noche todavía no ha terminado —murmuró mientras masajeaba mis nalgas con maestría.

El grado de escozor que notaba me daba una idea de lo rojo que lo tendría y prefería no descubrirlo, porque si no le lanzaría una patada voladora directa a su cabeza.

—Por supuesto que ha terminado. Se acabó —anuncié.

Lo decía completamente en serio. Me sentía tan humillada que solo quería volver a mi casa, descansar y pensar en todo y nada a la vez. Puede que estuviera excitada, pero no quería ni pensar en que Jared me metiera la polla para terminar con la tortura.

—¿Te vas a rendir así sin más? —preguntó. Estaba realmente sorprendido. No le veía la cara, pero lo noté en su voz.

Me giré de inmediato para mirarlo a los ojos.

—Te recuerdo que soy dominante, no me someto y te has pasado mis reglas por los cojones —le corté malhumorada—. Me has humillado delante de todos, echando por tierra todo lo que llevo años construyendo. Me llaman la Dama de Hierro por algo, y a partir de ahora seré la idiota que se dejó vencer por un imbécil que no tiene ni siquiera un nombre decente como amo. No hemos establecido normas. Te has excedido y has roto la primera norma del BDSM la cual dice que todo lo que ocurra debe ser consensuado y yo no te he permitido hacer nada de esto en ningún momento.

—Es cierto, pero reconoce que te ha excitado —rebatí.

¿Qué pretendía? ¿Qué le aplaudiera por su hazaña como si fuera un superhéroe?

Me giré con rapidez y lo encaré, sin importar el dolor de mi trasero. Su único propósito era hacerme creer que tenía potencial como sumisa y no pensaba hacerlo.

—Por supuesto que me ha excitado, porque tú me pones, pero por tu jodida culpa no voy a poder sentarme. Debería coger una argolla y aprisionarte la polla a maldad hasta que te pusieras a llorar como una nenaza. Te mereces el peor castigo que te pueda preparar.

—Tienes razón.

—Por supuesto. Además no nos conocemos y mira lo que me has hecho. Nos hemos pasado los contratos por el forro. No he tenido palabra de

seguridad. ¡Has hecho lo que te ha dado la gana conmigo! —grité.

Sí, estaba cabreada, mucho. Él conocía las normas del mundo que nos rodeaba tan bien como yo y no las había cumplido. Como amo debía dar la oportunidad de rendirse a su sumisa con una palabra de seguridad. Pero claro, yo era un ama, una de las más crueles y aunque había llegado casi al límite en varias ocasiones, no hubiera pronunciado ninguna palabra para no quedar como una pusilánime

—Conozco tus límites, Danielle. Sé más cosas sobre ti de lo que piensas.

—¿Eres un acosador? —pregunté con seriedad. Me gustaba mantener a raya mi vida personal con lo que hacía en el club.

¿Cómo podía saber cosas de mí y yo nada de él? Le vi sonreír. Quizás iba siendo el momento de comenzar a mirar más a mi alrededor y no centrarme tanto en someter a la gente.

—Desde el momento en que entré a trabajar en la cafetería me resultaste familiar. He visto muchos de tus castigos públicos en este mismo local y nunca conseguía hablar contigo porque jamás te acercas a los amos. Tras reconocerte, quise cerciorarme de que no estaba equivocado y cuando por fin me diste tu número después de estar durante meses poniéndome duro con tus descarados coqueteos para seducirme, encontré la oportunidad perfecta para atraparte en mi mazmorra.

Decir que su explicación me sorprendía era quedarse corta. Muchos amos teníamos la fantasía de someter a otros amos, y por lo que conseguí deducir, Jared quería eso conmigo, así que no podía juzgarle por muy cabreada que estuviera,

Lo cierto era que mi meta más próxima era ser yo la que lo sometiera a él, por eso lo había elegido. Lo de esa noche merecía una venganza, las cosas no podían quedarse así.

—Espero que no estés enfadada. —Noté cierto temor en su voz, incluso arrepentimiento.

Pero no, no lo estaba.

Bueno... un poco.

Él había hecho conmigo lo que yo pensaba hacer con él y tampoco me importaba si era o no un amo.

—Me has humillado, pero no has conseguido que me someta. Jamás lo conseguirás —dije sin responder a sus palabras.

—¿Eso es un reto?

—Quizás. Y ahora, fóllame, Jared. Quiero sentir tu polla hasta en el

estómago.

—¿No decías que se había acabado?

—Se acabará cuando yo lo diga —lo reté.

Sonrió ladino, pero no aceptó del todo mi oferta. Quería seguir jugando.

Nunca me habían dado tanta rabia los juegos como en ese momento.

El culo me dolía bastante, pero ya solo quedaba el ardor de los azotes.

Después de mi propia debilidad y las ganas de querer marcharme a casa, quería llegar hasta el final, probar esa polla, ese cuerpo. Gemir hasta quedarme afónica.

Esperaba que a partir de ese momento la sesión quedara entre nosotros dos.

Se quitó por fin la camiseta y disfruté de la victoria de haber acertado con la forma de su cuerpo. Incluso me pareció mejor de lo que había imaginado. Observé sus formados abdominales y me deleité con la forma de sus oblicuos que se perdían bajo la tela del pantalón de cuero.

Estuve tentada de lamerlo, pero me arriesgaba a ser víctima de una de sus torturas.

¿Me importaba? Obviamente no. Mientras acabáramos follando, ya todo me daba igual.

—¿No vas a atacarme? —preguntó coqueto.

—Todavía me queda el suficiente autocontrol para no hacerlo. Me encantaría lamerte de arriba abajo, pero va a ser que no. No estoy tan desesperada —mentí.

—Eso ya lo veremos. Levántate —ordenó con voz firme.

—¿Otra vez? —fruncí el ceño.

—No me repliques. —Me dio un suave azote en mi maltrecho trasero y a pesar del dolor gemí de gusto.

Las cadenas que todavía seguían con las argollas de mis pezones se movieron y sentí la electricidad recorrerme todo el cuerpo—. Vas a disfrutar mucho, gatita. No te preocupes.

—No disfrutaré hasta que tu polla se clave en mi coño.

—Dices unas cosas tan bonitas. Al final voy a pensar que eres una romántica —rodó los ojos con exasperación y sonreí.

—Estamos aquí para eso, querido. A ti te la han chupado, te has follado a unas cuantas y a mí no me has dejado ni gemir. Estoy tan caliente que en cualquier momento soy capaz de prender fuego a la habitación. Ya me has hecho sufrir suficiente, así que ahora quiero que me des lo que he venido a

buscar.

Asintió dándome la razón con un gesto divertido. Como a los locos. Parecía una mujer desesperada por una buena ración de sexo del duro, y justo eso era lo que quería.

Nunca me cansaba de los juegos, pero la sensibilidad a la que estaba sometido mi cuerpo menguaba mi capacidad de raciocinio.

Quería follar y dejarme de tonterías.

Jared se acercó a la pared de los artilugios y colocó una camilla en el centro de la habitación. Ató a las patas traseras y delanteras unas cadenas para después regresar a por mí y tumbarme con rudeza. Volvió a atarme para que no escapara.

—Ahora podrás gritar, gemir y correrte todas las veces que te apetezca. Vamos a ver cuánto eres capaz de aguantar, esclava.

Soltó un gruñido gutural cuando pasó la mano por mi húmedo coño y pegó un suave tirón de la cadena que colgaba de mi clítoris. Gemí por la sensación y Jared sonrió satisfecho por mi respuesta.

—Me gusta este piercing. Veamos que tal sabe. —Lamió el pendiente de mi clítoris y tiró de él hasta hacerme gemir.

Su lengua húmeda se entretuvo en mi hinchado botón, torturándolo con crudeza. Mi garganta expulsaba gemidos sin descanso. Nada podía pararme, ni siquiera que él se apartara para coger aire.

Deslizó su lengua por mis pliegues, esparció mi humedad y pellizcó con sus dedos mi hinchado botón una vez más mientras que con la otra mano introducía sus dedos para explorar la zona.

Iba a correrme, no podía más. Necesitaba liberarme de una vez.

Grité. Grité como si estuviera poseída por el mismísimo demonio.

—¡Joder! ¡Sí! Así, Jared —gruñí de placer.

—Amo J, preciosa. Si quieres otro, llámame amo J.

—Ni por todo el oro del mundo.

Se apartó unos segundos y me miró a los ojos de forma burlona.

Leí en su rostro que tenía intención de apartarse, pero no podía. Mis piernas abiertas, mostrándole la cueva en la que su polla tenía tantas ganas de entrar, hizo que se arrancara los pantalones del tirón, desatara mis piernas y se acomodara de rodillas en la dura camilla.

—Prepárate para disfrutar, preciosa. Y recuerda, debes decir Amo J cuando te corras.

—No lo haré, pero fóllame y demuestra que sabes hacerlo como un amo

de verdad —le reté. Me arriesgaba a quedarme sin su polla. Tenía suerte de que él quisiera metérmela.

No debía haberle sido fácil aguantar tantas horas empalmado, metiéndola en otras mujeres y no liberarse. En el fondo lo admiraba un poco por ello.

La metió de una estocada brutal, creí notarla incluso en el estómago. Pronto comenzó a embestir con fuerza, tanta que creí que nos caeríamos de la camilla en cualquier momento. Mis tetas rebotaban con fuerza zarandeando las argollas de mis pezones sobre estimulados. Jared cogió la cadena con la boca y tiró con fuerza.

—¡Dios!

—Dios no, Amo J —se burló sin detener su velocidad arrolladora.

Lo ignoré y continué disfrutando de la gran sesión de sexo. Sus manos acariciaban mis pechos apesados. Los tenía doloridos y seguramente enrojecidos, mas no me importaba. Solo quería más de lo que me daba. No quería que acabara nunca. Su ritmo era enloquecedor.

Un segundo orgasmo se unió a un tercero. Por si no lo había mencionado, era multiorgásmica y cuando empezaba, si sabían cómo hacerlo, no podía parar de gemir, de volverme loca y correrme. En cualquier momento podría quemarme a mí misma y Jared también podría salir perjudicado.

Continuó durante varios minutos a ese ritmo. Jadeaba sobre mi boca mientras nuestros labios se unían y mordían. Sus besos eran adictivos. El sabor de mi esencia se mezclaba en nuestras bocas. Estaba a punto de rendirse, de terminar.

—Me voy a correr, preciosa. Voy a llenarte entera.

Otro orgasmo me azotó y Jared salió de mi interior. Se masturbó delante de mi cara y dejó que su simiente me manchara todo el rostro y parte de los pechos.

Ambos jadeábamos, cansados, agotados de tanto frenesí.

Sin duda había sido un gran polvazo.

Me desató al fin tras calmarse. Tenía el cuerpo dolorido y dudaba de que pudiera moverme con normalidad.

—Ha estado bien.

—¿Solo eso? —preguntó. Mis palabras le ofendieron un poco.

—Sí —sonreí con maldad—. No lo has hecho tan mal como pensaba, precioso. Quizá tanto metérsela a otras ha bajado tu ritmo y ha hecho que no rindas tanto conmigo —me burlé—. Y ahora si me disculpas, me voy.

Cogí los restos de la ropa que había tirada en el suelo de la mazmorra e

intenté colocarme el mono prácticamente destrozado y el abrigo de forma que no se me viera nada, algo que fue prácticamente imposible.

Jared no habló, se limitó a seguir mis movimientos con la mirada y me marché sin mirar atrás.

Al final había conseguido lo que buscaba desde que llegué, que me follara, pero aquello no iba a terminar ahí.

De eso podía estar completamente seguro.

La venganza era un plato a servirse bien frío. Y el suyo iba a estar completamente congelado.



Capítulo 11

Jared

Estaba desconcertado.

Pensé que tras haber conseguido lo que quería, Danielle habría sido más amable conmigo. Después de todo me la había follado. Eso era lo que ella iba buscando desde que nos citamos en el Fantasía Oscura.

Su frialdad al marcharse de la mazmorra me sorprendió. Me quedé allí a solas, sobre la enorme cama mirando a la nada durante el resto de la noche sin dejar de pensar en ella y en qué había pasado para tan precipitada desaparición. Habíamos disfrutado juntos, mucho, tanto que de nuevo la polla me dolía al recordarlo.

Creía que entre nosotros había habido una conexión que pocas parejas tenían. No era fácil encontrar alguien con el que te compenetraras tanto, y más, en cuanto a gustos en el sexo se refería. El BDSM era una práctica oculta, la gente mundana no llegaba a comprender hasta qué nivel se llegaba al practicarlo. Era muy difícil encontrar una pareja con la que conectar desde el minuto uno, y sobre todo, era muy difícil encontrar a alguien en quien confiar.

En el BDSM lo dabas todo de ti. La otra persona debía conocer tus miedos e inseguridades, estar seguro de qué te gusta y qué no.

Sin embargo, estaba muy equivocado con respecto a Danielle.

¿Era eso lo único que quería de mí? ¿Echar un polvo increíble?

No lo creía, pero debía reconocer que me había pasado en nuestro primer encuentro y aunque parecía que la ira la había aplacado tras los orgasmos, ocultaba algo. Si no, no me explicaba el porqué de su desaparición tan repentina.

Llevábamos demasiados meses con un juego que a ambos nos consumía y me negaba a aceptar que su única meta hubiera sido esa; follarme. Era imposible, porque ella quería tener siempre el control y había sido yo el que lo había tenido durante toda la noche.

Yo fui el que la follé como quiso en una noche que era incapaz de olvidar. Había conseguido un poco de sumisión en un Ama muy respetada en mi mundo. En la mejor. Una a la que admiraba desde el primer momento en que la observé en la distancia.

¿Por qué me afectaba tanto? Apenas hacía unas semanas que decidimos dar un paso adelante en nuestra... ¿relación?

No. No era una relación. Era solo sexo. Uno muy bueno, por cierto. De esa clase que solo deseas repetir una y otra vez sin reservas.

Dudaba que la Dama de Hierro terminara tan pronto con un juego. Sospechaba que algo se traía entre manos.

Tenía el día libre. Habían pasado dos días y todavía no se me había presentado el momento de volver a verla y tampoco, a pesar de tener el número del otro, habíamos intercambiado mensajes.

Estaba en casa, en la terraza haciendo flexiones para quemar el exceso de energía que recorría mi cuerpo desde que mi mente la evocaba a todas horas. Se trataba de un patio interior rodeado por el resto de pisos del edificio. Mi edificio era modesto, situado en una de las zonas más céntricas y bonitas de Londres. Por suerte no tenía problemas para subsistir con mi sueldo como camarero. Cada vez que podía hacía horas extras y Karen era una jefa que pagaba bastante bien dado que la cafetería era una de las mejores de la zona. Tenía todo lo que necesitaba y no me quejaba de las oportunidades que iban apareciendo en mi vida.

Incluso tenía espectadores mientras hacía mi rutina de ejercicios.

—¿Necesitas ayuda?

Alcé la vista y me encontré con los ojos de Miranda. Era la vecina del tercero. Siempre que podía coqueteaba conmigo de forma descarada. Sus intenciones se veían a la legua.

—Creo que puedo yo solo —contesté con mi mejor sonrisa.

Ese había sido el fallo desde el principio; sonreír. Pensaba que tenía algún interés oculto por ella. Podría servirme para una noche de sexo rápido y desenfrenado, era toda una belleza. Rubia, de pechos exuberantes y labios carnosos. No obstante, las prefería morenas, con el pelo negro azabache para ser más específico, pechos turgentes y mirada hechizante.

Como Danielle...

Gruñí molesto por el recorrido que seguían mis pensamientos y continué con el entrenamiento ignorando los suspiros de mi vecina que parecía más excitada que yo mismo cuando la imagen de la Dama de Hierro se dibujaba

en mi mente.

—Si cambias de opinión, ya sabes cuál es mi piso, Jared. Estaré encantada de recibirte.

—Gracias, Miranda, lo tendré en cuenta —contesté.

No se metió en el interior de su vivienda hasta que terminé con las flexiones. Quería hacer también unas cuantas abdominales pero eso habría conseguido que ella continuara allí intentando flirtear, así que cogí la toalla y me metí en el interior de la vivienda.

Caminé semidesnudo por casa. El sudor cubría mi pecho, proporcionándole un brillo de lo más seductor. El sol entraba por la ventana irradiando su potencia luminosa por todas partes, algo de lo más inusual en la siempre oscura Londres. Hacía calor. Fui a la cocina y cogí una bebida refrescante antes de ir a la ducha. La pantalla de mi teléfono móvil se iluminó con un mensaje. Me pasaba horas con él entre las manos, esperaba que Danielle diera señales de vida.

Pero a ese paso, podía esperar sentado.

Tan solo era un mensaje publicitario para que me pasara a otra compañía de teléfono, lo típico. La Ama era una orgullosa de cuidado y me temía que si quería volver a verla, esa vez sería bajo sus normas.

El único problema era que yo no era fácil de doblegar y tenía las cosas demasiado claras como para dejarme convencer. Lo tenía muy difícil.

Tanto, que no sabía qué nos depararía todo eso.

Tenía claro que quería volver a verla y sentirla. No sabía si en el fantasía, en mi propia casa o en el baño de un bar. Me daba absolutamente igual, solo quería volver a probar esos carnosos labios. Verla mordérselos mientras follábamos como perversos. Quería revivir todas las sensaciones que me había provocado el poseerla.

Terminé mi bebida y fui directo a la ducha para ponerla lo más fría posible. Pensar en todo aquello me había puesto erecto. Un problema que era probable que me persiguiera hasta volver a tenerla entre mis brazos.



Danielle

1 Semana Después.

Llevaba toda la semana encerrada entre las cuatro paredes de mi oficina sin apenas poder tomar un descanso. Debía terminar el trabajo antes de coger mis tan ansiadas vacaciones que habían llegado en el momento perfecto para mí estabilidad mental. Era mi último día. El verano estaba tan cerca que casi podía olerlo. Me gustaba pasar parte de Junio y Julio haciendo lo que me diera la real gana sin tener que dar explicaciones a nadie, y sobre todo, sin pensar en el trabajo que en realidad tanto me gustaba.

—Danielle, necesito todo esto ¡ya! —exigió Patrick, mi queridísimo jefe, de muy malas maneras tirando sobre mi mesa una lista de tareas. Otras que sumar a mi ya de por sí larga lista.

Estaba cabreado porque me habían concedido antes que a él las vacaciones y llevaba varias semanas muy quemado con el trabajo. Ser Jefe tenía esas desventajas, los problemas aumentaban con cada día que pasaba. Menos mal que yo era una mujer muy organizada y siempre tenía todo bajo control a pesar de inconvenientes como tenerlo a él de superior. Miré la lista por encima y la dejé donde la encontré.

Qué pena me daba... Era tan idiota que ni sus jefes lo tenían en consideración.

Había ascendido por puro enchufe y no sabía hacer la o con un canuto. Siempre salía adelante gracias a sus empleados, y sobre todo, su secretaria. Tenía a la pobre explotada con tareas que ni siquiera tenía que llevar a cabo.

—Hace media hora que lo tienes —contesté con voz altiva sin levantar la vista de los papeles que tenía entre manos. Terminé con ellos y los guardé en su lugar correspondiente antes de decirle mis últimas palabras—. Nos vemos en un mes.

Me levanté de la silla, recogí el bolso y guardé mi teléfono móvil en él con una sonrisa socarrona.

—¿Has hecho todo lo que tenías pendiente?

—Nunca tengo nada pendiente, querido. Hago muy bien mi trabajo.

«No como tú» pensé.

Lo oí gruñir por lo bajo y sonreí satisfecha con su mal humor. Me gustaba

mucho ser mala con él. Merecía todos y cada uno de mis desplantes. Solo quería hacerme la vida imposible desde el mismo momento en que lo rechacé.

—Y una última cosa antes de irme. No se te ocurra llamarme en todo el mes. Tienes todo lo que necesitas para hacer bien tu trabajo. ¡Adiós!

Salí del edificio con una enorme sonrisa. Hacía sol y apenas había nubes en el cielo. Podía ser un día perfecto si no hubiera desviado la mirada hasta la cafetería de enfrente.

Allí estaría Jared, trabajando como cualquier otro día.

Lo más seguro era que pensara que lo evitaba por vergüenza, o algo parecido. Debido al trabajo, pedía que me trajeran el almuerzo directamente a mi despacho. Sin embargo, tampoco tenía muchas ganas de verle.

¿Cobardía?

Por supuesto que no.

No podía dejar de pensar en lo que ocurrió aquella noche. A la mañana siguiente el dolor de mi trasero me recordó la humillación y el lunes durante mi jornada de trabajo sufrí las consecuencias. Era incapaz de sentarme sin sentir que tenía el culo lleno de alfileres.

No me gustaba lo que sentía al pensar en él.

Sabía que debía presentarme en el club y demostrar quién era. No podía dejar que mi apodo de la Dama de Hierro cayera en el olvido por culpa de un Amo que se había pasado por el forro cualquier norma del juego. Que vale, yo también iba a saltármelas con él. Pero se pasó, y yo perdonaba y lo había hecho, pero no olvidaba.

Hacía mucho tiempo que me prometí que jamás me volvería a someter. No fui dominante desde un principio, pero las malas experiencias me hicieron sacar a esa mujer que quería tener el control de todo lo que ocurría a su alrededor.

Aquello ocurrió en un momento de mi vida que no quería recordar.

Si iba al Fantasía Oscura, corría el riesgo de que Jared estuviera presente y mi plan de demostrar que seguía siendo dominante se podría ir al traste debido a lo que provocaba en mí, pero lo intentaría. No podía caer una segunda vez en sus redes. Debía hacer nuestros caminos por separado.

Paré un taxi con la mano y le ordené que me llevara a casa.

Ahora que estaba de vacaciones, tenía todo el tiempo del mundo para disfrutar, descansar, y sobre todo, aclarar la mente.

Y esa vez, todo lo que ocurriera en la mazmorra, sería bajo mis normas.



Capítulo 12

Jared

Los días pasaban y no tenía ninguna noticia sobre ella. Ni siquiera aparecía como cada mañana a por su almuerzo.

—Es una orgullosa de cuidado —me desahogué. Chris me miraba con mucha atención mientras me fumaba un cigarrillo a escondidas en el almacén de la cafetería—. No llama, no viene. ¿Qué pretende? Esto me está sacando de quicio.

Le di una última calada, expulsé el humo y él contestó:

—No lo sé, tío. Las mujeres son muy complicadas y si encima están buenas como Danielle, todavía más. —Este tío era un idiota. Por ser una belleza no tenía que ser complicada. Cada una tenía su propia personalidad y no podías meterlas a todas en un mismo círculo. Toda persona era distinta, y para mí, Danielle la que más—. Puede que tirártela en una primera cita haya sido el fallo. No pienses tanto con la polla. Si de verdad quieres hacer algo con ella, conquistala poco a poco. Puede que sea la mujer de tu vida y la hayas cagado por precipitarte en algo que debería ser secundario en una relación.

Si no fuera porque mi amigo desconocía mi forma de vida en relación al sexo, le hubiera dado una buena colleja para que despertara de su nube multicolor con olor a fresa. Nunca podría desahogarme de verdad, porque ello conllevaría desvelar mis ocultos secretos.

Chris no lo entendería. Haría como todos los que desconocían ese mundo, preguntar guarradas y decir que era todo un machote por dar azotes a mujeres y cosas machistas varias que habían terminado en una buena hostia para el que hacía los comentarios. No sería la primera vez...

—No es por eso. Ella busca lo mismo que yo —respondí sin entrar en más detalles.

—Lo dudo. Las mujeres no buscan solo sexo. Quieren que un hombre las mime y cuide con romanticismo. —Solté una carcajada sin dejarle terminar por el absurdo comentario.

¿En qué siglo vivía?

Hacía mucho que las mujeres habían dejado atrás aquello del príncipe azul. Eso era un mero cuento que la sociedad les había intentado inculcar desde pequeñas. Pero los tiempos habían cambiado, sus pensamientos también y el ser independiente era algo que poco a poco comenzaban a conseguir en una sociedad donde privaba el machismo.

—Ahora entiendo por qué estás soltero. Eso son pensamientos de otra época. Existen mujeres que sí buscan solo sexo.

—Lo dudo... —volvió a cortarme e hizo un gesto que mostraba que mi respuesta lo había ofendido—. Y por cierto, te recuerdo que tú también estás soltero, amigo mío. Tú también estarás haciendo algo mal. ¡Me vuelvo al trabajo, colega! Piensa en lo que te he dicho y conquístala como debe hacerse.

Le seguí negando con la cabeza de camino al restaurante, divertido por su indignación.

¿Conquistar a Danielle?

Claro. No tenía otra cosa que hacer que presentarme en su casa si tuviera su dirección con un ramo de flores y bombones. Yo era más de presentarme con cuerdas, mordazas y cadenas para atarla al cabecero de la cama y jugar hasta la extenuación.

Como ya dije en su momento, Chris era un hombre atractivo, sin embargo con solo escuchar su absurdo razonamiento, tenía claro por qué las mujeres le duraban tan poco. No podía asegurarlo a ciencia cierta, pero me apostaría un riñón a que en la cama era egoísta y sus ligues se quedaban insatisfechas, y eso, siempre era un punto negativo.

Ese era el gran problema de muchos de los hombres que practicaban sexo convencional: egoísmo. Solo pensaban en meterla, dar cuatro embestidas a lo burro y correrse de gusto y por supuesto que la mujer se agache a chupársela. Un gusto, que por supuesto, solo disfrutaban ellos, claro está. Así vivían más del ochenta por ciento de mujeres con sus parejas.

¿Por qué aguantaban?

Esa era la pregunta del millón para la cual no tenía una respuesta.

El sexo debía ser para el disfrute de ambos. Las creencias de la época del puritanismo inglés estaban pasadas de moda. El hombre no era el centro de todo, la mujer también debía tener su parte.

A las mujeres había que complacerlas y si para ello un hombre tenía que aguantar horas sin meterla, se aguantaban. Era algo que requería un alto nivel de autocontrol. A mí al principio me costó mucho contener los impulsos

primarios de follar como si fuera un conejo, pero el entrenamiento me había enseñado cosas mejores, como sentir placer solo con ver como una mujer se retuerce de gusto con mis caricias hasta que con mis manos y mi sádico toque llegan al orgasmo que con tanto ahínco ansían.

Eso sí que era el verdadero placer. El acto de solo embestir era una práctica vacía, insulsa.

¿Por qué disfrutar de diez minutos de deleite cuando puedes pasarte noches enteras torturando de placer a tu pareja? ¡Oh dios! Ese era el verdadero sexo para mí, excitante, poderoso. Un sexo en el que se muestra poder, sumisión y compenetración absoluta.

La hora del almuerzo llenaba la cafetería casi al completo. Miré en el rincón del fondo como siempre y no pude evitar desinflarme como un globo, decepcionado.

Danielle no había venido.

Un día más sentía el vacío de no poder intercambiar miradas prohibidas, de ponerme erecto con sus descarados desafíos.

¿Había sido un error lo que hice en el Fantasía?

Esperaba que no.

Sabía por Karen, mi jefa, que todos los días iba hasta el edificio de enfrente a llevar justo lo que ella tomaba y me pedía siempre a mí con su característica mirada provocadora, y aquello me cabreaba. Ni siquiera tenía valor para acercarse a mi lugar de trabajo y actuar con normalidad.

En el fondo la echaba de menos.

Incluso intenté ofrecirme voluntario para ser yo quien se lo llevara, pero no coló. La jefa era quien se encargaba de ese tipo de pedidos tan especiales. No se fiaba demasiado de mí.

¿Tan cobarde era la Dama de Hierro? No me lo podía creer. No me entraba en la cabeza. Quería verla, jugar con ella, pero no caería en la tentación de ser yo quién contactara. Llevaba una semana que la polla se me ponía dura cada vez que una imagen de ella desnuda aparecía en mi mente. Había tenido el tremendo placer de tocarla con mis propias manos de todas las maneras posibles para memorizarla.

¡Y maldita sea! Era capaz de reproducir cada recoveco de su cuerpo en mi mente sin dejarme un solo detalle.

Estaba obsesionado por completo. Y aunque no la llamaría, tenía la sensación de que volveríamos a encontrarnos en algún momento. Y eso le acarrearía un delicioso castigo.



Danielle

Polipiel de color negra en un vestido entallado que cubría solo hasta mis nalgas y botas de tacón de vértigo que llegaban hasta la altura de las rodillas, chaqueta para taparme mientras llegaba al local y solo faltaba el maquillaje y arreglarme el pelo para estar lista para mi primera noche de vacaciones.

Decidí llevar el pelo suelto con unos bucles al final y la cara maquillada de forma sensual y agresiva, con sombra morada y mi delineado infinito para enmarcar el verde de mis ojos con los tonos oscuros. Para los labios no era mi rojo habitual, era uno más oscuro, tirando a amarronado.

Me había encargado personalmente de que todos supieran que iba al Fantasía Oscura y que llevaría a dos de mis sumisos habituales hasta el escenario para darles un castigo público, aunque no se lo merecieran.

Tenía que marcar el territorio. No podía mostrar ni un ápice de debilidad. Sería dura. Recuperaría la posición que me pertenecía y que Jared me quitó en una sola noche. Me dejó en evidencia y lo más seguro era que algún amo cayera en la tentación de burlarse de mí.

Aquel día, cuando salí del local, lo hice perseguida por cientos de ojos que buscaban en mi cara algo que les indicara mi punto flaco.

Pero lo único que me hacía flaquear tenía nombre, y era amo como yo.

Aun siendo un local donde a todos nos gustaba lo mismo, existían los capullos y capullas con el ego muy subido que se encargaban de difundir rumores para hacerse notar y restar prestigio al resto.

Me había acostumbrado a ello. Había cierta tendencia de ser yo la protagonista de dichos rumores. Quizá por eso no tenía relación amistosa con ningún amo. A excepción de los dueños de dichos locales quienes sentían cierta admiración por mis actos. Cosa que no podía decir del resto, que la verdad, dejaba mucho que desear.

No era una mujer muy social. Nathalie y Gabriela eran mis mayores contactos y las personas con las que desconectaba de todo. Ellas me conocían

bien, siempre les contaba todo y eran grandes consejeras. Las consideraba mis mejores amigas, ya que aquellos amigos de la infancia, ya tenían su vida bien hecha y no teníamos apenas ocasiones de vernos.

Ser así de distante era lo que hacía que tuviera colas de sumisos a la espera de sus castigos; ser prácticamente inaccesible. Solo en la vida real contaba con Nathalie, su novia, y los locos de mis amigos de instituto y universidad con los que cada vez quedaba menos debido a mi oculta vida sexual.

El taxi me dejó en el inicio del callejón. Eran las diez de la noche de un sábado y la fiesta estaba a punto de comenzar. Peter me saludó nada más entrar con su amable y sempiterna sonrisa. Estaba en la barra donde se ubicaba el escenario central y pedí mi primera copa de la noche.

La iba a necesitar si tenía que soportar las miradas que ya comenzaba a notar en el cogote.

—Vaya, pero si es Danielle —musitó una voz a mis espaldas en tono impertinente.

Metí un sorbo a mi bebida y giré la cabeza como la niña del Exorcista para mirar a aquel que osaba interrumpir mi momento a solas con un buen pelotazo que haría que mis nervios se mantuvieran a raya durante la noche.

Era Roger, un amo.

Aunque para ser más exacta, era un amo idiota. Un gilipollas de cuidado que se creía el rey del mundo y no llegaba ni a mierda pinchada en un palo.

—¿Esperando a tu amo? —preguntó con fanfarronería.

Obviamente estaba ahí para tocarme la fibra. Era algo de esperar.

Tal y como decía, había capullos en todas partes, y yo tenía la increíble capacidad de atraerlos a mi alrededor más veces de las que me gustaría.

—Yo no tengo amo, querido.

—Claro, por eso te sometiste la semana pasada. Disfrutabas como una jodida perra.

—¿Eso es lo que le decía tu padre a tu madre en la cama? —contraataqué.

—Al menos mi madre sabía lo que quería.

Intenté mantener cara de indiferencia con cada ataque de Roger, pero no era nada fácil. Si fuera un sumiso el que osara difamarme en mi puta cara, ya tendría el culo como un tomate y todos los agujeros de su cuerpo tapados con instrumentos de tortura.

Comenzaba a ponerme de los nervios y no me apetecía comenzar un duelo que acabaría siendo una muestra por parte de Roger de comprobar quien la tenía más gorda. Y aunque yo no tenía polla, mis ovarios eran dos armas de

destrucción masiva que podrían dejarlo reducido a la nada. Así que lo mejor era marcharme de allí.

Me puse a los pies del escenario y ojeé a mi alrededor. La sala estaba llena y se acercaban un par de amos que traían a rastras a dos sumisos desobedientes para ser castigados. Debían de ser un grupo.

Miré mi teléfono móvil con impaciencia y vi que Steve y Clare tardarían todavía un rato en llegar porque mi pareja de sumisos era pareja en la vida real y tenían cosas pendientes antes de venir.

¡Genial!

Gruñí frustrada por que las cosas no me salieran bien. El destino no se ponía de mi parte para dar el espectáculo que pretendía para recuperar mi posición.

Observé a los amos que se acercaban titubeantes. No los conocía en persona, pero sí los había visto algunas veces por los distintos locales. No eran lo suficientemente duros y por eso los sumisos se revolvían inquietos, deseando deshacerse de sus cadenas. A pesar de trabajar en equipo, ninguno de ellos era capaz de controlarlos y deduje que creían que con una humillación pública cederían.

Lo llevaban claro.

Ese era un error de principiante que yo misma cometí tiempo atrás. Solo me sirvió para hacer un inmenso ridículo. Además, quizá los sumisos, era exactamente lo que buscaban. Una humillación pública que calentara sus cuerpos.

Dejé que pasaran delante de mí y subieran al escenario. Las luces se encendieron y la gente que se congregaba empezó a prestar atención.

Ya podían estar disfrutando de una buena mamada o cunnilingus, pero cuando las luces se encendían, todos los sentidos iban directos al escenario para disfrutar del espectáculo que solo los más osados se atrevían a dar. No todos eran capaces de hacer ese tipo de cosas en público.

Muchos sumisos incluso rogaban a sus amos que les mostraran ante todos. Recordé entonces mi momento allí. Los ojos de la gente puestos en mi cuerpo desnudo, los murmullos. La rabia e impotencia que sentí por no poder pararlo, y a la vez, una excitación que no era capaz de describir con palabras.

Disfruté del castigo por mucho que quisiera contradecirme. Mi cuerpo era un maldito traidor que respondía a los ataques y Jared jugó con la gran ventaja de que me ponía cardiaca con solo existir.

Aquellos que iban a ser castigados frente a todos ni siquiera dejaban que

sus amos les ataran a las cadenas que caían del techo. Podía ver desde ahí como perdían el control. Seguramente pensaron que con un castigo los aplacarían, pero no imponían el suficiente respeto. Con ello no quería decir que fueran malos amos, pero no todos sabían cómo manejarlo en público y sus ritos solo se llevaban a cabo en la intimidad de las mazmorras del club.

—Esto me recuerda a ti hace una semana —inquirió Roger con un nuevo ataque acercándose hasta mi posición—. Aunque bueno, incluso tú fuiste más fácil de manejar. J te ató con mucha facilidad. Hasta yo me sorprendí. Pensé que le darías una patada en los huevos.

Hubiera preferido continuar mirando al escenario e ignorar a ese egocéntrico que se creía un Dios. Contestarle era como caer en su juego, pero las ganas de mandarle a la mierda me impedían guardar lo que pensaba. Ya me arrepentiría más tarde de perder el control.

—Eso es porque J está para follárselo una y mil veces. Si hubieras sido tú, habrías acabado en el hospital con un doctor barrigudo teniéndote que operar un testículo destrozado —musité con una agresividad que ni yo misma sabía que tenía. La cara de Roger era todo un poema—. No te pases de la raya, Roger, no vaya a ser que te arrastre allí arriba y supliques para que te suelte la polla y deje que te corras.

—¿Crees que me dejaría? —preguntó como un reto.

—Al principio no —admití, pero tenía una respuesta que acabaría con su chulería—. Pero reconoce que sueñas con que una mujer como yo te folle de verdad. Veo tu dura polla sin tener que agachar la mirada y el brillo de deseo en tus ojos cuando me miras. No juegues conmigo, querido. Tienes todas las de perder.

—Quizá tengas razón, pero hace una semana tú también perdiste.



Capítulo 13

Jared

Tenía todo el sábado para hacer lo que quisiera. De nuevo tenía libre el fin de semana después de haberle hecho un par de favores a Karen.

Lo peor. No tenía ningún plan.

Mis amigos de toda la vida, entre ellos el anticuado de Chris, trabajaban al día siguiente y al parecer salir de copas cuando tocaba cumplir obligaciones, ya no entraba entre sus planes de gente madura. La mayoría tenían pareja estable, estaban casados e incluso con algún hijo de por medio. A pesar de que la mayoría no tenía ni los treinta, habían dejado atrás las noches de locura y no dormir. Las fiestas las dejaban para estar en su casa, hacer reuniones informales para ver un partido de fútbol con unas cervezas y al terminar cada uno a su casa a descansar.

Eran todos unos aburridos faltos de energía. Apenas teníamos cosas en común. Ellos eran conformistas y les bastaba con centrarse en una rutina que nunca llegaría a cubrir todas sus necesidades por completo. Aparentaban ser felices, pero en el fondo a todos les faltaba algo aparte de la energía.

Quizá yo era un iluso que pensaba que cada día era una aventura. La monotonía era un muermo, y cuando hacía el amago de aparecer, luchaba por contrarrestarla de la primera forma que se me ocurriera. Por desgracia esa noche no tenía la cabeza con ideas demasiado innovadoras para paliar mi aburrimiento, así que me vestí para ir un rato al Fantasía Oscura con unos pantalones tipo cuero y camisa estrecha de color negro que enmarcaba mi pecho y tenía forma de uve para dar una pista de lo que allí escondía.

A pesar de no tener ninguna cita especial, allí siempre encontraba algo para hacer. A veces, con solo mirar los espectáculos del escenario disfrutaba, y si no, siempre había alguien dispuesto a comenzar un juego en una de las mazmorras. Era lo bueno de frecuentar lugares exclusivos donde todos compartíamos una misma afición y a la vez forma de vida; el BDSM, los juegos sexuales. En definitiva: Placer en mayúsculas.

Quedaba una hora para la media noche cuando llegué y la atención estaba puesta en el escenario. Dos amos luchaban en vano para dar una lección

ejemplar a dos sumisos que parecían buscar una buena paliza. No había forma de manejarlos y la tensión de sus parejas era palpable para todos los curiosos que nos detuvimos a observar la sesión.

—Les falta autoridad —comentaba un amo mientras su sumisa, sujeta por una cadena en el cuello que estaba atada a su collar, prácticamente desnuda, le hacía una buena mamada en la oscuridad de la sala mientras él miraba atento al escenario.

Era algo muy normal ahí. Éramos libres de hacer con nuestros cuerpos lo que nos diera la gana. Obviamente nadie decía nada, porque por eso era un club de lo más selecto y si juzgabas alguno de los actos llevados a cabo, directamente te ibas a la calle.

A excepción, por supuesto, que los actos acarrearán un peligro real para algunas personas.

—Han perdido el control, o simplemente los sumisos quieren un castigo mayor que sus amos no son capaces de darles en público y ni siquiera se ve que disfruten —comentó otra.

No les faltaba razón. Les faltaba decisión a la hora de dar golpes. Mano dura. Tenían que llevarlos al límite de sus posibilidades, marcar el ritmo para que el espectáculo público tuviera algún sentido. Controlarlos de forma que vieran que si obedecían, llegaría algo mejor para ellos. En esos momentos los pobres sumisos solo sentían vergüenza por estar expuestos para nada, sin ningún resquicio de que más adelante, aunque sufrieran latigazos, verían la luz al final del túnel con un gran orgasmo.

Pasaron los minutos y fui a pedir una copa. Todo mi interés se perdió cuando la sumisa del escenario se atrevió a dar un mordisco en la mano a su amo cuando él fue a acariciarla en un intento de apaciguarla.

Se habían precipitado en sacarlos ahí. No todos soportaban la presión de ser observados. Puede que fueran grandes amos, pero ante las masas perdían el control. La mayoría solo observaba y actuaba en las profundidades de sus oscuras mazmorras, siendo ahí dónde demostraban su verdadera valía.

—Buenas noches, J —me saludó Bea, una camarera de lo más sensual, morena de ojos verdes y piel olivácea. Un color muy poco británico, pero se debía a que ella era Francesa. Ahí no eran tan blancos como nosotros.

Sonreí con sinceridad y respondí a su saludo. Me sirvió una copa de Whisky y comenzamos una interesante conversación de la que, no tan en el fondo, me vanagloriaba.

—Estuviste genial la semana pasada —comentó en referencia a lo que

pasó con Danielle. Parecía que solo pudiera haber un tema de conversación.

Nada más entrar al club, me había dado cuenta de cómo muchos querían preguntar cómo lo había conseguido y qué había pasado al final. Cosa que jamás contaría. Ellos solo sabrían lo que ocurrió en público porque era lo que verdaderamente quería que vieran.

Además, tampoco les interesaba mi vida privada y aunque conocía a prácticamente todos los amos del local, no era de los que fanfarroneara de sus logros.

—La verdad es que no ha sido mi mejor sumisa —bromeé. Tampoco quería echarle más leña al asunto. Demasiada humillación le había hecho pasar ya.

Bea rio.

Todos conocían a Danielle, su actitud fría, distante e incluso cruel, y la situación vivida aquella noche era algo muy nuevo. Para todos.

—No llegaste a dominarla, y lo sabes, pero estuviste cerca.

—Es un ama de las más respetadas. No esperaba que fuese un reto sencillo.

Ni siquiera creía que lo hubiera conseguido. Disfrutamos, pero no la sometí. Cualquier instante en que lo pareciera, quedaba relegado a un segundo plano con sus reticencias a hacerme caso. Debía reconocer que en muchas ocasiones había sido yo el débil tan solo por el hecho de que ansiaba con todas mis fuerzas poseerla.

—Eres un héroe, pero también un poco cabrón —añadió. Teníamos bastante confianza, así que su insulto me hizo sonreír—. Ahora todos creen que Danielle es fácil de manejar. La has jodido pero bien. Antes he visto a Roger riéndose de ella a la cara. Obviamente Danielle le ha cortado el rollo rápido. Solo le ha faltado agarrarle las pelotas.

—¿Me estás queriendo decir que está aquí? —la corté lanzando la pregunta con más emoción de la que pretendía. Bea frunció el ceño en una expresión que mostraba diversión.

—Por supuesto, guapetón. Es más, la verás si giras la cabeza a la derecha. La tienes en el escenario.



Danielle

Era una locura, pero esos dos amos hacían más el ridículo de lo que yo lo había hecho hacía unos días en el escenario donde todos había llegado a pensar que Jared me había sometido.

Tras una pequeña discusión., me deshice al fin del capullo de Roger después de que él dijera la última palabra y me preparé para hacer algo que no tenía previsto. Pero aquel imbécil me había sacado de quicio y debía desahogarme de alguna forma que no fuera dándole un puñetazo que le partiera la nariz.

Me coloqué al pie de las escaleras y le indiqué a Brian, el chico de seguridad de la zona, que me dejara pasar. Al principio negó, ya que había un espectáculo en curso, pero uno de los amos al que le llamó el movimiento tras de él, le indicó que me dejara pasar. Cuando subí al escenario dispuesta a tomar el mando, vi agradecimiento en los ojos de ambos amos. No querían continuar si con ello solo cargaban con desplantes por parte de sus sumisos.

El murmullo del público no se hizo esperar. No era capaz de escuchar lo que decían, pero me pitaban los oídos y dudaba que fuera por halagos hacia mi persona

Era la mejor manera que tenía de demostrar cómo me las gastaba. Pocas veces daba espectáculos en público, y cuando lo hacía, todos lo recordaban. Los amos se echaron a un lado para darme el mando.

Quien mandaba era yo y aparte de a esos dos rebeldes, se lo demostraría a todo el mundo que mantendría su ojo crítico sobre todos y cada uno de los movimientos que hiciera a partir de ese instante. Me tomaba muy en serio mi rol como Ama. Era una parte muy importante y primordial en mi forma de vida. No solo era sexo, era algo más, mi forma de ser. Un excitante placer al que no creía poder renunciar.

A la gente normal podría parecerle algo vacío o un sin sentido, pero para mí no lo era. Era mi vida, mi pasión, algo que realmente disfrutaba y que también me enseñaba lecciones. Me mostraba los grandes placeres que se escondían en nuestras vidas y cuerpos, y ser una controladora del disfrute de los demás, llenaba algo en mi interior que no era capaz de describir con palabras.

Me acerqué con paso decidido y la cabeza bien alta hasta la sumisa que

minutos antes agredió a su inexperto amo.

—¿Te gusta morder, esclava? —pregunté con voz seductora. Con solo una mirada penetrante, la sumisa palideció. Sabía a la perfección a quién se enfrentaba.

Asintió no muy segura de sí podía. En realidad, todavía no le había puesto ninguna orden así que no actué.

Apreté su cara entre mis manos y me acerqué segura de que no se atrevería a hacer nada que la perjudicara.

—Ni se te ocurra revolverte, bonita. Si quieres jugar, vas a tener que seguir mis normas.

—No te tengo miedo —murmuró con voz trémula. Cogí la fusta que minutos antes tenía su amo entre las manos y le azoté los pechos con fuerza.

Un quejido salió de entre sus labios mezclado con un gemido de placer.

Veía en su cara como era eso exactamente lo que quería: el dolor que después se convertiría en máximo placer.

—No es miedo lo que quiero de ti, sino tu rendición. Quiero oír tus súplicas ante mis toques, tus gritos y dejar este coñito tan húmedo, que desearás que todos los presentes te follemos —musité suavizando el tono de mi voz.

Toqué sus húmedas braguitas de cuero y me lamí los dedos con tal sensualidad, que oí como la sumisa tragaba saliva por encima del ruido de fondo.

—No hables si yo no te lo ordeno. No gimas aunque lo desees. Por cada orden que no cumplas, recibirás un azote. Y créeme, no soportarás más de cinco.

—Tú no eres mi ama. No te debo sumisión —replicó. Sonreí con sorna y volví a golpearla en los senos. No utilicé apenas fuerza, se trató de una suave caricia que puso todavía más erectos sus pezones.

—Que no lo sea no significa que no estés bajo mi poder en estos instantes. Puede que a tu amo puedas retarlo, pero te aseguro que yo no soy tan benévola. Si quiera disfrutar, debes obedecer. Si no, lo único que podrás esperar de esta sesión, es dolor. Y querida, te aseguro que no querrás ser la comidilla de toda esta gente que te observa. A ellos les gustará más ver cómo te sometes, y así, yo podré darte exactamente lo que quieres: un orgasmo que disparará todos tus sentidos.

La dejé pensando en mis palabras y agachó la cabeza.

Era el turno del siguiente. Me centré en mi otra víctima, quien había

observado mis movimientos sin ni siquiera respirar. Era un chico muy atractivo. Su amo lo trajo completamente desnudo y a pesar de atreverse a no obedecer, estaba tan duro que debía de dolerle la polla.

Agarré con mi mano su dura erección y un suspiro salió de su boca. Buscaba atención de inmediato.

Le azoté la polla con la fusta.

—Las mismas normas, esclavo. Te aseguro que merecerá la pena. Pero ya sabes. Si no me obedeces, solo recibirás castigo.



Capítulo 14

Jared

Aquello estaba siendo todo un espectáculo para mis ojos y mi polla no hacía más que presionar mis pantalones de la excitación que me provocaba.

La Dama de Hierro había cerrado todas las bocazas que creían que ya no era la misma, que su dureza había quedado reducida a la nada por mi intento de someterla y conseguirlo a medias. Ahora hablaban de su perfecto dominio de la situación.

Al principio de su intromisión en el escenario, sobre todo la chica, se resistió, pero tras los golpes y las humillaciones públicas que habían conseguido incluso hacerla sollozar, se había aplacado. Ya no estaba atada a las cadenas del techo, tenía la oportunidad de huir y no lo hacía. Danielle la tenía suelta y estaba de rodillas, a cuatro patas con una cola de caballo introducida en su ano. Su trasero era visto por todos y el otro sumiso estaba sobre ella, obligado a hacer como que la montaba, ambos llevando a cabo un Rol-Play de animal y humano que con cada azote del chico conseguía que ella reprimiera un gemido.

Los dos habían recibido un buen castigo, sus cuerpos estaban como un tomate y lo peor para ellos era que prácticamente todo el local lo había visto. Habían visto y oído sus sollozos, sus gemidos y notado como a cada toque de atención por parte de Danielle, se excitaban más y más. Se había comportado de forma implacable. Los azotes habían sido duros, llevándolos hasta el límite entre el dolor y el placer.

Y por supuesto, ambos sumisos habían obedecido todas las normas. Danielle no había dejado que se corrieran en ningún instante, y ellos, a sabiendas de que aquello conllevaría un castigo mayor, lo habían cumplido.

Al final dio por terminado su espectáculo devolviéndoles el mando a sus verdaderos amos que continuarían adocrinando a los suyos en la intimidad. No creía que sus mascotas tuvieran ganas de revelarse de nuevo, por lo menos aquella noche. Además, tras ese castigo público por fin serían recompensados con el placer que tanto ellos, como sus amos, habían ido a buscar en el club.

Su placentero sufrimiento había terminado.

La atención dejó de estar puesta en el escenario y cada uno volvió a lo suyo.

—Parece que es incluso peor que antes —comentó Bea sacándome de mis pensamientos.

—Es una gran Ama —coincidí. Mi voz parecía de otro mundo, tenía la cabeza en otra parte y la polla palpitando, tan dura que podría romper mi fino pantalón. Y Bea me lo confirmó con su gran capacidad de observación.

—Está bajando del escenario. No la lées, bribón, o esta vez serás tú el que suba a ese escenario para ser humillado —se burló.

Pasé sin prestar atención a nadie. Solo tenía un objetivo. Su pelo negro azabache no ayudaba a localizarla con facilidad, pero sus andares y ese vestido de látex tan sensual que se pegaba a su cuerpo como una segunda piel, me hizo encontrarla. Hablaba con Peter de forma animada y escuché, aun con la música de fondo, su risa musical. Un sonido nuevo para mí que me hizo estremecer de arriba abajo. Me ponía todavía más duro. Sería capaz de secuestrarla y encerrarla para pasarme otra noche enloqueciéndola.

Pero no.

No podía tentar al destino una segunda vez a pesar de que la idea me sacaba una sonrisa involuntaria.

—Hola J, ¿qué tal? —me saludó Peter.

Noté como Danielle se tensaba ante la mención de mi nombre.

Era obvio que mi presencia le afectaba de alguna manera.

Debía descubrir de cuál, pero no me extrañaría que en aquel instante se tratara de ganas de venganza por lo que le hice la semana anterior.

—Hola Peter. Hola, Danielle, ¿qué tal estáis? —pregunté siguiendo los clichés a la hora de socializar, a pesar de sentir la enorme tentación de coger a Danielle en volandas y llevarla a una mazmorra para disfrutar una vez más de su cuerpo de diosa griega.

Peter fue quien me contestó. Ella se mantuvo callada. Buscaba la manera de marcharse sin ser maleducada, pero no tuvo la ocasión. Bea, de lo más oportuna, llamó a su jefe para que la ayudara a hacer algo y nos quedamos a solas.

Era el momento perfecto para hablar con ella, para decir las cosas que aquel día se quedaron en el tintero, y quizá, para recordar los mejores momentos de la noche con un ración intensa de sexo salvaje.



Danielle

El sonido de su voz provocó como una descarga eléctrica que recorrió todo mi cuerpo.

Volver a verlo había resultado más incómodo de lo que en un principio pensé a pesar de las ganas de sentir su presencia. Si no hubiera sido porque fue ahí donde él me humilló, estaría en otro local. Sin embargo, debía admitir que quería volver a verlo.

Podía resultar masoquista y algo incoherente. Durante la última semana lo había evitado. No por miedo ni vergüenza —o eso quería hacerme creer—, solo para demostrar que conmigo no se jugaba así. Pero lo peor de todo era que tenerlo delante, con su ropa tan ajustada, con esa camiseta de cuello en uve mostrando parte de unos pectorales tan sensuales como la belleza de la noche, hacía que olvidara cualquier intento de hacerme la fuerte.

Necesitaba un buen copazo, otro más, sino quería caer en la tentación de atacar esos labios delante de todos. Porque desde que él había hecho acto de presencia y el espectáculo del escenario había terminado, muchas miradas indiscretas nos observaban a la espera de descubrir qué ocurría entre nosotros.

—Has estado espléndida —murmuró en ese tono de *mojabragas* que también funcionaba conmigo—. Tu dureza me ha puesto a cien, Dama de hierro.

Se acercó los pocos centímetros que nos separaban y se tomó la confianza de cogerme por las caderas y deslizar sus manos hasta mi trasero.

—Será mejor que quites las manos de mi culo si no quieres que te arrastre por los suelos —sonreí seductora a pesar de que mis palabras eran una clara amenaza.

Debería haber atentado contra su polla. Seguramente un ataque ahí lo pondría en evidencia.

—¡Uh! ¡Qué agresiva! —sonrió ladino, pero obedeció—. Deja que te

invite a una copa, preciosa.

Acepté con la condición de que tuviera las manos quietas. No pudo prometerlo, pero haría el esfuerzo.

Solo había una zona con mesas en el local y normalmente estaba vacía porque a la gente le interesaba más entrar en acción. Esa noche no era la excepción, los asiduos al local ya traían a sus parejas de casa y no tenían necesidad de perder el tiempo tomando algo, para eso ya estaba el resto de locales de Londres. De camino recibimos las miradas de muchos y los susurros no se hicieron esperar.

—Menuda panda de cotorras —murmuré y mantuve la cabeza bien alta mientras paseaba la mirada entre aquellos que nos observaban.

La música no estaba demasiado alta. Se había escuchado mi comentario a la perfección.

No me importaba una mierda. Era exactamente lo que quería, demostrar que no me importaba lo que dijeran de mí. Estaba muy segura de mí misma y de mis dotes como Dominante. Ya había tenido que lidiar más veces con los rumores. Por uno más no me iba a morir.

Aunque me fastidiaba...

—Somos la comidilla —añadió él.

—Y tú eres el único culpable. —Me crucé de brazos y continué mi camino hasta la mesa pasando por delante de él.

Nos sentamos el uno frente al otro. Mantuve una distancia prudencial. Necesitaba auto convencerme a mí misma de que no tenía la intención de follar con él esa noche, y por supuesto, que no dejaría que acaparara el control.

Tenía mucha fe en mí misma.

Había demostrado en el escenario cómo me las gastaba. Cualquier paso en falso lo estropearía todo. Las habladurías sobre mi decadencia habían cesado por el momento, por lo menos hasta que Jared había aparecido. En ese instante, la única que tenía el poder de hacer que reaparecieran esos rumores, era yo.

El solo hecho de estar ambos sentados juntos daba mucho de qué hablar, pero sabía que él no pretendía ridiculizarme. Todo era un juego, y debía admitir que yo había querido entrar en él. Las represalias eran daños colaterales, pero con la oportunidad de pararlo y no haberlo hecho, yo misma me había buscado ser el centro de atención.

Bebimos nuestras copas envueltos en un incómodo silencio. Ninguno

sabía qué decir. Fue Jared quien arrancó con una pregunta de lo más original.

—¿Cómo estás?

Era de esas preguntas que nadie pronuncia.

Por si no os habíais cerciorado, era sarcasmo.

—Muy bien. Disfrutando de mis vacaciones.

Mi respuesta lo dejó pensativo. Supuse que le habría venido a la mente el por qué no iba a la cafetería como todas las mañanas. Era una buena forma de aplacar su ego. No pasaba nada por decir una mentira piadosa. No tenía por qué saber que no iba porque no me daba la real gana. Tampoco tenía por qué saber que justo acababa de librarme del trabajo durante un mes.

—La verdad, pensaba que tratabas de evitarme —admitió. Solté una seca carcajada de lo más falsa. Ni yo misma me la creí.

—Creo que te crees muy importante, amo J —respondí en tono de burla—. No te tengo miedo, por lo tanto no tengo por qué evitarte.

—Pero te pongo nerviosa. —Eso no lo podía negar.

Aun intentando mostrarme inaccesible, las manos me sudaban y mi coño palpitaba al recordar como su polla me embestía con fuerza la semana pasada, llenándome por completo.

—Es cierto —admití—. Pero yo también te pongo nervioso. Hice un cruce de piernas a lo Sharon Stone y de forma cuidadosa re Coloqué mis pechos en el estrecho vestido. Ahora estaban más juntos y prietos y sobresalían todavía más del escote—. Pero provooco el mismo sentimiento en ti. Y no puedes negarlo aunque lo intentes. Tienes una cosa entre las piernas que te delata. Lo ha hecho desde el instante en que nos hemos encontrado.

Jared no me quitaba los ojos de encima. Inconscientemente me relamí los labios y él suspiró. Mantenía una postura en apariencia relajada, pero el baile de sus piernas entreabiertas lo delataba.

Era como si estuviera sentado sobre un resorte que en cualquier momento saltaría.

Quería lanzarse a por mí, comerme de arriba abajo y disfrutar de mi cuerpo. Un privilegio que ya había tenido, pero que no iba a volver a tener.

Por el momento.

—Tienes mucho poder sobre mí...

—Pero crees que puedes conmigo —finalicé leyendo su expresión.

No lo negó.

—No me sometiste aunque todos lo crean. No soy una sumisa a la que puedas controlar.

Debía repetirlo una y otra vez para convertirlo en verdad.

—No, pero casi. Me faltó tiempo. —Dio un trago a su vaso de Whisky y yo lo imité.

La conversación era tensa. Quería que cambiara de tema. Había curiosos a nuestro alrededor que disimulaban muy mal mientras hacían el intento de escuchar nuestra conversación.

Mantuvimos nuestros ojos en el otro durante varios minutos, en silencio. Apenas eran las dos de la madrugada y había mucha noche por delante. De repente recordé que había quedado con dos de mis sumisos habituales. Miré el móvil y descubrí que Steve y Clare no se presentarían. La canguro les había fallado.

Eso me lo apuntaba para darles un castigo. Me habían dejado plantada.

Tenía ganas de gruñir, pero a la vez, era un alivio. Quizás el jodido destino quería que mi noche transcurriera junto a Jared. Un pensamiento que era mejor quitar de mi cabeza si no quería acabar como la semana anterior.

—¿Has venido sola?

—Sí, en taxi —contesté.

Le había dado demasiada información.

Bebí lo que quedaba de mi copa de un trago y llamé a la camarera para que me trajera otra. Esa noche se me estaba yendo la mano con el alcohol y ya comenzaba a notar sus efectos en mi cuerpo. Sin embargo, no tenía nada más importante que hacer. A pesar de estar rodeada de gente y tener oportunidad de pasar una noche sensual con alguien que quisiera recibir una lección, ahí estaba, sentada a solas con Jared.

Hablábamos de la vida. Durante la siguiente media hora conseguimos mantener en segundo plano la innegable atracción que sentíamos, pero las copas de más acrecentaban la temperatura de mi cuerpo y estar en su presencia era complicado. Cada vez me resultaba más atractivo, si eso era posible. Era de esos especímenes de ser humano por los que tenías que girar el cuello cuando pasaban por tu lado. Una droga a la que era muy sencillo volverse adicto.

Y no quería eso en aquellos instantes. Sería un tremendo error por mi parte. Una distracción innecesaria en mi ordenada vida.

Era la hora de volver a casa, o sino, acabaría haciendo algo de lo que tenía muchas ganas.

—Será mejor que me marche. Creo que una copa más y terminaré de perder mi seria reputación delante de todos y sobre todo de ti —solté con una

risita nerviosa. Jared sonrió.

—Estoy de acuerdo, pero voy a llevarte a casa.

—¿Es una orden? —fruncí el ceño.

—Puede —contestó.



Capítulo 15

Jared

Era la primera vez en mucho tiempo que iba a un local BDSM y solo hablaba con alguien. Nada de sexo, ni juegos, solo conversación.

Sin embargo, no estaba hablando con una mujer cualquiera. Danielle era LA MUJER, en mayúsculas. Ese pecado que había tenido el placer de probar durante toda una noche y que quería disfrutar de nuevo.

Me ponía más de lo que cualquier mujer me había puesto jamás y me costaba mucho concentrarme en lo que me contaba por culpa de la erección que siempre me acompañaba con su cercanía.

Conocía a la Danielle que se ocultaba en el mundo de las mazmorras, a la Ama implacable, pero no a la mujer normal y adulta que había dentro, aquella con una vida más allá del sexo. No nos conocíamos de los clubs, sino de la cafetería en la que yo me ganaba el dinero desde hacía ya varios años, después de abandonar por completo la que iba a ser mi vida, pero desde el primer instante en que la vi entrar, con su paso altivo, segura de sí misma y ese contoneo inconfundible de cadera, supe quién era.

Me pasaba el tiempo observándola a escondidas como un pervertido, deseoso de atraer su atención de alguna forma. Incluso soñaba con que me reconociera de los clubs.

Pero claro, era fría y distante con otros amos, por lo tanto, para ella, era un completo desconocido y solo un camarero de la cafetería que frecuentaba. Pasó demasiado tiempo hasta que llamé su atención y el día en que comenzó nuestro tonteo, por fin sentí que podría ocurrir algo más entre nosotros.

Durante nuestra extensa charla en el sitio más desocupado del club, descubrí por fin a qué se dedicaba y detalles de su vida que la convertían en muy humana.

Subdirectora de Marketing de una gran empresa, con familia que vivía en Irlanda y con la que no se hablaba mucho y un grupo de amigos locas de la infancia con los que a veces quedaba para recordar viejos tiempos y dos

chicas lesbianas que sí conocían su faceta Dominante, ya que una de ellas fue su sumisa durante un tiempo. No obstante, no ahondaba mucho en el asunto. Era una chica fuerte e independiente, pero no le gustaba hablar de su vida. Medía sus palabras y demostraba tener el control de la conversación. A mí me sacó toda la información que quiso y cuando terminó con el interrogatorio y su tercera copa, decidió que había llegado el momento de marcharse. Así que me ofrecí a llevarla.

En el fondo, deseaba que la noche no terminara tan pronto.

Por lo menos, la promesa de no meterle mano, la estaba cumpliendo a rajatabla.

Por el momento...

Salimos del club hasta una calle ancha de la ciudad. La noche era bastante estable. Hacía algo de fresco, pero se notaba que el verano estaba muy cerca. Ya no era necesario sacar el abrigo para pasear de noche a la luz de las estrellas.

Danielle se tambaleaba un poco con sus tacones de altura kilométrica y en varias ocasiones tuve que agarrarla para que no cayera. La llevé hasta donde tenía aparcado mi apreciado vehículo y saqué las llaves.

—¿Dónde vives? —pregunté mientras le cedía un casco para que subiese a mi preciosa moto; una *Charlie Davidson* antigua que hacía que te corrieras con solo echarle una mirada.

Danielle también supo apreciar su grandeza, silbó antes de coger el casco y la acarició con suma suavidad hasta que le hice la pregunta.

—Que sepas mi dirección no me hace mucha gracia —contestó tras ponérselo.

—Pues entonces tenemos un grave problema. Me has permitido que te lleve, pero si no me dices a dónde, quizás acabes en un lugar mucho peor —bromeé en tono seductor. La llevaría a mi casa y entonces no tendría escapatoria. Allí yo era el dueño.

El amo y señor de mi reino de perversión.

Estaría encantado de llevarla hasta mi terreno de nuevo, sin embargo estaba un tanto ebria y aun con la consciencia intacta, no quería ser un aprovechado. Su venganza podría ser mucho peor.

Todavía recordaba sus últimas palabras de aquella noche. Quería vengarse por haberla casi sometido a traición, y tenía toda la razón del mundo en querer hacerlo. Durante la noche no habíamos hablado sobre el tema. Nos estábamos conociendo de verdad, como personas normales. Pero en el fondo,

yo solo podía pensar en qué sería capaz de hacerme. Me excitaba solo con imaginarlo.

—Está bien, pero conocer el sitio no te dará derecho a aparecer cuando te apetezca. —Me señaló con el dedo arqueando una de sus cejas. No pude más que reír ante ese gesto tan infantil. Parecía un padre advirtiéndole a su hija de que no llegara tarde a casa.

—Eso ya lo veremos, preciosa...

Tras darme su dirección subió a la Harley a regañadientes. No íbamos a tardar más de quince minutos en llegar y decidí ir más despacio para disfrutar del viaje. Además, vivía más cerca de mi casa de lo que jamás hubiera imaginado. Danielle me agarraba la cintura con fuerza y su cuerpo calentaba mi espalda cubierta tan solo por la fina camiseta y una chupa de cuero fina y veraniega.

No hablamos durante el camino, el casco ensordecía mucho nuestras voces y me daba la sensación de que estaba nerviosa por el hecho de que descubriera su localización. No era algo normal entre dos años, y menos, entre unos que habían tenido un encuentro que acabó por humillarla un poco.

El aire fresco Londinense me resultaba un horno al sentir el calor de su cuerpo en mi espalda. Tenía la polla tan dura que durante un minuto pensé en parar la moto y follarla sobre ella: una fantasía que desde que tenía la moto, no había llegado a cumplir. Por suerte quedaban solo unos metros para llegar y mi cordura me recordó que no era un animal en celo. Aun así, era una fantasía que esperaba poder cumplir algún día de mi vida.

Y debía ser con ella.

—Es ahí —indicó en voz alta señalando un edificio imponente, en pleno centro de la ciudad, a unas diez manzanas de la cafetería y, efectivamente, no muy lejos de mi casa. Un dato importante y a tener en cuenta.

Bajó de la moto y la seguí mientras se quitaba el casco para devolvérmelo.

—Gracias por traerme.

—Ha sido un placer —respondí con una caballerosa reverencia.

Nos quedamos parados el uno frente al otro. En silencio, como dos adolescentes en su primera cita que no sabían cómo actuar ante la novedad.

Ridículo...

¿Qué demonios me pasaba?

—¿Quieres tomarte la última en mi casa? —preguntó tras unos segundos en un tono un tanto tímido, con la cabeza gacha.

¡Oh dios! No sabía lo que me pedía. Eso si iba a ser todo un reto para mi

autocontrol.

Tenía dos opciones: marcharme y cabrearla un poco más, o aceptar y parecer tan desesperado como realmente estaba.

Obviamente me decanté por la segunda.

Cualquier oportunidad para estar a su lado era merecedora de ser aprovechada.

Al fin y al cabo, estábamos pasando una noche de lo más apacible, qué más daba alargarla un poco más.



Danielle

¿Acababa de invitar a Jared a mi casa? ¿A mí santuario? ¿Mi lugar sagrado? ¿El lugar donde entrenaba a los sumisos que de verdad me rendían pleitesía?

Sí. Lo había hecho, con alevosía. Sin miramiento alguno en un impulso de adolescente hormonada que quiere ligar con el chico guapo de clase por el que todas mojan las bragas.

Debía tomar nota de no pasarme con la bebida en su presencia, ello me confería tener la lengua más suelta de lo normal, y las hormonas... Suficiente había bebido ya.

Porque no podía negar una cosa, mi única misión era follármelo. Tanta charla me había abierto el apetito. Mientras me traía con su moto hasta mi casa, tuve la tentación de hacerle parar y meterme su polla hasta el fondo.

Así, sin paños calientes. Ya estaba él para ponerme al punto de ebullición como nadie había conseguido nunca. Ansiaba su contacto, más de lo que desearía porque en el fondo, debería sentir algo de odio por él.

Sin embargo, la irrefrenable atracción a la que estaba sometido mi cuerpo, quitaba cualquier atisbo de racionalidad por mi parte. Además, la noche me había descubierto a un Jared demasiado atractivo, y no físicamente, sino como persona.

Me había hablado de su familia, de su pequeña sobrina a la cual adoraba y de cómo ocultaba a todo el mundo su lado sadomasoquista. Era como cualquier persona fuera de una mazmorra, vivía solo, hacía ejercicio, y por supuesto, era un gran aficionado a los videojuegos.

Crear esa confianza en tan solo una larga conversación no era una situación que se me presentara muy a menudo, y menos, con una persona que excitaba cada partícula de mi piel con solo una mirada. Podría considerarse una atracción sobrenatural, casi prohibida. Una atracción que minaba la fuerza de mi dómina interior, relegándola a un segundo plano para dar vía libre a una sumisa rebelde que retaba a su amo para recibir duros castigos.

Ridículo, ¿verdad?

Ni yo misma era capaz de comprender tales pensamientos. Años atrás comencé siendo una sumisa, pero una mala experiencia que me prometí no volver a repetir, me hizo lo que soy: un ama de lo más reputada que disfrutaba mucho al dar placer y recibirlo con sumisos.

No era un trauma, solo autoprotección. Un afán por obtener el control de la situación. Disfrutaba mucho con ello, pero Jared era capaz de hacerme dudar de lo que sentía y sentirme desprotegida de esa manera activaba de nuevo esa defensa que él tenía poder para hacer caer.

Abrí la puerta del edificio y entramos en el ascensor para subir hasta el ático. Jamás se me había hecho el camino tan eterno como en aquel largo minuto. Nuestras miradas estaban fijas en el otro, el castaño de sus ojos tenía un brillo abrumador. No hacía falta hablar para saber lo que cruzaba por nuestras mentes.

Sexo era la palabra clave.

Duro, sensual, eterno...

Un sexo que quedaría grabado en cada recoveco de nuestros cuerpos.

Jared no lo resistió más y en cuanto la puerta del ascensor se abrió, me acercó a él y besó mis labios con tanta pasión que creí perder la cabeza. Agarré su pecho y metí las manos bajo la camiseta para tocar sus prietos músculos. Sus manos danzaban con libertad por mi trasero después de subir la poca tela del vestido que lo cubría. La temperatura cada vez era más elevada y nuestras respiraciones se convirtieron en erráticas.

Le fui guiando hasta mi puerta y sin saber cómo, conseguí abrirla. No sabía ni de dónde habían salido las llaves pero ya estábamos adentro.

Podríamos haber montado el espectáculo en pleno descansillo, pero entonces los vecinos jamás volverían a respetarme como la alta ejecutiva que

aparentaba ser en mi día a día.

Fuimos dejando nuestra ropa por el camino y al llegar a mi mazmorra particular, los dos estábamos completamente desnudos, él completamente erecto y yo mojada y preparada para recibir su polla.

—Odio ir tan deprisa, pero tu cuerpo me llama a gritos —dijo con voz ronca. Me empujó sobre la cama redonda que ocupaba la estancia y se encajó entre mis piernas—. Voy a follarte ya.

—¿Tan poco autocontrol tienes, Amo J? —lo reté con una sonrisa burlona.

—¿Prefieres que te ate mientras me masturbo delante de tus narices?

—Es una idea de lo más tentadora —sonreí seductora. La imagen de él masturbándose frente a mí apareció en mi cabeza y relamí mis labios. Sin embargo, debía recuperar el control—. Pero... aquí mando yo.

Con un rápido movimiento metí una pierna entre las suyas y con un suave toque doblé su rodilla hasta el punto en que, poniendo toda mi fuerza, le giré para ser yo la que quedara encima y le coloqué los brazos sobre la cabeza.

—¿Qué haces? —preguntó con el ceño fruncido por la sorpresa. No se esperaba mi movimiento. Y menos aún, lo que ocurrió a continuación.

Fingí que acercaba los pechos hasta sus labios para alcanzar con mis manos aquello que colgaba de las patas de la cama. Dos esposas de tela que coloqué en sus muñecas mientras lamía mis pechos.

Fue realmente difícil ponérselas mientras su lengua jugueteaba con mis erectos pezones. Casi no lo conseguí. Mi garganta solo quería soltar gemidos..

—Serás... —gruñó al darse cuenta de mi jugada—. Esto es jugar sucio.

—Igual que hiciste tú, cariño —contesté sonriente todavía sobre él. Su miembro se clavaba en mi coño sin llegar a penetrar y era difícil no caer en la tentación de metérmela hasta el fondo y cabalgar como toda una profesional hasta correr los dos.

Estaba duro, preparado para funcionar, sin embargo no pensaba ponérselo tan fácil.

Me deslicé cual gata por su cuerpo, repasando con la lengua sus músculos y tatuajes hasta llegar a su vello púbico.

—Por dios, Danielle, déjame follarte.

—¡Cállate! —lo reñí golpeando su polla con la palma de la mano. Gimió sin poder evitarlo—. Me follarás cuándo y cómo yo te lo diga. Y me llamarás Dómina.

—Ni lo sueñes, preciosa.

—Molesta, ¿verdad? —Lamí su larga polla de arriba abajo e hice énfasis con mi lengua—. Te sientes indefenso... —continué y gimió al jugar con su glande—. Perder el control te pone de los nervios.

Me levanté de entre sus piernas y caminé por la habitación para ir en busca de lo que iba a necesitar para comenzar el juego.

Ahí tenía todo lo necesario para volverlo loco, aunque era probable que yo enloqueciera con él.

Había algo en Jared que me atraía de una forma inexplicable. Me sentía conectada a él, y no solo en el ámbito sexual, había algo más a lo que no quería darle vueltas.

Solo jugábamos, simple y llanamente.

—Tienes suerte de que aquí solo estemos tú y yo. Mereces ser humillado por lo que me hiciste. Ahora tú eres mi esclavo.

—Nunca seré un esclavo. Soy un amo. Tú amo —se defendió de forma pésima.

Reí sabedora de cómo se sentía y encantada con tener el poder.

Le di un suave latigazo en las pelotas y soltó un quejido entre el dolor y el placer.

—Si te revelas, cada vez será más fuerte. A ver cuánto aguantas, esclavo.

—Seguro que más que tú.

Estaba furioso. Lo notaba en su voz y eso no hacía más que excitarme y hacer que mantuviera una enorme sonrisa malévola en mi rostro.

Adoraba ver cierto temor en sus ojos. En ese instante casi lo tenía como llevaba queriendo desde hacía ya casi tres meses; a mi merced. Siendo yo la poseedora del control.

La verdad era que no esperaba que la noche diera ese giro tan brusco. Ni siquiera en mis mejores sueños había soñado con tenerlo en mi propia mazmorra, pero si algo había aprendido a lo largo de los años, era a disfrutar del momento.

Y pensaba hacerlo mientras conseguía que Jared también lo hiciera.

Porque lo haría. Disfrutaría de la misma forma que él consiguió conmigo mientras me intentaba someter.

Dos amos, una lucha en la que en el fondo, ambos saldríamos ganadores.



Capítulo 16

Jared

No me lo podía creer.

¿Cómo había sido tan estúpido de caer en su trampa?

Debí imaginar que Danielle no me lo iba a poner tan fácil, pero terminar atado para ser sometido por ella en esa cama digna de burdel, con sábanas de seda rojo sangre, no era una posibilidad que barajara al llegar a su casa.

Jamás me había sometido a nadie. Empecé como amo y no conocía ninguna otra forma de disfrutar en el mundo del BDSM. Estar atado me enfurecía y más me enfurecía no haberme dado cuenta de su treta. Debía haber estado más avisado, y más, cuando ella misma ya me había advertido de que en algún momento llegaría su venganza. Sus besos me atontaban. Estaba tan perdido entre sus labios que todo dejó de existir durante un momento. Nuestros cuerpos desnudos mantenían el contacto y mi polla solo pensaba en penetrarla.

Ese había sido mi error. Las prisas no eran buenas, y menos con alguien como ella.

Con cualquier otra mujer podía ser menos comedido, pero con Danielle, toda precaución era poca. Ella sabía el modo perfecto para manejar a las personas y mi despiste le había dado esa ventaja que tanto buscaba.

¡Mierda!

—No me hagas esto —supliqué mientras se acercaba a mi verga con una anilla constrictora que apretó en mis pelotas.

Dolía, pero a la vez sentí un latigazo de placer que me hizo gemir, provocando una sardónica sonrisa en Danielle.

La muy perra disfrutaba y en el fondo la entendía.

Éramos prácticamente iguales.

—A mí no me diste opción. Tienes suerte de que estemos a solas. Al menos tienes la certeza de que nadie verá cómo te corres como una auténtica nenaza.

—No lo conseguirás. Puedo aguantar todo lo que quiera —mentí intentando mostrar una valentía que no sentía. Con solo esa argolla y su

mirada malévola, ya tenía ganas de correrme. Por suerte el aparto me lo impedía.

Cortaba la circulación.

Danielle se colocó entre mis piernas y fijó sus ojos verdes en los míos mientras su lengua trazaba círculos en mi glande.

—Eres tan delicioso —anunció con voz sedosa—. Y estás tan duro.

Continuó torturándome con su boca. Manejaba la técnica a la perfección, la metía hasta el fondo de su garganta, para después, parar durante unos segundos en mi glande y acariciar con sus manos mis testículos.

La cabeza me daba vueltas. Sentía que estaba a punto de enloquecer de placer. Quería correrme y Danielle no parecía dispuesta a complacerme en ese aspecto.

Me estaba haciendo sufrir como nunca, ponía a prueba mi aguante, y a pesar de que era excepcionalmente bueno para contenerme, aquello complicaba demasiado las cosas.

Necesitaba la liberación, y cuanto antes llegara para poder dedicarme a darle lo que merecía, mejor.

—Coge aire y prepárate. Esto no ha hecho más que comenzar, esclavo.



Pues sí, aquello no había hecho nada más que comenzar. Llegó un punto de la noche en la que perdí la noción del tiempo y era incapaz de contar las horas que llevaba al borde del orgasmo. Nunca había sentido tanta frustración sexual.

Siempre tomaba lo que quería cuando quería y ser víctima de la posesión de Danielle me tenía al borde del precipicio.

Quería correrme. Me dolía cada músculo del cuerpo y desearía que me hubiera dado un golpe en la cabeza que me dejara inconsciente para no sufrir más. Sentía el dolor en mi polla como si fuera el cerebro de mi cuerpo.

Mi verdadero cerebro estaba bien frito de tantas caricias, golpes y latigazos por parte de Danielle. Las rojeces se veían por todo mi cuerpo y la mirada de mi malvada prisionera era de satisfacción total. Se notaba que estaba en su ambiente y debía reconocer que sentir en mis carnes lo mismo que le hacía a sus sumisos, era una experiencia indescriptible.

Ahora ella cabalgaba con cuidado sobre mi dura verga, procurando no lastimarme con el artilugio infernal que me impedía la liberación.

—¿Todavía no suplicas? —preguntó por enésima vez.

Llevaba insistiendo durante toda la sesión y el silencio era lo único que salía de mi boca. Si soltaba alguna palabra no sería agradable para sus oídos porque el cabreo, el placer que sentía y la indefensión pondrían palabras en mi boca de las que quizá luego me arrepentiría.

—¿Se te ha comido la lengua el gato? —rió entre gemidos.

Estaba desinhibida. Disfrutaba con el contoneo de sus caderas sobre mi dureza, del toque de sus propias manos al acariciar sus pechos y deslizarse brevemente hasta su clítoris. Su humedad cubría mi miembro y parecía que las paredes de su coño cada vez se contrajeran más.

Una maldita tortura.

Sacó mi polla de su interior y se acercó a mi rostro.

Ni ganas de mirarla tenía.

Ahora entendía a la perfección cómo se sintió ella aquella noche. Era horrible para un amo ser sometido, sin embargo, y era imposible de negar, estaba tan excitado que no creía que con solo correrme bastara para paliar la necesidad de sexo que me consumía.

Necesitaría toda una vida para ello.

Toda una vida para quitar de mi interior las ganas de poseer a Danielle.



Danielle

El pobre Jared estaba desesperado tras cuatro horas sin poder culminar por culpa del anillo constrictor que rodeaba su polla y sus pelotas y mi precisión de tocarlo e impedirselo. Mientras él sufría, a mi cuerpo lo invadía un placer sin parangón. Me excitaba con cada roce contra su cuerpo, su miembro en mi interior me complacía, encajábamos a la perfección y cuando lo miraba, creía que podría alcanzar el orgasmo. Su mueca contraída por el placer y la frustración, me ponía demasiado, ensalzaba todavía más mi lado sádico que quería ver aquella espléndida imagen: alguien con ganas de rendirse, pero lo suficientemente fuerte como para no hacerlo.

Aguantar tanto tiempo con el anillo en su verga era casi un suicidio. El artilugio servía para alargar su ya de por sí dura erección, y cuanto más fuerte, menos oportunidades para correrse tenía y él se resistía a pedirme que lo dejara. No pensaba someterse. En el fondo tenía tantas ganas como yo de follar hasta el desmayo.

Sus pelotas y pecho estaban enrojecidos por los latigazos. No había tenido piedad. Aun así, tenía más de la que tuvo él.

En realidad, y me avergonzaba decirlo, había sido más benévola de lo normal. Si hubiéramos estado en el club, sin duda lo hubiera paseado como mi mascota, a cuatro patas, enseñando su precioso culo a todo el mundo que habría tapado con un *plug* con cola de caballo.

Pero ahí solo éramos él y yo.

Tenía a Jared todo para mí.

—Empiezo a tener ganas de disfrutar —comencé—. No me malinterpretes, verte así de excitado, poseído por la rabia de no poder correrte, me excita hasta el punto de estar muy mojada y he tenido algún que otro microorgasmo mientras me la metía, pero necesito mucho más de ti. — Me situé con las piernas abiertas alrededor de su cuello y pasé la mano por mi sexo para después lamer los dedos impregnados de mi esencia—. ¿Quieres probar?

Me miró con fijeza, pero continuó en silencio. Debía reconocer su entereza, aun habiendo sufrido varias torturas y gemido, en ningún momento había llegado a someterse. Aceptaba su futuro, pero no se sometía y reconocía que eso me ponía furiosa.

Quería convencerme a mí misma de que se debía a que no le había humillado en público y no tenía la misma presión que yo tuve, no obstante, era fuerte. Era un amo al cien por cien.

Coloqué mi coño a escasos centímetros de su boca y llegó el calor de su aliento a mi zona.

—Cómemelo —ordené.

—No.

Le di con la fusta de madera en sus pelotas.

—Complace a tu ama, esclavo.

—No eres mi ama. Yo soy tu amo —replicó con voz ronca.

Me senté sobre sus labios, y como venganza, él mordió mi clítoris con maldad.

Volví a golpearle. Eso había dolido, pero estaba tan sensible que incluso sentí gusto.

—A este paso no podrás ponerte ni los calzoncillos, cariño.

—Puede, pero tú no disfrutaras del placer de sentir mi lengua en tu coño. Tú también quieres correrte, lo sé a la perfección. No te basta con pequeños orgasmos, lo quieres todo. Quítame la puta argolla y deja que te folle de una jodida vez.

Volví a reír, esa vez de forma escandalosa y algo falsa.

Solo había una cosa de cierta en la última frase de Jared, no iba a sentir su lengua lamer mi intimidad como tanto deseaba. Sin embargo, iba a correrme, y él, iba a ser espectador de mi orgasmo.

Me quité de encima de él y fui en busca de la silla situada a un lado de la habitación apoyada en la pared y la coloqué frente a la cama. Jared no me quitaba la vista de encima y en sus ojos logré adivinar cierta curiosidad por saber cuál sería mi próximo movimiento. Antes de sentarme cogí todo lo que necesitaba y una vez lista, coloqué mis piernas sobre los brazos de la silla y dejé al alcance de su visión mi humedad.

—¿Qué haces? —preguntó.

—No te he permitido hablar, esclavo.

—No soy tu esclavo —repitió. Resultaba muy divertido escuchar sus réplicas. No tenía argumentos suficientes como para dejarme en evidencia. Solo tenía una única respuesta.

—Pero aun así —le corté—, voy a responder a tu pregunta. Ya que tu lengua no va a darme placer, lo haré yo misma mientras tú lo observas todo con mucha atención.

—Eso demuestra que estás desesperada.

—Puede. Pero yo me voy a correr y tú no —sonreí con desdén. Había sonado a niña con un berrinche, pero me daba exactamente igual. Le iba a joder de todos modos.

—No será lo mismo, mi polla te gusta más.

—No seas tan creído, este amiguito es toda una maravilla. —Señalé el enorme vibrador que yacía entre mis manos—. Y acompañado con este otro —le mostré un vibrador para el clítoris en forma de micrófono—, es el *súmmum* del placer.

—Veo que lo sabes muy bien. Debes de utilizarlos mucho cuando tus sumisos te desobedecen.

Ignoré su pulla y los encendí ambos. El sonido de la vibración resonó por encima de todo. Jared sudaba e intentaba soltarse de los amarres, mientras yo, con una sensualidad que volvería loco incluso a un eunuco, me masturbaba de forma sutil con la mirada fija en sus brillantes ojos castaños.

Desde que había comenzado, estaba a punto, pero si era demasiado rápida, le daría la satisfacción a Jared y debería reconocer una verdad universal: estaba desesperada por que él me follara.

Y en aquella lucha por la sumisión, no podía volver a perder. Era él quien debía suplicar.



Capítulo 17

Jared

Sentía como si en cualquier momento fuera a morir de una combustión espontánea.

Danielle era una jodida bruja.

Una jodida bruja que hechizaba a los hombres sin darles ninguna opción para huir con sus encantos.

Jamás en toda mi vida había tenido el placer de estar con una mujer tan jodidamente sensual como ella. No importaba el movimiento que hiciera, conseguía que mis terminaciones nerviosas vibraran y que me corriera interiormente. La puta argolla no me dejaba llegar a la liberación y no era por no haberlo intentado. Eran demasiadas horas con ella puesta y como estuviera mucho más, temía que tuvieran que cortarme la polla por lo inflamada que la tenía.

Cada penetración de su dildo, cada toque con el vibrador, era todo un espectáculo para mí. Obraba cada gesto con una maestría que me volvía completamente loco. Sus gemidos excitaban cada partícula de mi cuerpo. Se había corrido un par de veces desde que comenzó a tentarme con sus juegos prohibidos. Al principio tardó, pero después hubo un orgasmo detrás del otro y yo ya había perdido la cordura por completo. Me dolían las muñecas de luchar por soltarme y el dolor de mi polla cada vez resultaba más insoportable.

—¿Por favor, Danielle... ¡Suéltame!

—¿Qué has dicho?

¡Mierda! Lo había dicho en voz alta. Danielle dejó de masturbarse para fijar su atención en mí y se levantó con el sudor perlado su suave piel para llegar hasta a mi posición con una sonrisa que decía que se sentía vencedora.

—Repítelo —ordenó.

—No pienso hacerlo.

Ni siquiera sabía por qué demonios lo había dicho.

Vale, porque ya no podía más y mi mente solo hacía que jugarme malas pasadas.

La habitación estaba a oscuras, pero juraría que el sol ya había salido dando la bienvenida a un nuevo día. Estaba agotado por completo, como si llevara toda la noche haciendo ejercicio sin parar. Sin embargo, llevaba horas en la misma posición, prácticamente inmóvil. Insatisfecho a más no poder, sufriendo al ver a Danielle tan capaz de darse placer sin mi ayuda. Me creía con el derecho de ser yo quien le hiciera llegar al orgasmo. Y un jodido vibrador me había quitado el puesto por no haber obedecido antes a sus órdenes.

Esa era la parte negativa de ser un dominante, cuando alguien intenta dominarte, desobedeces y te quedas insatisfecho hasta que a la otra persona le sale de los cojones darte la oportunidad de llegar al clímax.

Danielle colocó su mano en mi dura polla y sentí un tremendo alivio cuando me quitó la argolla que tanto rato lleva oprimiéndome. Creo incluso que gemí, pero el vaivén de la mano de Danielle sobre mi dura verga me hizo perder la razón al instante. Solo sentía su roce, lento, suave... Estaba a punto de correrme.

Intentaba resistir la tentación. Hacerlo mientras me masturbaba solo con sus manos, echaría por tierra todo mi prestigio. Solo ella lo sabría, pero no quería darle el placer de recordármelo en la próxima ocasión que nos encontráramos.

Porque estaba seguro de que habrían más ocasiones.

Una vez nos habíamos probado, ya no había forma de evitar la tentación.

—¿Quieres correrme? —preguntó con su vista fija en mis ojos.

Asentí.

—Puedes hacerlo.

—No —negué rotundo con la cabeza. Me costaba pronunciar palabras—. No pienso correrme con tus manos.

—¿Tan patético te parece? —rió.

No contesté. No hacía falta.

—¿Y si lo hago con mi boca? —preguntó seductora.

—Si me chupas la polla me harás el hombre más feliz del mundo —admití.

—Entonces continuaré con la mano.

¡Mala pécora!

Cuanta perversidad se escondía bajo esas facciones de muñeca de

porcelana.

¿Por qué me parecía tan jodidamente preciosa?

Continuó con su movimiento durante varios minutos, cada vez aumentaba más el ritmo. Iba a reventar.

Pensar en cosas anti eróticas no servía para retrasar lo que Danielle sabía que estaba a punto de hacer.

Nada podría parar el inminente orgasmo.

Unos cuantos toques más y me corrí.

Me corrí como un adolescente inexperto entre ensordecedores gemidos que no pude reprimir. Durante unos segundos me quedé débil, agotado pero para nada satisfecho. Danielle quitó las correas que me amarraban y ni me moví. Toda mi fuerza se había evaporado.

La cama venció un poco al recibir el peso del cuerpo de Danielle. Giré el cuello para mirarla entre jadeos y su sonrisa era significado de una gran victoria.

—Has ganado —admití.

—¿Lo dudabas?

—En realidad no. Todo en ti incita a correrse. Si no hubiera sido por la presión en la polla, haría horas que habría terminado —me sinceré.

No valía la pena mentir ante algo que resultaba evidente desde el minuto uno. A ella no le hacía falta tocarme para sentir que el orgasmo estaba cerca.

Danielle mostró sorpresa en su mirada ante la honestidad de mis palabras. Era consciente de su poder de atracción, pero ambos considerábamos una novedad conseguir tanto en otro amo.

No había duda de que ambos éramos fuertes. Dos panteras que se negaban a someterse en manos de nadie. Y lo cierto era que había sido una experiencia de lo más excitante que nunca pensé llegar a vivir.

Tras la larga sesión, miles de sentimientos se acumulaban en todo mi cuerpo. Recordar lo vivido durante la larga noche conseguía excitarme de nuevo.

—Será mejor que te des una ducha para relajarte —me ofreció.

¿Ya estaba? ¿No quería más?

—Puedes quedarte aquí, si te apetece. Voy a preparar algo para reponer fuerzas.

Se marchó de la sala desnuda sin darme tiempo a replicar, dejando a su paso un enorme vacío. Quería follar con ella, terminar lo que habíamos comenzado. Me levanté de la cama con un gruñido.

Apenas podía juntar las piernas y por primera vez vi la rojez que cubría mi torso y los genitales. Dolía un poco, pero el ardor era mayor. Salí de la sala y encontré el baño justo enfrente. Olía al perfume de Danielle y lo aspiré como todo un acosador.

Tenía un baño de lo más lujoso. No solo había una ducha, en una esquina se escondía una enorme bañera de hidromasaje que si tuviera la oportunidad, me encantaría probar con ella. No hacía falta ni que me desnudara, desde que había entrado por la puerta de su casa, ya lo estaba. Entré, abrí el grifo y al sentir el agua sobre mi piel, me relajé. Era consciente de cada parte de mi cuerpo. Puse el agua algo más fría para calmar el escozor de las rojeces y cogí sin que nadie me diera permiso el gel de baño de la repisa colocada a la izquierda de la ducha. Olía a frutos rojos, el perfume que acompañaba a Danielle.

Acababa de descubrir de dónde salía su olor. Yo también olía como ella.

—He pensado que necesitarías esto.

Danielle entró sin llamar. Había cubierto su desnudez con un batín de seda roja.

Cortaba la respiración. Se le transparentaba todo y no dejaba demasiado a la imaginación.

—Me has tenido toda la noche desnudo ¿qué más da si salgo así?

—Estás mojado y está todo limpio. Soy bastante maniática —respondió con los brazos en jarras. Ese gesto levantaba sus pechos tan perfectos.

—Perdone señorita *Rottenmeier*, no sabía que también era una Maruja.

—No te pases ni un pelo, moreno. No querrás que vuelva al ataque.

—No es una mala idea —sonreí ladino.

—Venga, marchando. Quiero darme una ducha.

—¿De agua fría? —vacilé.

—Quizás. Esta noche no me han dado muy bien. Mi sumiso no ha querido complacerme.

—Eso es sencillo de arreglar. Puedo entrar ahí contigo —señalé la bañera.

—No, gracias. Mejor no —respondió con una ceja alzada.

—Si cambias de opinión, estaré cotilleando por tu casa.



Danielle

Me sentía muy extraña preparando algo para comer a un hombre en mi propia casa. Sin duda era toda una novedad para mí. Desde que vivía en ese ático nunca había hecho nada parecido. Sí que había traído a sumisos, pero nunca había utilizado mi tiempo libre para prepararles algo. Venían, los sometía y se iban tan satisfechos como yo me quedaba después de una buena sesión.

Con Jared me comportaba de una forma que consideraba irracional para mi manera de ser. Eran casi las siete de la mañana, habíamos pasado una noche épica y tocaba reponer fuerzas con un desayuno energético. Preparé gofres que guardaba en la nevera para cuando iba con prisas y los metí en el microondas mientras preparaba un té para acompañarlos.

Tras dejarlo todo listo, quise comprobar qué hacía mi invitado y después de ir a mi habitación personal para ponerme un batín de seda de lo más transparente, fui en su busca.

Al entrar en el baño para meterle prisa, lo vi desnudo una vez más. Era un hombre de lo más atractivo que me excitaba demasiado. Su presencia era un gran problema para mí y cuando me ofreció meterse conmigo en la bañera de hidromasaje, estuve a punto de caer en la tentación, pero fui fuerte. En el fondo estaba cansada y eso que ni siquiera me había follado como pretendía que me follara. Su resistencia era cosa de admirar.

Ya llegaría el momento de disfrutar de una noche plena, porque por el momento, tenía una cosa clara: no pensaba dejarlo escapar.

Salió del baño y solté un suspiro.

Me miré en el espejo y en mis ojos encontré un brillo extraño, más agudo de lo habitual. Mi mueca era de satisfacción, y a la vez, una sonrisa involuntaria se me escapó al pensar en el hombre que paseaba libremente por mi casa.

Negué con la cabeza antes de comenzar a pensar en cosas erróneas y me desnudé para darme la ducha que tanto necesitaba. Me relajé con el agua al caer en mi cuerpo desnudo y al terminar volví a ponerme el fino batín de seda que dejaba a la vista todos mis atributos. Era sexi a rabiar y sabía que a Jared le gustaba. Lo demostraron sus ojos cuando aparecí para echarlo de mi baño.

Volví a la cocina para terminar de preparar nuestro desayuno y no lo

encontré por ninguna parte. Tal y como dijo, estaría cotilleando las cosas de mi casa.

Al fin y al cabo, yo misma le había dado la libertad de entrar en mi santuario.

—¡Qué bien huele aquí!

Apareció pasado unos minutos por el pasillo que daba al salón y la cocina. Dejé el plato sobre la mesa y giré la cabeza para mirar hacia la puerta que separaba las estancias.

Estuve a punto de sacar la lengua como una perra en celo. Jared iba completamente desnudo, todavía con el brillo de la humedad del agua que había limpiado su cuerpo minutos antes, dándole una apariencia divina.

El muy cabrón conocía su atractivo y se aprovechaba de mis estúpidas reacciones de quinceañera para sonreír ladino.

Sí, esa sonrisa que mojaba mis bragas. Era un jodido seductor al que no podía resistirme.

Si por mí fuera, derrumbaría mi fachada por completo y me tiraría a sus brazos para llevarlo a la cama y cabalgarlo como una amazona.

—¿No sabes utilizar la toalla que te he dado antes? Sigues mojado.

—¿Te molesta que vaya desnudo? —preguntó evadiendo mi pregunta.

—Me molestan las huellas que tus pies de *Hobbit* dejan en mi caro parqué.

—No sabía que fueras tan fina —dijo en tono de burla. Dio un paso hacia delante y me agarró por las caderas con confianza—. Y mis pies no se parecen en nada a los de un Hobbit.

Nuestros cuerpos entraron en contacto. Su polla, después del tute de toda la noche, volvía a estar dura. Tiesa como una barra hierro.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí —contesté y me separé unos centímetros. Corríamos el riesgo de comenzar una nueva guerra sexual y ambos necesitábamos un descanso.

—Y aun así aquí estoy, en tu casa. Dudo que muchos hayan tenido el placer de acceder a tu mazmorra.

—Cierto, y la verdad, todavía no sé por qué razón estás aquí —añadí con una mueca de confusión en el rostro.

—Quizás es porque sientes algo más de lo que intentas aparentar. Ahora solo te queda reconocerlo.



Capítulo 18

Jared

Mis últimas palabras la habían dejado sin habla. Sus ojos estaban a punto de salirse de las órbitas y en vez de contestar, se sentó en su cómodo sofá y con fingida naturalidad, comenzó a comer su desayuno.

Sin poderlo evitar, sonreí y me senté a su lado a comer. Lo cierto era que meter azúcar en mi cuerpo conseguía que volviera a la vida.

Ambos estábamos agotados, sin haber dormido nada y un buen chute de energía nos vendría de perlas.

Por la ventana ya comenzaban a entrar los primeros rayos de sol, no demasiado, porque las nubes eran las mayores protagonistas. Danielle encendió la televisión y puso un canal cualquiera para que dejara de haber silencio entre nosotros.

Era mi oportunidad para presionarla un poco más.

—Reconócelo, sientes algo —repetí para hacerla rabiar y di otro bocado al delicioso gofre.

—Para nada. Es solo un juego. Es lo que hacemos —contestó sin más—. Además, ¿qué te hace pensar eso? Llevamos meses viéndonos, incluso años aunque yo no me percaté de tu presencia, manteniendo un juego que llegó al Fantasía Oscura. Compartimos mundo en cuanto a sexo, nada más.

—O sea que solo soy un tío con el que follar.

—Exacto.

Arqueé una ceja de forma burlona.

Lo cierto era, que para mí, ella no era solo eso. No podía decir con exactitud qué pasaba por mi cabeza, porque ni yo mismo lo entendía, pero era una atracción sobrehumana. A pesar de no ser creyente, podía imaginarme a Eva frente a la fruta prohibida del Edén. Danielle era esa fruta, y una vez la había probado, no me importaba arder en las llamas del infierno. Al contrario, allí al menos estaría arropado por su calor, por el calor de mi demonio

particular con nombre de mujer.

Sin embargo, por el momento, todo era un juego. Excitante, sí, pero un juego que comenzaba a perder sentido.

—Pues hoy no me has probado, así que misión fallida, preciosa.

—Si te hubieras comportado, la cosa habría sido muy diferente —contestó.

Volvíamos a quedarnos en silencio y cuando terminamos el desayuno la ayudé a recogerlo todo y ponerlo en el lavavajillas.

Debía reconocer que sí era una maniática del orden. Toda su casa estaba impoluta. Sabía que trabajaba mucho, pero aun así dedicaba mucho mimo a su hogar.

En cada rincón había algo que la caracterizaba. Era todo orden y rectitud, pero la decoración, en la que pude observar alguna que otra foto de ella junto a lo que parecían sus amigos, sonrientes en uno de los castillos más bonitos que jamás había visto, me hizo sonreír.

También había otras en las que salía con otras mujeres. Esas debían ser sus amigas, aquellas que conocían a lo que Danielle se dedicaba en los clubes de BDSM.

Mientras terminaba de colocarlo todo vi cómo soltaba un bostezo que se me contagió.

Ambos estábamos agotados.

—Será mejor que me vista y me marche. Tanto tú, como yo, estamos agotados —dije y me preparé para ir a su mazmorra a buscar mi ropa, luego recordé que llegué allí desnudo pero no estaba tirada por el suelo como recordaba que había ocurrido en nuestro encuentro inicial.

—Sí quieres puedes quedarte. Mi cama mide dos metros —dijo sin mirarme.

Abrí los ojos con sorpresa. No esperaba que la conversación derivara en una invitación a dormir con ella y por la cara que tenía, ella tampoco tenía pensado decir algo así.

—¿Me estás invitando a dormir contigo? —pregunté. Debía asegurarme antes de cometer un error.

Quizá solo quería intentar volver a someterme y estaba demasiado cansado como para intentar evitar un ataque por su parte.

—Aunque parezca increíble, sí. Pero si no quieres, sabes dónde está la puerta. Puede que el alcohol todavía me haga decir idioteces —ríe para aplacar el ambiente, pero en el fondo notaba su confusión a la hora de

pedirme algo así.

—¿No será otra trampa tuya para someterme?

—No es una mala idea, pero sinceramente, estoy agotada. Por lo tanto, me voy a dormir. Si quieres vienes, y si no, hasta la próxima, esclavo —dijo en tono de burla.

Mientras la veía marcharse en dirección a su habitación, la vi maniobrar en su fino camisón para desabrocharlo. Desde el inicio del pasillo se veía la enorme cama con cabecero de hierro y Danielle se quitó la prenda para dejarla en la silla que tenía justo al lado.

—Jared, estás jodidamente perdido —susurré en voz alta antes de emprender el camino hasta la habitación.

Un camino, que por supuesto, hice desnudo porque así llevaba desde que había entrado en aquellas cuatro paredes.



Danielle

Definitivamente se me estaba yendo de las manos, pero no quería que se marchara.

Que me acusara directamente de sentir algo más por él debería haber sido el aliciente para echarlo fuera de mi casa, y ni con esas, había sido capaz.

Solo quería que se quedara, tener por una noche —en este caso día—, alguien que me acompañara en mi enorme cama. Una excepción en toda regla en mi vida, algo que no había ocurrido en años.

Cuando me metí bajo las finas sábanas, Jared apareció con su cuerpo desnudo hasta mi habitación. Me hice a un lado y lo invité a tumbarse.

—Que quede clara una cosa, solo vamos a dormir. Así que las manos quietas —dejé claro antes de que terminara de tumbarse.

—Lo primero estoy de acuerdo, pero dormido puede que me arrime demasiado y esto sigue duro —señaló su miembro con una sonrisa.

—Pues baja la guardia, caballero, es hora de descansar.

—De acuerdo, Dómina.

Si no hubiera estado tan cansada, hubiera alargado el brazo para darle un golpe en la cabeza. Pero los ojos me pesaban y los párpados se cerraban. Noté el momento en que Jared se tumbó a mi lado, y a pesar de la grandeza de la cama, percibía a la perfección su calor. Me puse del lado contrario a su cara, porque si lo miraba, sería incapaz de resistir la tentación de lanzarme a por él.

La noche había sido de lo más placentera, pero había faltado justo lo que desde un principio quería de él: que me poseyera.

Aunque al principio me costó porque él tampoco dejaba de moverse, tras una media hora en la que mi cabeza no dejó de imaginarlo sobre mí, conseguí quedarme dormida.

El molesto sonido de mi teléfono móvil me despertó. Me costó mucho abrir los ojos y tenía la sensación de no haber dormido prácticamente nada. Bufé y cuando vi el nombre que aparecía en pantalla gruñí molesta.

Patrick: el imbécil de mi jefe.

Y no solo me estaba llamando, quería hacer una videollamada.

Sin pensarlo demasiado, colgué. Eran las nueve de la mañana de un domingo, no llevaba ni siquiera dos horas dormida.

—¿Qué pasa?

En ese momento fue cuando me di cuenta de que no estaba sola. Me giré en dirección a la voz y Jared me miraba con ojos entrecerrados, tan adormecido como yo. Se le había destapado el torso mientras dormía y fui plenamente consciente de cómo me gustaba ese pecho con su sexteto de abdominales bien marcado. Todavía estaba un poco enrojecido por mis golpes, pero en unas horas desaparecería.

—El pesado de mi jefe. No es nada —contesté—. Sigamos durmiendo.

—¿De verdad quieres dormir? —me guiñó un ojo socarrón y no pude evitar sonreír.

Aunque me tentaba la idea de montármelo con él en aquel mismo instante, seguía cansada. No tenía energía ni para incorporarme en la cama.

Sin embargo, las ganas de terminar lo que anoche no pudo ser, eran demasiado fuertes.

Posé mi mano sobre su torso y comencé a recorrerlo con los dedos. Nuestros ojos entraron en contacto, y poco a poco, estábamos más juntos. Notaba el roce de su aliento entre mis labios y sin pensarlo me lancé a probarlos una vez más. Su lengua jugueteó contra la mía y gemí cuando su

mano fue a parar a mi trasero y lo arañó con suavidad.

Estaba a punto de subirme a horcajadas sobre él, de jugar un poco antes de continuar descansando, pero el jodido teléfono volvió a sonar.

—¡Me cago en la puta! —gruñí y bajé de él para alcanzar el maldito aparato.

De nuevo, Patrick.

—Qué mal hablada... —se burló Jared y le eché una mirada asesina.

Sabía que si no lo cogía, continuaría insistiendo. Al parecer no le había quedado claro que durante mi mes de vacaciones no quería saber absolutamente nada, y menos, en domingo.

Me tapé con las sábanas, intenté adecentar mi pelo un poco y le di a descolgar.

—¿Qué coño quieres?

—Hablar de trabajo —contestó. Vi de refilón mi imagen en una esquina y me tapé todavía más con las sábanas para no darle pie al baboso de mi jefe de soltar alguna frase fuera de lugar.

—Estoy de vacaciones, no sé si lo recuerdas. Además, estamos a domingo y son las nueve de la mañana. Tengo vida propia.

—Lo sé a la perfección —contestó—. Pero un jefe trabaja todo los días de la semana.

Estuve a punto de soltar una fuerte carcajada, pero me contuve. Solo quería terminar la conversación cuanto antes.

—¿Qué quieres? —repetí.

—Es sobre tus últimos informes. No están todos y los necesito para mañana, así que o me los envías, o tus vacaciones se verán fortuitamente interrumpidas.

—No me vengas con gilipolleces, Patrick. Lo tienes todo, incluso cosas de las que tú mismo debías haberte encargado. Así que no me toques los ovarios.

—Un respeto, Danielle. Soy tu jefe —me contestó con enfado. Apuntaba con el dedo a la pantalla como para señalarme.

—Y yo una de tus mejores empleadas. Que no consiguieras metérmela no significa que tengas derecho a darme por culo con algo en lo que no tienes razón. Lo tienes todo en tu email y en tu desordenado escritorio. Así que no me jodas y déjame en paz —solté con rabia.

—Que seas una de mis mejores empleadas no te da ventajas para no irte a la puta calle.

—Tú échame, que tienes todas las de perder, señor acosador de trabajadoras —amenacé.

Sabía a la perfección que yo no era la única de la empresa a la que había intentado toquetear sin permiso. A pesar de no tener mucho contacto con mis compañeros, los rumores llegaban de todas partes y las mujeres se mantenían alejadas de Patrick. Cuando una le entraba por los ojos, como le pasó conmigo cuando entré en la empresa, intentaba llevársela a la cama. Sin embargo, se había topado con la persona equivocada: yo.

—Ni se te ocurra amenazarme. —Su rostro estaba contraído por la rabia. Esa era la cara de una persona que sabía que aquella información lo pondría en un aprieto, y por supuesto, no quería perder su puesto.

Podía ser que después de soltarle todo aquello, en cuanto volviera a la oficina, se empeñara en hacerme la vida imposible. Pero lo soportaría. Había interrumpido lo que podría haber sido un gran polvo mañanero y mi descanso, así que tenía verborrea malsonante para repartir durante un rato.

—Pues entonces déjame en paz hasta el mes que viene y apáñatelas con el resto de tus esclavos lameculos. Yo siempre hago mi parte, ahora te toca a ti actuar como un verdadero director de una empresa. Adiós.

Colgué el teléfono y lo tiré a un lado sobre la cama.

—¡Menudo carácter! —exclamó Jared y lo miré todavía con la rabia refulgiendo en mi mirada—. Tu jefe es un gilipollas.

—No sabes cuánto.

—Por lo que veo, también es un acosador —asentí—. Y lo intentó contigo.

No era una pregunta, solo una afirmación. Vi que conocer esa información no le hacía ni puñetera gracia.

—Me tocó el culo y lo cogí por los huevos. Ahí se acabó su acoso, pero en el fondo me odia porque no le hice caso, así que busca excusas para decir que hago las cosas mal. Pero no me dejó pisotear. Yo nunca hago las cosas mal —dije pagada de mi misma y Jared rio.

—Ahora lo entiendo todo. Pero si acosa a tus compañeras, deberíais hacer algo.

—Algunas lo intentaron y acabaron en la calle. Es así de triste —me encogí de hombros.

A Jared aquello no le hacía ni puñetera gracia. Era obvio que el hecho de que no se respetara a las mujeres, le cabreaba y percibir eso en él, hizo que algo en mi interior sintiera una especie de extraña calidez, me enternecía y

enorgullecía a partes iguales.

Decir la manida frase de «no es como todos», era un cliché que me negaba a utilizar, pero sí que tenía algo especial. Y eso exactamente, era lo que había hecho que estuviera justo donde estaba; en mi habitación, entre las paredes de mi casa como si...

Como si algo dentro de mí pensara en que podía ser algo más.

Me tumbé de nuevo en la cama y dejé el móvil en la mesilla de noche junto a la idiotez de pensamientos que comenzaba a tener. Jared hizo lo mismo y supuse que llegó a la conclusión de que la pasión que había surgido con la primera llamada, se había evaporado y lo mejor era descansar para recobrar fuerzas.

Al final, lo que podía haber sido un polvo mañanero, se quedó en dos amos agotados, ambos cabreados con un jefe gilipollas por cosas distintas, que se quedaron dormidos a los pocos minutos de terminar la conversación. Abrazados, sintiendo la calidez de sus cuerpos.



Capítulo 19

Danielle

Me desperté con las caricias de Jared en mi cuello.

Al abrir los ojos vi que por la ventana apenas entraba luz. Estaba a punto de caer la noche y llevaba todo el día tirada en la cama, profundamente dormida.

—¿Qué hora es? —pregunté con voz pastosa.

—Las seis de la tarde. ¿Te apetece ir a cenar? —propuso. Su voz no estaba adormecida. No sabía cuánto tiempo llevaba despierto, pero ya debía de llevar un buen rato.

Al girarme noté su polla rozar mis nalgas y me estremecí hasta el punto en que tuve que relamerme los labios reseco. Me encontré con sus ojos que no dejaban de observarme y vi una sonrisa socarrona en ellos.

El cabrón se arrimaba a posta. Quería desviar mi atención para llevarme a su terreno. No obstante, se trataba de responder a su propuesta.

—¿Pretendes que tengamos una cita?

—Si quieres llamarlo así... —Se encogió de hombros y puso una mueca infantil—. Si no, simplemente podemos decir que vamos a cenar porque no hemos más que desayunado y nos hemos pasado el día procrastinando.

—Me gusta más la segunda opción. No vayamos a confundir las cosas.

Asintió conforme.

La última frase era una advertencia para mí misma. No debía confundir las cosas. Ambos sabíamos por qué estaba él en mi casa.

Salí de la cama sin ropa y me dirigí hasta el armario seguida de una mirada que me ponía cardíaca. Lo abrí en busca de algo decente que ponerme. Mis trajes de falda de tubo quedaban descartados hasta mi vuelta a la oficina. En vacaciones era el momento perfecto para utilizar toda mi colección de prendas más casuales y sensuales.

Vestía como me apetecía, todo dependía del día.

Jared salió de la habitación para ir al baño e ir en busca de su ropa para

adecentarse un poco.

Al ser una cena, me decidí por un vestido corto de color negro. Era todo de encaje y se adaptaba a la perfección a mis curvas. Debía llevarlo sin sostén, ya que en la parte trasera la tela caía en forma de U hasta el inicio de mis nalgas. Lo complementé con unas medias color carne y unos zapatos de tacón del color del vestido.

Me acerqué al tocador del fondo de mi habitación y saqué mi arsenal de maquillaje. Primero limpié mi cara con agua micelar para después echar un poco de crema hidratante. No necesitaba demasiado maquillaje, por suerte mi piel tenía pocas imperfecciones que tapar.

Herencia de madre.

Puse una base suave para después hacerme tan solo un delineado pronunciado y pintar mis labios de rojo con un labial fijo para que durara toda la noche. Un poco de color en mis mejillas y ya estaba lista para salir.

Jared esperaba sentado en el sofá de mi salón. Llevaba la ropa del día anterior. Por suerte, con los pantalones de cuero que utilizaba en el club, no destacaba demasiado con la camiseta de cuello en uve que llevaba para cubrir su torso. Su look parecía el del típico chico malo. Un motero muy pillo con un peinado de lo más hípster.

Sin embargo, al llegar hasta su rostro, vi que su mirada se dedicaba a examinar cada recoveco de mi atuendo.

—El látex te queda muy bien, pero ese vestido... —soltó un gruñido y no pude evitar sonreír—. Espero que en algún momento me dejes quitártelo.

—¿A caso pretendes que te deje volver aquí? —Me crucé de brazos, alcé una ceja y le lancé una mirada burlesca.

Al día siguiente comenzaba una nueva semana y él debía ir a trabajar.

¿Invitarle otra noche? ¿Tenía razones para ello?

Follar. Esa era la única.

—Esta noche puede que no porque yo todavía tengo obligaciones pendientes, pero volveré, te lo pondrás y así me darás el placer de arrancártelo con la boca para después follarte de todas las maneras posibles.

Su proposición consiguió exactamente lo que pretendía: acelerar mi pulso y que mojara las bragas. Algo en lo que era un verdadero especialista.

—Eso ya lo veremos, J.

Fuimos a un restaurante que había justo en la misma calle donde yo vivía. No era un lugar ostentoso, más bien sencillo, pero se cenaba muy bien. El

camarero me saludó nada más entrar, ya que era asidua del local y le pedí que nos llevara a la mesa más alejada de la muchedumbre.

No había demasiada gente, sin embargo no me gustaba estar cerca de gente gritona y mucho menos de los niños que pululaban alrededor de sus padres toqueteando las mesas del resto de comensales. Pedimos nuestros platos y mientras llegaban degustamos un buen par de cervezas frescas.

—Sabes, esto es muy raro —murmuré para romper el hielo. Desde que nos habíamos sentado no habíamos abierto el pico.

—¿El qué? ¿Estar aquí cenando?

—Exacto. Apenas nos conocemos.

—¿Eso crees? —añadió.

—Es la realidad. Simplemente nos gustan los mismos juegos. Ambos somos dominantes, y por alguna razón que espero que tú me esclarezcas, nos estamos metiendo en un juego que puede acabar muy mal.

Hicimos una pausa en nuestra conversación cuando trajeron los platos y me fijé en que Jared no dejaba de mirarme tras mi última afirmación.

—No acabará mal si sabemos hasta dónde llegar.

—¿Pero lo sabemos?

—Danielle, tú quieres follar conmigo y yo contigo. Ambos nos vamos a resistir a ser sometidos, pero ya has visto, que a pesar de ello hemos disfrutado juntos. Dos veces. Y aunque ayer te odiara con todas mis fuerzas, de la misma forma en que tú me odiaste una semana atrás, no puedes negar la atracción que nos junta. Es...

—...hechizante —terminé por él y lo vi asentir—. Puede que nos estemos metiendo en algo de lo que no podemos salir.

—Es cierto, pero recuerda que fuiste tú quién comenzó con las miradas indiscretas en mi lugar de trabajo —se burló.

Todavía recordaba aquella primera vez en la que me fijé en él. De inmediato, puse mi objetivo apuntando directamente a su cabeza. Lo quería para mí, sin embargo, desde que casi lo tenía, la confusión no dejaba de atravesar mi cabeza solo por el hecho de que era un amo como yo y siempre que nos juntáramos, el uno intentaría someter al otro.

Y aquello, a la larga, podría acarrearlos un problema con el que no tenía ganas de lidiar.

—Y si dejamos a un lado nuestros roles como amos, y conversamos como lo harían dos personas que quieren conocerse un poco más —dijo una vez trajeron el postre.

Habíamos pasado prácticamente toda la cena en silencio y su sugerencia me parecía bastante buena para dejar de pensar en lo que éramos.

Aunque hablar de mí misma, no me gustaba.

Puede que por ello fuera tan fría.

—Está bien —acepté al fin.

—Perfecto. Voy a comenzar por una pregunta fácil. ¿Te gusta tu trabajo?

No pude evitar soltar una carcajada. No estaba acostumbrada a las conversaciones insustanciales. Debía tener mucha confianza con alguien para contar mis preocupaciones, y Jared, a pesar de conocer su cuerpo casi por completo, era un desconocido.

—Sí. Estoy bastante a gusto en Carpe Diem así que sí, me gusta bastante.

—Creo que hay un pero entre medias —adivinó.

Lo había.

—Patrick. El jefe gilipollas. Es un incordio. Sobre todo desde que me ascendieron. Nunca me ha gustado y su afán por mandarme más trabajo aumenta cada vez más.

Jared se quedó pensativo al escuchar mis palabras. Tenía una ligera idea de qué era lo que se le pasaba por la cabeza. Era obvio, que después de haber escuchado la tensa conversación que había tenido con él en la cama, se había labrado su propia imagen de mi jefe. Y lo más probable era que hubiera acertado de pleno en todo.

—¿Por qué no lo denuncias?

—Porque a mí no me acosa —contesté y cogí una cucharada de mi pastel de chocolate.

Al parecer un poco se quedó en la comisura de mis labios y Jared acercó su mano para retirarlo con uno de sus dedos, para después, relamerse y poner una sonrisa picarona.

—¿Por dónde íbamos? Ah, sí, tu jefe. —Su intento por centrarse de nuevo me divertía. Su movimiento volvía a hacer que nuestros pensamientos fueran relacionados con el sexo y habíamos quedado en conocernos—. Pero supongo que sí acosa a otras. Quizá deberíais poner remedio.

—Muchas lo intentaron antes y lo único que consiguieron fue acabar en la calle, como ya te he dicho. La solución está en ignorarlo aunque luego nos joda en el trabajo. Tiene contactos, conoce a buenos abogados y estoy segura que acabaría por salirse con la suya. Por suerte conmigo no lo tiene fácil.

—Eres la Dama de Hierro, nadie puede contigo. Excepto yo —se vanaglorió.

—Ni siquiera tú puedes conmigo. Pero sí, no tengo problema en dejarle las cosas claras. Lo hice en su día y lo haría de nuevo encantada. Tanto por mí, como por mis compañeras. Además, es un envidioso.

—¿Por qué? —dijo con curiosidad.

—Me han dado las vacaciones a mí antes que a él, y eso le ha jodido mucho. Supongo que le he fastidiado sus planes de ir de putas.

Soltó una fuerte carcajada que se me contagió de inmediato.

—Sinceramente, por un momento he pensado que en algún momento habías tenido una relación con tu jefe y por eso lo odiabas —admitió cuando se nos pasó la risa.

—¿Yo? ¿Con ese? —exclamé—. Ni en sus mejores sueños.

Patrick no era de ese tipo de hombres que quisiera a mí alrededor. Era una persona tóxica que todo lo que tocaba quedaba emponzoñado. Todo el que estuviera a su alrededor más de dos horas seguidas acababa con un humor de perros.

Se creía un Dios, y no llegaba ni a mierda.

Una relación con él sería una auténtica tortura.

—No soy una especialista en relaciones, pero con él, nunca. Ni siquiera me atrae —hice aspavientos con las manos—. Además, sería como volver a...

Me paré antes de terminar la frase.

—¿Volver a? —dijo en un intento de sacarme la información.

—Nada, dejémoslo ahí —le resté importancia y fue mi turno de preguntarle cosas.

En realidad Jared trabajaba como camarero porque no había querido ejercer de lo que en realidad era; piloto militar.

—Mi padre era militar y quiso que yo también lo fuera, sin embargo, cuando me licencié en aviador militar e hice todos los entrenamientos y estuve a punto de embarcarme en misiones de defensa de territorios, me eché para atrás —explicó—. No quería ir a la guerra. Puede sonar egoísta, pero no quería arriesgar mi vida en algo que ni siquiera comparto al cien por cien y mucho menos para llevar a compañeros directamente a las zonas de guerra. Si hubiera aceptado, mi vida sería luchar por un gobierno, un país que a veces, ni siquiera cuida de los suyos. No era mi mundo, era el de mi padre y preferí tomar las riendas de mi vida y hacer cualquier otra cosa que no tuviera que ver con aquello.

—Estoy de acuerdo contigo —añadí—. Aunque sea una guerrera soy

bastante pacifista, pero para serte sincera, me ponen los hombres de uniforme —bromeé para apaciguar el ambiente, ya que, al parecer, hablar del tema no le era sencillo.

Se veía en sus ojos como dejar aquello había sido duro. Quizás por decepcionar a su padre, o por arriesgar sus estudios para simplemente dedicarse a un trabajo al alcance de muchos como ser camarero. No todo el mundo era válido para ello, y aun así estaba peor pagado que un cargo militar.

—Solo llevé uniforme en los entrenamientos, pero si te portas bien, puede que algún día te enseñe una fotografía —guiñó un ojo y deseé que llegara ese momento.

Era imaginármelo y la boca se me hacía agua.

—Por suerte, no me va tan mal. Tengo la suerte de poder pagar facturas, vivir solo y mi padre no se lo tomó tan mal como pensaba en un principio. Aceptó que no quisiera seguir su camino. Además, hubiera pasado mucho tiempo fuera del país, rodeado de guerras y sinceramente prefiero las guerras que libro en las mazmorras.

—Ese es un buen punto a tener en cuenta.

Continuamos de charla hasta después de tomar un café. Desde nuestra posición se veía el ventanal que daba a la calle y ya comenzaba a ser noche cerrada. Miré mi teléfono para mirar la hora y eran más de las diez. La hora de separarnos cada vez estaba más cerca.

Había sido un buen fin de semana, algo distinto en mi tan monótona vida.

Comenzaba a conocer al verdadero Jared, no solo al amo, y aunque quedaban muchas cosas en el tintero, por el momento, todo en él me gustaba.

Antes de marcharse a su casa me acompañó a la mía para recoger su moto. Se colocó el casco, y con la promesa de que volveríamos a coincidir, arrancó para desaparecer en la oscuridad de las calles apenas iluminadas.



Capítulo 20

Jared

Decir que había sido un fin de semana raro era quedarse corto.

Lo que comenzó como una noche para disfrutar en el Fantasía Oscura se convirtió en una auténtica tortura para mí en casa de Danielle.

Debía reconocer que había disfrutado a pesar de haberme faltado follarla como quería. Sin embargo, tener el placer de dormir con ella sin duda había sido sublime.

Realmente aquella sí que había sido una sensación nueva.

Jamás, en mis treinta y un años de vida, había pasado la noche —o el día en este caso—, durmiendo al lado de una mujer.

Nunca me quedaba a dormir, y nunca había tenido una relación que implicara hacerlo de forma constante.

Era triste, pero cierto.

El sexo no me faltaba debido al mundo por el que me movía, sin embargo era eso, sexo puro y duro. Sin sentimientos de por medio que complicaran las situaciones.

Había aprendido a separar el BDSM de mi vida privada. Todas las sumisas que entrenaba y se entregaban a mí, debían tener muy claro a qué se atenían. Siempre eran conocedoras de mis términos, y uno de ellos era que no intentaran tener exclusividad conmigo, y por supuesto, que no quisieran una relación. Básicamente no quería que me limitaran. En el momento en el que lo intentaban, nuestros contratos quedaban anulados.

No creía que no estuviera hecho para amar, no obstante no había encontrado a ninguna persona que despertara ese sentimiento en mí que todos describen como increíble, algo cegador. Por el momento buscaba diversión. No era como mis amigos, casados, enamorados y con hijos. Disfrutaba de mi libertad y no pensaba en el futuro ni en tener siempre a alguien a mi lado.

Hasta la última semana...

Conduje con mi moto hasta mi casa y la aparqué en el pequeño hueco del

garaje reservado para mi piso. Subí las escasas escaleras y al entrar me desnudé para echar la ropa para lavar y darme una ducha rápida que me sirvió para continuar con mi profunda reflexión.

Mientras el agua caía pensé en la mujer que me traía loco desde el primer instante en que la había probado en la mazmorra.

Al principio todo había comenzado como un juego, uno de tantos que desde el principio me había propuesto como reto personal. Sin embargo, lo que comenzó como algo para saciar mi curiosidad de probarla e intentar someter a un ama tan respetada, se convertía poco a poco en necesidad. Al separarnos tras la amena cena, había sentido unas intensas ganas de besarla antes de desaparecer con mi moto desde la entrada de su edificio.

Igual que un puto niño.

Ya sabía dónde vivía, por lo tanto, aunque ella estuviera de vacaciones, iría a verla. Lo ansiaba. Porque si no, acabaría por volverme loco y no era algo que entrara en mis planes.

Terminé de la ducha y sin dejar de pensar en ella, en lo que se cocía en mi interior y no lograba entender, me fui directo a la cama. No obstante, sabía a la perfección que conciliar el sueño sería complicado, porque la Dama de hierro, aparecería con su macabra y sensual sonrisa para atormentar mis sueños.



—Tienes una cara de cansado que no te la aguantas.

Nada más entrar por la puerta de la cafetería, a las siete de la mañana, Chris me deleitó con tan precioso piropo que contesté con un gruñido.

Me había mirado por encima en el espejo después de una noche dedicada solo para hacer la croqueta en la cama sin poder dormir. Con pensamientos raros, inusuales en mí y cómo no, con ganas de sexo.

Pero no sexo salvaje con cualquier sumisa, no, sexo con Danielle.

Danielle, Danielle, Danielle...

No podía dejar de repetir su nombre en mi mente y cabía la posibilidad de que me estuviera volviendo loco.

Esperaba que no fuera por ella. Sería una total ironía que un ama fuera quién de verdad me atrajese para una relación, no funcionaría. Jamás

llegaríamos a un acuerdo y tan solo pensar en la remota posibilidad de que aquello ocurriera, me daba dolor de cabeza.

Lo más probable era que acabara fatal, tal y como ella había predicho desde un principio.

—Necesito un café —dije a nadie en concreto mientras negaba con la cabeza para apartar aquellos pensamientos.

Fui directo a la cafetera y tras vaciar todo lo que quedaba del día anterior, la limpié, cambié los filtros y la dejé lista para el momento en que la cafetería abriera. Karen me miró con sorpresa y musitó:

—Vaya, es la primera vez que haces esto tan deprisa. —Su tono tenía un remanente de burla.

A veces sospechaba que creía que era un vago, y no, trabajaba bien, pero de vez en cuando llegaban las distracciones.

—Quiere café, Karen. ¿No le ves la cara? —continuó Chris.

—Capullo —contesté mientras la ponía en funcionamiento y me lo servía, bien caliente y sin nada de leche, solo dos cucharadas de azúcar.

Me hacía falta algo que consiguiera activarme.

—Ese no te lo descuento porque me has ahorrado limpiar.

—Muy amable por tu parte —contesté con sorna.

Quedaba tan solo media hora para abrir puertas. Parecía que poco a poco comenzaba a despertar y comencé a trabajar en serio. Limpiamos entre todos el local, dejamos todas las mesas impolutas, encendimos los hornos para calentar el pan que el proveedor nos traía y activamos las luces antes de levantar la persiana.

Una día más de mi vida como camarero. Un trabajo que en el fondo me gustaba y disfrutaba con el contacto de la gente. Sin embargo, y desde que sabía que Danielle estaba de vacaciones, los días iban a ser distintos. Su ausencia se notaría demasiado, sobre todo para mi amigo juguetero, el cual no estaría levantado a todas horas y por una parte era un alivio, solo que sería aburrido.

—Venga chicos, a trabajar —nos animó Karen mientras abría las puertas y la gente que desayunaba temprano comenzaba a aparecer.

Pronto dejé de pensar en Danielle. Los lunes solían convertirse en uno de los días más ajetreados de la semana. Era el inicio, justo el día que todo el planeta odiaba porque significaba meterse de nuevo en la rutina, por lo tanto, la gente que se escaqueaba iba en aumento y el local se llenaba.

Mis siete horas de jornada de trabajo se pasaban volando cuando no

paraba de dar vueltas de un lado a otro repitiendo una y otra vez las mismas acciones: tomar nota, servir, cobrar, limpiar mesa y sonreír a todo el mundo. A un lado de la caja tenía acumuladas un montón de notas con números de teléfono de mujeres que pretendían ligar conmigo. Debía reconocer que alguna había caído en su momento, sin embargo, en aquellos instantes no tenía intención de llamar a ninguna.

—Karen, me tomo mi descanso —comuniqué.

Dejé el trapo guardado detrás de la barra y me fui en dirección al almacén, el lugar donde sentar un rato el culo y fumarme un cigarrillo con un café en la mano.

Ya no me quedaba demasiado para terminar mi jornada. La hora de comer estaba a punto de terminar y por fin llegaría mi momento de relajarme en casa hasta el día siguiente.

Encendí el cigarrillo y le di una profunda calada, crují mi cuello y estiré los músculos tensos de tanto ajetreo. El humo entró en mis pulmones y lo solté con un fuerte suspiro. Saqué el móvil y abrí las conversaciones de Whatsapp.

Por un instante tuve la esperanza de encontrar alguno de Danielle, y a pesar de que indicaba que estaba en línea, no me escribía a mí.

—¿Qué me estás haciendo? —pregunté en voz alta mientras observaba la pequeña foto de perfil de la aplicación.

Me quedé mirando las redes sociales unos minutos para hacer tiempo, intentando no pensar en nada, hasta que Chris, con una mueca socarrona, apareció para molestarme un rato.

—¿Y esa cara de bobo?

—Tú sí que eres bobo, imbécil —contesté.

—¿Pensando en Danielle?

—Eres muy pesado, tío.

Cuando intentaba no pensar en ella, aparecía él para recordármela una vez más. Me arrepentía por completo de haberle contado cosas sobre ella. Tenía esa baza a su favor para molestarme, una tarea que nunca había conseguido. Sin duda había encontrado mi punto débil y lo sorprendente era que se tratara de una mujer.

—Lo sé, pero estás colgado por ella.

—¡Y una mierda! Sabes a la perfección que yo no me cuelo por nadie.

—Vale, lo que tú digas, ligón, pero te comunico que está ahí fuera. Y por lo que me ha dado tiempo a ver, está bastante acompañada.

Apagué de inmediato el segundo cigarrillo y le di a Chris la oportunidad de carcajearse por mi impaciencia. Salí del almacén, me miré antes en el espejo del baño y entré de nuevo en el bullicio de la cafetería para colocarme detrás de la barra.

Danielle estaba en su lugar habitual, sin embargo no vestía como cuando venía de la oficina de su empresa. Su estilismo era tan casual, que no parecía ella. Llevaba un colorido vestido rojo con escote en uve, de manga corta que se amoldaba a su cintura para después caer abombado hasta encima de sus rodillas. Ni siquiera estaba subida en sus tacones de infarto, iba con manoleínas, sencilla, pero a la vez tan arrolladora que no podía resistirme a la tentación de gruñir con las vistas. Cuando alcé la mirada hasta su rostro fue cuando me di cuenta de algo.

Estaba bastante molesta. Su ceño estaba fruncido y miraba a su acompañante con rabia.

—Parece que su acompañante no le cae muy bien.

Estaba tan absorto en mi escrutinio que no me había percatado de que Chris estaba a mi lado midiendo de forma minuciosa cada uno de mis gestos.

—Cierra el pico —contesté con un gruñido, sin embargo, mi cada vez menos amigo, tenía razón.

La posición de Danielle era a la defensiva, mientras que la de su acompañante parecía de suma satisfacción por molestarla.

Pregunté a Karen si ya había pedido la mesa en la que se encontraba y al negar vi la oportunidad perfecta para ir hasta allí.

La curiosidad me comía por dentro, pero sobre todo, tenía intención de descubrir quién era aquel que parecía importunar a la Dama de Hierro. La mujer, que sin quererlo, no desaparecía de mi cabeza desde hacía demasiado tiempo.

—Buenas tardes, ¿qué desean tomar? —pregunté con una seriedad poco habitual en mí. Sobre todo centré mi mirada en Danielle, quien al descubrir que era yo, me dio la impresión de que una sonrisa involuntaria se escapaba de sus labios.

—Un café solo —dijo sin ningún tipo de amabilidad el acompañante.

—Ya sabes lo que me gusta, Jared —me guiñó un ojo y le lancé una de mis sonrisas.

Lo anoté todo y no pude evitar darme cuenta antes de marcharme de la mirada de aquel tipo.

No tenía ni puñetera idea de quién era, sin embargo, si era una molestia

para Danielle, no dudaría en intervenir si veía algo extraño.



Capítulo 21

Danielle

Mi primer lunes de vacaciones podría haber comenzado de otra forma; relajada en el sofá, yendo a comprar algo para darme un capricho innecesario o incluso cogiendo el coche y hacer un viaje corto, pero no. Mi jefe tenía la ferviente necesidad de molestarme cuando sabía que quería estar ausente todo el mes que me merecía. Llevaba desde las siete de la mañana insistiendo con sus llamadas. Durante un instante quise apagar el teléfono móvil, sin embargo, mi obsesión por esperar aunque fuera un «Buenos días» por parte de Jared hizo que lo dejara encendido.

Y ese había sido mi gran error.

Patrick había insistido hasta que tuve que cogerle el teléfono y mi primer día de vacaciones se había transformado en una pequeña reunión de empresa prácticamente a domicilio, ya que, no pensaba invitarlo a venir a mi casa. Ni loca.

Prefería desplazarme a tenerlo frente a mí en mi propio hogar.

Me vestí con lo primero que pillé en el armario. No pensaba mostrar la elegancia que habituaba y ni si quiera me paré a maquillarme ni ponerme zapatos de tacón. Cogí el coche, aparqué en el parking de mi empresa y me dirigí a mi cafetería habitual. Era pasada la hora de comer y en realidad dudaba que Jared estuviera todavía allí. Sin embargo, por alguna razón que mi inconsciente había querido, ese había sido el lugar en el que me decidí a citar a mi jefe en lugar de la empresa. No me apetecía tener que poner mala cara a todos mis compañeros por aparecer durante mi primer día de vacaciones a regañadientes.

Al llegar me senté en mi lugar habitual y a los pocos minutos apareció. Iba trajeado, con su porte altivo y miraba a todo el mundo por encima del hombro.

Estuve a punto de tener una arcada.

—Espero que lo que tengas que decir de verdad sea importante, porque si

no, te aseguro que el día de hoy no va a contar como vacaciones y llegaré un día más tarde al trabajo —comenté sin darle tiempo a sentarse en su lugar.

Me miró sin contestar y supe que en el fondo deseaba despedirme, algo que no haría porque era de las pocas personas de la empresa que de verdad se tomaban en serio su trabajo y sacaban adelante el trabajo que se quedaba atrasado.

Al fin se sentó y sacó de su maletín unos papeles. Los reconocí al instante porque yo misma me había encargado de dejarlos en su mesa tras terminarlos.

—Esto de aquí no está bien. —Me los acercó y me miró con sorna. Buscaba cualquier momento para intentar menospreciar mi trabajo y buscaba cualquier excusa para decir que estaba mal. Justamente me señalaba una fecha.

Era el índice del próximo número de nuestra revista, el cual yo misma me había encargado de preparar después de que el departamento correspondiente me enviara el catálogo maquetado. Patrick señalaba el apartado de consultorio de moda y el número de la página.

—¿Qué le pasa? ¿No ves que es un veintiséis?

—Lo que pasa es que el consultorio no debería estar tan al principio.

Solté un bufido.

Si de verdad era por eso por lo que me había llamado, se merecía una buena hostia en toda la cara, con la mano abierta y con un final excepcional: arañarle la cara.

Nos quedamos varios segundos en silencio. Comenzaba a cabrearme que Patrick estuviera haciéndome perder el tiempo, pero durante un instante, cuando mi camarero favorito se acercó para tomar nota, todo enfado se evaporó.

Antes de marcharse me dedicó su inigualable sonrisa y estuve a punto de suspirar como una adolescente.

—¿Piensas darme la explicación que pido, o vas a seguir babeando por ese simple camarero?

Volví al mundo real y le lancé una mirada que si tuviera poderes sobrenaturales habría conseguido matarle.

¿Quién cojones se creía que era?

—Mira Patrick, no me toques los ovarios. Te lo advierto, estoy muy harta de tus gilipolleces. El consultorio está exactamente en la página que tú querías que estuviera tras mis advertencias de que era algo que era mejor al final de la revista dado que mucha gente la compra solo por él y que tengan

que pasar páginas hasta llegar al final capta su atención también en otros apartados. Pero claro, como ya está hecho y he sido yo la que ha dado la puta orden, la culpa es mía y por eso estoy aquí, viéndote esa cara de amargado cuando debería estar haciendo cualquier otra cosa que no fuera pensar en el trabajo —solté con rabia y sin apenas coger la respiración. Mi jefe no fue capaz de contestar, así que me animé a continuar—. No puedes echarme en cara algo que tú has demandado, y ahora no vayas a decirme que estoy mintiendo. Tengo la prueba y la puedo sacar ahora mismo si lo quieres. Sé todo lo que mandas, lo guardo todo a buen recaudo para ocasiones como estas en las que estás tan aburrido que tu único entretenimiento es joderme.

—Soy tu jefe.

—Lo que eres es gilipollas —contesté. Mi voz era más alta de lo habitual, pero no me importó ser el centro de atención de la cafetería.

Jared apareció a los pocos segundos con lo que habíamos pedido y mi jefe se quedó en silencio. En ese instante compartí una mirada con Jared que me traspasó. Tenía el ceño fruncido, estaba serio y parecía querer decir algo.

—Aquí tenéis.

Dejó nuestro pedido en su lugar y en mi taza de café encontré una nota en el plato que citaba «¿Quieres que le dé una paliza a ese imbécil, sea quien sea?»

Solté una carcajada nada más leerla y vi como él me devolvía una sonrisa socarrona.

—¿De qué te ríes? —añadió Patrick.

—No te preocupes, querido. Lo tengo controlado —contesté a Jared y le guiñé un ojo. Asintió y se marchó por dónde había venido.

Si tenía que volver a coger a mi jefe de las pelotas en medio de la cafetería, no me importaría en absoluto.

—¿Qué te traes con el camarero de poca monta?

—Ni es un camarero de poca monta, ni te interesa.

—Deberías tenerme más respeto, Danielle. Sabes que soy la persona que puede hacer que te despidan. Soy tu superior y debes ser un poco más sumisa —me señaló y no pude evitar volver a carcajearme en su cara.

Sumisa... con él... ¡por supuesto! Era lo primero en lo que pensaba cada día que iba al trabajo.

—Te tengo el mismo respeto que tú tienes por tus empleadas, a las que vas metiendo mano. Amenaza con despedirme y será lo último que intentes hacer en la empresa. Puede que tú tengas muchos contactos, pero yo también

tengo los míos y son muy buenos —amenacé.

—¿Crees que te tengo miedo? —contestó con sorpresa. Sin embargo, su labio inferior que temblaba de forma casi imperceptible para alguien poco observador, delataba que lo tenía.

—Eso solo tú puedes saberlo, lo que sí sé, es que yo no tengo miedo a lo que puedas hacerme. Ni tampoco sé para qué demonios me has hecho venir hasta a aquí cuando sabes a la perfección en ese cerebro que tan poco utilizas, que mi trabajo está bien hecho. Si lo que querías era verme, métete en mi Facebook y pájate con mis fotos, pero a mí, déjame en paz.

—Eres una descarada —gruñó.

—Y tú un jodido pervertido. Y como se te ocurra volver a llamarme en mis vacaciones, te bloqueo. Apáñatelas tú solito, jefe todopoderoso. ¿No eres tan superior mío? Pues demuéstalo y deja de depender tanto de mí. No soy tu jodida criada.

Me levanté de la mesa y lo dejé con dos palmos de narices.

En el fondo me había pasado con mi forma de hablarle. Pero no lo aguantaba más. Llevaba mucho tiempo guardando todos aquellos pensamientos sobre él.

Dedicar tanto tiempo a ignorarlo había acumulado toda la mierda que acababa de echarle encima. Caminé hasta la barra y Jared me sonrió al otro lado.

—Tienes cara de querer matarme —se burló. Probablemente era así. Todavía sentía la rabia bullir en mi interior.

Me giré un instante hacia la mesa que acababa de desocupar y Patrick ya se había marchado.

Encima el muy cabrón se iba sin pagar.

—Ahora mismo mataría a cualquiera —contesté con un suspiro cansado—. Ponme un whisky doble.

—¿No es un poco pronto para emborracharse?

Arqueé una ceja y lo taladré con la mirada. En otro momento quizá su mofa me hubiera parecido divertida y socarrona, pero en aquel instante era una molestia que no ayudaba a que mi cabreo se marchara.

—Cállate.

Alzó las manos en señal de rendición y se puso manos a la obra para traerme el whisky. Pegué un fuerte trago y noté cómo la garganta me ardía y a la vez relajaba mi mente atormentada por el estrés que me provocaba mi jefe. Jared se dedicó a continuar con su trabajo al servir las mesas de los

pocos clientes que quedaban a esas horas. Era pasada la hora de comer y hasta la hora del té no volvería a llenarse.

—¿Quién era ese? Parecía un gilipollas —preguntó cuando volvió detrás de la barra.

—El gilipollas de mi jefe.

—¿Pero no estás de vacaciones?

—Exacto, pero no le entra en su cerebro de mosquito y tiene que molestarme por errores que ha cometido él mismo y de los cuales ya le advertí.

—Te miraba con deseo —añadió mientras limpiaba la barra. Suponía que hacía como que trabajaba, ya que a lo lejos, la que parecía su jefa lo observaba.

—¿Celoso?

—¿Debería?

—Si te gusta que te cojan de los huevos y llamarte gilipollas a la cara para que dejes tranquilas a las mujeres, entonces sí. —Di el último trago a mi copa y Jared me observó con una sonrisa.

—Lo primero ya me lo has hecho, y lo segundo creo que también, sin embargo, ni con esas puedes conseguir que te deje en paz.

De nuevo el juego comenzaba.

Debía reconocer que el cabreo había pasado a un segundo plano. Charlar de forma amena con Jared tenía ese efecto en mí. Ya ni recordaba que estaba ahí por petición de Patrick, y aunque hablar con él había sido un incordio, estar con Jared quitaba mucho hierro al asunto.

—¿Cuándo terminas tu turno?

—En realidad he terminado hace media hora —reconoció.

—¿Y qué haces aquí? —pregunté a pesar de imaginar su respuesta.

—Hay una mujer que me tiene loco, y no pienso marcharme de aquí sin conseguir que venga conmigo.

Me removí en la silla de la barra y me eché un poco hacia adelante para estar más cerca de él y poder susurrar:

—Quizás esa mujer no está dispuesta. Deberías encontrar la forma adecuada de decírselo.

—Créeme, la tengo. Solo falta que dé los pasos necesarios hasta salir a la calle —continuó y me guiñó un ojo.

Estaba tan cerca de mí que incluso era capaz de notar su aliento.

Ninguno de los dos era consciente de que estábamos rodeados, que él

estaba en su lugar de trabajo y que probablemente, éramos el centro de atención de todas aquellas féminas que intentaban siempre seducir al camarero.

—Prepara mi cuenta, me parece que tengo algo interesante para hacer hoy.

En cuanto Jared trajo la cuenta preparé mi tarjeta y gruñí al darme cuenta que también me tocaba pagar lo de Patrick. Guardé el ticket para cuando volviera al trabajo pedirle que me lo devolviera y miré de nuevo al hombre que ocupaba mi mente desde hacía más días de los que pretendía reconocer.

—Voy a cambiarme, espérame afuera —ordenó.

—Si empiezas con órdenes, no creo que esto acabe bien.

Sonrió con mi respuesta y se metió en el interior del almacén sin dejar de sonreír. Mientras tanto, recogí mis cosas y me encaminé a la salida.

La tarde ya había llegado y con ella las temperaturas comenzaban a descender un poco. Hacía bastante calor. Agradecía no tener que llevar chaqueta, porque en ocasiones, incluso en verano había que llevarla dado a la inestabilidad del clima Londinense. No obstante, se preveía un verano con bastante calor y era agradable de saber que podría usar vestidos que solo llevaba cuando me marchaba de vacaciones a lugares con playa y clima caluroso.

Esperé a las puertas de la cafetería, apoyada en la pared de ladrillo con el móvil en la mano. Tenía varios mensajes de Nathalie. Durante los últimos días estaba obsesionada con preguntarme por Jared. A pesar de ya no acudir a las mazmorras, por haber sido mi sumisa había llegado a sus oídos lo ocurrido con el amo J y yo me había encargado de explicarle el resto, tanto a ella como a su novia. Ambas tenían la absurda teoría que de verdad aquel hombre podría significar algo para mí, decían que veían en mí a alguien distinto cuando lo nombraba, y solo por sus palabras, me entraban ganas de azotarlas hasta dejarles el culo en carne viva.

A Nathalie le gustaría, pero Gabriela no lo practicaba, así que por el momento, la idea quedaba descartada

—¿Lista?

Salí de mis pensamientos sobre mi amiga y miré a Jared. Su uniforme de camarero había desaparecido para dar paso a una estrecha camiseta de manga corta de cuello en uve que mostraba un resquicio de sus pectorales y sus pantalones tejanos le quedaban completamente ceñidos a sus piernas.

Solo con mirarlo mi cuerpo se estremecía. Me tenía hechizada por

completo.

—¿A dónde vamos? —dije para dejar de pensar en su cuerpo y comenzar a ponerme más caliente en medio de una calle bastante transitada.

—¿Has comido? —Asentí—. Pues yo no, así que si te apetece, te invito a mi casa a ver como este hombre se alimenta de comida basura.

—Nos estamos extralimitando, Jared —comenté. Aquello cada vez se parecía más a algo a lo que no quería ponerle nombre, pero era tan tentador que sabía a la perfección que iría con él. Además, él sabía dónde vivía yo, sería una forma de estar en igualdad de condiciones.

—¿Por qué? Simplemente estoy invitando a una persona con la que me he acostado a mi casa. ¿Tan extraño es?

Me encogí de hombros.

—¿Has venido en coche? —Asentí—. Perfecto, pues tú me llevarás.

—Tú sigue con las órdenes, que al final te dejo en la cuneta de alguna carretera para que tengas que hacer autostop.

—Bueno, con mi sonrisa estoy seguro de que no tardaría en volver a casa. Y lo más probable sería que fuera a la tuya para castigarme por abandonarme.



Capítulo 22

Danielle

Una vez en el parking de las oficinas nos subimos a mi coche. En un principio Jared quiso robarme las llaves para ser él el conductor, pero obviamente no se lo permití. Lo hice guiarme por las calles de Londres. Nos dirigíamos muy cerca de dónde yo vivía. Cruzamos el puente de Londres y nos quedamos parados durante varios minutos.

La zona estaba bastante concurrida a pesar de ser lunes. Los turistas visitaban la ciudad en cualquier época del año, pero en verano se acentuaba y la zona del London Eye y Westminster siempre era caótica para pasar con el coche a ciertas horas del día.

—Parece que nos toca esperar. —El tono en el que dijo aquellas palabras me estremeció.

Al instante siguiente, mientras continuábamos en medio de un atasco por uno de los semáforos más lentos de todo Londres, noté como la mano de Jared se situaba en mi pierna y subía con extrema lentitud hasta inmiscuirse por debajo de la amplia falda de mi vestido.

—¿Se puede saber qué haces? ¿No ves que estoy conduciendo? —lo reprendí y miré con el ceño fruncido. Él simplemente se limitaba a sonreír.

Lo cierto es que me ponía mucho aquella sonrisa hasta el día en que me humilló en la mazmorra del Fantasía Oscura.

Bueno, de vez en cuando seguía poniéndome, como en aquel instante.

—Estamos parados.

—¿Y?

—Me aburro.

Aparté su mano antes de que llegara a mi ingle y soltó una carcajada. Me crucé de brazos perdiendo de vista la carretera y lo taladré con la mirada hasta el momento en que los pitidos de los coches me alertaron de que la fila avanzaba.

Pero no lo hizo con la suficiente rapidez. Continuábamos prácticamente

en el mismo lugar y las ganas de llegar a casa de Jared aumentaban por momentos. Lo tenía a mi lado, toqueteando la radio del coche y dejó puesta una de mis canciones favoritas del momento «*You don't own me*» de *Grace y G-Eazy*. Me dio la sensación de que él no la había escuchado nunca, sin embargo, aquella melodía y las palabras que citaba, tenían algo que a mí no hacían más que excitarme.

De nuevo su mano viajó a mi pierna y aquella vez no lo detuve. Se adentró hasta mi ingle y accedió hasta mi sexo justo en el momento en que abrí un poco las piernas, presa de la melodía de la música.

*No soy de tu propiedad,
no soy uno de tus muchos juguetes.*

Sus dedos jugaron con mis labios vaginales y se me escapó un gemido en cuanto su índice se entretuvo en mi clítoris.

—En el fondo, esto es exactamente lo que buscabas.

Sus palabras me volvieron al mundo real y lo aparté. Miré que los coches todavía no avanzaran y estiré un poco del cinturón para acercarme a él. Volvía a intentar tenerme en sus manos y no pensaba permitirselo con tanta facilidad.

—Lo que quiero es que te estés quieto hasta que lleguemos a tú casa — contesté seductora y mis ojos verdes se clavaron a los suyos. Era mi turno de tomar el mando.

—No sé si comerte antes a ti, o llenar mi estómago —susurró.

—Tú sabrás, pero espero que esto te lo deje claro.

Sin dejar de mirarlo a los ojos, con la mano lo agarré de la entrepierna y presioné hasta que escuché un gemido doloroso por su parte.

—¡Joder!

Me aparté con una sonrisa satisfecha en mi rostro y volví la vista a la carretera.

—Así aprenderás cuál es tu lugar, amo J —me burlé y por suerte, el tráfico avanzó un poco más.

Nos quedamos en silencio durante el resto del camino. Tararéé la canción que continuaba sonando y no podía más que sentirme por completo identificada con la letra, de ahí que me gustara tanto.

Y no me digas lo que tengo que hacer,

*y no me digas lo que tengo que decir.
Por favor, cuando salga contigo,
no me vayas exhibiendo.*

Hablaba de no pertenecer a nadie, de ser tu propio dueño. Jared era un amo que buscaba esclavizarme, algo que yo también quería hacer con él. Sin embargo, yo tenía un punto muy débil. En otra época había sido la sumisa de alguien. Una sumisa que acabó rota, desecha y que decidió por amor propio convertirse en la que tomara las riendas. No quería que nadie me dijera lo que tenía que hacer, ni qué decir, ni qué me exhibiera, tal y como decía la canción.

No quería ser para Jared lo que había sido para aquel amo al que me negaba a nombrar. Quería tener el control a pesar de ser algo muy complicado.

Era fuerte, pero con él sentía que perdía toda mi fortaleza. Y si en algún momento caía, no quería volver a sumergirme en una vorágine autodestructiva que me dejara destrozada.

Por fin llegamos a la localización de su casa e hice desaparecer los pensamientos pesimistas de mi cabeza. Por suerte tenía parking y pude aparcar el coche en el lugar en el que estaba su moto. Caminamos en un tenso silencio hasta la entrada y caminamos hasta su piso situado en la planta baja, a tan solo cuatro escalones desde la entrada. Cuando abrió, me quedé a las puertas de su casa.

No sabía si era buena idea traspasar la línea imaginaria que nos separaba.

—¿Qué haces? Entra —murmuró. Su tono de voz sonaba apacible. A pesar del estrujón de huevos no me guardaba rencor por ello. El silencio en el coche había sido derivado a aquello, pero no me lo reprochó porque sabía que en el fondo, era la continuación de nuestro juego.

Un juego peligroso, pero a la vez adictivo que nos llevaba a medir una y otra vez nuestro poder.

—Estamos entrando en una dinámica muy rara, Jared. Esto es...

—... extraño —terminó por mí—. Lo sé. Soy el primero que lo piensa. Pero quiero que entres en mi casa, Danielle. No quiero que sientas que te he traído aquí para ver a la ama a la que quiero someter, quiero que lo estés porque quiero conocer a la Danielle de verdad. Y joder, no es raro que queramos pasar un rato junto, como amigos.

—Eso es muy pretencioso por tu parte —añadí.

No daba mi confianza con demasiada facilidad. Abrirme, contar cómo era en realidad fuera de una mazmorra y de mi vida era algo que solo compartía con mis amigos más íntimos, que eran una cantidad muy reducida.

—Es probable. Y aunque pocas veces creo esto cuando lo digo, no todo tiene que ir relacionado con el sexo.

Solté una carcajada sin poderlo evitar.

—No te creo, porque sé, que en cuanto traspase esta puerta, acabaremos hablando de sexo. En el fondo es lo que a ambos nos gusta.

Me devolvió la sonrisa a su manera, esa en la que torcía la boca y lo convertía en la persona más sexi del mundo. Tenía un atractivo que me hechizaba a pesar de él decir que era yo la que lo hechizaba. De veras creía que ambos éramos unos brujos y que nuestros hechizos atraían al otro sin poderlo evitar.

Traspasé la puerta y la cerré. Ojeé a mi alrededor y lo seguí hasta el salón. Era un piso un poco más pequeño que el mío, todo muy diáfano y la cocina estaba unida al salón, como en mi casa. Al fondo se veía un pasillo con dos puertas que supuse llevarían al baño y a su habitación. Además, de que la luz natural del sol que entraba por el salón dejaba a la vista la salida hacia una pequeña terraza exterior.

—Ponte cómoda.

Fui en dirección al pequeño sofá de dos plazas y me senté mientras seguía con la mirada los pasos de Jared. Dejó todas sus cosas en una silla y comenzó a rebuscar en la cocina. De la nevera sacó dos cervezas y algo de comida guardada en una fiambarrera para ponerla sobre un plato y meterla en el microondas.

El olor a carne llenó mis fosas nasales. Al finalizar, lo dejó todo sobre la mesa de centró frente al sofá y me ofreció una de las cervezas.

—Sé que no es lo más idílico ver a alguien comer, pero tengo hambre.

—Estás en tu casa —respondí con una sonrisa y abrí la lata para darle un profundo trago.

Encendió el televisor para romper el silencio, la puso a un tono bajo. Mientras tanto, me quedé embobada viéndolo comer. Masticaba con lentitud y tragaba, y con cada bocado metía un trago a su cerveza. Tragué saliva como una idiota, porque sin quererlo, hasta esos pequeños movimientos que hacía al masticar, me ponían cardiaca. Me hacían recordar su boca al comerme a mí, al lamer cada recoveco de mi cuerpo para después follarme tras sus largas horas de tortura.

Definitivamente sí, todo siempre acababa derivado en sexo.

—Y dime, ¿cómo es tu día a día? —preguntó.

Al menos comenzaba por una pregunta fácil que no requería exponer partes íntimas.

—Me levanto, cojo mi coche, voy al trabajo y me sumerjo entre catálogos de moda, gestión de clientes, publicidad y lidio con las gilipolleces de Patrick —resumí—. Después llega la hora del desayuno y coqueteo con el camarero hasta que me voy a casa a sabiendas de que lo he dejado con la polla dura.

—Eso ha sido un golpe bajo —me señaló y le dediqué una sonrisa.

—Es que es la verdad.

—Lo sé, pero fuera del trabajo, ¿cómo eres?

—Como todo el mundo. Veo series en Netflix, de vez en cuando salgo con mis amigos de toda la vida y otras me voy a los clubs a disfrutar de un buen rato. Mi vida no gira en torno al BDSM, sin embargo, es con lo que más disfruto —reconocí—. ¿Y tú?

Masticó la comida que aún le quedaba, dio otro trago a la cerveza y se preparó para hablar.

—Trabajo cinco días a la semana en la cafetería, hago ejercicio entre estas paredes, salgo a veces con los amigos, visito a mi familia y follo mucho. En definitiva, tenemos mucho en común —bromeó.

—A excepción de lo de la familia —añadí sin pensar. Desvié la mirada para que no intentara descifrar lo que pasaba por mi cabeza, pero no lo conseguí. La parte de la familia la había evitado en nuestras anteriores conversaciones. Preguntó al respecto y a pesar de que no me gustaba hablar de ello, quise hacerlo—. No tengo mucho contacto. Viven en Escocia y nunca nos hemos llevado bien. Cuando me mudé a Londres nuestra relación se enfrió.

—¿Por qué? Y lo siento si me estoy extralimitando, pero no me gusta esa mirada triste —se excusó.

—Reconozco que siempre lo he tenido todo, ellos pagaron parte de mis estudios, pero básicamente ese fue su trabajo como padres. Cuando decidí venirme aquí con veinte años para estudiar en Oxford, me dejaron sin nada. Tuve que trabajar para pagar la carrera y fue bastante duro. Por suerte, compartía mi estrés con una amiga de la infancia que también vino aquí a estudiar y que ahora tiene su vida aquí y veo poco.

—Vaya, eso no me lo esperaba. Me alegro de que hayas conseguido todo lo que tienes por ti misma. Has demostrado lo que vales —comentó.

—Pues sí. Estoy orgullosa. No ha sido fácil, pero lo conseguí. —Cogí la cerveza y di otro trago bajo la atenta mirada de Jared.

Quería suspirar después de contar aquella parte de mi historia, pero me resistí. Estaba olvidado. Igual que mi familia me había olvidado, yo también a ellos. Y aunque todo el mundo decía que no se podía vivir sin el calor familiar, yo era capaz de demostrar que sí. Había ocasiones en las que quien te traía al mundo, no tenía por qué ser quien más te quisiera. Apenas había sentido su amor, pero sí que había encontrado mi propia felicidad tras conseguir mis metas y poder vivir mi vida siendo libre de ataduras.

—Yo me llevo bien con ellos, pero los veo menos de lo que me gustaría.

—¿Cómo son? —pregunté con curiosidad.

Señaló con el dedo una fotografía que estaba justo al lado del televisor. En ella se veía a una mujer de unos cincuenta años con un hombre que rondaba la misma edad con el pelo encanecido. Sin duda las facciones del hombre eran idénticas a las de Jared, por lo que deduje que era su padre. Había sacado los genes de ambos. La mujer tenía la misma mirada y era muy guapa.

—Como te dije mi padre es militar y mi madre es profesora de primaria. Se llaman Clark y Simone. Mi padre es un poco como yo...

—¿Un creído arrogante? —lo corté.

—Realmente, sí —rio—. Y mi madre es dulce, cariñosa y un poco pesada.

—Así es como suelen ser las madres —«menos la mía» pensé mientras lo decía.

—Creo que os caeríais bien. Le encanta la moda y sigue todas las revistas de tu empresa.

Casi me atraganto con la cerveza con aquella respuesta, pero conseguí disimular ese extraño, pero no incómodo, malestar que había aparecido de repente.

¿Llevarme bien con su madre? ¿Por qué?

Al instante me di cuenta de que el propio Jared se arrepentía de haber dicho aquello. Podía incluso imaginar cómo en su mente se estaría dando de cabezazos.

—Y cambiando de tema —dije con rapidez para dejar a un lado el mal trago—. ¿Desde cuándo eres amo? ¿Y por qué no te había visto antes?

—A tu segunda pregunta, sí que me habías visto, simplemente no me hacías caso en ninguno de los locales en los que coincidíamos porque ambos

somos amos, y a la primera, creo que desde siempre. Pero me metí en el mundo del BDSM a los veinte.

—¿Y cuántos tienes ahora?

No sabía su edad, y ya iba siendo hora de descubrirla. Dudaba que tuviera mucho más que yo.

—Treinta y uno. Así que, aunque tú seas una eminencia en el mundo del BDSM, estoy seguro de que llevo más en esto que tú. Y otra cosa más...

—¿El qué? —pregunté atenta a lo siguiente que fuera a decir.

—Por cómo reaccionabas en la mazmorra, sé que no siempre has sido una Dómina. En ti hay una parte de sumisa, y a pesar de haberla intentado erradicar, ahí sigue, al acecho para aparecer en el instante en el que de verdad puedas confiar en quien te someta.



Capítulo 23

Danielle

Mi cara debía de haberse quedado de un color blanco como el del techo. Jared había acertado de pleno en su análisis sobre mi vida en el mundo del BDSM. Durante varios segundos no supe qué decir, ni cómo evadir su intención de encontrar una afirmación por mi parte. Era muy sencillo recordarlo, pero no lo hacía menos complicado para mi estabilidad mental, y por el momento, no era algo que quisiera contar, y mucho menos a él.

Continué con la cerveza en mis manos y cuando me quedé con la lata vacía, supe que debía romper el silencio incómodo que se había instalado a nuestro alrededor.

¿Podía confiar en él?

No estaba segura. En el fondo, no nos conocíamos.

Solo habíamos compartido una cena con conversaciones sin peligro alguno, sexo y meses de coqueteos que eran los culpables de encontrarnos en aquel punto que a cada instante me resultaba más surrealista.

No quería pensar en ello en profundidad, mi mente solo quería centrarse en que nuestros encuentros eran para retozar como conejos en la cama. Nada más. Sin embargo, la indiscutible fuerza que me atraía hasta a él, también conseguía que quisiera conocer a la persona y no al amo. Algo que al parecer, y dado su interés en mí, era recíproco.

—Tienes razón —admití al fin—. No siempre he sido la dominante. Hasta los veinticinco, fui sumisa.

Intenté no mirarlo mientras lo decía, pero Jared alargó su mano y giró mi rostro para que nuestros ojos entraran en contacto. Su brillo castaño provocaba que se me encogiera el corazón. Era demasiado intenso como para aguantar durante mucho su mirada.

—¿Qué te hizo cambiar?

—Jared... no quiero hablar del tema.

—¿No confías en mí? —Su mirada me mostro que aquello le provocaba

dolor. Creía que por haber compartido momentos, podía tener acceso a toda mi vida. Y no era así. Era cerrada con todos los que me rodeaban, y así debería seguir siendo si no quería volver a acabar con el corazón hecho pedazos por tan solo confiar en alguien de forma ciega sin inspeccionar si aquello de verdad estaba bien.

—¿Debería? —Cogí su mano y la retiré de mi rostro.

—Creo que te he demostrado que soy de fiar.

Solté una risa sarcástica.

—Querido, lo único que me has demostrado es que follas bien, sabes hacerme enloquecer y que eres un amo muy tocapelotas. —Me crucé de brazos y eché hacia atrás en el sofá.

Jared arqueó una ceja y luego me miró ceñudo, molesto por lo que acababa de decir.

Sabía a la perfección que había sido demasiado dura, que no era justo decirle eso, sin embargo, era mi forma para protegerme, para huir de cualquier implicación sentimental en el asunto y no traspasar una línea imaginaria en la que ya tenía la mitad del cuerpo metido.

—Al menos sé que he elegido bien mi rol —dijo como defensa.

Se levantó del sofá y se llevó hasta la cocina los restos de su comida. Estuvo allí metido más tiempo. Mientras lo seguía con la mirada, vi como desaparecía por el pasillo que llevaba a la habitación y al baño sin decir palabra.

Suspiré.

—Danielle, eres idiota —me dije a mí misma.

Decidí abrir la puerta que llevaba a la terraza y salí a tomar el aire. No era fumadora, pero en ese momento me hubiera venido muy bien para calmar los nervios dar un par de caladas. No tenía ni idea de qué hacía Jared. Incluso se me pasó por la cabeza coger mi bolso y marcharme de allí para dejar de hacer el ridículo.

No pintaba nada.

El atardecer permanecía todavía soleado. El sol comenzaba a bajar para dar paso a la luna. Había sido un bonito día, con algunas nubes, pero despejado para lo que era Londres. El London Eye apenas se veía por culpa del resto del edificio que tapaba las vistas, pero aun así me quedé embobada sin mirar a nada en concreto.

Escuché el sonido de mi teléfono móvil y volví al salón para descolgar. Era Nathalie, así que salí de nuevo y la saludé.

—¿Qué tal van tus vacaciones? —preguntó tras los respectivos saludos.

—Solo llevo un día, no he tenido tiempo a nada —contesté sin ganas.

—Uy, uy, uy... ¿Qué te pasa?

Quizá debería de haber contestado con más entusiasmo. A pesar de no verme la cara, ella sabía que me pasaba algo. Eran ya más de cuatro años de amistad y conocía mi tono de voz a la perfección.

—¿Es por el amo ese? ¿Jared?

Era demasiado lista.

No contesté.

—¿Estás con él?

—Estoy en su casa —admití al fin. Se hizo un silencio al otro lado de la línea.

Era una situación extraordinaria. Era probable que hiciera años que no estaba en casa de un hombre, sobre todo uno sumergido en el círculo del BDSM. Después de que Nathalie dejara de ser mi sumisa, ni siquiera había metido a uno en mi mazmorra casera, siempre los citaba en algún club y todo estaba estipulado en nuestros contratos de ama y sumiso.

—¿Y eso es malo? Es un gran paso, a lo mejor...

—A lo mejor nada —la corté a sabiendas de que pretendía decir que quizá podía tener una relación con él. Estaba empeñada en que debía dejar tanto de mandar y complacer al resto con mis juegos, y centrarme en encontrar una pareja de verdad.

Como había hecho ella con su pareja.

No todos buscábamos una relación estable, y por el momento, era algo que quería tener lo más lejos posible. Centrarme en mí, vivir y disfrutar. Ese era mi lema.

Pero por otro lado...

Jared era intenso, una bomba que me afectaba a todos los niveles. No solo me excitaba de forma sexual. Conocer cosas de él y compartir pequeños momentos durante el último mes, había forjado entre nosotros una conexión que conseguía causarme demasiada confusión. Tanta, que no tenía ni puta idea de qué era lo que quería en la vida.

—Estoy echa un jodido lío, Nathalie. Quiere que nos conozcamos más. Yo lo seduje porque me ponía y quería llevarlo a mi mazmorra, pero...

—Pero está tumbando tus barreras y te niegas a reconocer que podría ser algo más.

—Eso es una locura. No podría ser algo más. Ambos somos amos.

—¿Y por qué tienes que relacionarlo todo con el mundo del BDSM? ¿Por qué no puedes pensar más allá?

—Porque es mi forma de vida. Y porque es lo que a ambos nos gusta: dominar.

—Y no quieres dejar que nadie te domine. Otra vez —finalizó por mí.

A veces me daba la sensación de que Nathalie tenía el poder de leerme la mente. Era tal la confianza que habíamos trabado después de que dejara la mazmorra y se convirtiera en una confidente, que conocía prácticamente toda mi historia y conocía mis sentimientos incluso mejor que yo.

—Exacto. No puedo volver a cambiar.

—Cariño, no se trata de cambiar, se trata de aceptar. Además, una relación con un amo no creo que signifique que tengas que volver a ser una sumisa, ¿verdad?

—Pero siempre intentará someterme, y yo a él.

—¿Y qué tiene de malo? Así os divertiréis más. Me imagino vuestras batallas como una jodida película porno. Yo estaría en el sofá con las palomitas aplaudiendo.

La tensión se fue de mi cuerpo al soltar una fuerte carcajada. Era la mejor, y no tan en el fondo, tenía algo de razón.



Jared

Todavía no entendía qué parte de mi cerebro había tenido la brillante idea de invitarla a mi casa. No solo era arriesgado para mi cordura, sino para el hermetismo que me empeñaba en tener con mis encuentros sexuales con alguien. Prácticamente nunca llevaba a ninguna mujer a casa, era mi lugar donde estar a solas, ni siquiera había querido montar mi propia sala del dolor y el placer por guardar la privacidad, pero era cierto que quería conocer a la Danielle fuera de la mazmorra.

Tras salir del almacén de la cafetería y verla sentada, con su precioso rostro contraído por la furia de tener enfrente al idiota de su jefe, había dejado

de pensar con coherencia y pasar a pensar con la polla. Y ya cuando se acercó a la barra, invitarla a mi casa era la única opción para poder pasar el rato con ella.

No buscaba sexo, era cierto que quería conocerla más allá. A pesar del juego en el coche, no había ocurrido nada.

Bueno, en realidad sí, que se había cerrado en banda.

Tuve que salir del salón para tranquilizarme. No quería abrirse, y lo cierto era que quizá me había extralimitado al afirmar de forma rotunda que no siempre había sido ama. En ningún momento se me pasó por alto durante aquella maravillosa noche, la humedad entre sus piernas con cada azote y cada humillación que le prodigaba. Había sido un golpe bajo. Parecía que por mi parte buscara su absoluta sumisión, y en el fondo no era eso lo que quería. Me gustaba que se resistiera puesto que hacía de nuestros encuentros algo la mar de excitante.

Recorrí el pequeño pasillo de mi casa hasta llegar al baño. Necesitaba una ducha relajante. Danielle se había quedado en el salón. Era probable que se marchara, pero no lo sabría hasta que saliera de mi baño. Dejé que el agua a temperatura media cayera con fuerza por mis músculos. Estaba más tenso de lo que creía. Solté un suspiro y pensé en la mujer que permanecía entre las paredes de mi casa.

¿Por qué me arriesgaba de aquella forma? Traspasar las barreras no era común. Prefería mantener las distancias y solo centrarme en la diversión del momento.

Nada más.

Pero Danielle tenía algo tan atrayente, y no solo por la belleza que emanaba por cada poro de su piel, que hacía que no pudiera pensar más que en tenerla cerca, saber de ella y descubrir a la mujer que de verdad se escondía en su interior. No quería conocer a la subdirectora de Marketing, ni a la Dómina, quería conocer a la mujer. Profundizar en sus deseos, conocer detalles de su vida y desentramar sus sentimientos.

Una completa locura.

Salí de la ducha y me miré al espejo mientras secaba mi cuerpo desnudo.

—Te estás volviendo gilipollas —me dije en voz alta y solté un suspiro.

Ella me estaba volviendo así, la cuestión era que tenía que descubrir el porqué.

Me vestí tan solo con un pantalón corto, dejando mi torso al desnudo y salí del baño prácticamente convencido de que se habría marchado a su casa.

Sin embargo, al llegar al salón, vi la puerta corredera de la pequeña terraza abierta y de ella salía el hechizante sonido de su voz.

¿Con quién demonios hablaba?

—Oye chica, tómate un relajante o algo, porque yo no te he hecho nada —decía. Me fijé en que tenía la vista alzada hacia arriba y pude deducir con quién hablaba.

La buscona de mi vecina; Miranda.

—¿Qué pasa aquí?

—Tu vecina, que es muy maja —ironizó Danielle.

Salí sin que me importara estar semidesnudo y alcé la vista para mirar a Miranda que parecía poseída por la furia. Su mueca iba directa hacia Danielle, quien la miraba con sorna, divertida, pero también un tanto cabreada por la situación.

—Jared, cariño, esta chica es una buscona. No te merece. ¿Por qué no vienes aquí? —habló Miranda y no pude evitar que mis ojos se abrieran como platos.

¿Qué cojones le pasaba?

Era obvio que desde que se había mudado, yo me había presentado de forma amable e intercambiábamos escasas palabras cuando me ponía a hacer ejercicio o salía a fumar, quería meterse en mi cama. No disimulaba, pero en ningún momento le había dado a entender que caería en sus intentos de seducción.

—Miranda, somos vecinos. Nada más. Y ella es una amiga.

—¿Y yo que soy?

—Mi vecina. Lo sabes a la perfección. —Hablabla de forma tajante pero a la vez suave, tampoco quería que a partir de ese momento mi vecinita comenzara a tirarme cosas al patio por no conseguir lo que buscaba.

Soltó un bufido y por el rabillo del ojo pude ver la expresión de Danielle, quien escondía una carcajada para no molestar más a Miranda.

—No es justo.

Y con aquellas últimas palabras, Miranda se escondió de nuevo en su casa.

—Menuda vecina —soltó Danielle al fin y se rio—. ¿Está loca?

—No, solo quiere acostarse conmigo desde el día en que la saludé.

—La comprendo. A mí me pasó lo mismo —se burló. Parecía que el mal humor que nos había envuelto minutos antes, había quedado relegado a un segundo plano y su cambio de actitud me sorprendía.

Al habernos quedado a solas, fue consciente de mis semidesnudez. No se me pasó por alto el escrutinio al que me sometió. Miraba mi torso con extremada atención y hacía un escaneo de abajo hacia arriba hasta finalizar en mi rostro, que mantenía una sonrisa divertida.

—¿Te gusta lo que ves?

—Sabes que sí.

—Pensé que te habrías marchado —dije al fin. Salí un segundo de la terraza y fui a por un cigarrillo que encendí por el camino.

—He estado a punto, pero he cambiado de opinión —admitió—. Siento haberte hablado así. Es que... tu afirmación me ha pillado por sorpresa y soy desconfiada por naturaleza. No me gusta hablar de eso.

—Yo también te pido disculpas, he sido demasiado directo, y ni siquiera sé si es cierto todo lo que he dicho.

—Lo es, pero intento no hablar de ello. Son unos recuerdos un tanto agridulces que no estoy preparada para airear a la primera de cambio.

—Lo entiendo, y por ello esperaré a que de verdad confíes en mí. No sé qué me has hecho, pero esto no es normal, y de verdad, te aseguro que quiero conocer a la mujer que hay debajo de la ama y directiva de marketing. Y espero conseguirlo.

—¿Eso es un reto? —Arqueó una ceja. Di una calada al cigarro y sonreí.

—Por supuesto. ¿Qué sería de la vida sin un buen reto por delante?



Capítulo 24

Danielle

Mientras Jared se escondía en algún lugar de su casa, yo discutía con la loca de su vecina. Al principio tuve la impresión de que se la había tirado, pero cuando él apareció supe que ni de coña. Simplemente estaba loca por él, y la entendía. Con solo dedicarle su sonrisa ladeada era probable que la hubiera hechizado igual que a mí, así que en el fondo, recibir por su parte insultos como zorra, me resultó hasta divertido por el simple hecho de que al menos yo sí me lo había tirado.

¡Qué se jodiera!

Tras la charla con Nathalie, se me había pasado el cabreo y comprendía que Jared podría convertirse en alguien de fiar, solo necesitaba tiempo para comprobarlo. Y debía reconocer que verlo semidesnudo también había hecho que el enfado se evaporara de inmediato.

Recordaba todos y cada uno de los recovecos de su torso. Supe que se había dado una ducha porque estaba húmedo y me quedé unos segundos embobada con una gota que resbalaba hasta la cinturilla de su pantalón corto. Tuve la tentación de morder mi labio, babear y hasta tirarme encima de él para follarlo, pero me contuve y lo miré a la cara, la cual sonreía una vez más y aquella vez no me cabreó.

Me había ganado esa sonrisa socarrona, y aunque en ocasiones la odiara, en ese momento preciso, me excitaba demasiado.

—¿Volvemos dentro? —murmuró sacándome de mis propios pensamientos.

Asentí.

Al parecer ya no solo tenía el reto de someter a un ama, también quería conocerme y a pesar de que evitaba por todos los medios que la gente supiera detalles sobre mi vida pasada, sabía a la perfección que Jared acabaría ganándose mi confianza.

No sería sencillo, no obstante, sabía que lo conseguiría.

Era un hombre de lo más insistente.

Se sentó en el sofá de forma cómoda y dio palmaditas a un lado para que lo acompañara. El televisor todavía continuaba encendido, a muy bajo volumen y era capaz de escuchar el sonido de nuestras respiraciones.

La cerveza se había terminado, ya no había nada con lo que entretenerme mientras nos manteníamos en silencio. La situación era extraña y no tenía ni idea de si iba a comenzar en aquel instante a interrogarme.

Al fin y al cabo había admitido que durante mis inicios fui sumisa. Por suerte hizo una pregunta que para mí era inocente.

—¿Irás este fin de semana al Fantasía Oscura?

Quise suspirar de alivio.

—No lo sé. Puede que lo dedique a ir de fiesta como un ser humano normal para emborracharme y no acordarme de nada al día siguiente — contesté.

—Vaya, no esperaba que hicieras eso.

—Que vista trajeras de tubo, tenga una carrera y un gran puesto no quiere decir que no me divierta. No es mi plan favorito, pero de vez en cuando una borrachera con amigos de la infancia que están alejados de mi otra faceta en la vida, o con dos lesbianas locas, sirve de respiro.

Se quedó pensativo durante unos segundos y asintió.

—Yo también lo hago, pero mis amigos salen muy poco. Más de la mitad están casados y con hijos.

—¿Y eso les impide salir? —Asintió—. Pues vaya. Vale que tener hijos absorbe, pero creo que aunque formes una familia no tienes por qué dejar de lado tu vida.

—Eso pienso yo. ¿Tú quieres formar una familia? —preguntó de sopetón. Si hubiera estado bebiendo algo lo habría escupido de golpe.

Y dada la posición de mi cabeza, hubiera impactado directamente en su cara.

—Nunca lo he pensado. Pero creo que no. Este útero no quiere pasar por un embarazo.

Volvió a quedarse pensativo.

—Pienso como tú. Lo cierto es que no soporto a los niños —rió—. Sé que yo he sido uno y además insoportable, así que no me apetece soportar a un pequeño que se parezca a mí. Solo haría que darme disgustos y soy demasiado mandón.

Reí con fuerza. Era capaz de imaginarlo como un niño travieso, de esos

que ponen continuamente de los nervios a sus padres. Niños con los que te entran ganas de tirarte por la ventana solo para no escucharlos berrear, o hacer trastadas.

Definitivamente no estaba hecha para ser madre. Ni siquiera me lo planteaba y era una responsabilidad que añadir a mi vida que no me apetecía. Y dudaba que en algún momento de mi vida cambiara de opinión.

—Hay gente que no ha nacido para ser padre y creo que nosotros formamos parte de ese grupo —comenté y asintió con una sonrisa.

No podía creer que nuestra conversación hubiera degenerado en planes como en ser o no padres. Hablar con él era sencillo, daba rienda suelta a mis pensamientos y no me importaba mostrarlos de forma abierta.

Ni siquiera sabía el tiempo que llevábamos de charla, hablando de cosas insustanciales y de vez en cuando evadiendo sus intentos de preguntar sobre mi anterior etapa, lo que sabía era que la noche había caído y tuvo que encender una luz para que pudiéramos ver a nuestro alrededor con claridad.

Jared trabajaba al día siguiente, pero ninguno tenía intención de poner fin a aquella extraña reunión. No quería ser la causante de que no durmiera, quizá debería irme a casa al fin y volver a mi vida hasta volver a encontrarnos, pero no quería hacerlo. Me gustaba su compañía, y para qué negarlo, me gustaba él.

Había intentado no fijarme en su torso desnudo mientras hablábamos, pero mis hormonas decían otra cosa y de vez en cuando echaba un vistazo, así que mi excitación crecía por momentos. Al habernos quedado sin tema del que hablar, él también me ojeaba. Había halagado mi vestimenta tan «normal» y examinado mis pechos durante unos segundos. De nuevo, ambos nos sentíamos atraídos por el otro y el calor y la humedad que comenzaba a sentir en mi bajo vientre ansiaba de su atención cuanto antes.

No obstante, ¿no se suponía que no estaba ahí para follar?

Exacto, ¿pero cómo negarle a mi cuerpo algo así cuando el susodicho en el fondo también lo deseaba?

Era un peligro. Un peligro que estaba dispuesta a correr.

—¿En qué piensas? —murmuró al ver que llevaba demasiado rato callada.

—En las ganas que tengo de follar contigo —reconocí.

No hicieron falta más palabras. Jared se lanzó a saborear mis labios con toda la pasión que había contenido y sumergió su lengua en mi cavidad. Lo agarré por la cabeza y nos enredamos en una pasional lucha que me hizo

gemir. Sus manos descendieron hasta ocultarse bajo la amplia falda del vestido y sumergirse entre mi ropa interior hasta alcanzar mi clítoris y acariciarlo mientras introducía uno de sus dedos en mi vagina.

—¿Me vas a dar el control? —murmuró tras separarse durante un segundo de mis labios.

—No lo sé, Jared. No quiero dártelo. Quiero follarte a mí manera. Atarte —lamí su labio inferior para después mordisquearlo—, amordazarte y cabalgarte durante horas, controlando que cada vez que quieras correrte no puedas hacerlo.

—Es una idea tentadora, pero... —sacó su mano de mis bragas y con un rápido movimiento me cogió las manos que se entretenían en contornear su torso y me tumbó en el sofá ejerciendo fuerza suficiente como para no poder deshacerme de su agarre— estás en mí casa, así que mando yo. Nunca dejaré que me domines, Dama de Hierro.

Solté un gruñido teñido por la rabia. Sin embargo, sabía a la perfección que caería en la tentación con todos sus toques. No me resistiría demasiado, algo en mi interior solo quería que llegara el momento en el que su polla se clavara en mi interior e hiciera conmigo lo que quisiera. Por suerte estábamos a solas en su casa, así que reconocer que sería capaz de someterme a él, no me afectaba tanto como lo había hecho en el club.

Aquello era más... íntimo.

—Sácate la polla y fóllame de una vez. Eso es lo único que quiero hoy.

—¿Ansiosa? —me dedicó su sonrisa y arqueé una ceja.

Por supuesto. Estaba ansiosa, tanto que no me creía capaz de retarlo, solo quería sentirlo, dejar que me complaciera hasta gritar como una posesa.

A pesar del agarre, conseguí acercarme hasta sus labios y de nuevo luchamos con nuestras lenguas. Sus besos eran duros, sensuales y el sabor de la cerveza bailaba en su aliento junto a una mezcla de tabaco. Se separó sin soltar mis manos y comenzó un recorrido lento por mi cuello. Descendía con su lengua, mordisqueaba la zona y de mi garganta se escapaban pequeños gemidos que delataban lo excitada que estaba.

—¡Joder! Desnúdame de una puta vez, Jared —exigí. Su carcajada me cabreó un poco. Le divertía que estuviera tan desesperada, pero a mí me cabreaba.

No quería ser así.

No quería mostrarme débil ante él, sin embargo lo necesitaba. Necesitaba su excitante toque, sentir sus manos recorrer mi cuerpo y que me hiciera

disfrutar. No me importaba nada más.

—Ojalá en la mazmorra me lo hubieras pedido tan deprisa, preciosa. No sabes cuántas ganas tenía de verte desnuda —continuó su recorrido con la lengua y metió la cabeza en el canal de mis pechos para dejar un húmedo reguero con su lengua. Con gran habilidad consiguió que uno se escapara del entallado vestido y estimuló mi pezón con sus labios. Lo mordisqueó, lamió y castigó hasta el punto de que el dolor y el placer se entremezclaron provocándome un sonoro gemido.

—Ahora voy a soltarte las manos y te pondrás en pie.

—No me des órdenes.

—Lo harás —continuó e ignoró mi comentario—. Te desnudaré y lameré cada rincón de tu cuerpo hasta que supliques para que deje que te corras. Y luego, preciosa, meteré mi polla hasta el fondo de tu garganta y te follaré fuerte. Te haré gritar mi nombre y desearás que no pare nunca.

—Eres un arrogante y un gilipollas —sugerí. Quería que el tono de mi voz sonara ofendido puesto que quería dominar por completo la situación y no era capaz de conseguirlo. Había sido tan excitante que notaba como la humedad se deslizaba entre mis piernas y mi sexo vibraba expectante y deseoso de que llegara justo ese instante.

—Pero lo harás, porque esto de aquí —soltó una mano y la metió en mis bragas—, me dice que lo deseas. Que quieres todo eso y más.

Me soltó por fin y me levanté del sofá. Jared apartó la mesa de centro unos metros para que no nos molestara y se quedó parado frente a mí. Me quedé quieta mientras daba vueltas a mi alrededor. Notaba su mirada recorrerme, esperaba mi próximo movimiento y cuando vio que no me desnudaba tal y como había pedido se aventuró a darme un azote en el trasero.

—No tengo toda la noche, cariño.

Giré el cuello como la niña del exorcista y vi esa sonrisa socarrona. De nuevo la odiaba.

—Que conste que lo voy a hacer no porque tú me lo hayas ordenado. Lo voy a hacer porque quiero follar. Que te quede claro —lo señalé con mirada seria, pero el continuaba mirándome con sorna.

Cabrón.

Se sentó en el sofá y me animó con la mirada a que me quitara el vestido. Deslicé la cremallera de la espalda hasta que llegó a mi trasero, y sin dejar de mirar a Jared a los ojos con seducción, deslicé los tirantes hasta dejar a la

vista mis pechos. Su mirada brillaba de deseo, relamió sus labios y esperó.

—Desnúdate ya.

—¿Ansioso? —repetí la pregunta que él me había hecho y no pude evitar imitar su sonrisa socarrona.

—Cuando se trata de ti, sí. Estoy ansioso —admitió.

El vestido fue descendiendo con extrema lentitud. No llevaba sostén así que no podía recrearme tanto como quería. Cuando cayó al suelo solo quedaba la ropa interior. Con la mirada fija en Jared, acaricié mis pechos, me mordí el labio y fui resbalando con extrema lentitud por mi cuerpo hasta llegar a la cinturilla de la prenda mientras mi ansioso amante gruñía con ganas de que pusiera fin a mi espectáculo.

—¡Basta ya!

No dejó que me quitara las bragas, me cogió por las caderas y con un rápido movimiento se deshizo de ellas.

Las había roto.

Sin levantarse del sofá, me obligó a abrir las piernas y de inmediato metió la cabeza entre ellas. Su lengua impactó de lleno en mi clítoris y comenzó a jugar con las manos en mi vagina. Introdujo varios dedos, esparció mi humedad y lamió con tanta maestría la zona de mi piercing que mis piernas eran pura gelatina. Por suerte él me mantenía en pie mientras me comía por completo.

Gemí como loca. Lo agarré por el pelo y lo obligué a que continuara. Me sorprendió que no me atara las manos, porque aquello solo podía significar una cosa; por un lado él tenía el control sobre mí, pero tampoco estaba impidiendo que yo marcara cierto ritmo.

Por primera vez desde nuestros encuentros, ambos estábamos en igualdad de condiciones.

Sentía como el primer orgasmo estaba a punto de llegar. Casi no me sostenía. Los gemidos cada vez eran más sonoros y Jared sabía lo que se avecinaba, por lo que de un rápido movimiento me alzó en volandas y me dejó caer en el sofá.

Dejó de prestar atención a mi vagina y comenzó a ascender hasta mis pechos. Los arañó y presionó con sus manos. Los lamió y mordió con fuerza, pero en todo momento impidió que llegara al orgasmo. Sabía a la perfección como detenerme, como mantenerse frustrada. Tiré de su pelo varias veces, demandando aquello que quería, pero sus respuestas iban acompañadas por su sonrisa socarrona.

—Joder, Jared. ¡No puedo más!

—No puedes ¿qué? —se burló.

—No me hagas decirlo.

—Deberás hacerlo. Además, creo que sabes muy bien que puedo mantenerte al borde del orgasmo las horas que me dé la gana.

—No seas tan pagado de ti mismo. Si quisiera ya me habría corrido pero...

—Pero en el fondo estás dejando que te someta.

¡Mierda! Había sido yo misma la que se había delatado con aquel comentario.

Tenía razón.

Era libre, no estaba atada. Tenía la libertad para descender las manos hasta mi coño y acariciarlo hasta alcanzar el súmmum del placer, pero no lo hacía porque quería que fuera él quién me llevara a la locura. Quería que fueran sus manos, su lengua o su polla. Quería gritar su nombre, que me diera permiso para correrme. Y todos aquellos pensamientos abrían la herida que todavía albergaba en mi interior.

¿De verdad era capaz de confiarle aquello a un hombre que apenas conocía? ¿Podía la excitación que me provocaba tumbar todas las barreras?

Todavía no lo tenía claro, sin embargo, en aquellos instantes, quería que así fuera.



Capítulo 25

Jared

La tenía exactamente en el punto que había querido que estuviera desde el momento en que había entrado por la puerta de mi casa. Además, no solo quería de ella pasar un rato increíble y recorrer su cuerpo con mi lengua. También había conocido cosas de ella, habíamos hablado durante horas y hasta que los temas dejaron de tener sentido, no nos habíamos lanzado al sexo.

—No me someto, es solo que quiero que me folles ya.

—Pero no te has corrido porque yo todavía no te lo he pedido.

Se había delatado a sí misma con un pequeño comentario. En el fondo le gustaba como la trataba, como la tocaba y eso, sin duda, me enorgullecía. La Dama de Hierro era una mujer desconfiada, pero por alguna razón sobre la que todavía no era capaz de encontrarle explicación, comenzaba a confiar en mí. Y sin duda, ese pequeño detalle solo hacía que mi ansia por saber más de ella, por tenerla entre mis brazos, fuera en aumento.

Yo también estaba sometido a ella. A su encanto, a su cuerpo... Todo de ella era un imán y no tenía la intención de desaprovechar la oportunidad que el destino, o lo que fuera que unía las vidas de la gente, me había puesto por delante.

—Imbécil —gruñó—. Sigue comiéndome el coño o empiezo a tocarme yo y te dejo a dos velas, campeón.

—¿Eso es un reto? —alcé una ceja socarrón.

—Para nada. Es la constatación de un hecho. Si no me das lo que quiero, soy perfectamente capaz de hacerlo yo. No sería la primera vez.

—No me tientes, pantera. Podría pasarme el día entero viendo cómo te masturbas. —Era una tentación dejarla hacerlo, pero no. Quería ser yo el que la hiciera correrse. Ya la había visto masturbarse con dildos y vibradores y tuve la sensación de morir carbonizado—. Pero hoy no. Hoy solo te tocaré yo.

Me sumergí de nuevo entre sus piernas y la obligué a que las colocara en mis hombros. Haciendo acopio de mi fuerza, la cogí por las nalgas y la alcé en volandas para pasearla por el salón hasta llegar a la pared del fondo, junto al ventanal abierto de la balconera y apoyarla.

—Agárrate fuerte, preciosa. Quiero oírte gritar y quiero que te corras.

Aquella petición me pareció que era música para sus oídos. Comencé a lamer su húmedo coño con precisión, trazando círculos en su clítoris hinchado y mordisqueando el aro metálico que lo adornaba. Adoraba aquel piercing. Sus gemidos salían a tropel de su garganta, era probable que fueran audibles para todo el edificio, pero a mí no me importaba y estaba seguro de que a ella tampoco. No nos importaba que nos escucharan, ni que juzgaran nuestros actos. Casi estábamos a la vista de la gente que pasaba por la calle, pero el disfrute nos impedía pensar en lo que ocurría en el exterior.

Me embebí de su humedad, disfrute con sus gritos y mi polla estaba tan dura que no aguantaba más las ganas por meterla en su interior.

—¡Joder, Jared, sí! —gritó presa del orgasmo que la azotaba. Se dejó llevar con mis toques y disfruté relamiendo una vez más su zona antes de bajarla de mis hombros.

Su cuerpo temblaba bajo mis manos, pero aquello no la detuvo para arrebatarme al fin los finos pantalones y arrodillarse en el suelo, coger mi dura erección y tragársela por completo. Gemí de placer mientras Danielle jugueteaba con la lengua en mi glande, se la metía hasta el fondo y apresaba con fuerza mis testículos.

Estaba tan duro que no sabía si sería capaz de aguantar. Su forma de chupármela era digna de una diosa del sexo. Su maestría era tal que tuve que sostenerme al marco del ventanal de la balconera para no caer. Mis piernas temblaban al ritmo en que mis caderas se movían para follar su boca hasta el fondo.

—Joder, no puedo más.

La obligué a levantarse y la cogí con la intención de que encajara sus piernas en mis caderas.

—Fóllame, Jared —exigió. Sus ojos verde jade brillaban con ansiedad. La besé con pasión y finalmente encajé mi polla entre sus piernas para penetrarla de una fuerte estocada.

Jademos al unísono. La embestí con fiereza. Su espalda estaba contra la pared y se escuchaba un golpe con cada uno de mis movimientos. Apreté sus nalgas con fuerza y mientras continuaba con los movimientos le fui dando

azotes que aumentaron sus gemidos. Ella agarraba mi pelo con fuerza, me acercaba hasta su boca y nuestras lenguas peleaban sin descanso de la misma forma en la que lo hacían nuestros cuerpos. Hacía mucho tiempo que no me dejaba llevar de aquella forma. Desde hacía años mi forma de tener sexo consistía en horas y horas de torturas, gemidos, orgasmos y lo último era follar sin dejar a un lado los azotes o el mantener a mi amante apresada. Sin embargo, con Danielle, sentía la necesidad de no alargarlo, o más bien de alargarlo durante horas de placer y orgasmos.

En aquel momento no me importaba no tenerla atada, no me importaba que ella también tuviera parte del control de las embestidas. Solo me importaba poseerla, hacerla gritar y que ella me hiciera gemir. Tenía los ojos cerrados y la cabeza contra la pared. Su respiración era tan errática como la mía y mientras la embestía había tenido otro orgasmo que apresó mi polla en su interior llevándome al borde del orgasmo, pero no quería que terminara tan deprisa.

La tumbé en el suelo y me coloqué sobre ella sin salir ni un solo momento de su interior. El aire que entraba por el balcón golpeaba nuestros cuerpos sudorosos y se agradecía. En ese instante sí que estábamos a la vista de miradas indiscretas, pero en ningún instante pensé en cerrar, o desaparecer para no exhibirnos. La noche ya estaba junto a nosotros y debido a la poca luz de mi salón solo seríamos dos siluetas en una postura comprometida.

Saboreé una vez más sus voluptuosos pechos. Estaban enrojecidos de tanta atención y Danielle gemía con cada toque de lo sensibles que los tenía. Alargó sus manos y arañó mi espalda. Apretó su pelvis contra la mía y se removi6 inquieta cuando el siguiente orgasmo la arrasó.

—No pares, ¡joder! —gritó con los resquicios del orgasmo.

—Nunca, Danielle, contigo no pararía nunca.

Cada vez me costaba más resistir a la tentación de correrme. Tenía la sensación de que cada vez estaba más apretada. Había perdido la cuenta de cuántas veces había conseguido llevarla al orgasmo y sus gritos eran la mejor música que jamás había escuchado.

—Preciosa, intento seguir pero eres mi perdición. Necesito correrme ya —musité contra sus labios hinchados. No sabía cuántas veces los había besado a lo largo de la noche, lo que tenía claro era que me encantaría hacerlo durante toda mi vida.

—¿Me estás pidiendo permiso? —preguntó entre gemidos.

¿Lo hacía?

Era probable que mi cabeza ya no pensara con claridad después de tantas horas de ejercicio, pero sí, aunque pareciera increíble, quería que fuera ella la que me exigiera correrme. Quería que fuera su voz la que me invitara a vaciarme en su interior, a descargar toda la tensión y a disfrutar de mi merecido final.

—Córrete, Jared. Lléname por completo —dijo con la mirada fija en mis ojos y volvió a arañarme.

La embestí con fuerza entre gruñidos, y junto al sonido de sus gemidos y la presión de su vagina contra mi polla al contraerse de nuevo en un orgasmo, me corrí junto a ella con un alarido de placer que ella frenó al acaparar una vez más mis labios.

—Eres una diosa —murmuré y me dejé caer a un lado en el suelo.

Danielle giró el cuello para mirarme y me deleitó con una preciosa sonrisa.

—Gracias, pero hoy no he hecho demasiado. Has sido tú.

—Te equivocas, hemos sido ambos y...

—...ha sido raro —terminó por mí.

Por supuesto ella también se había percatado de lo raro de nuestro encuentro. Sobre todo cuando nos caracterizábamos por utilizar todo tipo de objetos de tortura. Sin embargo, por una vez, el sexo, más o menos normal, nos había dejado a ambos cansados hasta el punto del agotamiento.

Cuando nuestras respiraciones se normalizaron, Danielle se levantó del suelo y se quedó unos segundos disfrutando del aire que corría por la ventana. A la escasa luz que proporcionaba la noche, su cuerpo parecía una silueta oscura, pero perfecta. Todo un placer para mi visión. Aquella mujer se estaba convirtiendo en mi perdición, y cuando la miraba, tenía la absurda sensación de que el tiempo se paraba.

¿Qué cojones me pasaba?

Me estaba volviendo un idiota.

—Será mejor que me vaya. Mañana tienes que trabajar.

Vi cómo se giraba, dándome una vista perfecta de su cuerpo desnudo y la paré antes de que recogiera su vestido del suelo.

—Quédate. Es tarde y puedes pasar la noche aquí.

—Jared... —Me miró con una mueca extraña, confusa por lo que le pedía y a la vez, asustada—. No creo que esté bien.

—¿Por qué?

—No lo sé —admitió.

—Danielle, te lo digo en serio, quédate. Además, tengo una pizza que podemos compartir y mi cama es muy cómoda, grande y no tenemos ni que rozarnos —comenté de la misma forma que ella lo dijo cuando pasó la noche en su casa.

Se quedó callada durante unos segundos. Me hubiera encantado poder leerle el pensamiento, pero obviamente todavía no había desarrollado tal poder. Simplemente me quedaba esperar a que diera una respuesta. Veía sus dudas y quería que se evaporaran.

¿Tan malo era quedarse?

—De acuerdo, me quedaré.

Sonreí con el triunfo grabado en mi rostro y me incorporé para atrapar sus labios una vez más, gesto que la dejó sorprendida de la misma forma que a mí.

—Puedes utilizar el baño y darte una ducha mientras preparo la cena — dije con un carraspeo. Danielle asintió y caminó desnuda por el pequeño pasillo de mi humilde morada.

Antes de ponerme a manipular comida me lavé las manos en el fregadero y cogí un papel para retirar los restos de semen de mi polla desnuda. No me apetecía vestirme.

Lo ocurrido en mi casa era algo inusual. A pesar de ser Dominante desde mi despertar sexual, en casa no tenía mi propia mazmorra como Danielle. No era de los que quedaba con sus sumisos en casa, lo hacía en los clubs y utilizaba sus selectas salas e instrumentos. Pocas mujeres habían atravesado aquellas puertas, pero Danielle no era una cualquiera y sentía la acuciante necesidad de tenerla cerca.

Una necesidad que cada vez se volvía más fuerte e intensa y no quería ilusionarme con algo que jamás me había pasado. Mi vida giraba en torno al sexo, pero con ella, era como si quisiera tener algo más. Algo distinto, más profundo que lo practicado en una mazmorra.

Follar como lo habíamos hecho, sin juguetes de por medio, prácticamente al estilo vainilla, no me había defraudado en absoluto. Me había sentido a gusto, aceptado y los besos y caricias que habíamos intercambiado habían tocado una parte de mi alma que no comprendía.

—Me estoy volviendo un completo gilipollas.

—¿Decías algo?

Mientras vigilaba la pizza que poco a poco se cocinaba en el horno, Danielle apareció con su largo cabello mojado por el agua, sin maquillaje y

tapada por tan solo una pequeña toalla que no cubría en absoluto la totalidad de sus curvas.

Cualquier pensamiento coherente acababa de desaparecer de mi cabeza. Ni siquiera recordaba qué acababa de decir porque aquella imagen conseguía dejarme sin habla.

¿Por qué tenía que ser tan perfecta para mis ojos? Era tan atractiva, sensual, adictiva y todos los adjetivos que pudieran pasarse por mi cabeza que engrandecieran su porte.

—Hablaba solo —reconocí. Sonrió burlona y no pude evitar preguntarme si habría escuchado mi comentario.

Se sentó en un taburete que tenía junto a la barra americana y esperó hasta que la pizza salió del horno.

—Sé que es mucho pedir, pero es obvio que no he traído ropa para dormir, así que necesitaría algo para taparme. No puedo pasarme la noche en toalla.

—Podrías pasarla desnuda —sugerí—. Es más, yo todavía estoy desnudo —indicé y vi como su mirada paraba justo en mi polla, que de nuevo, volvía a enderezarse.

La muy jodida despertaba cuando tenía a aquella mujer cerca. Su energía vital la levantaba a pesar de no hacer ni media hora de haber descargado.

—Creo que ya me he exhibido suficiente por hoy. Tus vecinos estarán contentos.

—Qué les den. Todo el mundo folla.

—En eso tienes razón.

Dejé la pizza en un plato y la trocéé antes de llevarla a la mesita de centro del salón. Danielle se sentó en el sofá y junté un poco la mesa para comer más a gusto. Parecía hambrienta. Devoraba la pizza con prisa y disfrutaba con la fría cerveza con la que la acompañaba. En ese día me había dado cuenta que su apariencia de mujer empresaria sofisticada y la de ama dura y cruel, era su fachada, porque en el fondo, había una mujer normal y de la que podría asegurar que compartía cierto grado de locura.

—¿Por qué me miras así? —dijo con la boca llena.

Ni siquiera me había percatado de que la miraba. Debía de parecerle un acosador.

—Porque me embrujas, Danielle. Y comienzo a pensar, que eres todo un peligro para mí.



Capítulo 26

Danielle

Lo miré a los ojos mientras pronunciaba aquellas últimas palabras con las que me sentía tan identificada. Me sentía de igual forma. Él era un peligro, sobre todo para mi cordura y mi forma de ser. Él conseguía sacar de mi interior facetas que durante mucho había mantenido ocultas a ojos de gente poco conocida.

A él apenas lo conocía, pero de una forma que no era capaz de explicar, sentía una fuerte conexión con él. Una confianza que nacía de un recóndito lugar de mi interior al que muy poca gente era capaz de acceder. Y él lo había hecho de tantas formas, que me consideraba a mí misma una gilipollas por estar tan obsesionada con el camarero.

Por supuesto era mi culpa. Desde el momento en que lo vi, insistí en seducirlo. Fui quién comenzó el juego, él lo siguió y una vez dentro, ninguno podíamos escapar aunque yo lo tenía más jodido.

Jared solo había sido dominante y dentro de mí, todavía quedaban resquicios de la sumisa que una vez fui. Me gustaba mandar, adoraba tener el control, sin embargo, con él, conseguía sentirme segura para dejarle las riendas de la situación.

—Te equivocas, yo no te embrujo. Eres tú el que lo hace conmigo — sentenció.

Nos quedamos mirando fijamente a los ojos durante varios segundos. De vez en cuando no podía aguantarle la mirada, era tan intensa y profunda que tenía la sensación que en cualquier momento me ruborizaría. No obstante, mirar hacia abajo solo conseguía prender la eterna llama sexual que nos envolvía. Seguía desnudo y no era complicado ver como su erección de nuevo estaba dispuesta para mí. Su piel desnuda, con ese tono blanquecino me volvía loca. Era tan sencillo quitarme la toalla y subirme a horcajadas sobre él, que tuve que continuar con la pizza para no tentarme a mí misma a continuar con algo que no sabía si estaba bien o mal.

¿Qué demonios pasaba entre nosotros? ¿Era solo tensión sexual?

No tenía ni puta idea. Lo único que era capaz de esclarecer en mí ya de por sí alocada mente, era que me gustaba estar con él.

—Entonces estamos en empate.

Sonreí ante su respuesta y supe al momento que el haría lo mismo.

No tenía ni idea de que pasaría durante la noche, sin embargo, pensaba disfrutar de mis vacaciones de la forma que fuera.



—Danielle, venga, a la cama.

Abrí los ojos confusa. Estaba tumbada en un sofá que no era el mío y al reconocer la voz me di cuenta de dónde me encontraba. En casa de Jared.

—¿Qué hora es?

—Más de media noche.

—¡Joder! Lo siento. Me he quedado dormida y no te estoy dejando descansar.

—No te preocupes, siempre me acuesto tarde —contestó, pero tenía cara de cansado.

Me levanté del sofá sin darme cuenta de que todavía estaba con la toalla de después de la ducha y esta cayó al suelo. Vi la mirada lasciva que me dedicó Jared y no pude evitar fijar la mía en su polla. También estaba desnudo.

—¿Todavía sigues con la idea de que te deje ropa para dormir?

Arqueé una ceja y no me molesté en contestar, así que emprendí el camino hasta la que supuse que era su habitación y esperé a que él entrara para tumbarme a su lado.

—A las seis de la mañana suena mi despertador, pero no tienes por qué irte conmigo, puedes descansar hasta que te apetezca —comentó mientras entraba en la cama.

—¿Vas a dejar que me quede a solas en tu casa?

—Por mí como si decides quedarte hasta que vuelva —me guiñó un ojo burlón y no pude más que sonreír.

—Es tentador, pero mañana he quedado. Así que tengo que declinar tu tentadora oferta.

—A lo mejor te encierro —bromeó y nos tapó a ambos con las finas sábanas.

La cama era lo suficientemente grande como para no tocarnos, pero no me resistí a la tentación de acercar mi cuerpo desnudo al suyo y rozarnos un poco.

—Sí estás tú, a lo mejor me lo pienso. Pero es en serio he quedado.

—¿Y puedo saber con quién?

—¿Celoso? —Arqueé una ceja y giré la cabeza para que viera la burla que impregnaba mis ojos.

—¿Debería?

—No lo sé. Eso ya lo dejo a tu imaginación, porque no pienso decir nada. Y ahora, a dormir que tú tienes responsabilidades mientras yo disfruto de mis vacaciones.

Negó con la cabeza y se acomodó contra la almohada al mismo tiempo que yo.

Dormir, lo que se dice dormir, fue casi imposible. Durante toda la noche noté su erecta polla entre mis nalgas y en alguna que otra ocasión estuve tentada de cogerla e introducirla en mi interior, despertarlo y cabalgarlo sin descanso hasta el amanecer. Mi corazón latía con fuerza, mi respiración estaba acelerada y la ansiedad por volver a sentirlo crecía con cada roce involuntario por su parte.

Hacía un buen rato que se había quedado dormido. No roncaba, pero emitía suaves ruidos que me parecieron de lo más enternecedores. En un momento de la noche me giré y lo observé.

Sus facciones se suavizaban mientras dormía, parecía un ángel, pero en el fondo, sabía que era todo un demonio seductor capaz de tumbar todo a su paso. Pasar la noche ahí era algo revelador. Hacía mucho tiempo que no pasaba la noche con un hombre tan solo para dormir, a excepción de la noche en mi casa en la que caímos rendidos, puesto que cuando invitaba a alguien a mi hogar, era para meterlo en mi mazmorra y no salir de allí hasta el amanecer. Era sexo, sin embargo, lo que estaba pasando en aquella habitación era distinto.

Era imposible que no pensara en cuánto me atraía Jared, ni en los extraños sentimientos que se arremolinaban en mi pecho al pensar en él. No quería dejarle entrar más de lo necesario, pero sin pretenderlo, ya lo había hecho y por mucho que luchara por rechazar aquellos pensamientos de mi mente, era incapaz de hacerlo.

Me gustaba su cercanía, y para qué negarlo, me gustaba que intentara conocerme de verdad y no solo se centrara en quién era en el mundo oculto que compartíamos.

En algún momento de la noche, y después de embeberme de sus facciones mientras descansaba, me quedé dormida.

El sol entraba con gran energía por la ventana de la habitación. El astro rey me daba los buenos días en toda la cara y gruñí revolviéndome entre las sábanas y tapando mi cabeza. Estaba agotada, cansada y durante un instante no sabía dónde me encontraba. Lo supe en el instante en el que me acerqué al lado contrario de la cama y sentí su olor; el olor a Jared.

Miré el reloj de mi teléfono móvil y ya eran casi las diez de la mañana. Ni siquiera me desperté cuando él debió levantarse para ir a trabajar. El cansancio al final me venció y logré descansar lo suficiente como para sentir como la energía comenzaba a circular por mis venas.

—Será mejor que me vaya —dije en voz alta.

Había quedado con Nathalie y Gabriela para comer en su casa. Era cierto lo que le había dicho a Jared. Además podría desahogarme e intentar ordenar las ideas que se sucedían a tropel en mi cabeza. Necesitaba ese respiro.

Salí al salón todavía desnuda y vi que Jared me había dejado preparado un café. Sonreí como una boba y tras calentarlo me lo bebí con una sonrisa sentada en la barra americana. A un lado vi un pequeño papel y al leerlo sonreí.

«Espero que hayas descansado. Pasa un buen día con tu cita. Espero verte el sábado en el Fantasía Oscura. Necesito más de ti. Amo J».

—Yo también necesito más de ti, y eso, querido Jared, me toca mucho la moral —dije en voz alta sin dejar de mirar el papel.

Terminé con mi café y fui por el salón en busca de mi ropa. El vestido estaba tirado en el suelo junto a mis bragas, sin embargo recordé que Jared las había roto.

—¡Joder!

Cogí mi teléfono móvil, abrí la aplicación de mensajería y pulsé en la conversación que tenía con Jared.

“¡Me rompiste las bragas!”

“Vas en coche, no te preocupes. Te compraré otras para poder volver a romperlas.”

“Imbécil”.

Lo último que puso fueron una serie de emoticonos burlones y bloqueé el móvil mientras negaba con la cabeza.

Terminé de acicalarme como pude. Mi pelo estaba alborotado al no haberlo secado con aire caliente y las puntas habían quedado rizadas. No llevaba ni gota de maquillaje, pero por suerte mi cara no era un desastre y el camino hasta el parking del edificio no era tan largo como para encontrarme con demasiada gente.

Eché un último vistazo antes de emprender mi camino, cogí mi bolso y me dispuse a abandonar la casa en la que había pasado una noche extraña y a la vez excitante.

Cuando estaba a punto de salir por el portal para ir en busca de mi coche, una mano me agarró con fuerza del brazo y me giré de inmediato, alerta y preparada para propinar una patada a quien fuera que osaba intentar hacerme algo.

Me encontré con una mirada llena de furia de una mujer con la que solo había intercambiado cuatro palabras.

—¿Qué coño haces? —inquirí con el ceño fruncido.

Miranda me miraba como si fuera su peor enemiga y le hubiera hecho la putada más prohibida de la faz de la tierra.

—Aléjate de Jared. Él es mío, pedazo de zorra.

Se me escapó una carcajada mientras la chica ponía todo su empeño en amenazarme.

¿Jared suyo? ¿En qué mundo vivía?

Jared no era de nadie. Una persona no era una adquisición, ni se poseía.

—Me parece que tu forma de pensar dista mucho de la de él, bonita. Si quieres vivir en tu mundo de unicornios y fantasía en el que crees que una persona puede ser tuya, hazlo, pero a mí no me metas.

Quise dejar la conversación en aquel momento y marcharme, pero una vez más, Miranda me lo impidió. Tenía ganas de discutir y no tenía intención de rendirse con facilidad.

—Acabará conmigo. Tú solo eres una zorra a la que ha llevado a su casa para follar, pero yo seré algo más.

—Mira bonita... —comencé— nada de lo que digas me va a afectar, porque sí, he estado en su casa para follar, es lo que hay y sé a la perfección que estabas atenta mientras yo chillaba orgasmo tras orgasmo. Y que te moleste solo indica que tu cabeza no funciona demasiado bien. No te obsesiones por alguien al que ni siquiera conoces, y mucho menos digas que

es tuyo cuando las personas no son posesiones —declaré e hice una pausa para continuar al ver que Miranda no sabía qué decir a mis palabras—. No puedes actuar así porque no sabes con quién te vas a encontrar, y te aseguro que puedo ir de buena, pero a las malas desearías no haberte topado conmigo. Y bonita, estás a punto de que vaya a las malas.

—No me amenes —dijo al fin.

—Yo no soy la que ha ido hacia a ti a decir que me aleje de Jared. Y que te quede claro, me alejaré si a mí me sale de los ovarios. Mientras, tanto él como yo, vamos a hacer lo que nos dé la real gana. Y tú vas a seguir con tu vida.

—Zorra... —gruñó por lo bajo.

—Ah, y otra cosa. Deja de arrastrarte como una niñata, así solo conseguirás que se te acerquen capullos.

La dejé con dos palmos de narices y salí del portal con la cabeza bien alta, sin dejar que aquella loca empañara la felicidad con la que había despertado.

Al regresar a casa fui directa a arreglarme un poco ya que las chicas ya me habían avisado de que fuera para su casa, que la comida estaba casi lista y lo cierto era que tenía mucha hambre. Solo había tomado un café y mi estómago demandaba algo más.

Además, no solo sería una visita para ir a comer, sabía a la perfección que aquellas dos locas me interrogarían sin descanso hasta sacarme todo tipo de información sobre Jared.

Temía que llegara el momento, pero en el fondo, era algo que necesitaba. Sobre todo, para intentar aclarar de una vez qué era lo que me ocurría con él, y por qué quería seguir teniendo encuentros que se salían por completo de mi rutina.

Me cambié de ropa y elegí un vestido negro de falda de tubo, escotado y con tirantes anchos, una braguita de encaje y unos zapatos de tacón abiertos por delante. Me maquillé un poco, sin ser nada exagerado, y salí de nuevo para encaminarme hasta el barrio del Soho con mi coche.

El día era caluroso. El sol brillaba como pocas veces en Londres y el calor me parecía incluso sofocante. Los cambios de temperatura eran constantes, pero de vez en cuando se agradecía recibir la energía de los rayos solares en el cuerpo.

Al llegar al lugar, Nathalie me recibió con un fuerte abrazo y su Gabriela también.

—Siéntate y cuéntanoslo todo.

—Pero tengo hambre —contesté para prolongar el momento del interrogatorio.

—No haber follado tanto. Te toca hablar, que para eso estás aquí.

Y así era mi vida fuera de una mazmorra. Tan normal como cualquiera, con unas amigas cotillas, locas y que no eran capaces de alimentar a alguien hambriento si no les contaban todos los detalles de una noche de sexo brutal.



Capítulo 27

Jared

Cuando sonó el despertador para irme a trabajar temí que Danielle se despertara, pero no lo hizo. Dormía profundamente y cuando abrí los ojos y la vi junto a mí, acurrucada contra mi cuerpo desnudo y mi dura erección, estuve a punto de mandarlo todo a la mierda y follarla en aquel instante sin importarme llegar tarde al trabajo. Por suerte puede resistir la tentación de tenerla desnuda en mi cama a pesar de la fuerte atracción que ejercía sobre mí.

Le dejé café preparado, una nota y sentí esperanza de que el sábado apareciera por el club.

Era cierto que necesitaba más de ella, mucho más. Nunca tenía suficiente desde que la había probado. No sabía qué demonios me pasaba, pero al parecer, todos se daban cuenta de mi cambio, ya que, nada más llegar, Karen me lanzó una mirada extraña acompañada por una sonrisa socarrona que no le había abandonado en toda la mañana.

—Confiesa ya, cariño. ¿Es la chica de ayer la que te tiene así?

—¿Qué? —me hice el confuso en un intento de hacerle creer que no sabía de qué me hablaba.

—No te hagas el tonto amigo. Danielle te tiene tonto del culo —añadió Chris metiéndose en la conversación.

Por suerte la cafetería ya comenzaba a vaciarse. La hora de comer había pasado y el local se quedaba casi vacío hasta las cinco de la tarde. Mi turno ya había terminado y estaba ultimando los detalles para marcharme.

—Es muy guapa. Me gusta para ti —continuó Karen.

—No pensáis parar ¿verdad?

Ambos negaron.

—Es solo una amiga, o al menos comienza a serlo. Nada más.

—Tú no tienes amigas. Solo tías a las que seducir.

—¡Oye! Como mujer ese comentario me ofende.

—Despídelo, Karen. Es lo mejor que puedes hacer —bromeé y le di un puñetazo amistoso en el hombro a mi amigo.

—¡Pero tengo razón! ¿Cuándo has visto a este tío con una mujer fija?

—Nunca —admitió mi jefa.

—Si queréis os dejo a solas para que continuéis debatiendo sobre mi vida sexual. Además, mi turno ha terminado. Así que nos vemos mañana, cotillas.

Recogí mis cosas y me despedí de ellos con un gesto de la mano. Antes de salir por la puerta Karen prometió que las cosas no se quedarían así, que intentarían sacarme más información y me temía que al día siguiente me esperaba la inquisidora madre en mi horario de trabajo.

Al llegar a casa, durante un instante tuve la esperanza de encontrar a Danielle todavía allí, pero la casa estaba vacía. Lo único que quedaba como recuerdo de su presencia era el olor de su colonia, tan dulce como ella y sonreí cuando me percaté que había dejado sus bragas rotas sobre el sofá.

Era cierto que me había pasado toda la mañana con una sonrisa boba en el rostro. Había vivido una experiencia nueva para mí. Dormir con alguien, dejarla traspasar las paredes de mi casa y compartir historias y momentos que no tenían que ver con el sexo —a pesar de haber terminado follando como locos—, pero había sido increíble.

Danielle comenzaba a clavarse en mi interior de una forma que me asustaba, mucho. Quería pensar que ambos teníamos claro que era simple atracción, que lo nuestro era debido al poder que emergía de nuestras almas dominantes, sin embargo cada vez me costaba más afirmar aquella teoría.

No sabía qué era estar enamorado, o querer a una persona, porque durante toda mi vida había dejado a un lado los sentimientos románticos puesto que encontrar a alguien completamente compatible se trataba de una utopía. Danielle era perfecta, teníamos muchas cosas en común y me gustaba.

Despertar y verla a mi lado provocó un extraño sentimiento en mi interior. La ternura me poseyó y las ganas de darle un beso de despedida todavía continuaban en mí.

Era un jodido gilipollas.

¿Podría estar enamorándome de la Dama de Hierro?

Lo dudaba. No sabía qué era aquello. Lo que sí tenía muy claro era que necesitaba pasar tiempo con ella.

Una relación no entraba dentro de mis planes, nunca lo había hecho, pero la quería a ella en mi vida y aquel jodido pensamiento me estaba enloqueciendo.

Fui a la nevera y abrí una cerveza mientras encendía un cigarrillo que me ayudara a relajarme. Quería quitarme a Danielle de la cabeza, pero aparecía sin ser llamada. Cogí el teléfono móvil y miré si me había escrito y su último mensaje era para llamarme imbécil por burlarme de haberle roto las bragas.

¿Qué estaría haciendo?

Decía tener una cita y la sola idea de imaginarla con otro u otra, encendía algo en mi interior que debía apagar cuanto antes.

No podía estar celoso, no era propio de mí. Ella era tan libre como yo, aun así no me resistí a escribir.

“¿Qué tal va tu cita?”

“Intensa. ¿Ya has terminado tu turno?”

Intensa. Su contestación me hizo arquear una ceja. Di una calada al cigarro y contesté:

“Sí.”

Mi contestación fue escueta. Dejé el móvil sobre la mesa y aunque escuché como contestaba no me paré a mirarlo hasta que la canción «*Deliver us from evil*» de *Bullet for my Valentine* me advirtió de que llamaban.

En la pantalla apareció el nombre de Danielle y lo cogí de inmediato.

—Esa contestación es de alguien al que le molesta algo —me dijo nada más descolgar.

—Estás loca —negué—. No me molesta nada. Solo estoy cansado.

—Dile que venga, ¡queremos conocerle! —dijo una voz que no reconocí.

—Callaos, memas.

—¿Qué haces? —pregunté. No tenía ni idea de qué ocurría al otro lado de la línea. Eran voces de mujer. Quizá Danielle estaba con alguna sumisa y había hecho una pausa en medio de una sesión en su mazmorra, aunque dirigirse a ellas como memas, no era propio de su estilo, así que finalmente concluí que estaría con alguna amiga.

—Llamarte porque parece que tienes un problema con que tenga una cita.

—Pon la cámara que queremos verte —se oyó exigir a otra mujer.

—Sois lesbianas, no os gustan los hombres, así que dejadlo tranquilo —añadió Danielle. No pude evitar soltar una carcajada por el simple hecho de su forma de actuar, tan jovial y cercana.

Definitivamente debían ser Nathalie y Gabriela. Había hablado sobre ellas de forma muy cariñosa y en el fondo quería conocerlas.

—No me importa poner la cámara, pero solo si tú la pones —añadí para seguir el juego.

Quería verla, con solo escuchar su voz no me conformaba.

Al comprobar que no contestaba me decanté por ser yo quién activara la opción de *FaceTime* y tras varios segundos Danielle la aceptó. En mi pantalla apareció su hermoso rostro de ojos verde jade, y tras ella, dos mujeres muy atractivas. Una de ellas tenía el pelo corto, era rubia y la otra morena.

—¡Hola! —saludaron las dos a la vez—. La verdad es que es guapo.

—¿Y tú que sabrás, Nathalie? Antes te gusto yo que él.

—Tú ya me gustas, cariño —Nathalie le guiñó un ojo y la que parecía ser Gabriela le dio un codazo. Era obvio que su relación con Danielle había ido más allá—. No hace falta que lo diga, pero sí, fui su sumisa. Y sí, sé que eres dominante como ella, habéis follado como conejos y me la humillaste en el Fantasía. Me lo cuenta todo.

—Bueno, por lo que veo no es necesario que me presente. Yo también he oído hablar de vosotras. Sois las locas —reí. Danielle tapaba la mitad de su cara. No hacía falta que lo dijera en voz alta porque ya sabía que quería que se la tragara la tierra—. Así que no has dejado que te encierre en mi casa para hablar de mí.

—Estás equivocado. Me he marchado de tu casa porque ya no pintaba nada y había quedado con ellas.

—Y nosotras la hemos interrogado como buenas amigas —añadió Gabriela.

—Me dais vergüenza ajena —añadió Danielle—. Por cierto, Jared. Esta mañana cuando me marchaba he tenido un encontronazo con tu amiguita la loca.

—¿Amiguita?

Fruncí el ceño y miré la pantalla sin entender nada.

—Miranda.

—¿Mi vecina? —Asintió.

—Cree que le perteneces, me ha llamado zorra y bueno, poco más. Al final le he callado la boca, pero ten cuidado no vaya a ser que un día te la encuentres en tu terraza declarándote amor eterno.

Solté una fuerte carcajada al imaginarlo. Sabía que Miranda estaba obsesionada conmigo, pero si en algún momento había tenido la oportunidad de entrar en mi cama para un encuentro casual, definitivamente ya había quedado en el olvido.

—Hablaré con ella, no quiero que se confunda cuando no hay nada por lo que confundirse.

—Si lo vas a hacer por mí, no lo hagas. Yo ya se lo he dejado claro.

—A sus órdenes, Dama de Hierro —sonreí.

—¿Cuándo pensáis comenzar a salir? —Nathalie acaparó la cámara y comenzó a reír probablemente por la cara de idiota que acababa de quedármeme.

—Nathalie, vete a la mierda —gruñó Danielle y le arrebató el móvil de las manos, para después levantarse de dónde estuviera sentada y alejarse unos metros de las risas de las dos mujeres que nos habían dejado a ambos con cara de imbéciles—. Lo siento, están locas.

—Creo que me he dado cuenta, tranquila —sonreí para calmar el ambiente—. ¿Te veré el sábado?

—Sí. Además, te mereces un castigo por romper mis bragas.

Su tono sugerente me provocó una erección inmediata. Agradecía que el tema hubiera cambiado a uno en el que me sentía más cómodo. Ahora que sus amigas estaban alejadas, podía dar rienda suelta a la imaginación.

—Suena tentador, pero no lo conseguirás. Te romperé cualquier braga que lleves, te desnudaré y te follaré hasta que vuelvas a pedirme correrte.

—No seas tan bravucón, J. No eres mi amo.

—Tienes razón, y no pretendo serlo. Pero quiero ser el que te haga gritar de placer.

Pude ver en su rostro el brillo de la excitación. Su garganta se movió al tragar saliva y supe que si la hubiera tenido enfrente, la ropa habría volado hacia algún lugar incierto del suelo.

—¿Qué pretendes?

—Que esperes con ansias a que llegue el sábado para reunirnos en la mazmorra. Pretendo excitarte, dejarte con la miel en los labios y con ansias de lamer mi polla hasta que me corra entre tus labios. —Mi voz tenía un tono ronco que iba acompañado por una mirada penetrante hacia la pantalla del teléfono móvil. Danielle se resistía a jadear, pero al ser consciente del pequeño movimiento de la cámara supe que estaba apretando las piernas.

Estaba justo en el punto en que yo la quería.

—Si no estuviera en casa de mis amigas, te demostraría cómo comértela hasta que pidieras clemencia para que dejara que te corras. No eres el único con poder, Jared. Y aunque ni un ápice de tu alma sea sumisa, puedo llegar a controlarte.

Mi erección dio un brinco dentro del pantalón y tuve que colocarla de forma que no doliera. Danielle vio mi gesto y sonrió de forma perversa a

sabiendas de que sus palabras me habían puesto muy, pero que muy, duro.

—Si estuvieras aquí, ya estarías desnuda y a mis órdenes —gruñí como una fiera.

—Desnuda cómo, ¿así? —Llevó su mano libre hasta el ancho tirante de su vestido de color negro y lo deslizó hasta que su pecho quedó al descubierto y acarició la aureola de forma concienzuda, para después, pellizcar con fuerza su erecto y rosado pezón.

¡Joder!

Sentía la necesidad de tocarme en aquel instante. De hacerme una paja al observarla acariciarse a través de la pantalla. No era de esos hombres a los que el sexo virtual les apasionara, me gustaba tener a mis presas sexuales delante, tocarlas y hacerlas arder con mis manos. Pero con ella, incluso podría hacer la excepción de humillarme y masturbarme sin estar en el mismo lugar.

—Hazlo, Jared. Lo estás deseando.

Parecía que me leyera el pensamiento.

Sin dejar de tocar su voluptuoso y perfecto pecho, fue descendiendo su mano con lentitud por el vestido hasta que desapareció de la pantalla y un pequeño gemido me confirmó que se estaba tocando.

—Eres una jodida bruja.

Abrí la cremallera y quité el botón de mi pantalón con premura y saqué mi polla del ya más que apretado bóxer. Comencé a acariciarme con lentitud, sin dejar de mirar la pantalla y las expresiones de placer que comenzaban a formarse en su perfecto y blanquecino rostro.

—Baja la cámara —exigió.

—No. Tendrás que imaginar cómo me toco para ti. Solo disfrutaras del color de mi polla cuando la tengas delante, y la chuparás para después metértela hasta el fondo de tu garganta.

—Entonces no quieres ver esto —murmuró entre gemidos y descendió la cámara hasta su vagina. Su vestido estaba al límite de sus caderas, apenas se veía nada, pero los movimientos certeros de su mano al jugar con su clítoris y la ausencia de algunos de sus dedos que se ocultaban bajo un intenso movimiento me hicieron disfrutar de su penetración.

Moví mi mano con más brío. El calor recorría todo mi cuerpo y a pesar de mi estudiado autocontrol estaba ansioso por correrme de una vez por todas. Era capaz de ver el brillo de su coño humedecido. Alzó la cámara de nuevo y me deleité de todas y cada una de sus expresiones de placer mientras se

masturbaba. Ambos gemíamos casi al unísono.

—Tócate más rápido. Hunde tus dedos hasta lo más profundo —ordené.

—Lo haré a mi manera, Jared. No estás aquí para impedir que siga mi ritmo, querido —sonrió ladina y volvió a gemir.

Solté un gruñido. Quería que me obedeciera, que aumentara su fricción contra su clítoris, que gimiera en alto y con ello consiguiera que me corriera como un adolescente viendo porno. Pero incluso a distancia se resistía a someterse a mí.

La observé mientras gemía. Era una agonía lenta y tortuosa para mi polla que ansiaba escuchar cómo se corría. Quería hacerme sufrir y no la tenía a mi lado para amordazarla y atarla para hacer las cosas como quería.

Continuó durante varios minutos con una lentitud pasmosa, y cuando creía que acabaría corriéndome yo primero por estar preso en el brillo lascivo de su mirada, escuché su inconfundible gemido que delataba que tenía un orgasmo. La mano en la que sostenía el teléfono móvil tembló y supe que era el momento para seguirla con un orgasmo que me dejó las piernas como gelatina.

—¡Joder! —gruñí mientras derramaba mi semen en el suelo de mi salón.

Vi la sonrisa satisfecha de Danielle al otro lado de la pantalla y deseé poder rodearla con mis brazos y entregarle mi boca para un beso pasional.

—Espero que tus amigas no se hayan enterado de esto.

—Es posible que sí, pero hay confianza —contestó con la voz un tanto entrecortada por su acelerada respiración—. Pero esto no ha terminado.

—Por supuesto. Quiero follarte sin descanso y si no apareces por el Fantasía este fin de semana, te aseguro que te espera un buen castigo.

—Eso no te lo crees ni tú —arqueó una ceja y sonreí. Sacaba su lado dominante cada vez que la retaba y era algo que me excitaba de una forma que jamás creí posible—. Adiós, Jared. Voy a seguir con mi cita. Ya nos veremos, o no...

Y colgó sin más, dejándome con una sonrisa de imbécil que no iba a lograr quitarme en todo el día.



Capítulo 28

Danielle

No tenía ni idea de cómo había llegado al punto de masturbarme a través de una videollamada, en el patio de mis amigas y con ellas a tan solo unos metros con la oreja puesta en mi conversación con Jared.

Al volver con ellas tras despedirme, las dos comenzaron a reírse.

—Joder, Danielle. Tu cara está como un tomate. ¿Qué tal el polvo virtual?

—Ya veo que os habéis dado cuenta —contesté sin sentir vergüenza. No era el lugar correcto en el que hacer ese tipo de exhibiciones, por suerte ellas sabían todo sobre mí y ninguna sentíamos pudor en cuanto al sexo se trataba, por lo que hasta les pareció normal.

—Tus gemidos son suaves, pero lo suficientemente contundentes como para escucharlos al aire libre —añadió Nathalie—. Me alegro de que hayas disfrutado —se burló entre risas y le di un codazo juguetón.

Cogí de la mesa de la terraza mi copa de vino y le dio un largo trago. Mi garganta estaba reseca. Todavía sentía mi cuerpo vibrar de la excitación y gozar de tan solo un orgasmo no era suficiente para paliar mi ansiedad de Jared.

¿Qué cojones me hacía? ¿Por qué hacía cosas que jamás se habían pasado por mi cabeza?

—Ha sido un calentón repentino.

—Eso no es propio de ti. Sueles ser más controladora y no te dejas llevar tan fácilmente. Jared es tu *Kryptonita*, amiga mía —sugirió Nathalie.

No contesté de inmediato porque su afirmación me daba mucho en qué pensar. Ella conocía mi faceta dominante, la había vivido de primera mano porque fui la encargada de instruirla durante varios meses. Conocía su cuerpo a la perfección y ella conocía lo que yo esperaba de ella como dominante. Y nunca, jamás, me había dejado vencer por nadie delante de ella hasta que Jared había aparecido como un huracán en mi vida para tumbar todas mis

defensas.

—Creo que me estoy metiendo en arenas movedizas.

—¿Por qué? ¿Por qué te gusta un tío? No es el fin del mundo —añadió Gabriela.

—Lo sé, pero es dominante como yo.

—Pero tú no siempre lo has sido y él lo sabe —continuó Nathalie.

Me sentía como en un partido de tenis, mirando de un lado a otro a mis amigas.

—Más a mi favor. No pienso dejar que me pisoteen otra vez. —Bebí lo que quedaba de mi copa de vino y cogí la botella para servirme otra.

La sed no desaparecía, y no solo la física, también estaba la sed de Jared. Las ganas de ir hasta a su casa y finalizar lo que habíamos comenzado a través de la pantalla del pequeño teléfono móvil. El muy cabrón ni siquiera había dejado que viera como se masturbaba, pero aquello no iba a quedar así.

En mi mente ya me había hecho a la idea que de un momento a otro acabaría dejándome someter por él, sin embargo, no se lo pondría fácil. Opondría resistencia e intentaría jugar mi propio juego. Por mi mente pasaban demasiadas fantasías que cumplir con él y no pensaba desaprovechar la oportunidad de conseguirlas.

—Él no es Derek, cariño. Jared es un amo de verdad, no alguien que se escuda en su fuerza para hacer lo que le sale de los cojones —añadió mi amiga. No pude evitar contraer el rostro ante la mención de Derek.

A pesar de tenerlo superado, cuando escuchaba su nombre, no podía evitar sentir como un escalofrío se apoderaba de todo mi cuerpo hasta el punto de dejarme paralizada durante varios segundos.

—Lo sé. Sé que no es él, pero me gusta ser dominante.

—Puedes ser *Switch*. Se dice así ¿verdad? —añadió Gabriela y asentí.

—Soy la Dama de Hierro. Perdería toda mi reputación si de repente decido ser las dos cosas.

—Nadie tiene por qué enterarse.

—¿Qué quieres decir?

Si decidía someterme a manos de Jared, todos se enterarían de lo ocurrido. Sobre todo si a él se le ocurría humillarme de forma pública de nuevo. No solo me sentiría avergonzada, sería una dominante de pacotilla y no me apetecía tener que pasar el trago de dar explicaciones.

—Podéis mantenerlo oculto. Un pacto entre vosotros. Además, si añadís a alguno de vuestros juegos a otro sumiso sin dueño, sabes a la perfección que

la información no correrá porque...

—Porque podemos hacer un pacto escrito para que no hablé —finalicé por ella y vi la sonrisa satisfecha en su rostro—. Sé que tienes razón, que podría funcionar. Pero la cosa está en que no sé si quiero someterme a él.

—¡Por supuesto que quieres! Joder, Gab y yo hemos estado a punto de unirnos a vuestra fiesta telefónica. Nos habéis puesto cardiacas, y aunque has intentado mantener tú el control, ha sido él el que ha conseguido lo que quería. ¡Y por teléfono! Así que, amiga mía, estás jodida. Porque una parte de ti, ya comienza a someterse aunque intentes negártelo. Y Jared no es solo un juego para ti. La coraza de la Dama de Hierro se está resquebrajando y como no te aclares, tanto tú, como él, podéis salir mal en el proceso.

Regresé a casa tras la interminable charla con mis amigas. La tarde había caído y ya se vislumbraba la luna entre las espesas nubes que se habían formado tras un día lleno de un sol inusual. Me desvestí en medio del salón y fui desnuda hasta el cuarto de baño para darme una ducha.

Todavía quedaban en mi mente resquicios de la llamada con Jared y no podía evitar darle vueltas a todo lo hablado con Gabriela y Nathalie. Convertirme en Switch después de cuatro años siendo una dominante de lo más intensa, no era la idea que más me apeteciera. No quería que se convirtiera en algo definitivo porque no quería dejarme dominar por alguien en quien no confiara puesto que había tenido malas experiencias. Pero si establecía ciertos límites, quizá podría ceder ante Jared.

—Pero la idea de resistirme es más divertida —murmuré en voz alta mientras encendía el grifo y el agua caía por mi cuerpo.

Recordaba su castigo y aparte de acabar cabreada también lo hice excitada, más de lo que quise reconocer en su momento. Jared sabía qué hacer para hacerme disfrutar. Sabía dónde tocar, e incluso hasta qué punto podía llegar y aquello había hecho que ni siquiera me preocupara por establecer unos términos, firmar un contrato y marcar los límites por los que se establecían cada punto de una relación de dominación y sumisión.

Era muy inusual que dos dominantes tuvieran una relación, tanto, que jamás había llegado a ver un contrato de tal índole. Quizá podríamos ser los primeros, y darme cuenta que no dejaba de pensar en ello me hacía preguntarme si de verdad era aquello lo que quería.



El fin de semana había llegado, y con él, los nervios por el encuentro con Jared.

A lo largo de la semana habíamos mantenido conversaciones por el móvil y algunas de ellas habían acabado con mi cuerpo a punto de arder por combustión espontánea y una buena masturbación en el baño bajo la ducha con el agua a punto de hielo.

Tenía ganas de tocarle, lamer todo su cuerpo y disfrutar de una vez por todas de su polla. En ningún momento le había hablado de las ideas que habían pasado por mi cabeza sobre el contrato, sin embargo tenía claro que antes de hacer nada con él, lo haría.

Era lo mejor. Quería tener todas las cosas en orden en mi vida y aquella se había convertido en mi prioridad.

Sucumbiría a hacer de sumisa cuando la ocasión lo requiriera, pero a cambio, tenía una condición que esperaba que aceptara. La cuestión era ¿cómo se lo tomaría?

Estaba segura de que no le haría ninguna gracia y una sonrisa involuntaria se escapaba entre mis labios cada vez que lo pensaba.

Era una perversa, y la dominante había acaparado el lugar de la sumisa durante mucho tiempo. No sería sencillo volver a dejar fluir mi otro lado, pero con la persona indicada tenía la esperanza de que fuera posible.

Pero, ¿era Jared esa persona?

Fui al baño y comencé con el maquillaje. Como cada vez que visitaba un club me decanté por el look agresivo, de gatita perversa con un delineado kilométrico y sombra negra que contrastaba con el verde de mis ojos. El labial fijo de color rojo borgoña era el toque final y mi pelo que normalmente caía en bucles hasta prácticamente mis caderas, lo alisé sin dejar una sola ondulación. Fui hasta mi habitación y sobre la cama ya tenía preparada la vestimenta. Un precioso vestido de látex que se fundía en mi cuerpo como una segunda piel y queda justo en el límite en que finalizaba mi trasero. Era de escote palabra de honor pero terminado en forma de corazón y acababa de ajustarse como si fuera un corpiño, por lo que mis pechos sobresalían bastante por arriba dando una vista de lo más sensual. Añadí unas medias de

rejilla, unas botas de polipiel de tacón alto acabadas en punta y tapé el atuendo con una fina chaqueta veraniega que escondía la seductora ropa para no llamar la atención por la calle.

Llamé a un taxi y mientras esperaba sentada en el sofá a que me avisara, abrí la conversación de Whatsapp con Jared.

“Espero verte esta noche.”

“Por supuesto, Dama de Hierro. No hay nada que desee más en este instante que probar tus labios, tu cuerpo y metértela hasta el fondo.”

“Qué cosas tan bonitas me dices.”

“Para ti, las mejores.”

Negué con la cabeza y le puse varios emoticonos de la peineta. Era un capullo realmente adorable.

El taxista llamó a mi timbre a los pocos minutos y metí el móvil en un pequeño bolso de mano junto al monedero, mi documentación y una serie de papeles que podrían marcar el destino de la noche.

Bajé en el ascensor bastante nerviosa por lo que podría deparar la noche. Quizás a Jared no le gustaba mi idea y nuestros encuentros terminarían de forma abrupta. Podía ser que fuera lo mejor, porque comenzábamos a mezclar cosas y por mi parte, había sentimientos que me esforzaba en impedir que afloraran.

No necesitaba una relación, no la quería, pero como había dicho Nathalie, Jared era mi Kryptonita. Era capaz de destruirme, pero también de hacerme feliz. Como persona me gustaba, me parecía encantador, sincero y alguien confiable. Sin embargo, cuando se mezclaba amistad con sexo y relación, las cosas podían acabar fatal.

—Ya hemos llegado, señorita —avisó el taxista y me sacó de mis pensamientos.

Pagué la carrera y bajé con un suspiro del coche.

Escuché el sonido de mi móvil y era un mensaje de Jared.

“Te espero en la barra. No tardes demasiado o te castigaré.”

—Espero que sepas dónde te metes, Danielle —me dije en voz alta y suspiré de nuevo.

Saludé a Peter con dos besos y me acompañó hasta la entrada. La música resonaba en las paredes tan fuerte como latía mi corazón. «*Sex on fire*» de *Kings Of Leon* amenizaba el inicio de la velada con su ritmo. Había poca gente y los espectáculos en el escenario todavía no habían comenzado, sin embargo, algunos ya habían comenzado con sus juegos prohibidos en el

medio de la pista mientras el resto observaba con sonrisas lascivas que avivaban sus propias llamas.

Pasé de largo, con la cabeza bien alta y siendo consciente de cómo me miraban algunos. Dejé la fina chaqueta que cubría mi vestido de látex en el guardarropía y caminé con paso decidido en dirección a la barra. Jared me esperaba sentado en un taburete y hablaba con Bea, la camarera, quien me saludó nada más verme llegar.

—Estás increíble, Dama de Hierro —me alabó al observar mi sugerente vestimenta.

—Gracias, cariño —sonreí—. Ponme un Gin-tonic, por favor.

Giré la vista en dirección a Jared, quien no había abierto la boca en ningún momento, y sonreí al ver cómo aceptaba mi vestimenta con la mirada. Sus ojos hicieron una parada en mis pechos y me acerqué de forma sensual hasta su oído para susurrar:

—¿Hay algo que desees?

—A ti —contestó y su mano intentó hundirse en el interior de mi corta falda para acceder a mi desnudo monte de venus, pero lo aparté.

—Yo también te deseo a ti, pero antes de nada, tenemos algo de lo que hablar.

—¿Debo asustarme? —dijo con la curiosidad reflejada en su mirada.

—Es probable, pero lo mejor. Ambos tenemos una reputación que mantener, y aunque no suele importarme lo que digan de mí, hay cosas que quiero que se mantengan en secreto.

—Creo que no te entiendo —contestó.

Bea trajo mi copa y le di un fuerte trago.

—Pide las llaves de la mazmorra. Llega el momento de aclarar las cosas de una vez por todas.



Capítulo 29

Jared

Entramos juntos en la mazmorra que compartimos en nuestro primer encuentro sexual y Danielle fue directa a un sillón del fondo para sentarse. De su pequeño bolso vi cómo sacaba unos papeles y los dejaba sobre su regazo.

No podía evitar fruncir el ceño ante la situación. No tenía ni idea de a qué se refería con que primero debíamos aclarar las cosas. Yo las tenía muy claras, habíamos quedado para pasar la noche entera follando, para encadenarla y hacer con ella cientos de cosas que le dieran placer.

Desde que la había visto entrar por la puerta del Fantasía, con ese vestido de látex que solo ocultaba sus pensamientos, tenía ganas de arrancárselo y disfrutar una vez más del cuerpo y la mujer que últimamente me traía por el camino de la amargura.

—Siéntate —ordenó y fui en busca de otro sillón para colocarme frente a ella.

La tenue luz de la sala provocaba una sombra en su rostro. Mantenía la cabeza agachada, con la mirada fija en aquellos papeles que removía de forma inquieta entre sus manos.

—¿Qué es lo que pasa? Me tienes en ascuas —murmuré tras más de un minuto sin obtener ni una sola palabra de su parte.

Cogió la copa de Gin-tonic que había traído desde la sala principal y bebió lo que quedaba de un trago.

—Creo que ha llegado el momento de que entre nosotros haya un contrato de por medio —dijo al fin.

En ningún momento alzó la vista para mirarme a los ojos, por lo que no fue capaz de observar la cara de imbécil que se me había quedado. No era una posibilidad que entrara en mi cabeza. No entendía por qué quería tener un contrato. Pensaba que ya comenzaba a haber cierta confianza entre nosotros, pero al parecer, me equivocaba y quería establecer unas normas.

—¿Por qué?

—Es lo más lógico. Empezamos un juego en esta misma mazmorra que se nos fue de las manos, sobre todo a ti —añadió—. Quiero dejar los términos claros, lo que quiero y lo que no.

—¿No confías en mí?

No quería que mi tono de voz sonara dolido, sin embargo fue algo inevitable.

—Comienzo a hacerlo, y por ello prefiero que ambos tengamos las cosas claras.

—¿Qué debemos tener claro, Danielle? Venimos a jugar, a pasarlo bien.

—Exacto, pero hay cosas que solo quiero que queden entre nosotros. Sabes que puedes someterme porque he sido sumisa, pero no quiero que el resto lo sepa.

—Entonces, ¿eso quiere decir que vas a dejarte someter? ¿Por mí?

Alzó la vista al fin y me traspasó con el verde de sus ojos. Cada vez que me miraba sentía que podía traspasar mi alma. Una sonrisa se formó en sus labios pero no terminó de llegar a sus ojos.

—Es probable, pero hay condiciones y no te aseguro que vaya a resultarte sencillo. Llevo casi cuatro años siendo dominante, cruel y despiadada con mis víctimas para hacerlas llegar al límite entre el placer y el dolor. Me gusta serlo, pero una parte de mi pasado todavía continúa en mi interior. Esa parte quiere sentir el dolor, sentirse controlada, pero tiene miedo.

—Sabes que nunca haría nada para hacerte daño, ¿verdad? —dije con toda la sinceridad que salía de mi alma. No quería que pensara que era una más en mi lista. Ella era distinta, alguien a quien quería cuidar y que aquellos pensamientos rondaran por mi cabeza, solo demostraba lo gilipollas que me volvía en su presencia.

No solo me hechizaba, hacía que mi lado más oculto, el que ansiaba tener a alguien con quien compartir no solo sexo, sino momentos, emergiera con ganas de quedarse.

—Eso solo podré contestarlo cuando me lo demuestres —contestó con seriedad.

Solté un suspiro y me pregunté qué demonios le había pasado a aquella mujer para que tuviera tantas reticencias. Conocía a la Dominante de tantas veces que la había visto en acción. Su mirada perversa, sus juegos de tortuoso placer, pero de lo que se escondía detrás tan solo había descubierto una ínfima parte que no me servía para entenderla.

—Está bien, déjame ver el contrato.

Me lo tendió con lentitud y lo cogí entre mis manos dispuesto a leerlo con atención. Era un contrato de sumisa y Danielle se había encargado de poner nuestros nombres y direcciones.

PRIMERO .- Que libre y voluntariamente asumo la condición de esclavitud, ofreciéndome y entregándome al Sr. Jared Jones, para que por un periodo de doma indefinido, prorrogable de común acuerdo, ejerza su poder y dominio sobre mí en la forma y modo que se especifica y desprende del presente documento.

SEGUNDO .- Esclava y propietario se comprometen mutuamente a guardar la máxima discreción sobre sus relaciones, a no inmiscuirse en sus respectivas vidas privadas y a respetar escrupulosamente los horarios convenidos. Además de que el propietario no podrá exhibir a su esclava ante otros dominantes por requerimiento explícito de la esclava.

TERCERO .- La suscrita, en su condición de esclava, expresa formalmente por este documento que pertenece por entero a su Amo, que este último podrá hacer con la esclava lo que guste sin sobrepasar los límites establecidos y, que cuando sea tratada como esclava deberá tolerar y admitir lo siguiente:

- a) Soportar el trato vejatorio que su Dueño le imponga, siempre y cuando dichos tratos no generen repercusiones en el cuerpo de la esclava; como sangre u otras lesiones que requieran de cuidados médicos.
- b) Aceptar, si ello complaciera a su Amo, ser cedida o compartida con quien su Amo ordenase siempre y cuando se tratara de otro sumiso.
- c) Ceder su cuerpo totalmente con el único fin de procurar placer al Amo, al que pertenece hasta el día en que se ponga fin al presente contrato.
- d) Consentir en ser atada y amordazada para sufrir poco a poco una doma que posibilite, con el transcurso del tiempo, una mejor entrega y placer para su Propietario.
- e) Admitir y resistir cualquier tipo de castigo o tortura que no produzca lesiones ni deje marcas visibles o aparentes, salvo común acuerdo en algunos casos.

CUARTO .- Queda expresamente prohibido a la esclava en según qué situaciones durante la doma:

- a) Negarse o resistirse al dominio de su Amo.
- b) Hablar sin ser preguntada.
- c) Contestar, cuando fuera preguntada, sin anteponer o posponer la palabra «Amo».

- d) Oponerse a los deseos de su Amo y Señor.
- e) Desobedecer cualquier orden de su Amo.
- f) Rechazar aquellos vestidos, prendas u objetos que durante los periodos de sometimiento se le ordenase vestir.
- g) No satisfacer todo lo especificado en el resto de los apartados de este documento.

Hice una pausa en la lectura y por el momento todo me parecía correcto. Lo que me impresionaba era saber que Danielle quería convertirse en mi sumisa, algo que jamás habría imaginado. Aunque, al parecer, su condición más específica hasta el momento, era mantenerlo oculto entre nosotros. Era lógico que no deseara que se corriera la voz entre otros dominantes. Entendía que, a pesar de estar a punto de claudicar ante mis deseos, no quería que su reputación de dómina se viera empañada por su otra parte.

Danielle era una Switch. Una mujer con alma dominante y sumisa a la vez y que había confiado en mí para admitirlo.

—¿De verdad quieres ser mi sumisa? —le pregunté antes de continuar.

—Sí, pero con excepciones. Ten en cuenta que también soy dominante. Así que continúa leyendo, por favor.

Hice caso y continué.

En los siguientes puntos del contrato se especificaban ciertas partes de los puntos anteriores. Yo podía dominarla y añadir a nuestro juego en la mazmorra a otros sumisos, pero nunca a un amo. Tenía prohibido exhibirla ante otros dominantes. Su condición de Switch quedaba reflejada en otros puntos de forma que, a pesar de que ella misma había establecido la regla de que debía obedecerme ante todo, de vez en cuando intentaría tomar las riendas de la situación, siempre y cuando yo, el amo, le diera permiso para cederle cierta parte de control.

Por otro lado, como no era una relación de amo sumisa permanente, ambos teníamos la libertad de tener encuentros con otras personas. Lo que quería decir, que cuando Danielle quisiera, podía jugar con un sumiso y continuar con su rol de dominante ante los presentes en el club.

Y lo cierto era, que la idea de verla con otros, u otras, no me apetecía en absoluto.

Por supuesto no llevaría ninguna seña de identidad que indicara que pertenecía a alguien. Solo tenía permiso para utilizar collares que indicaran que era mi sumisa en la mazmorra en la que lleváramos a cabo nuestros

juegos.

Menos era nada.

Continué con la lectura y tras saltar varios puntos que no repetían más que lo mismo leí lo que más me interesaba.

NOVENO .- En el mismo periodo de doma, el Propietario impondrá un nombre a la esclava, el único con el que será llamada y al que deberá responder durante los periodos de sumisión. Por petición de la sumisa, habrá ciertas prácticas que considerará prohibidas y que si se llevaran a cabo, el presente contrato quedaría anulado de inmediato.

El Propietario no podrá orinar y defecar sobre la esclava, dañar su piel de forma permanente ni provocar sangre. Cualquier otra práctica estará permitida a excepción de que el límite de la sumisa la lleve a pronunciar la palabra de seguridad que detendrá cualquier práctica del propietario.

DÉCIMO .- La esclava, salvo orden en contra, deberá aceptar:

a) Cualquier orden, humillación, vejación o castigo que su Amo le imponga, siempre que no se viole el presente documento.

b) Estar completamente desnuda en interiores.

UNDÉCIMO .- En prueba de conformidad, Amo y esclava firman y suscriben el presente documento, por medio del cual la esclava reconoce que pertenece enteramente a su Amo y este último la acepta como sierva y esclava aceptando el anexo y las condiciones que se reflejan a continuación.

Antes de leer el anexo, fui a la pequeña nevera de la mazmorra y cogí una cerveza bien fría. Tras leer todas aquellas condiciones, imaginar las torturas y el placer al que la sometería, mi polla quería liberarse de la cárcel que le conferían los pantalones de látex. Sentía mi cuerpo arder, con ganas de poner mi firma en ese contrato, pero a petición de Danielle, debía leerlo al completo.

Al fin y al cabo, cuando se firmaba un contrato entre amo y sumisa, era el amo quién lo redactaba. En este caso había sido ella quién lo había hecho y no tenía inconveniente en ello, pero sabía que en el anexo, encontraría alguna sorpresa.

ANEXO 1:- La Dómina en adelante Esclava, Danielle Davids, acepta someterse a todo lo citado en cada punto del contrato con una única condición que compromete de forma directa al que se convertirá en

Propietario una vez firmado el documento. A petición especial, solicita al que será su amo la condición de someterlo durante una noche como premio por dejar a un lado su vida de Dominante y el amo permitirá a la sumisa tener el total control de su cuerpo, de su placer y de utilizar cualquier objeto de tortura con su amo que no implique heridas, sangre y micciones sobre su cuerpo.

Dejé el contrato sobre mis piernas y miré a Danielle. Su mirada volvía a ser la de siempre, altiva, incluso encontré en ella un poco de sorna. Se había dado cuenta de que había leído la parte final del contrato y durante aquel momento, mi rostro fue pasando por diferentes sentimientos que se reflejaron en mi mirada.

—¿Qué te parece? ¿Algo que cambiar?

—¿Quieres dominarme? —Sabía la respuesta, pero quería oír las palabras salir de sus labios.

—Sí. Creo que es lo que me merezco después de cederte tantos derechos sobre mi cuerpo. Por supuesto, y como has leído, no voy a ser una sumisa fácil.

—Es algo que tengo muy claro —contesté en el mismo tono sugerente que ella había utilizado.

—Hace mucho que dejé de serlo y no va a ser sencillo. Puede que acabemos tirándonos de los pelos o echando todo por tierra, pero quiero intentarlo.

—¿Por qué?

—Porque tengo dos amigas lesbianas muy locas que me hicieron ver lo que me gusta follar contigo —confesó con una pequeña sonrisa.

—¿Y tiene que haber de por medio un contrato?

Sin duda era algo que me carcomía por dentro.

—Es lo lógico. Así funciona nuestro mundo. Yo nunca he domado a nadie sin estos papeles de por medio.

—Pero nosotros nos conocemos, es distinto.

—Sí, pero no conoces todo sobre mí. Puede que conozcas mi forma de ser como ama, pero no como sumisa y aclarar términos es lo correcto. Hay cosas que no estoy dispuesta a aceptar, y por supuesto, la más importante es que no puede salir nada de aquí y que todo sumiso que quiera participar en los juegos que tú propongas, deberán firmar un contrato de confidencialidad. Nadie podrá saber que ahora soy Switch, sobre todo los amos. Quiero mi

reputación intacta.

—Vale, no te humillaré de forma pública —acepté—. Pero me gustaría añadir un anexo que creo que te puede convencer.

Me miró con gesto interrogante y esperó a que me decidiera a hablar. La hice esperar unos segundos más mientras bebía un trago de la cerveza.

—En algunas ocasiones, no solo serás mi sumisa. Serás la dominante que yo conozco, y juntos, escogeremos a alguien a quien someter a nuestro antojo y bajo nuestras normas.

Se quedó pensativa y supe que aceptaría en el momento en que una sonrisa apareció en sus labios.

—Me parece estupendo. Entonces, ¿firmamos?

—Sí. Pero prométeme que si en algún momento sientes total confianza hacia mí, me contarás tu historia.

—Eso no puedo prometértelo. A veces hay cosas que es mejor dejar en el pasado.



Capítulo 30

Danielle

Cuando llegué al Fantasía Oscura lo hice con los nervios a flor de piel. Había sido una larga semana en la que mis pensamientos habían viajado por cientos de derroteros distintos. Redactar el contrato había sido una decisión complicada, pero tanto Nathalie como Gabriela me convencieron para hacerlo, porque en el fondo, era lo que deseaba.

Obviamente no iba a dejar que me sometiera en aspectos fuera de la mazmorra, era una mujer libre y quería seguir siéndolo, pero con el contrato le daba unas concesiones que jamás imaginé que volvería a darle a alguien, puesto que mi rol había cambiado a lo largo de los años.

Mantener mi lado dominante era vital para mí y se lo había hecho saber en varios apartados del contrato. No solo era un contrato de sumisión que nos ataría durante el tiempo que durara nuestra extraña relación, también era una forma de auto convencerme de que a pesar de ser capaz de someterme a él, continuaba teniendo el poder suficiente como para poder tomar las riendas y no caer de lleno bajo sus encantos.

Lo que más me preocupó en un principio fue que leyera mi condición para firmar: una noche entera para someterlo a mi antojo.

Era una fantasía que deseaba cumplir. En mi casa no lo había conseguido, y sabía, que una vez firmados los papeles, debería dejarse hacer puesto que si no lo hacía, el contrato quedaría de inmediato rescindido y nuestras vidas se separarían.

Y sin saber por qué, no quería que aquello ocurriera. No quería que desapareciera.

Me tendió los papeles para poner mi rúbrica y con una sonrisa le di la copia que tenía preparada para él.

—¿Cuál quieres que sea tu palabra de seguridad?

Pensé su pregunta durante varios segundos y lo observé con atención. Quería que fuera una palabra relacionada con él, pero todas me gustaban

demasiado como para utilizarlas en algo que pararía nuestros juegos. Así que al final me decanté por un sabor dulce que pedía siempre que iba a su cafetería y él me atendía.

—Chocolate —sonreí.

—Una palabra un poco inusual para el momento, ¿no crees?

—Todo esto es inusual, así que apúntala —exigí y su ceja se arqueó con una sonrisa burlona mientras la anotaba en el contrato.

—¿Algo más que quiera añadir?

—Por ahora no. Lo que quiero en este momento es disfrutar de la concesión de dominarte durante esta noche.

Aparté los papeles a un lado y me levanté del sillón para dirigirme en su dirección. El ambiente era tenso. Escuché cómo tragaba saliva y los nervios afloraron de su interior. Tenía miedo de lo que le pudiera hacer, y era para tenerlo. Iba a sufrir en sus propias carnes lo que era la sumisión, algo que no había experimentado y me satisfacía la idea de ser yo quién lo iniciara.

Era probable que lo pasara mal al inicio, como muchos sumisos inexpertos, pero el premio final iba a merecerle la pena.

—Desnúdate y arrodíllate en el centro —ordené.

—¿Vas a comenzar ya?

No contesté a su pregunta y fui directa a un armario del fondo de la mazmorra. Ahí dentro estaban expuestas una amalgama de fustas, látigos, palas y cientos utensilios de tortura. Cogí una fina fusta de cuero y me acerqué con un sensual contoneo de caderas hasta Jared, quien todavía esperaba una respuesta.

—Hablarás cuando yo te lo ordene. Si hablas sin permiso recibirás castigo. Te dirigirás a mí como Dómina y no me replicarás.

—Sí, mi sargento —se burló. Puse mi rostro más serio y me coloqué justo delante antes de dar un golpe con la fusta muy cerca de su polla.

Gruñó.

—Desnúdate.

—¿Y si no quiero? —me retó.

—Si no lo haces romperé el contrato, me marcharé, y tú y yo nada más nos veremos cuando tengas que servirme el desayuno en la cafetería —amenacé.

Me sentí vencedora cuando lo escuché gruñir y se levantó de su sitio.

Fue al centro de la mazmorra junto a las argollas que había en suelo y techo y comenzó a quitarse las prendas.

—Déjalo todo bien doblado a un lado, esclavo.

—Y si quieres lo plancho —se quejó por lo bajo y mientras quitaba su camiseta y dejaba a la vista su espectacular torso desnudo, le di otro golpe con la fusta en su pecho, muy cerca del pezón.

—Habla cuando yo te lo ordene —repetí y contra todo pronóstico no contestó.

Me hice a un lado y observé como se deshacía al fin de todas sus prendas. Su falo erecto apuntaba directamente en mi dirección, con el glande rosado deseoso de recibir atenciones. Me encaminé de nuevo hacía el lugar con todos los útiles de tortura y cogí cuatro esposas.

Jared observaba mis pasos decididos, acompañados por el sonido de mis zapatos de tacón. Acerqué mi rostro al suyo y atrapé sus labios entre los míos para jugar con nuestras lenguas. Él intentó agarrarme de las caderas para pegarme a su cuerpo, pero me aparté antes de que consiguiera que sucumbiera e hiciera que saliera de mi rol dominante.

—Las manos quietas.

—Pero quiero tocarte —exigió con voz entrecortada.

—No hasta que yo te lo ordene.

Lo cogí por la polla y presioné con fuerza hasta que soltó un gruñido, mezcla de dolor y placer. Coloqué una esposa metálica en cada una de sus manos y con un interruptor que había en la pared hice descender del techo la cadena que lo mantendría atado.

—No hemos establecido mis límites —dijo en el momento en que ató sus manos a la cadena y volví para darle al interruptor y hacer que ambos brazos se alzaran sobre su cabeza.

—Tranquilo. Mientras me obedezcas, te aseguro que el dolor solo será para darte placer y no tendrás nada de lo que preocuparte. Pero... —le di otro azote con la fusta en su polla y gruñó— como vuelvas a hablar sin permiso y sin dirigirte a mí como Dómina, no te daré tregua alguna y dejaré tu culo tan rojo que mañana no podrás ni siquiera sentarte en el sofá.

—De acuerdo, Dómina —dijo entre dientes y en mi rostro se dibujó una sonrisa triunfal.

Me acerqué hasta su cuello y lamí la zona antes de llegar a sus labios y morderlos. Gemí junto a él y poco a poco dejé un húmedo reguero por su cuerpo, haciendo una parada en su abdomen para degustar sus prietos abdominales. Su sabor salado se grabó en mi paladar y gemí gustosa de por fin tener la oportunidad de llevar el mando.

Continué el recorrido hasta toparme con su erecto falo y lo metí entero en mi boca provocando un gemido de mi sumiso por una noche.

—Por supuesto debes saber que no te puedes correr, ¿verdad? —Dio un breve asentimiento y sonreí satisfecha.

Continué con el juego y mi lengua se enredó en su glande. Lo saboreé y se deleitó con las gotas de líquido preseminal que brillaban en la punta. Con la mano la masajé y volví a meterla de golpe en mi cavidad. Jared mecía las caderas en un intento de profundizar todavía más y ser él quien llevara el ritmo y se lo impedí en el momento en que clavé mis uñas en su trasero.

—No te muevas, esclavo. Yo marco el ritmo, tú mantente quieto.

Me separé unos centímetros de su polla y bajé hasta sus pies. Lo obligué a que los separara y coloqué las cadenas del suelo en sus tobillos para que mantuviera una pequeña apertura de piernas que me permitía acceder a todos los recovecos de su cuerpo.

Ascendí con lentitud y volví a parar de nuevo en su polla. Su tacto era caliente, duro y su sabor tenía un toque almizclado que me invitaba a lamerlo sin descanso. Jared comenzaba a gemir cada vez con más rapidez. Mi maestría con la lengua y las manos lo llevaba a la locura, la misma que yo sentía por las ganas de empalarme en él que me poseían.

Pero todo tenía su momento y debía demostrar mi autocontrol ante el hombre que a partir de ese día sería el encargado de someterme.

Sus músculos cada vez estaban más tensos y el sudor perlaba su piel haciéndola brillar incluso con la escasa luz que nos rodeaba. Apretaba las piernas en un intento de controlar su pasión, pero con cada toque de mi lengua y de mis manos en su escroto, se contraía todavía más. Con la mano me abrí paso entre sus nalgas, y gracias a la humedad de mi propia saliva mezclada en mis manos, me abrí paso por su ano e introduje un dedo.

—¡Joder! —gruñó.

—Silencio, esclavo. —Con la mano libre le di un golpe a su polla y noté como se contenía para no gemir.

Seguí jugando con su entrada hasta encontrar el lugar que más placer provocaba a un hombre. Un hombre heterosexual y que practicaba sexo vainilla, era probable que no dejara a una mujer acercarse a su ano, pero Jared, además de ser mi esclavo durante aquella noche, era un Amo. Y aunque el sexo anal podía significar sometimiento absoluto, estaba segura de que lo habría probado y disfrutado como todo aquel que lo intentaba. Bombeé con extrema lentitud mientras continuaba con las acometidas de mi boca. Su

polla tocaba mi garganta una y otra vez y sentí el temblor de las piernas de Jared.

Sabía que estaba a punto, que como continuara así, no tardaría en llegar al orgasmo, así que me separé de él, me puse en pie y fui directa a sus labios para que degustara su propio sabor.

—No pares ahora, ¡joder! —gruñó contra mis labios con gran desesperación.

—¿No pensarías que iba a ser sencillo? —murmuré con una macabra sonrisa—. Esto es solo el principio. No voy a dejar que te corras. Pararé las veces que haga falta, pero solo yo te diré cómo y cuándo.

Me alejé para ir en busca de una argolla para su miembro. La vez anterior había sido de gran utilidad para hacerlo aguantar varias horas y para lo que le esperaba a continuación, necesitaría una ayuda extra para no correrse.

Saqué también un bote de lubricante y un plug anal con cola de caballo que, cuando Jared me vio llegar con él, sus ojos mostraron un ápice de nerviosismo.

—Supongo que alguna vez habrás jugado con tu ano, ¿verdad?

—Alguna vez, pero recuerda que soy dominante. Suelo ser yo el que da por culo —bromeó.

Le di un azote en la nalga con la mano abierta y gruñó.

—Pues hoy seré yo quien te dé por culo, esclavo. Y como sigas sin dirigirte a mí con propiedad, te aseguro que sufrirás y no vas a correrte en toda la noche.

Su rostro cambió por completo. La idea de no correrse no entraba dentro de sus planes. Y lo entendía a la perfección.

Era lo más frustrante para un sumiso. Cuando yo lo era y me rebelaba contra mi amo, desobedeciendo, muchas veces aquel era mi castigo y otras eran mucho peores.

Abandoné aquellos pensamientos de inmediato y me coloqué detrás de Jared. Observé su cuerpo desde atrás y relamí mis labios al mirar sus preciosas nalgas. Estaban prietas, turgentes. Pasé la fusta de cuero en su canal y noté cómo se estremecía. Le di varios azotes y sin ir en busca de su mirada coloqué el anillo para su pene que se unía con unas cadenas que iban directas a unas pinzas que enganché en sus pezones.

Gimió de dolor.

—Relájate, el dolor pasará. Luego me lo agradecerás.

—No creo que te lo agradezca nunca, Dómina.

Volví a azotarlo unas cuantas veces más con la fusta por todo su cuerpo. Al menos había pillado el concepto de llamarme Dómina, pero se resistía a mis órdenes y lo menos que podía hacerle era comenzar a dejar su cuerpo enrojecido por los golpes.

Cogí el lubricante que previamente aparté a un lado y lo eché en mis manos. Jared seguía los movimientos de forma concienzuda. Su cuerpo estaba sudoroso por completo. Sus ojos brillaban y sus labios parecían resecos. La temperatura de la sala iba en aumento con cada uno de mis gestos y estaba tan excitada que estuve a punto de soltarlo y cabalgar sobre él. La música de fondo era apenas audible, el sonido principal era el de la respiración entrecortada de mi esclavo.

Con una sonrisa seductora lo besé mientras descendía las manos empapadas en lubricante por sus nalgas, hasta alcanzar de nuevo su orificio e impregnarlo por completo de la sustancia resbaladiza con olor afrutado.

—Ahora relájate, esclavo, sino, te dolerá.

—No lo hagas.

—¿Por qué? —cogí el plug anal con vibración que estaba a punto de introducir con lentitud en su ano y lo lamí delante de sus narices. Soltó un fuerte suspiro y le lancé una fría mirada que prometía que no iba a hacerle ni puñetero caso—. ¿Vas a negarte? ¿Quieres que rompa el contrato?

—No.

—No, ¿qué?

—No, Dómina.

—Así me gusta —me vanaglorié—. Recuerda que tu premio no es el orgasmo. Tu premio es ser mi amo. Y te aseguro que por una noche en la que sea yo quien haga contigo lo que quiera, no te va a pasar nada. Incluso puede que te guste.

—Lo dudo.

Le di un azote en la polla por hablar a deshora y gruñó.

—Ya me lo dirás cuando termine contigo.

—Puedo decírtelo ahora. No me gusta sentirme débil. No me gusta que hagan conmigo lo que quieran. Me gusta tener el control. Me gusta ser yo el que diga el cuándo y el cómo, y quiero ser yo el que decida cuando tú puedes correrte, Dómina.

La última palabra la dijo con retintín y por ello se llevó otro azote. Esa vez con más fuerza, en una zona que ya tenía lo suficientemente enrojecida como para que a la próxima el ronchón se hiciera más notorio.

—Pues querido Jared. Hoy no va a ser ese día.



Capítulo 31

Jared

Danielle introdujo el plug anal con extrema lentitud en mi ano después de hacer que fuera yo mismo quien lo lamiera junto a ella. Sentía como poco a poco se dilataba para proporcionarle mejor acceso al juguete y cuando activó la vibración sentí que me corría de inmediato.

Si así hubiera sido, habría quedado como un patético, por suerte el aro que previamente había colocado en mi polla, la constreñía de tal forma que no tenía forma alguna de liberarme.

Estaba al límite de mi autocontrol. Apenas llevaba una hora siendo sometido, no obstante me parecía mucho más. El juego de Danielle era el de la distracción, jugaba con su mirada, me hechizaba con sus movimientos al pasear delante de mí e intentaba hacerme creer que me daría la liberación al relamer todo mi cuerpo y mi polla con un hambre voraz.

Era malvada, perversa... Una Dómina a la que le había conferido el poder de someterme.

¿Pero qué iba a hacer? No me quedaba de otra si quería volver a verla. Además, sería para tan solo una noche. ¿Qué más daba si me rebajaba de aquella forma? Nadie iba a saberlo, solo ella y por el momento, no estaba siendo tan temible como me esperaba. La había visto actuar y ni por asomo era tan blanda con los sumisos.

Tras dejar el juguete dispuesto y activado, se alejó de nuevo para volver al armario de los juguetes. La observé con atención y vi cómo sacaba un vibrador en forma de micrófono, colocaba un sillón delante de mí y se sentaba con las piernas abiertas, descubriéndome su coño completamente desnudo y con un brillo que delataba la excitación que recorría todo su cuerpo.

Me removí inquieto, ya no solo por el placer que sentía en mi trasero y que hacía palpar mi polla. Quería soltarme, meterme entre sus piernas y saborear sus jugos hasta hacerla gritar de placer.

—¿Quieres algo, esclavo? —murmuró en tono seductor y deslizó una de sus manos hasta su humedad. Separó sus labios y tentó su entrada. Tuve que tragar saliva porque mi boca estaba seca. Sedienta de ella.

—Follarte —contesté con voz ronca. Danielle se levantó y dio un pequeño azote en mi polla que me hizo vibrar.

—¿Cómo has dicho?

—Follarte, Dómina —repetí a regañadientes dirigiéndome con el respeto que merecía.

—Así me gusta —sonrió—. Pero todavía no es el momento —dijo y volvió al sillón para mostrarme de nuevo su apetecible coño—. Además, llegado el momento seré yo la que te folle a ti.

Sus palabras consiguieron estremecerme. No sabía de qué forma quería hacerlo, pero por su mirada, supe que era probable que mi lado dominante hiciera que me revelara. Sin embargo, era tan experta en la distracción, que en el instante en que activó el vibrador en forma de micrófono y lo colocó en su clítoris, perdí el hilo de mis pensamientos para gemir entre dientes ante la espléndida imagen que se mostraba ante mis ojos.

Danielle no quitaba sus ojos verdes de los míos mientras movía con lentitud el aparato. Dirigió la mano libre hasta el escote de su estrecho vestido y dejó en libertad uno de sus turgentes pechos. Su pezón erecto me llamaba a gritos y tuve que morder mi labio para no abrir la boca y conseguir un nuevo azote por su parte. No ayudaba que el vibrador de mi culo continuara con su tortura cuando comencé a escuchar los gemidos de Danielle al pellizcarse y mover con más rapidez el consolador.

—Por favor, suéltame. Quiero tocarte —supliqué como un imbécil.

—Cállate —ordenó y continuó masturbándose.

Sus piernas cada vez estaban más abiertas. De vez en cuando se detenía para abrirse todavía más. Su vestido se había convertido en una prenda molesta incluso para ella y hacía un rato que se había desprendido de él para mostrar la totalidad de su curvilíneo y sensual cuerpo.

Sus gemidos se sobreponían a la música que continuaba tenuemente en el fondo. El sudor cubría su frente y con el vibrador en su clítoris y la otra mano acometiendo en su interior, mi autocontrol estaba al límite. Gritó de placer al alcanzar el orgasmo y un gran chorro de su esencia salió de su interior para salpicar el suelo.

No pude evitar gruñir. Mis ojos brillaban del ramalazo de placer que me había provocado verla hacer eso. Había estado con muy pocas mujeres que

eyacularan de aquella forma, y saber que Danielle era una de ellas, no hacía más que ansiarme por ser yo el que provocara en ella un orgasmo así.

Su cuerpo estaba tan tembloroso como el mío, el cual se resistía por todos los medios a sucumbir al placer de lo que habitaba en mi ano y que conseguía que mi polla no dejara de pulsar con la intención de correrse.

Era frustrante, incluso agónico y más cuando tenía ante mí una belleza indescriptible que mecía sus caderas fruto del intenso orgasmo que acababa de tener.

Cuando su cuerpo dejó de convulsionar se levantó. Había demandado mi silencio, pero necesitaba que se acercara a mí y la única conclusión a la que llegaba para que me prestara algo de atención era provocarla.

—Estás tan excitada que ni siquiera has podido esperar a que sea yo quien te dé placer.

Arqueó una ceja y conseguí mi cometido. Se acercó desnuda, tan solo cubierta por sus preciosas botas de tacón de vinilo y me rodeó como una leona dispuesta a cazar a su presa.

—No te he dado permiso para hablar, esclavo. Y sí, estoy excitada, pero no te necesito para darme placer. Lo sabes, ¿verdad?

—Por supuesto que me necesitas. Solo yo puedo darte el orgasmo que necesitas.

Soltó una fuerte carcajada y se colocó a mis espaldas. Cogió la cola que colgaba de mi trasero y sacó el plug anal para volverlo a introducir una y otra vez con firmes estocadas.

Aguanté como pude los gemidos que luchaban por salir de mi garganta, pero a Danielle le divertía que me resistiera y acompañaba aquellos gestos con varios tirones de la cadena de las pinzas de mis pezones. Continuó durante varios minutos hasta que al fin retiró el artilugio y desapareció para volver con un collar de perro que colocó en mi cuello antes de desatar mis manos y mis pies. En ese instante quise tocarla, atraerla contra mi cuerpo y desatar la pasión que me consumía como la pólvora.

—Quieto, esclavo. Esto no ha terminado —declaró con voz firme.

Era libre, pero obedecí. Esperé hasta que trajo una cadena que ató a mi cuello como si fuera un perro y me guio a su antojo.

—Ponte a cuatro patas sobre la cama.

—Ni de coña. Hazlo tú —le reproché.

Me dio un fuerte azote y reprimí las ganas de gruñir. Aquella posición me hacía sentir débil, manejado a su antojo. Algo que a alguien dominante no le

gustaba vivir, así que comencé a empatizar con cómo se sintió Danielle el día en que la humillé de forma pública.

—¿Quieres que te lleve por todo el local así, a cuatro patas? Porque si no obedeces será lo que consigas y no creo que al amo J le guste la experiencia —me retó.

—Hemos quedado que lo nuestro queda en la mazmorra, lo pone en el contrato —contrataqué.

Me dio otro azote y soltó una risita.

—Es a mí a quién no puedes pasear. Lo que has firmado me permite hacer contigo lo que quiera durante esta noche.

Joder. Tenía razón.

¿Por qué no lo había pensado antes de firmar?

Porque quería estar con ella. No había más. No tenía forma de escapar de sus embrujos y si su deseo era arrastrarme como un perro, desnudo y con una argolla en la polla por todo el Fantasía Oscura, estaría en su derecho legal.

¡Mierda!

—Pero tendrás suerte si obedeces. Así que sube a la cama y ponte a cuatro patas, perrito —se burló.

—Como digas, Dómina —claudiqué.

Me coloqué sobre la enorme cama a cuatro patas y esperé hasta que llegara el momento de descubrir qué era lo que pretendía Danielle. Durante más de un minuto estuve en esa postura, sin moverme, hasta que la curiosidad me hizo desviar la vista. Estaba frente a los artilugios de tortura. En su mano vi un látigo corto y algo que escondía entre sus manos.

Cuando se giró, lo vi. Se acercó sin dejar de sonreír de forma macabra y cuando llegó hasta mi posición se agachó para colocarse un arnés con un dildo que quedaba a la altura de su vagina y se ataba atrás para hacer que pareciera que tuviera polla.

—¿Qué coño haces?

—Te he dicho que iba a ser yo la que te follara, esclavo. Y ahora es el momento.

Sin dejar que cambiara de posición y con una gran maestría, retiró con lentitud el anillo constrictor que todavía estaba en mi polla y las pinzas de los pezones. Sentí cierto alivio en la zona. Estaba sensible y dolorida, pero al menos, ya no había ninguna barrera que impidiera que me corriera. Solo una mujer.

Una mujer malvada y que estaba consiguiendo llevarme al límite del

placer.

No quería reconocer que lo que me estaba haciendo era tan excitante como ser yo mismo el que la dominara, pero era así. La frustración era real aunque sabía que llegaría mi momento de dejarme llevar, aun así, no estaba preparado para lo que venía a continuación.

Danielle se puso al borde de la cama con la tremenda polla de mentira entre sus piernas y me agarró de las caderas para acercarme. Notaba la punta sobre mi entrada, también como ella la mojaba por completo con lubricante y al instante siguiente como se introducía con extrema lentitud.

—Relájate. El plug te ha dilatado, pero esto es bastante más grande. Pero te aseguro que disfrutarás —declaró. Como forma de hacer más verídicas sus palabras, se inclinó hacia a mí, cogió mi rostro con sus manos para que la mirara a los ojos y fue en busca de mis labios para besarlos con una dulzura que erizó todos los nervios de mi cuerpo.

Sí, quería que continuara besándome. Sentir su lengua caliente luchar contra la mía para después unirnos en cuerpo y alma como dos desesperados en busca de la liberación. Sin embargo, su siguiente paso fue comenzar a introducirse en mi interior.

Era cuidadosa, aun así dolía al no tener la zona acostumbrada a intromisiones tan grandes. Sus movimientos suaves ayudaron a que poco a poco me relajara. La humedad del lubricante conseguía que resbalara sin encontrar baches en el camino y supe que se había introducido hasta el final, cuando noté la piel de Danielle hacer contacto con mis nalgas.

—Respira, esclavo. Ya está dentro.

—Eres malvada —me quejé y me llevé un pequeño latigazo en la espalda.

Quise incorporarme un poco pero Danielle me empujó para que volviera a aquella postura de total sumisión.

—No tanto como me gustaría. Te estoy dando una clase exprés de sumisión, pero sabes a la perfección que esto no es ni una ínfima parte de lo que podría llegarte a hacer.

Asentí porque estaba en lo cierto.

Que una mujer me diera por el culo con una polla falsa no era ni por asomo lo peor que podría haberme hecho. Podría haber explorado mis límites mucho más a fondo, haber conseguido que me revelara hasta el punto de marcharme, pero la Dama de Hierro estaba siendo mucho más benévola de lo que esperaba. Se esmeraba en torturarme, pero sabía que lo hacía para que cuando llegara el momento, el orgasmo fuera tan sublime que mi cuerpo lo

recordaría durante años. Acometió contra mí con fuerza y salió para introducirse durante repetidas veces en mi interior.

Ambos gemíamos. Aquel arnés no solo tenía un dildo que se introducía en mi interior, para Danielle también era agradable, ya que tenía un accesorio vibratorio y otro dildo que ella introducía en su interior para sentir las estocadas al mismo tiempo que yo.

Sus manos agarraban mis caderas, la fuerza que ejercía echaba mi cuerpo hacía adelante. Mi polla vibraba al compás y las ganas de llegar a la liberación aumentaban por momentos. La estimulación de mi zona prostática le daba al placer un nivel desmesurado. Mis gemidos cada vez eran más sonoros e incluso ocultaban los de Danielle, quien se movía con total normalidad detrás de mí sin apenas darme un respiro.

—¡Joder! Necesito correrme —lloriqueé con un novato.

—¿Decías? —contestó Danielle con sorna. Paró de embestir entre jadeos y esperó a que respondiera lo que quería oír en aquel instante.

—Suplico que dejes que me corra, Dómina.

—Creo que no te he oído bien. Repítelo —ordenó con sorna mientras daba una fuerte embestida en mi trasero que nos hizo jadear a ambos.

—Quiero correrme, Dómina.

Volvió a introducirse en mi interior y se movió con rapidez al tiempo que agarraba mi polla y la masajeaba de arriba abajo. Sentía que mi cuerpo ardería en cualquier instante. El sudor resbalaba por mi frente y estaba a punto de ahogarme con mi acelerada y errática respiración. Lo que mi cuerpo sentía en esos instantes no tenía forma de describirlo.

Dolor por no sentir la liberación, por no recibir su orden. El placer más increíble que jamás hubiera probado. Ansiedad por conseguir mi objetivo. Y por último la humillación al ser consciente de que me había dejado someter.

—Córrete, ¡ahora! —ordenó entre gemidos al llegar al orgasmo y me dejé llevar al fin por el intenso placer que recorría mi entrepierna.

Danielle cayó sobre mi espalda y se tumbó sobre mí. Ya no estaba a cuatro patas. Mi cuerpo estaba desmadejado sobre el colchón, procesando todo lo que acababa de ocurrir. La Dama de Hierro beso mi espalda y rodó justo a mi lado para mirarme a los ojos antes de alcanzar mis labios una vez más.

Recibí su beso como el mejor de los premios después de todo lo vivido. En mi interior se removían sensaciones muy extrañas, mezcla de satisfacción, e incluso ganas de llorar. Era algo que a muchos sumisos les ocurría al

terminar la sesión. Tras tanto aguantar las ganas del orgasmo, cuando este llegaba se convertía en algo tan sublime que avivaba los sentimientos.

—Lo he conseguido, te he sometido —sonrió con la victoria grabada en su rostro.

—Ahá... —murmuré. Estaba agotado. Con los sentimientos a flor de piel y dolorido después de la sesión.

Después del orgasmo fui consciente de las rojeces que cubrían casi todo mi cuerpo, de los golpes con la fusta y con el látigo. Con la excitación el dolor quedaba relegado gracias al placer, sin embargo cuando el orgasmo llegaba y lo debilitaba todo, la sensibilidad del cuerpo te hacía sentir incluso las pestañas.

Vi como Danielle se levantaba para volver con una crema calmante que comenzó a poner por todo mi cuerpo con suavidad. Sus toques eran eróticos y a la vez calmantes. Tenía ganas de cerrar los ojos, pero cuando me obligó a girarme para echarla por delante, solo me quedé mirándola embelesado.

—No sabes las ganas que tengo de empezar a disfrutar de ti a mi manera —murmuré con un ronroneo seductor.

—Lo sé. Pero querido, esclavo. Todavía no hemos terminado. Esa polla se volverá a levantar en breve y pienso hundirla hasta el fondo de mi coño.



Capítulo 32

Danielle

Una noche más en el Fantasía.

Una noche distinta. Tan diferente que todavía no creía lo que había ocurrido en la mazmorra.

Mi vida, literalmente, había cambiado de la noche a la mañana. Tras someter a Jared durante toda la noche, llevarlo al límite de su placer sin excederme por su condición de amo, habíamos estado follando de todas las maneras posibles, habíamos jugado con todo tipo de objetos y habíamos alcanzado el summum del placer demasiadas veces como para contarlas, y en todas ellas, quien tenía el control era yo.

Por supuesto no había conseguido una sumisión completa, en muchas ocasiones había intentado resistirse a mis peticiones para ser él quien mandara, pero aun así habíamos disfrutado de nuestros cuerpos hasta el punto de la extenuación.

—Creo que recordaré esta noche durante toda mi vida —murmuró Jared una vez en el callejón del local.

El cielo comenzaba a clarear dando paso a un nuevo día. No estaba muy segura de sí continuaría soleado y la entrada del verano daría una tregua a las nubes que siempre nos acompañaban en Londres, aun así, ya podía llover, tronar o aparecer un tornado de repente, que no sería suficiente para hacer desaparecer el buen humor que me poseía.

—Créeme, yo tampoco.

—Y tampoco olvidarás las que vendrán —añadió en tono juguetón.

Se acercó para besar mis labios y disfruté de su sabor adictivo una vez más antes de tomar caminos separados.

—Estoy deseando tenerte solo para mí, a mi manera cómo y cuándo quiera —sonrió ladino.

—Ten en cuenta que tengo una vida, Jared. No siempre estaré disponible.

—Una sumisa debe estar disponible para su amo, querida.

—Exacto, una sumisa, pero yo soy Switch. Y suficiente privilegio tienes como para ponerme normas fuera de la mazmorra —lo reté con la mirada y su contestación simplemente fue la sonrisa que conseguía deshacerme por dentro, que mojaba mis bragas y que conseguía tirar mi fachada de mujer fría por la borda.

—Que admitas lo que eres, y que lo seas solo para mí, solo consigue que todavía tenga más ganas de estar contigo.

Me quedé boquiabierta ante la intensidad de sus palabras. Durante unos segundos creí que no hablaba sobre el sexo entre nosotros, sino más allá, como una... ¿relación?

Definitivamente necesitaba descansar. Había sido una noche demasiado intensa y lo mejor para hacer que dichos pensamientos se evaporaran de mi mente era separarme de él hasta nuestro próximo encuentro, en el cual, yo había dejado por escrito que iba a someterme a sus peticiones.

Algo que me asustaba, pero a la vez ansiaba.

—Mi Taxi ya está aquí —dije para cambiar de tema antes de soltar alguna frase que delatara mi reflexión.

Jared se acercó de nuevo hasta mis labios y los besó con pasión contenida. Sabía que deseaba mucho más de mí, que ninguno habíamos saciado ni una ínfima parte de la obsesión que nos consumía.

—Seguimos en contacto, esclava. —Le di un codazo suave en el estómago con un amago de sonrisa y él se carcajeó.

—Adiós, idiota —murmuré y no escuché lo que dijo él a continuación. El taxista pitaba para que acudiera a su vehículo y me marché, segura de que Jared me perseguía con sus ojos hasta que entré en el coche.

Cuando llegué a casa, fui directa a la ducha. El cansancio poseía mi cuerpo, necesitaba una buena cura de sueño antes de ser consciente del documento que guardaba en mi pequeño bolso. Me quite de nuevo el atrevido vestido y dejé que el agua caliente penetrara en mis músculos tensos por tanto sexo.

—Danielle, no sabes dónde te metes —me dije en voz alta mientras envolvía mi cuerpo en la toalla y me miraba en el espejo.

Me debatía entre llamar a Nathalie y Gabriela o dormir. Estaba cansada, pero también quería mantener al día a las dos instigadoras que habían hecho que sucumbiera a ser la sumisa de Jared.

Finalmente cuando salí del baño cogí el teléfono móvil y las llamé. Era domingo y tan solo eran las ocho de la mañana, y obviamente las desperté.

—¿Ha pasado algo? ¿Qué haces llamando a estas horas? ¡Joder! —dijo Nathalie en tono alterado y solté una carcajada.

—No ha pasado nada, tranquila. Bueno, sí. Y sé que es domingo y muy pronto, pero después de que tú y Gab me comierais la cabeza con Jared, lo menos que podía hacer era contaros qué ha ocurrido con él.

Mis palabras parecían haberla despertado de golpe. No tardó en llamar a Gabriela, poner el altavoz e insistir sin dejarme abrir la boca en que les contara todo ya.

—Hemos firmado un contrato —atajé.

—¡Madre mía! ¡Estáis juntos! ¡Me alegro mucho! —chillaron ambas a la vez, cada una con una frase distinta que no logré adivinar quién decía cuál.

—Relajaos, chicas —ordené—. No estamos juntos en lo estricto de la palabra. Esto no es una relación romántica, es una relación BDSM y tú sabes bien lo que es, Nathalie. Lo único distinto es que he aceptado ser su sumisa.

—¿Pero con todas las consecuencias? —preguntó.

—Con excepciones —anuncié—. Solos él y yo, ningún amo puede participar en las sesiones y por supuesto no puede exhibirme en público.

—¿Y ha firmado? —se sorprendió.

Asentí hasta que me di cuenta de que hablaba por teléfono y lo manifesté en voz alta.

—Además puse una cláusula que me ha beneficiado mucho durante esta noche —reí y al instante siguiente ambas se pusieron a preguntar qué era lo que había hecho.

Realmente en nuestro contrato no había parte alguna en la que se me prohibiera contar lo ocurrido. Además había confianza y aquellas dos locas sabía que no contarían nada.

—Me he pasado la noche en vela en la mazmorra sometiéndolo, follándolo a mi antojo y disfrutando de su cuerpo como una verdadera depredadora.

—¡Por el amor de Dios! ¡Eres mi heroína! —gritó Nathalie.

—¿Y se ha dejado? —añadió Gabriela.

—A ratos, pero sí. Le di muy bien por culo —me burlé.

—Eres malvada.

—No demasiado. Contigo fui muchísimo más dura. He sido suave. Él tiene alma de amo, no hay un ápice de sumisión en su interior.

—Pero tú has conseguido que lo hubiera —finalizó mi frase.

—Sí. Se resistía, pero he hecho bien mi trabajo y ambos hemos

disfrutado. Mucho, tanto que me duele todo el cuerpo.

—Estás haciendo que me entren ganas de colgarte para aprovechar la mañana con Gabriela. —Reí por su ocurrencia y la conversación se volvió un tanto incómoda.

Ya no me hacían caso. Escuché varios besos y cómo reían, por lo que deduje que no se estaban cortando un pelo y comenzaron a jugar.

—Creo que os voy a dejar.

—¿Eh? ¡Uy! Lo siento. Es que me pierden sus tetas —se disculpó Gabriela.

—Salidas.

—Al menos nosotras no nos metemos de hostias y castigamos, solo disfrutamos.

—Touchè.

Que Gabriela supiera todo era raro, sobre todo para mí que me había abierto a contar cosas de mi mundo a alguien que no pertenecía a él. Sin embargo la confianza era ciega y sabía que nunca, ninguna de las dos, traicionarían mi confianza. Eran amigas, de verdad y un gran alivio para desahogarme cuando tenía cosas tan importantes que contar como las ocurridas en la noche.

Antes de despedirnos, Nathalie me invitó para que quedáramos por la noche para ir de copas. Las dos tenían el lunes libre y querían despejarse un poco de la rutina. Acepté, ya que estaba de vacaciones y me vendría bien una noche normal como cualquier otra mujer en busca de fiesta.

Colgué la llamada con una sonrisa en mis labios y me fui por fin a dormir. No sin antes, ponerme a pensar en la noche, en las caricias, en el sexo y en la imagen del hombre que se entrometía casi todas las noches en mis sueños: Jared.



Jared

Sentía el vacío de no estar en su interior, de no tenerla entre mis brazos y

de no poder saborear a cada instante sus labios. Danielle había calado hondo dentro de mí. Después de pasar prácticamente todo el domingo en la cama, cenar y volver a la cama para estar descansado y poder afrontar el lunes de trabajo, mi pensamiento iba solamente dirigido a ella.

Mientras tomaba el café que ayudaría a despejarme, ojeé de nuevo el contrato que firmé hacía ya dos noches. Su rúbrica aparecía en la última hoja y su letra era tan bella como quién la había hecho. Sentía la necesidad de suspirar. Me estaba volviendo un completo idiota, y todo por una mujer que con sus ojos verdes me hechizaba.

No me arrepentía en absoluto de haber firmado, ni siquiera de haberme dejado someter. Había disfrutado a pesar de no haber sido del todo cómodo. El comportamiento de Danielle fue más benévolo de lo que esperaba en un principio. Que me penetrara, pellizcara y azotara dolía, pero no lo suficiente como para haber conseguido que me marchara. Había explorado mi cuerpo por completo, complacido cada recoveco de él después de darme la liberación en el primer orgasmo. Tras aquello todo había sido sexo y más sexo que nos dejó a ambos con el corazón latiendo a mil por hora. Ansiaba que llegara el momento de volver a verla, de ser yo quien tuviera el control.

Ni siquiera me creía que fuera tan afortunado de poder actuar como su amo. Ella misma se había reconocido como Switch y aunque tenía claro que a pesar del contrato habría una intensa lucha por la sumisión, debía obedecerme.

Era el puto elegido para someter a la Dama de Hierro.

Terminé el café y dejé los papeles guardados en el cajón del mueble del salón.

Al llegar al trabajo saludé a Karen y Chris con una enorme sonrisa y por supuesto, no tardaron en preguntar el por qué estaba de tan buen humor.

—Ha sido un fin de semana muy bueno y he dormido como un bebé — contesté restándole importancia.

—Este ha follado.

—¡Chris! —chilló Karen alarmada. Por suerte todavía no había gente en la cafetería.

—No voy a hablar de mis intimidades, amigo mío.

—¿Con Danielle? —continuó a pesar de mis pocas ganas de contárselo delante de mi jefa.

—Cierra el pico, capullo.

Me metí en el almacén para dejar mis cosas y salí para comenzar con mi

trabajo. Hasta el momento de la apertura el tema no volvió a salir, sin embargo notaba miradas indiscretas en mi dirección. Algo lógico, ya que de mi rostro no desaparecía la sonrisa de gilipollas que llevaba acompañándome durante todo el fin de semana.

—Tu novia acaba de entrar por la puerta. Qué raro, es demasiado pronto.

—Dudo que sea ella, está de vacaciones —contesté de inmediato.

A Chris le gustaba gastar bromas y supuse que se trataba de una de ellas. Era muy poco probable que Danielle apareciera.

—Pues si no lo es, es idéntica y va muy bien acompañada por dos bombones —añadió.

Inmediatamente dejé de secar el vaso que llevaba varios minutos en mis manos y miré hacia el final del local ante la insistente necesidad de mi compañero y amigo por hacerme creer que Danielle estaba cerca.

Por poco no se salieron mis ojos de sus cuencas. Chris tenía razón.

¡Era Danielle!

¿Qué hacía un lunes en la cafetería a las siete de la mañana?

Su pelo se mecía al compás de sus caderas. No era el paso elegante al que me tenía acostumbrado, pero aun así me pareció lo más arrebatador del mundo. A su lado había dos chicas que reconocí de inmediato. Una rubia de pelo corto, cuerpo con buenas curvas y otra morena de pelo largo con más o menos la misma constitución. Eran Nathalie y Gabriela, las cuales parecían tan inestables al caminar como Danielle. La Dama de Hierro dejó de prestarles atención a sus amigas y sus ojos verdes se clavaron en mí.

Tuve la sensación de que había dejado de respirar. Los recuerdos de la noche en la que me sometí a sus deseos acudían a tropel a mi cabeza y de forma inevitable mi polla se endureció de inmediato.

¡Joder! ¿Podría alguna vez controlar la excitación que su sola presencia provocaba en mi cuerpo?

No.

Imposible.

Con solo un vistazo ya quería tenerla en mi regazo. Azotarla y recorrer su cuerpo, follarla hasta la extenuación y disfrutar de mis privilegios del hombre que iba a domar a la Dama de Hierro.

—Jared, te dejo al mando. Voy a hacer unos recados. —Karen interrumpió mi contacto visual con Danielle y vi como saludaba a sus clientas antes de desaparecer por la puerta.

Aprovechando que no tenía a Karen para reprenderme por escaquearme

durante unos minutos de mi trabajo, salí de la barra y emprendí el camino hasta a ella, quien todavía me miraba con atención. Su sonrisa picarona activaba todas mis terminaciones nerviosas, y si no fuera porque la gente desayunaba a nuestro alrededor antes de entrar en sus trabajos, la hubiera tirado directamente sobre la mesa para follarla sin miramientos.

—¡Es él! —gritó una de las chicas. Definitivamente era una de sus amigas locas, aquellas con las que tuvo una «cita» y que me mostró en la videollamada que acabó prendiendo nuestros cuerpos hasta llevar a cabo una sesión de *cibersexo*.

—Cariño, no chilles, que van a pensar que estamos locas —dijo su novia y vi como Danielle se carcajeaba de ambas.

El sonido de su risa estremeció todo mi cuerpo, no obstante, acababa de darme cuenta de algo. Las tres iban bastante tocadas por el alcohol. Al acercarme lo oí de inmediato. Aun así, Danielle colocó una mano en su cintura e hizo un gesto de cadera que la convirtió en el vicio más atrayente del mundo.

—Buenos días, amo J —susurró para que solo yo pudiera oírla. Dio un par de pasos y me alcanzó por el cuello de la camisa y sin importar que estuviéramos rodeados de clientes, me besó.

Sentí su lengua invadir mi cavidad y no pude resistir la tentación de seguirle el juego. A nuestro alrededor comencé a escuchar aplausos, no solo de sus amigas, también de los clientes e incluso de Chris, que se carcajeaba como poseído por el demonio.

Cuando nos separamos Danielle reía sin parar. Era la primera vez que la veía de aquella forma, libre. Y no era solo por la bebida. Había algo más en su mirada que provocaba una extraña calidez en mi corazón.

«¡Mariconadas, Jared!» me dije a mí mismo.

—Esta sí es manera de tratar a un trabajador —dije sin apenas aliento.

—Eres el único con este privilegio, pero no te acostumbres. Acabamos de llegar después de una noche de fiesta en el *Royal Vauxhall Tavern* y pasarme la noche entre estas lesbianas locas y teniendo que rechazar a varias mujeres, hace que mis ganas de ti aumenten.

—Eso suena tan bien —pronuncié alargando las palabras y sonreí de forma picarona—. Tranquila. La jefa se ha ido, así que...

—Vamos al baño. Quiero que me folles —me interrumpió y sus ojos verdes me miraron con tal intensidad que creía ser capaz de correrme solo con ella.

—Si insistes...

La cogí de la mano y desaparecí junto a ella en dirección a los baños.

Todo el local nos había visto.

Pero que le jodieran a todos.

Solo esperaba que Karen no llegara y nos pillara en pleno acto o la carta de despido estaría sobre la barra antes de finalizar mi jornada.



Capítulo 33

Danielle

Recoloqué mis ropas antes de salir del pequeño cubículo del baño. Tenía la sensación de haber vuelto a la adolescencia. El hecho de haberme pasado la noche rodeada de copas, bebiendo, bailando y restregándome con un grupo de lesbianas que querían llevarme a la cama, también hacía que mi lívido escapara por cada poro de mi piel.

—Danielle, eres un peligro para mí —dijo Jared guardándose la verga entre los pantalones y salió de la zona de los inodoros para lavarse bien las manos.

—Y tú para mí —contesté con una sonrisa ladeada.

Lo vi a través del espejo del baño y también sonreía. Miré mi rostro y tenía parte del maquillaje corrido. Entre el sudor, toda la noche en vela y los efectos del alcohol, como apareciera en la cafetería alguien de mi empresa iba a perder el respeto como alta ejecutiva. Pero en el fondo, me importaba bien poco. Estaba de vacaciones, y obviamente las estaba disfrutando como nunca.

—Vámonos de aquí que como venga mi jefa me voy a la cola del paro — se burló y antes de salir me dio una palmada en el trasero y susurró en mi oído—. Esto no se va a quedar así. Tu osadía merece un castigo, así que estate preparada, puede que invada tu casa y haga que te sometas.

—Eso suena tentador. Pero primero necesito un café y dormir durante todo el día.

—Eso te lo permito.

Volvimos a la cafetería y no se me escaparon las miradas que nos rodeaban. Definitivamente habíamos montado un espectáculo entre toda aquella gente. Solo esperaba que el polvo en el baño hubiera quedado entre aquellas paredes en las que rebotaba el sonido y nadie hubiera sido consciente de mis gemidos.

A pesar de haber durado poco, Jared, una vez más, había conseguido que alcanzara el éxtasis, sin embargo, no el suficiente como para sentirme

saciada.

Necesitaba más. Mucho más.

Nathalie y Gabriela estaban sentadas en la barra y reían con el compañero de Jared. Se nos quedaron mirando de forma indiscreta y me senté como si no hubiera ocurrido nada.

—Un café, por favor —solicité.

—¿El polvo no te ha servido para quitarte la borrachera? —dijo Nathalie en tono de burla.

—Idiota —reí y no pudimos evitar que nos entrara a todos un ataque de risa.

Sin pedirlo, Jared me sirvió un trozo de tarta de chocolate, a sabiendas que era uno de mis desayunos favoritos. Lo comí sin dejar de mirarlo. Gabriela me dijo una y otra vez que parecía desesperada, pero Jared la contradijo al instante.

Aquel era nuestro juego. Así había comenzado todo y yo era una mujer de costumbres. Así que utilizar mis armas de seducción para distraerlo durante su jornada laboral, continuaría siendo mi entretenimiento principal.

Él sería mi amo en la mazmorra, pero en la calle yo sabía mandar, y aunque él lo intentara, no podía evitar que lo controlara con mi afán por hacer gestos sensuales.

—Entonces, ¿estáis juntos? Porque aquí veo un juego muy raro entre vosotros —murmuró Chris y Jared le dio una colleja como parte de su contestación.

—No te metas, amigo mío.

—Capullo.

—No. No estamos juntos, Chris. Esto es solo sexo, ¿verdad Jared? —inquirí con rostro indescifrable.

Realmente de aquello se trataba todo, pero quería averiguar si él opinaba igual, porque no tan en el fondo, para mí, no era solo eso. Y el solo hecho de pensarlo hacía que me volviera completamente loca.

No buscaba una relación. No quería un novio, solo diversión, no obstante no podía negar que estar junto a Jared era algo que me encantaba. No nos conocíamos en profundidad, pero algo en mi interior me decía que no importaba. Él era transparente desde el inicio de nuestras conversaciones. La única que todavía le escondía cosas era yo.

—Verdad —contestó al fin y me guiñó un ojo que me daba a entender muchas cosas. Me echó una mirada que traspasaba mi alma. Tierna, dedicada

solo para mí y estuve a punto de suspirar como una idiota enamorada.

¿Enamorada?

Ni de coña.

Atraída por una bomba sexual que sabía proporcionarme todo lo que quería. Punto y final.

—No puede ser —insistió Chris—. Las mujeres buscáis romanticismo, alguien en quien apoyaros y este es un mujeriego que siempre busca sexo. Dudo que tú seas igual.

—¿Pero en qué siglo vives? —pregunté entre risas—. No por ser mujer debo centrarme en encontrar el amor, si es que existe. También tengo la capacidad y el derecho absoluto sobre mi cuerpo, y si lo que este me pide es sexo desenfrenado e incluso en un baño de cafetería, pues se lo doy sin reservas. ¿Qué tiene de malo?

—¿Ves? Te lo dije, Chris. Estás chapado a la antigua —añadió Jared entre risas.

Por desgracia, aquella distendida conversación terminó en el instante en que la jefa apareció en la cafetería y los obligó a ponerse a trabajar, ya que se habían distraído ya lo suficiente.

A eso de las diez de la mañana, ya comenzaba a sentir como el sueño comenzaba a vencerme. Las chicas se marcharon unos minutos antes en taxi y yo esperé hasta que otro parara en la puerta. Antes de subir, Jared salió y me cogió desprevenida.

—Gracias por venir a verme.

—Gracias a ti por ese polvo mañanero —contesté y me lancé una vez más a por sus labios.

La calidez de estos hacía que por mi cuerpo recorriera una extraña energía que parecía tener la intención de consumirme. Sus manos agarraron mis caderas y me unieron más a él. Hasta que el taxista, impaciente, pitó varias veces para que subiera al coche.

—Descansa, pero está noche te quiero desnuda. Estate atenta al teléfono, recibirás instrucciones.

Fruncí el ceño antes de meterme en el coche, con la curiosidad circulando por mi cuerpo ante sus palabras. Su mirada prometía algo celestial.

Una parte de mí estaba ansiosa, pero otra tenía miedo por lo que pudiera ocurrir.

Era imposible negarlo. Entre Jared y yo había algo más que un contrato BDSM e increíbles sesiones de sexo. Los sentimientos estaban ahí, pero por

el momento, no pensaba centrarme en ellos. Prefería disfrutar, jugar y enloquecer entre sus brazos.

Abrí los ojos de golpe al escuchar el timbre y estuve a punto de caer de boca contra el suelo al enrollarme con las sábanas de la cama para intentar levantarme.

¿Qué hora era?

Miré por la ventana y ya no había ni rastro del astro rey, solo oscuridad.

Al volver de la cafetería había ido directa al a ducha para después, caer redonda sobre la cama y dormir la borrachera.

Fui hasta la puerta y al abrir me encontré con la sonrisa ladeada de Jared.

—Veo que me has obedecido, Dama de Hierro. Me has recibido desnuda.

Miré mi cuerpo y solté un grito antes de arrastrarlo hasta el interior de mi vivienda.

Efectivamente estaba completamente desnuda y no me apetecía que ningún vecino me viera así.

—¿Qué haces aquí? —murmuré un tanto adormecida.

—Te dije que vendría, aunque veo que aún dormías. Tu cara me lo dice.

No quería ni mirarme al espejo, debía tener unas pintas horribles. Tenía dolor de cabeza por la resaca y aunque no me dolía demasiado el cuerpo, hubiera seguido en la cama por lo menos durante toda la noche.

Y acabaría en la cama, solo que no sería para descansar.

Jared portaba algo en sus manos. Se acercó a la barra americana de la cocina y sacó algo de unas bolsas.

—Suponía que no habrías cenado, así que he traído algo para que comas. Te necesito con energías para esta noche —sonrió lascivo—. Aunque... verte así hace que sienta la necesidad de comenzar por el postre.

—Pues te advierto que si quieres mi sumisión, primero debo comer, o seré un jodido grano en tu culo.

—Eso me pone —se burló y negué con la cabeza.

Sirvió lo que había traído en las bandejas. Era comida china. Me tendió un plato con fideos en salsa de soja acompañados por rollitos de primavera.

Lo primero que debería haber hecho era vestirme, pero el sonido de mi estómago hambriento me hizo cambiar de opinión y me senté a su lado dispuesta a devorar la comida, para después, disfrutar de una larga tortura por su parte.

Comimos en absoluto silencio. Apenas paraba a respirar y cuando terminé mi plato, Jared me ofreció el suyo.

—Creo que ya he comido suficiente por hoy —reí—. Como siga, me vuelvo a la cama y no me despierto hasta mañana.

—Eso no va a ser posible, y lo sabes. Tengo un contrato en el que me debes sumisión, esclava —dijo en tono jocoso y sonreí—. Por cierto, ¿has recibido el mensaje?

Lo miré inquisitiva y se apresuró a mostrarme su teléfono móvil.

“Fiesta privada de máscaras solo para los más selectos del mundo del BDSM y sus mascotas. Estás invitado junto a tu sumiso. El sábado a las 22:00. Organizado por Club Night Blur”.

—Lo cierto es que no he mirado el móvil en todo el día.

Me levanté de la silla y fui en su busca. Efectivamente había recibido el mismo mensaje que él.

—¿Has asistido a alguna? —me preguntó y asentí.

—Hace mucho que no las organizan. Siempre lo paso bien, pero nunca he ido sin un sumiso.

—Yo fui solo una vez y lo hice solo. Pero tú eres mi sumisa, así que tendré acompañante.

—Ni de coña —le reproché de inmediato y arqueó una ceja contrito—. No puedes exhibirme ante otros amos. Lo pone en el dichoso contrato.

—¿Pero irás?

—Sí, pero no como tu sumisa. Iré como la Dama de Hierro, la dominante —sentencié sin tiento alguno.

—Vamos, que piensas ignorarme durante toda la jodida noche —se enfurruñó como un niño pequeño y soltó un bufido lleno de hastío.

Discutir estando en pelota picada no era agradable para mí porque me daba sensación de debilidad, pero al parecer Jared lo buscaba. Por alguna razón que no entendía, ya que pensaba que habíamos dejado las cosas claras, quería exhibirme, y por supuesto, no estaba dispuesta a pasar por ello. No podía acudir a la fiesta con él como su sumisa, o con una correa que indicara mi condición. No podía hacerlo.

No sentía vergüenza al haber vuelto a reencontrarme con esa parte de mí, pero no estaba preparada para afrontarlo ante tanta gente. Quería seguir siendo conocida como dominante, como la Dama de Hierro. Implacable, dura y de armas tomar.

—No te voy a ignorar, simplemente no voy a dejar que me sometas y que

me pasees como tu sumisa.

—Irás enmascarada.

—¿Crees que eso es suficiente? —Tardó unos segundos en responder pero finalmente negó con la cabeza—. Ahí tienes tu respuesta. He cedido mucho solo para que estemos en esta situación. No me lo pongas más difícil.

—¿Difícil? Ni siquiera me has confesado por qué este cambio tan repentino. No he tenido tiempo ni siquiera a preguntarte por qué quieres este tipo de relación conmigo. Créeme, no lo entiendo.

—¡Ni yo, joder! —exclamé—. No hagas que me confunda más de lo que ya estoy. Nuestro juego fue peligroso desde el principio, yo solo he querido... normalizarlo —dije no muy segura.

Jared continuaba con su ceja arqueada. En aquel instante no había ni un ápice de coquetería por su parte. Era su lado serio.

—Te recuerdo que fuiste tú quien lo comenzó, pero si no te gusta, puedo rescindir el contrato y tú por tu lado y yo por él mío.

Se levantó de la silla con la intención de recoger sus cosas y marcharse por donde había venido.

Lo vi alejarse por el pasillo y me abracé a mí misma cuando escuché el clic de la puerta preparada para abrirse.

¿Qué acababa de pasar? ¿Por qué discutíamos?

—Jared, no te vayas, por favor —supliqué.

Me puse de rodillas en el suelo y bajé la cabeza.

Escuché el sonido de la puerta al cerrarse, un suspiro y como unos pasos se acercaban a mí con lentitud. Jared se colocó a mi altura, alzó mi rostro y nuestros ojos entraron en contacto. Su mirada seria se clavó en mi pecho y el brillo de sus ojos traspasó todas mis defensas.

Lo deseaba más de lo que nunca había deseado a alguien.

—Vas a conseguir enloquecerme, Danielle —dijo entre suspiros.

—Entonces estaremos en igualdad de condiciones, porque yo ya he enloquecido.

Cogió mi rostro con fuerza y juntamos los labios una vez más. Se enredó en mi lengua y subí a horcajadas sobre sus caderas. Mi cuerpo desnudo entró en contacto con la tela de su ropa y un estremecimiento recorrió todo mi cuerpo cuando noté su abultada polla oculta en el tejano.

—No pienses que va a ser rápido. Te toca someterte a mí, Dama de Hierro.

Me cogió en volandas y nos condujo directamente hasta mi mazmorra

particular para dejarme frente a la cruz de San Andrés.

A pesar de las ganas que tenía de que se empalara en mi interior, tenía la certeza de que no sería rápido.

—Mereces tu primer castigo.

—¿Por qué?

Me dio un suave azote en la nalga y gemí.

—Primero por no llamarme amo, y segundo por volverme un idiota que solo quiere pasar el tiempo contigo.



Capítulo 34

Jared

Sentía los nervios recorrer el cuerpo de Danielle. Su mirada era temerosa. Estaba a punto de someterse a mí y tenía miedo. Quería hacerlo, sin embargo no quería que con ello sufriera, simplemente quería de disfrutara, explorar sus límites y los míos. Jugar como había hecho tantas veces con otros hombres y mujeres.

No obstante, ella era especial.

La pequeña discusión me había hecho ver algo a lo que no me quería afrontar por el momento. La sensación de verla arrodillada ante mí, pidiendo que me quedara había resquebrajado algo de mi interior.

La quería para mí, pero quería verla feliz, darle placer y disfrutar. Esa sensación de desazón que la acompañaba no era un plato de buen gusto para mí.

—Ya sabes las normas, esclava y tienes tus palabras de seguridad. ¿Estás preparada? —murmuré sin dejar de mirarla a los ojos y asintió sin abrir la boca.

Me acerqué a ella con paso vacilante y la agarré por las manos mientras mi boca se unía a la suya. Sus carnosos labios eran una delicia a la que me había vuelto adicto. Su sabor era especial y provocaba un intenso calor que recorría todo mi cuerpo.

La acerqué a la cruz de San Andrés con lentitud y alcé sus brazos para inmovilizarlos en las argollas más altas. Sus pechos se alzaban y quedaban expuestos, así que no pude resistir la tentación de pellizcarlos con mis manos y fui espectador de su primer gemido entre doloroso y placentero.

—Te aseguro que disfrutaras mucho. Pero recuerda, solo podrás correrte cuando yo te lo permita —dije con voz profunda y ella asintió—. Quiero que lo repitas.

—Solo me correré cuando me lo ordenes —repitió y recibió un azote en sus pechos como alerta—. Amo J —finalizó con un gruñido.

Sonreí sin poderlo evitar. Buscaba resistirse, pero en el fondo ansiaba tanto como yo el momento de que empezara su doma.

Me separé unos centímetros y rebusqué entre todo su arsenal de juguetes aquellos que iba a utilizar. Saqué una pluma, varios vibradores, un antifaz, dildos, fustas y pinzas para los pezones.

—No me gusta que me cieguen —habló con voz trémula al verme con el antifaz en la mano.

—No te preocupes, te aseguro que me lo agradecerás.

—No lo creo. Me siento indefensa.

—Eso es la sumisión, esclava. Y creo que tú lo sabes mejor que nadie.

En cualquier otra ocasión por aquellas palabras se hubiera llevado un azote por desobedecer y hablar sin que se lo hubiera solicitado, aun así decidí perdonárselo al percibir en sus ojos el temor.

Era lógico que se sintiera indefensa tras tanto tiempo sin someterse. Se había vuelto controladora y aun atada a la cruz, sin posibilidad de ser ella la que mandara, quería dominar la situación y la sensación de que ese evento no le era posible la llevaba al miedo por no saber qué ocurriría a continuación.

—Déjate llevar y disfruta. Recuerda que esto es seguro, sano y consensuado —cité el lema principal del BDSM y escuché su suspiro mientras acariciaba su rostro con la palma de mi mano en un intento de tranquilizarla.

Finalmente le tapé los ojos y comencé a recorrer sus curvas con la fina pluma. Comencé desde su cuello y con una lentitud que conseguía que tragara saliva más veces de las que necesitaba, descendí hasta llegar a sus pechos. El suave roce era un intenso remolino de sensaciones. Al tener los ojos tapados, Danielle era capaz de saber en cada instante dónde estaba situada la pluma, reconocía cada uno de mis movimientos y sus pequeños gemidos me indicaban que necesitaba mucho más que ese toque.

Sin dejar de recorrer toda su estructura, separé un poco sus piernas e introduje la pluma por la zona. La acaricié una y otra vez y tuve que controlarme para no meter la cabeza ahí de inmediato y jugar con su seductor piercing que tan loco me volvía. Era capaz de ver su humedad, como sus fluidos comenzaban a descender de forma deliberada por sus piernas. Estaba muy excitada, tanto como yo. Mi polla palpitaba dentro de mi pantalón y la erección comenzaba a doler.

Se me iba a hacer muy duro jugar durante horas sin encontrar la liberación.

Cogí las pinzas para pezones y ascendí de nuevo con la pluma. El sonido de las cadenas al moverse advirtieron a Danielle, quien se removió inquieta a la espera de sentir el primer ramalazo de dolor que aquel artilugio le provocaría.

—Tranquila, esclava —susurré. Mi voz era como un bálsamo para sus nervios.

Aparté la pluma y me dispuse a atender aquellos pezones que en breve iban a ser presionados por el artilugio metálico. Primero uno, luego el otro. Los lamí ambos con glotonería y mordisqueé la zona hasta dejarla todavía más erecta. El sabor de su piel me cautivaba, tan dulce. Era una delicia para el paladar y sería capaz de pasar horas y horas relamiéndola de arriba abajo como un sabueso.

—Ahora sentirás un pellizco, cariño —sonreí ladino a pesar de que ella no pudiera verme y coloqué primero una y luego la otra pinza. Un gruñido de dolor salió de su garganta y la calmé al introducir mi mano en su entrepierna y acariciar la zona con suavidad. Coloqué una cadena que unía ambas pinzas y dejé una tercera que llegaba hasta su húmeda vagina en la que en breve colocaría una tercera pinza.

Sin embargo, antes de ello, necesitaba sensibilizar todavía más su cuerpo.

Cogí la fusta y comencé a golpear con suavidad. En silencio, sin decir una sola palabra para que en ningún momento fuera consciente de cuando llegaría el golpe.

Solo sus gemidos entre placer y dolor se oían en la sala junto al chasquido de la fusta al golpear en su cuerpo. Con cada azote, su piel enrojecía. No llegaba a convertirse en herida, solo rojeces que desaparecerían en unas horas.

Comenzaba a controlar cuál era el límite de dolor de Danielle. Aguantaba con maestría los golpes y con cada minuto que pasaba yo aumentaba la intensidad de estos, y con ello, sus quejidos comenzaban a ser más sonoros.

Quejidos que no eran de dolor, sino de un placer oculto que nacía desde lo más profundo de su pecho. Su humedad me indicaba cuan excitada estaba y me enorgullecía ser yo quien lo estuviera consiguiendo.

Le quité el antifaz para poder embeberme del verdor de sus ojos y vi como brillaban de forma especial. Sus mejillas estaban enrojecidas de excitación. Rocé con suavidad las curvas de su cuerpo con las manos y noté la calidez de su piel. Estaba ardiente, y por supuesto, sentí su ansia por obtener la liberación. Sin embargo, tan solo acababa de comenzar.

—¿Quieres disfrutar de uno de los mejores orgasmos de tu vida? —le pregunté con una sonrisa ladeada.

—Por supuesto —contestó con chulería y tiré de la cadena que unía las pinzas de sus pezones.

Se quejó, pero no dijo las palabras que debía.

—Esclava, no me lo pongas difícil. Hasta el momento estabas obedeciendo.

—¿De verdad creías que te lo iba a poner tan sencillo?

Continué con mi sonrisa sin dejar de mirarla a los ojos en los que el brillo de la sorna relucía con un propósito.

Danielle me lanzaba el reto de conseguir hacerla enloquecer, y para ello, quería rebelarse.

Quería que la castigara y la llevara al límite, y por supuesto, no iba a ser yo quien se negara a cumplir un deseo que también bullía en mi interior.



Danielle

El tiempo con los ojos cerrados no transcurría de la misma forma para mí a cómo cuando era capaz de otear a mi alrededor, sin embargo, con los toques de Jared, los golpes con la fusta y sus caricias obscenas, todo miedo desapareció.

Sentía la necesidad absoluta de que me follara, que me diera placer y no solo dosis de dolor placenteras que no hacían más que aumentar mi humedad. Sentía un vacío en mi interior que solo él podía llenar con su polla y cuando me quitó el antifaz tras dejar mi cuerpo lo más sensible que lo había tenido en mucho tiempo, quise hacer algo más.

El silencio había sido maravilloso, pero necesitaba la guerra.

Sí, había aceptado someterme, pero quería retarlo, hacer que sus castigos fueran mayores, para así, disfrutar todavía más de nuestro encuentro que deseaba que se convirtiera en interminable.

Inmediatamente después de lanzarle el reto, alcanzó mis labios con furia y

su lengua luchó con maestría contra la mía mientras que con sus manos tiraba de la cadena que unía las pinzas colocadas en mis pezones. Notaba cada parte de mi cuerpo, cada sitio en el que ponía sus manos conseguía que mi vello se pusiera de punta.

—¿Quieres jugar? Pues prepárate, esclava. Vas a sufrir, y como te corras, te espera una buena sesión de azotes en el trasero —dijo en un tono oscuro, atrayente y que hizo que tragara saliva expectante ante lo que ocurriría a continuación.

Liberó mi boca para descender con su lengua por mi cuello y ponerse de rodillas un instante en el suelo.

—Ahora eres tú quién se arrodilla, amo J —me burlé y tiró de nuevo de la cadena. Separó un poco mis piernas y metió la cabeza.

Sentí su aliento rozar mi entrada y estuve tentada a juntarlas de nuevo, cosa que él no me permitió. Me hizo colocar las piernas en sus hombros, y atada a la cruz de San Andrés, me alzó en volandas, para a continuación, abrirme a su antojo y con gran habilidad atar mis pies a los extremos de la cruz, muy cerca del lugar donde mis manos continuaban atadas.

—Ahora sí que tengo unas vistas espectaculares —sonrió satisfecho y se alejó de mí, no sin antes, pasear su lengua entre mis húmedos labios y mordisquear mi hinchado clítoris.

La posición me dejaba indefensa por completo. Estaba colgada como un cerdo en la cámara congelada del matadero. Gruñí cuando se separó y no lo perdí de vista. En sus manos llevaba varios artilugios y en su rostro una sonrisa de suficiencia que indicaba que se sentía vencedor de la batalla.

Cogió la cadena que colgaba desde la de mis pezones y unió el último cabo a una pinza que inmediatamente colocó en mi clítoris.

—¡Joder! —gruñí de placer. Era doloroso al principio, como un pinchazo o una picadura, pero después se convertía en un intenso ramalazo de placer que dejaba el orgasmo a las puertas.

—Silencio —me dio en la nalga con la palma de la mano y luego tiró de la cadena.

Dolía, pero me encantaba.

—¿Eso es todo lo que puedes hacer? Llevas una hora tirando de cadenas y ahora me cuelgas. Fóllame y acabemos con esto.

Otro azote en mi trasero y una sonrisa por su parte.

—Tranquila, acabo de comenzar. Pero a partir de ahora... —dijo y cogió una cosa entre todas las que llevaba— solo hablaré yo.

Me puso una mordaza y solté un gruñido. Intenté revolverme, pero la forma en la que estaba colgada no me permitía hacer absolutamente nada.

A partir de ese instante, en el que el único sonido que podía llevar a cabo eran los gruñidos y gemidos, la tortura se hizo más intensa.

Jared comenzó a jugar con mi entrada mientras soltaba obscenidades por su boca. Introdujo sus dedos en mi interior y torturó mi clítoris con la pinza tirando una y otra vez tanto de ella como del aro que lo adornaba desde hacía ya muchos años. Cada vez que me removía, un latigazo se hacía eco en la habitación al golpear entre mis piernas, o mi trasero. El sudor resbalaba por mi piel y las ganas de gemir aumentaban por momentos.

Quería correrme. Quería gritar, desahogarme del sublime placer que el dolor que Jared me infligía provocaba en mi cuerpo. Por supuesto, también quería tener el control sobre mis acciones, ser yo quien mandara, pero había prometido bajo contrato dejarme hacer, y aunque al principio había sido sencillo, cuanto más crecía la desesperación de querer liberarme, menos ganas tenía de comportarme como una sumisa.

Metió un consolador de grande dimensiones en mi interior y lo conectó a la mínima vibración mientras lo introducía y sacaba con extrema lentitud. Lo miré a los ojos y estaba concentrado en mi humedad, en darme placer y él mismo tenía la respiración entrecortada. Sabía que quería penetrarme con su polla, desde aquella altura, en la que mi coño estaba a tan solo unos centímetros de su boca, vi su necesidad. Y por supuesto, el bulto de su estrecho pantalón tejano oprimía su polla con fuerza y no tardaría demasiado en deshacerse de la molesta prenda.

—Recuerda, no te corras, esclava —se burló en cuanto notó que mis paredes se contraían y sacó el vibrador de mi interior.

Solté un bufido frustrado que quedó atrapado en la mordaza y balbuceé palabras inteligibles.

Realmente había querido decir que me correría si me salía del coño, pero por la risa de Jared deduje que no se había enterado de absolutamente nada.

Se alejó unos pasos y salió de la sala.

«¡Maldito cabrón!»

Había estado a punto. Me hubiera corrido sin permiso si hubiera continuado, y por ello se había marchado. Sabía cuándo parar y en la postura en que estaba, abierta, atada y amordazada, no tenía posibilidad alguna de juntar las piernas para avivar la llama de mi propio placer.

El silencio me rodeaba. Alcé la vista a mis manos y pies e intenté buscar

la forma de soltarme, cosa imposible. Eran amarres muy fuertes, una cruz de la mayor calidad que me había encargado de que para un sumiso fuera imposible soltarse. Y funcionaba.

Y aquello solo hacía que mi cabreo aumentara.

Solté un grito frustrado y vi a Jared aparecer por la puerta.

Lo hizo desnudo al fin y su polla erecta apuntaba en mi dirección.

Cogió el sillón que estaba junto a la cama y lo posicionó frente a mí.

—Ahora me toca a mí disfrutar un poco mientras te mueres por ganas de que te la meta hasta el fondo.

Intenté hablar una vez más pero mi intento solo me hacía parecer imbécil. Entre gruñidos frustrados tuve que ver cómo Jared se masturbaba, gemía y mi corazón latía con la necesidad de ser yo la única que tuviera el poder para darle placer.

Había comenzado su doma de una forma suave. Me sometía, pero no del todo. Sin embargo, desde el principio tenía una cosa muy clara.

Cualquier tortura, por pequeña que fuera, si era obra de Jared, surtía el efecto de volverme completamente loca.



Capítulo 35

Danielle

Las muñecas comenzaban a doler por soportar el peso de mi cuerpo. Jared hacía una media hora que se había corrido en un tremendo orgasmo que me hizo gemir contra la mordaza. Ahora de nuevo jugueteaba con mi entrada, metía el vibrador en mi interior y me llevaba hasta el límite, para salir cuando veía que no aguantaría las ganas de correrme.

Mi cabreo era real.

Estaba tan frustrada que solo quería soltarme y golpear cualquier objeto que estuviera a mi alcance y no lo hacía más sencillo al observar la mirada satisfecha de Jared. Su erección había vuelto a la vida con ganas de más, y mientras él ya se había satisfecho una vez, yo llevaba horas sin la tan ansiada liberación.

Definitivamente, actuar como sumisa y no tener lo que quería justo cuando yo lo quería, ya no se me daba tan bien como antaño.

Se acercó con paso lento hasta la cruz de san Andrés y lo observé mientras maniobraba en silencio con los agarres. Mis piernas cayeron sobre sus hombros y las apoyó en el suelo con suavidad. Era un alivio. Me dolía todo el cuerpo por culpa de aquella estrambótica postura, pero cuando al fin soltó mis manos, sentí la verdadera liberación. Solo faltaba que retirara la mordaza para poder comenzar una nueva lucha dialéctica que era probable que acabara con frustración para mí.

—Ponte de rodillas y mantén tus manos atrás —exigió.

Lo miré con la ceja arqueada y esperó unos segundos hasta que opté por obedecer.

Colocó una correa en el collar de perro que previamente puso en mi cuello y tuve que caminar de rodillas por la moqueta de la sala hasta donde él me dirigía. Era vergonzoso, un acto de sumisión humillante que solo hacía para complacerle. Me colocó sobre el potro del centro de la sala.

Estaba tapizado en polipiel y era de los más cómodos del mercado. Me

colocó en la posición del perrito y me obligó a dejar las manos colgando hacia adelante. Mi cabeza colgaba y mi coño y trasero estaban completamente expuestos.

—Ahora te quitaré la mordaza, pero si abres la boca para algo que no sea comerme la polla, volveré a ponértela y me marcharé de aquí sin darte lo que necesitas, esclava.

Deslizó sus manos hasta el cierre y por fin escupí la bola de mi boca.

En aquel instante le hubiera dicho que le mordería la polla como volviera a ponerme la mordaza, sin embargo me guardé el pensamiento para mí y lo taladré con la mirada. Su respuesta fue una sonrisa ladeada que me retaba a hablar.

Se posicionó a tan solo unos centímetros de mí. Todavía llevaba en la mano la fusta y golpeó mis nalgas antes de acercar su verga hasta mis labios.

—Tengo sed —otro azote—. Amo J, por favor necesito beber si quieres que te la coma bien —rectifiqué y alcé la vista para poner cara de cordero degollado.

—De acuerdo.

Mi intento de ser una chica buena pareció surtir efecto porque volvió con una botella de agua y una cañita que me proporcionó el tan ansiado líquido.

Refrescó mis labios y mi deshidratado cuerpo de tanto sudor, de tener la boca tapada por la mordaza y de mi errática respiración que secaba mi lengua. Ya volvía a tenerla hidratada y su polla me esperaba delante de los ojos, tan erecta y atrayente como me había parecido desde el principio.

La hundió en mi cavidad sin previo aviso y su glande llegó a tocar mi campanilla. Me ordenó que lo ordeñara entre mis labios. Chupé sin descanso, jugueteé con su glande y lo hice enloquecer con la maestría con la que mis labios succionaban una y otra vez. Sus gemidos llegaban como música para mis oídos. Jared empujaba sus caderas contra mi boca y profundizaba hasta el máximo. Follaba mi boca con furia, pero a la vez con sutileza. En todo momento estaba pendiente de sí se pasaba con la fuerza de las embestidas y nunca daba una sin cerciorarse de que no me resultara incómodo.

—¡Joder! Tu boca es puro placer —su gruñido placentero me hizo sonreír contra su polla.

En aquel aspecto, lo tenía dominado. En mi boca notaba el sabor del líquido pre seminal que comenzaba a desprender y por el sonido de su errática respiración sabía que no faltaba mucho para que se corriera. Me deleitaba de su sabor, de sus gruñidos y de su placer. En aquel instante me

sentía la dueña de su cuerpo, la única capaz de hacer que enloqueciera, pero cuando salió de mi boca y se apartó, el sentimiento se evaporó.

—Ahora voy a follarte y vas a poder correrte cuantas veces quieras, esclava. Quiero oírte gritar mi nombre, empalarte con mi polla durante horas y memorizar tu cara de placer mientras te corres.

—Ya era hora. Por un momento había creído que no ibas a satisfacerme, amo J —sonreí burlona.

—Prepárate, porque no vas a parar de gritar en lo que resta de noche.

Sus palabras no solo habían sido una promesa, eran una realidad como una mansión de grande. Desde que se introdujo en mi interior, manteniéndome en la posición del perrito sobre el potro, mis gritos llenaron mi mazmorra particular. Me dolía la garganta de tanto gemir, las piernas de soportar los embates, pero no deseaba que la intensidad de los orgasmos que llegaban uno detrás de otro haciendo que me corriera de forma escandalosa, terminara jamás.

—¡Oh Dios! Sí, Jared, sí —grité presa del siguiente orgasmo.

A Jared ni siquiera le importaba que ya no me dirigiera a él como amo J, disfrutaba del momento. Gemía sin control y de vez en cuando su polla me abandonaba para no terminar tan deprisa. Me cambió de posición varias veces sin sacarme del potro y por fin tenía la oportunidad de utilizar las manos para pegar su cuerpo todavía más contra el mío. Sus manos viajaban por toda mi figura e insistía en acariciar mi abultado y excitado clítoris sin descanso, sin dejar que mi cuerpo se apaciguara ni un solo instante.

—No pienso dejar de hacer que te corras —susurró en mi oído y dio un mordisco en mi cuello que me estremeció.

Pocas personas eran capaces de sacar todo el potencial de mi capacidad multiorgásmica y Jared era una de ellas. Tras tantas horas colgada, excitada y frustrada, mi cuerpo respondía a cada uno de sus toques de una forma que pocas veces me había ocurrido. No terminaba uno que comenzaba otro. Cada toque significaba un orgasmo y mi cabeza ya dejaba de estar conectada a mi cuerpo.

Quería aguantar así durante todo lo que quedara de noche —que no tenía ni idea de cuánto era—, pero sentía que mi cuerpo en cualquier instante dejaría de responder y caería redonda presa del cansancio.

Jared parecía opinar exactamente lo mismo. Sus movimientos, aunque precisos en cada estocada, indicaban que el cansancio también lo consumía.

Eran demasiadas horas, muchas sensaciones. Un placer inconmensurable que dejaría K.O hasta al más experto de los amantes. Y sin duda, el título de profesional podría ser perfectamente el que definía a Jared.

—Me corro, nena. Lo necesito —gruñó y sus ojos se clavaron en los míos. Alcanzó mis labios y los saboreó mientras daba sus últimas estocadas. Sus brazos rodearon mi cuerpo y me coloqué a horcajadas sobre él, ambos sentados sobre el potro y me dejó a mí que cabalgara sobre él como toda una amazona mientras me corría otra vez, y por fin, hacer que él alcanzara su tan ansiado orgasmo.

Se lo había ganado, con creces.

El silencio se hizo en la sala. Nuestras respiraciones era lo único palpable. El sudor de nuestras pieles se entremezclaba y el olor a sexo cubría toda la estancia. Jared me dedicó una espléndida sonrisa en la que se escondía el agotamiento que llevaba sobre su cuerpo y se la devolví de la misma forma.

Mi coño todavía vibraba por la intensidad y sabía que si hubiera continuado con sus seductores toques, de nuevo me habría corrido.

—Me parece que esta ha sido nuestra mejor vez, esclava —bromeó y le di un golpe en el hombro antes de probar una vez más sus labios.

Sentía mi boca hinchada por completo además de dolor en cada partícula de mi organismo.

—No ha estado mal —dije sin más.

—¡Venga ya! ¿Cuántas veces te has corrido? ¿Veinte?

—Ni puta idea —reconocí—. Pero me duele todo.

—Pues tumbate, te mereces que cuide de tus heridas —susurró con voz dulce pero en un tono que no daba opción a réplica.

Sacó de uno de los armarios una crema que comenzó a esparcir con suavidad por todo mi cuerpo. Los golpes con la fusta y los azotes estaban enrojecidos y aquello sirvió para aliviar el escozor. Me relajé con el toque de sus manos y cerré los ojos disfrutando del masaje.

Jared no solo era un amo que tomaba lo que quería. Había demostrado cuánto le preocupaba la integridad de su sumisa, algo que valoraba más que otra cosa. Sabía dar placer, castigar y aliviar el dolor y se desvivía con cada uno de sus toques. No sabía cuál era su experiencia porque solo conocía mi forma de hacer las cosas, y no distaba de la suya. Éramos más parecidos de lo que creía y era algo que me asustaba.

No era un miedo hacia a él, sino hacia lo que pudiera estarse gestando en mi interior con su cercanía. Porque debía admitir una cosa; si había accedido

a ser su sumisa, era porque lo quería cerca.

Despertaba en mí unos sentimientos desconocidos que me aterraban, y en aquel momento, que me atendía con tanta ternura algo en mi pecho se encogió. No parecía malo, pero si terrorífico para alguien que nunca había comprendido un sentimiento como era el amor.

¿Me estaba enamorando? ¿O era solo un capricho?

Fuera lo que fuese, la confusión no desaparecía desde el día en que había dado el paso de comenzar el juego con él. Sin embargo, si la cosa se alargaba durante más tiempo, estaba segura de que acabaría perdida, porque aunque intentara negármelo, Jared me importaba.

—¿Qué te pasa? Te has puesto seria de repente —dijo en un susurro cuando terminó de ponerme la crema calmante.

Se tumbó a mi lado y giré el rostro para mirarlo. Ambos seguíamos desnudos y nuestras respiraciones habían vuelto a la normalidad.

—Nada, simplemente estoy agotada —mentí.

—Y yo y mañana trabajo, pero tú, con tu hechizo, has conseguido que pase parte de la noche en vela para complacerte.

—Y torturarme —repliqué.

—Sí. Aun así, no te has sometido del todo. —Arqueé una ceja a modo de respuesta.

No estaba de acuerdo, me había sometido.

—Te has quejado demasiado.

—No creerías que en nuestra primera vez como amo y sumisa fuera buena, ¿verdad?

—Para nada. Además, no lo habría disfrutado igual —admitió—. Me gusta que me repliques y saques las garras.

—Pues me lo apunto para la próxima. Voy a ser un puto grano en tu culo.

—Mal hablada —me dio un azote juguetón en un pecho y reí—. Deberíamos ir juntos a la fiesta.

—Ya te he dicho que no. No quiero discutir otra vez por lo mismo —le corté de inmediato.

—Podemos ir como amigos, no en nuestros roles. ¿Tan extraño sería? Solo seríamos dos amos sin sumisos que van a disfrutar del ambiente de una buena fiesta.

—No sé, Jared. Ya somos la comidilla del Fantasía Oscura. Allí habrá gente del resto de clubes, quizá gente muy influyente.

—¿Y eso te importa? —Negué.

No me importaba. Lo único que me importaba era que la noticia de mi cambio de rol trascendiera.

—Yo no voy a contarlo a nadie. ¿Lo sabes, verdad? —Asentí—. Entonces no temas. Mientras yo esté contigo, ya sea profundizando en nuestra amistad, o follándote como un loco, estarás a salvo.

No pude evitar soltar una carcajada por su última ocurrencia y a él se le contagió. Era tan agradable estar a su lado que pasar de la excitación a la diversión distendida ocurría de una forma tan natural que me impresionaba.

Nos quedamos allí tumbados durante más tiempo del que habituaba cuando dejaba entrar a alguien en la mazmorra. Sin embargo, en el momento en que Jared me rodeó con sus brazos para abrazarme y hacer que apoyara mi cabeza contra su pecho, quise quedarme en aquella postura para siempre.

Escuchaba el latir de su corazón, sentía el calor de su piel contra la mía.

—Sé que deberíamos darnos una ducha y luego yo marcharme a mi casa, pero estoy demasiado a gusto.

—En ningún momento he dicho que te marches, te lo estás diciendo tú solo —aduje sin moverme ni un ápice.

—Sería la segunda vez que duermo aquí. ¿No es raro? —Alcé la mirada para mirarlo a los ojos en cuanto le contestara.

—Lo es. La cuestión aquí es, ¿qué no es extraño en lo nuestro?

—Touchè —contestó. Creí que nuestra conversación iba a terminar ahí, pero Jared me sorprendió con algo que nos sumió en un silencio pensativo—. Me gustas, Danielle. Me gusta pasar el tiempo contigo, y espero, que no todo se quede en los límites que hay en nuestro contrato. No eres un número más al que someter, y aunque no me creas, ese pensamiento me asusta.

No fui capaz de contestar.

La intensidad de su mirada al pronunciar aquello había traspasado hasta mi alma. Pocos conseguían dejarme sin palabras y él lo había hecho. Jared había conseguido que mi mente no fuera capaz de pensar de forma racional para darle una respuesta que evitara una conexión entre ambos más allá de nuestro contrato de amo y sumisa.

Cuando por fin encontré la valentía que buscaba para contestar a sus palabras, el ronroneo que salía de su pecho me indicó algo; se había quedado completamente dormido.

—Descansa, Jared. Tú también me gustas, pero tengo miedo de decirlo en voz alta y que esto se haga real, porque te aseguro que no sé cómo sobrellevarlo y aún queda mucho de mí que debo contarte.



Capítulo 36

Jared

*T*ú también me gustas, pero tengo miedo de decirlo en voz alta y que esto se haga real, porque te aseguro que no sé cómo sobrellevarlo y aún queda mucho de mí que debo contarte.

Esas palabras resonaron en mi cabeza sin saber de dónde provenían desde el mismo instante en que abrí los ojos tras escuchar el sonido de mi despertador a lo lejos. Un movimiento extraño me advirtió de que Danielle estaba a mi lado.

Abrió los ojos como pudo y su imagen me pareció la más bella que podía ver un hombre nada más despertar para ir al trabajo. Sus ojos entrecerrados y el cabello alborotados junto a su cuerpo desnudo construían una imagen maravillosa que despertaba todo mi cuerpo. Incluida mi polla, que después de una noche en la que no había tenido descanso alguno, quería una acción que no podía darle por motivos laborales.

—¿Qué hora es? —murmuró en tono adormecido y bostezó.

—Pronto. ¿Me permites usar tu ducha? —Dio un breve asentimiento y se enroscó contra mi cuerpo—. Tengo que ir a trabajar, pero te prometo que volveré.

—Estoy deseándolo. Luego nos vemos.

Le di un beso en los labios y me separé de sus brazos a regañadientes. Sentí frío nada más despegarme del calor de su cuerpo y me metí en el baño para darme una ducha rápida antes de vestirme y salir por la puerta con cara de agotado y una sonrisa que sabía que me duraría durante todo el día.

La noche había sido especial, excitante y a la vez reveladora. Danielle era una mujer increíble. El día en que firmé el contrato no era capaz de creerlo, por ella podría hacer concesiones y a pesar de haberse resistido en algunos momentos, había sucumbido a la dominación. No obstante, y aunque había disfrutado más que ninguna otra vez, eché en falta su forma de revelarse. A la pantera que sabía que era.

Su lado sumiso estaba adormecido y el dominante quería continuar en primer plano. Había resistido la tentación de sacarlo y yo había sido consciente de ello durante todo el rato.

Quedarme en su casa una noche más no sabía si era lo correcto. Tenía claro que habíamos traspasado una línea invisible que mantenía las cosas en su lugar. En aquellos momentos, todo era un descontrol.

Jamás había sentido la necesidad de pasar tanto tiempo con una mujer, pero Danielle lo conseguía prácticamente sin hacer nada. Una especie de imán me mantenía unido a ella. Quería conocerla más allá, saber todo de ella y compartir noches enteras entre sus brazos. Pocas veces compartía cama, y mucho menos me quedaba en casa de quién se suponía que era mi sumisa.

Sin embargo, incluso yo mismo, a pesar de tener un contrato firmado, dudaba que ella lo fuera. Era algo más y pensar en los sentimientos que comenzaban a formarse en mi cabeza, no ayudaba a esclarecer la situación a la que se veía sometido mi corazón e incluso mi alma.

Una parte de mí, ya le pertenecía, y con ello solo conseguía crearme todavía más dudas.

Tras darme la ducha me vestí con rapidez y volví a la mazmorra en la que mi Diosa descansaba de forma placentera. Volví a acercarme y dejé otro beso en sus atrayentes labios. Todavía continuaban hinchados de haberles dado tanto uso la noche anterior y eso los convertía en más tentadores aún.

—Luego nos vemos —prometí.

—Ahá... —balbuceó y acaricié su rostro con una sonrisa.

Salí de la sala y recogí todas mis cosas. Me esperaba otro día duro de trabajo en el que apenas había descansado.

Pero si no dormir significaba pasar noches junto a ella, que le diera al descanso. Prefería mil veces pasar mi tiempo libre con Danielle, que dormir para rendir en el trabajo.

—Jared, estás completamente gilipollas —dije en voz alta y cerré la puerta.



La mañana se me hizo eterna. Apenas tuve tiempo de escaparme unos minutos al almacén para fumar un cigarrillo que me ayudara a expulsar la

tensión acumulada ante tanto pedido. Tan solo estábamos a martes y parecía que fuera un viernes por la noche durante la hora en que la gente salía de fiesta. Casi era la hora de comer, y por supuesto, el momento de marcharme.

Quería ir a casa de Danielle, pero primero debía pasar por la mía, coger ropa limpia y recoger el desastre que había en mi domicilio, el cual había descuidado bastante durante los últimos días. Las distracciones aparecían por momentos y tenían nombre de mujer.

En un momento de mi improvisado descanso, Chris apareció en mi lugar de escaqueo y se plantó delante de mí con un gesto socarrón. Estaba seguro de que su intención era interrogarme, y aunque no me gustaba hablar de mi vida personal, ni siquiera con mi amigo, en el fondo deseaba contarle los pensamientos que se arremolinaban en mi cabeza a modo de desahogo.

—Venga va, suéltalo —le dije al ver que no se lanzaba a abrir la boca.

Le di la última calada a mi cigarro y lo apagué contra la pared para tirarlo en el cenicero.

—¿Qué tal ayer?

—Estupendo.

—Sabes, creo que esa chica, Danielle, te gusta de verdad —afirmó con rotundidad. Arqueé una ceja y lo miré con fijeza—. Te cambió la cara nada más apareció. Os fuisteis como dos adolescentes al baño y por la noche te vi en el chino comprando comida. ¿Crees que no deduje que ibas a su casa?

—¿Ahora eres adivino? —dije con diversión.

Al final, Chris, no era tan inocente y tontorrón como parecía. Había acertado en todos y cada uno de los puntos.

—Solo observador.

—Y un desastre con las mujeres.

—Una cosa no quita a la otra —replicó—. Es probable que yo sea un antiguo que tiene su forma de ver las cosas, pero sí que observo a mí alrededor, y amigo mío, estás completamente colado de Danielle.

Me quedé pensativo durante varios segundos sin dejar de taladrarlo con la mirada.

Si me molestaba su comentario solo podía significar dos cosas; la primera era que tenía razón, y la segunda que me estaba tomando el pelo para sonsacarme información.

Supe que la primera era la acertada.

—¡Joder! ¡Mierda! —exclamé y Chris soltó una estridente carcajada—. Ni se te ocurra reírte, capullo. ¿Cómo ha podido pasar?

—El amor llega en el momento más inesperado.

—¿Ahora también eres poeta y filósofo? —bufé.

—Mira que eres capullo, Jared. Aprovecha lo que tienes y no lo estropees por tus ganas de seguir libre.

—Me gusta la libertad —lo corté sin sonar demasiado seguro.

Era cierto que disfrutaba haciendo lo que me diera la gana. Por ello nunca había sentido la necesidad de atarme a nadie, de probar a tener una relación seria con una mujer.

¿Qué estaba cambiando en mí?

—El amor, tío, eso es lo que está cambiando en ti. —Me di cuenta que había hecho la pregunta en voz alta cuando mi compañero contestó y si hubiera sido tímido, estaba seguro de que me habría sonrojado.

Pero simplemente me reí.

—No sé si será amor, pero tienes razón en algo. Quiero estar con ella. Solo pienso en salir de aquí para volver a su casa y estrecharla entre mis brazos.

—¿Ahora quién es el filósofo? —se burló.

—Venga chicos, se acabó el descanso. A trabajar.

—Sí, señora —dijimos ambos a la vez a Karen, quien probablemente había escuchado más de la conversación de lo que me gustaría.

En el fondo, mi jefa era una cotilla. Solo esperaba que ella no fuera la siguiente en interrogarme. Tenía demasiado en qué pensar. Muchas cosas que aclarar, y sobre todo, disfrutar de la compañía de la mujer, que con muy poco esfuerzo había conseguido instalarse en mi mente y mi corazón.

Llegué a la puerta de mi edificio y solté un suspiro cansado. Mi jornada se había alargado durante una hora más y solo pensaba en llegar, cambiarme y descansar. Sin embargo, ese no era mi plan. Le había prometido a Danielle que nos veríamos. En los breves momentos en que tenía un respiro habíamos intercambiado mensajes de Whatsapp y ella también parecía ansiosa por reencontrarnos.

¿Era probable que ella sintiera algo por mí?

No deseaba hacerme ilusiones, pero ahí estaban y tenían la intención de parecer muy bonitas.

Al llegar al descansillo me quedé boquiabierto. Danielle estaba frente a mi puerta, sentada en las escaleras que subían al primer piso y alzó la vista en cuanto fue consciente de que alguien se le acercaba,

—¿Qué haces aquí? —murmuré con una amplia sonrisa.

—Creía que me habías dejado plantada y había pensado en abordarte en tu casa por traidor —bromeó.

—Iba a cambiarme para estar decente para ti.

Se levantó de la escalera para ponerse a mi altura. Le sacaba casi una cabeza, aun así, al ponerse de puntillas, fue capaz de dejar un apasionado beso en mis labios que me supo a realmente poco. La abracé con fuerza para pegarla contra mí y me perdí en la tersura de la piel desnuda de sus brazos.

—Siempre estás decente.

Abrí la puerta de mi piso y entramos juntos. Había comido algo por el camino así que no tendría que aguantar que comiera mientras ella miraba. Dejé mis cosas sobre una silla del salón y me quité la camiseta para ponerla a lavar. Danielle aplaudió mi gesto y sonreí con sensualidad en su dirección en una clara invitación de que si quería, podía acercarse a lamer mi torso como solo ella sabía.

La atracción sexual siempre estaba presente entre nosotros. Sin embargo, tras las revelaciones que mi mente había sufrido, tampoco quería centrar nuestros encuentros en el sexo. Mi polla lloraba aquella decisión, porque desde el instante en que sus labios habían entrado en contacto con los míos, se alzó para ponerme las cosas muy difíciles.

Corría el rumor de que los hombres pensábamos con la polla, cosa cierta en muchas ocasiones y más cuando en aquel caso, mi amante, también era una fiera con ganas de cama a todas horas, pero iba a controlarme. Prefería mantener una conversación y si la cosa se incendiaba ya le pondríamos la solución que requiriera.

Cosa que ocurrió más pronto de lo esperado.

En cuanto me adecenté en el baño y volví al salón para ofrecerle algo a mi invitada de honor, ella me esperaba desnuda sobre mi sofá y mi mente ya no pudo pensar en otra cosa que no fuera saborearla.

Aquel día no fui el dominante que quería. Simplemente nos dejamos llevar.

Durante una milésima de segundo, pensé que aquel encuentro no había sido solo sexo, sino que habíamos hecho el amor.

¡Ridículo!

Yo era de los que follaba. Pero no cabía duda de que los sentimientos estaban. Y al comprobar que tras terminar, Danielle continuaba a mi lado, sonriente mientras la estrechaba entre mis brazos, para una noche más,

dormir abrazados, me di cuenta de algo.

Estaba perdido.

No tenía forma de negármelo a mí mismo. Danielle, la Dama de Hierro, mi sumisa desde hacía tan solo tres días, era la mujer que quería en mi vida. La mujer de la cual, estaba comenzando a enamorarme.

La miré mientras dormía acurrucada contra mi cuerpo y suspiré.

—¿Qué me has hecho? —susurré.

Nunca había creído en el amor que surgía de forma precipitada, ni siquiera en el que se cocía a fuego lento. Pero al parecer, con ella, no había habido tiempo ni siquiera a reaccionar.

Era posible que desde el principio se hubiera incrustado en mi interior, y yo, como un imbécil en busca de diversión, no me hubiera dado cuenta.

La cuestión era, ¿ella sentiría lo mismo?

Por el momento, pensaba disfrutar de lo que tenía y que viniera lo que tuviese que venir.

Fuera lo que fuese, debería aceptarlo, porque ni en aquel momento, ni aunque lo nuestro fuera a más, Danielle sería mía.



Capítulo 37

Danielle

La entrada a la mansión donde se celebraba la fiesta del Club Night Blur era imponente. Las luces del porche estaban encendidas de forma tenue, dando la bienvenida a todos aquellos que esperábamos nuestro turno para entrar, cubiertos por una máscara que servía para evitar que a muchos se les reconociera.

Estaba nerviosa, Jared estaba molesto porque no había querido ir con él y no tenía ni idea de si ya habría entrado en el interior. No faltaría a la cita, estaba segura de ello, sin embargo no tenía tan claro que se acercara a mí y me dirigiera la palabra.

Tras una semana siendo su sumisa no me sentía más dominada por su parte. No invadía mi vida, simplemente estaba en ella para hacerme disfrutar y a pesar de que en cada sesión los orgasmos se repetían sin descanso, había algo en ambos que no nos dejaba dejarnos llevar por completo.

Durante toda la semana habíamos dormido juntos, a excepción de la noche antes de la fiesta tras comunicarle que no iría con él, que iría a solas. Aquello le molestó tanto como el primer día en que se lo comuniqué.

Habíamos avanzado mucho en nuestra relación. Cada día hablábamos, nos sonreíamos y pasábamos las noches abrazados como si fuéramos una pareja. No podía decir que aquello me incomodara, porque no lo hacía. Al contrario, me tocaba el corazón. Jared había penetrado hasta el fondo de mi alma y tenía claro que aquello no era un simple capricho por mi parte.

Durante un tiempo fue mi juego particular, y de repente y sin quererlo, se había convertido en una obsesión que me hacía sentir por primera vez en mi vida que necesitaba a alguien en mi vida: a él.

Cada noche que nos veíamos acabábamos en la cama y sabía que no era por nuestro acuerdo. Simplemente éramos imanes incapaces de mantenernos a distancia. Jared no era todo lo dominante que debía ni yo lo bastante sumisa. Nuestras almas chocaban en la cama y convertía la situación en más

ardiente. Pero a pesar de la complicidad, no podía evitar pensar que lo nuestro estaba destinado al fracaso.

Nathalie decía que me Jared me gustaba más de lo que quería admitir ante ella, y no se equivocaba. En solo unas semanas había abierto un hueco en mi corazón que pensé que jamás podría llenarse. Desde que estaba de vacaciones nos veíamos a diario y él, aunque trabajara, no perdonaba una noche sin pasar por mi casa, follarme como solo él sabía y besarme para después quedarse a dormir junto a mí.

Esa escena se repetía a diario y por alguna razón que no entendía, quería que se repitiera durante mucho más tiempo.

La incertidumbre me carcomía por dentro puesto que no tenía ni idea de qué era lo que él sentía por mí. Era probable que fuera su forma de tratar a todas sus sumisas, con atención, aunque me lo había negado. Desde el minuto uno me había dicho que jamás había dormido con aquellos a los que sometía.

—Señorita, su pase por favor.

Salí de mi mundo mental para prestar atención al hombre de seguridad que vigilaba el portón de entrada a la mansión. Enseñé el mensaje con una sonrisa ladina y le dije la contraseña que nos habían comunicado horas antes del evento.

Al entrar la luz escaseaba. El anfitrión estaba en lo alto de unas preciosas escaleras con remaches en oro que relucían por el reflejo de la luz. Sonreía con una copa entre sus manos y saludaba con la cabeza a cada dominante y sumiso que entraba por su puerta orgulloso por la ostentuosidad del lugar.

La música era suave, nada estridente para poder facilitar la comunicación entre todos. A pesar de las máscaras reconocí a varios amos del Fantasía. Roger también había sido invitado y fustigaba a su sumisa delante de todos, obligándola a que le hiciera una felación pública con el regocijo de ser quien tenía el mando grabado en su cara.

—Algunos no pierden el tiempo —murmuré en voz alta para mí misma.

Caminé entre la gente y saludé con mi porte frío a quien se dirigía a mí. Algunos cuchicheaban al pasar por mi lado y otros me halagaban con su admiración por ser una gran dominante.

Menuda decepción se llevarían si descubrían que era Switch y que mi amo también acudiría.

Entré en un gran salón que mantenía la misma temática que toda la mansión: poca luz, música suave y un olor dulzón como a canela y chocolate como aliciente para la excitación. Algo innecesario ya que el sexo y los

gemidos era lo que comenzaba a primar en el ambiente. Todos continuaban cubiertos, la mayoría de sumisos incluso con máscaras de látex que ocultaban la totalidad de su rostro. Comparada con algunos, yo iba discreta.

Había elegido un vestido de noche elegante. A esas fiestas, sobre todo los dominantes, vestían de etiqueta. Mi vestido llegaba hasta los pies y se ceñía por completo a mi cuerpo y que tenía una apertura en forma de U en la espalda. También se abría a ambos lados de la falda y dejaba a la vista mis piernas y los zapatos de tacón de aguja con brillantes incrustados en el cierre. El pelo, como siempre, lo había dejado suelto. Esta vez con ondas que caían en cascada hasta casi mis caderas y el maquillaje acorde con la ocasión; agresivo y oscuro con labios rojo pasión.

Al fondo había una barra en la que servían copas. Pedí un gin-tonic y me senté a observar todo lo que me rodeaba. La gente se divertía, disfrutaba de su sexualidad liberados de las ataduras a las que la sociedad nos sometía por tener gustos distintos. Aquí no importaba que hiciera el de al lado con tal de que fuera consensuado y no llevara a más que al disfrute de la pareja. Era divertido, excitante, poder observar toda la libidinosidad de la gente provocaba un ramalazo intenso por todo mi cuerpo que prendía la mecha de mi llama interior.

De forma inconsciente busqué entre la multitud enmascarada un hombre de pelo corto, fornido y que follaba como dios. Pero no fui capaz de distinguir a Jared entre la muchedumbre y bebí mi gin-tonic rápido para pedir otro.

No pretendía acabar borracha. Sin embargo, estaba molesta.

Quería que estuviera a mi lado. Que me sedujera con sus encantos. Entrar en nuestra particular lucha encarnizada por el poder y follar durante toda la noche. Sin público, por supuesto, pero había sido yo la que había rechazado tal oferta por orgullo.

La culpa de que en ese instante no estuviéramos juntos, era solo mía.

—Eres la dama de hierro, ¿verdad? —Me preguntó el camarero tras pedir la segunda copa. No tenía ganas de entablar conversación con nadie, pero tampoco quería parecer una déspota ante alguien que me miraba con aquella sonrisa de admiración.

—Sí, pequeño. Soy ella. —Le sonreí sin mostrar que bajo la máscara, en mis ojos se adivinaba la falsedad de mi mueca.

—¿Cómo es que no estás acompañada?

—No siempre se encuentra a un sumiso al que poner en vereda, cariño. A

veces, con solo mirar, se puede disfrutar.

—Pues es una pena. Yo me sometería a ti encantado —sonrió con picardía en un vano intento por intentar que le prestase atención.

No obstante, en mi cabeza solo cabía una persona a la que no encontraba.

Pegué un trago a mi copa y bajé del taburete. Luego me apoyé sobre la barra e indiqué al camarero que se acercara.

—No me durarías ni una noche, precioso. Si supieras de lo que soy capaz, huirías.

Mordí el lóbulo de su oreja y desaparecí entre la gente junto a mi copa con una sonrisa.

El tiempo pasaba y seguía sin encontrar a Jared por ninguna parte. No tenía pista alguna sobre su paradero e incluso observé a todos aquellos que disfrutaban del buen sexo en público para averiguar si había decidido ir con alguien. Por suerte no fue así, sin embargo, si lo hubiera hecho no tenía derecho a reprochárselo. Podía hacer lo que quisiera, de la misma forma en que yo lo hacía. Si quería, en aquel momento podría haberme unido a una orgia que comenzaba a emerger en el hall de la mansión, pero por alguna razón sólo deseaba llegar al orgasmo a manos de él. Y eso, no sabía si me convertía de nuevo en una sumisa o en una completa gilipollas que sentía algo por Jared, algo obvio. Porque había tenido mucho sexo con gente variopinta y jamás nadie se había clavado en mí como él.

Tenía proposiciones a cada momento. Varios amos habían querido prestarme a sus sumisos para que les diera una lección y los había rechazado con elegancia.

No tenía tiempo para nadie.

Cuando iba a ir a por mi tercera copa, una voz me frenó y los pelos se me pusieron de punta.

—Tú olor continúa siendo algo inconfundible —dijo la voz—. Tan deliciosa y atractiva como siempre, Danielle.

—Dek... —murmuré con voz temblorosa.

Me giré a cámara lenta y me encontré de cara con la persona que había provocado todas mis inseguridades y miedos en el pasado.

Su porte altivo indicaba que le satisfacía mi reacción. Mi cuerpo de forma inconsciente reaccionó intentando evitar su mirada, pero su mano me obligó a volverla y fui consciente de que no había cambiado en absoluto.

Era un hombre atractivo, rubio y de ojos castaños cubiertos por una

máscara parecida a la mía. Su traje un tanto informal reflejaba los músculos que había bajo la ropa.

Un cuerpo, que por desgracia, conocía a la perfección.

—No esperaba verte aquí. Creo que ahora te haces llamar la Dama de hierro. Un ama de lo más respetada en nuestro mundo —sonrió y le devolvió una mueca de hastío.

—Yo tampoco esperaba verte aquí. Recuerdo que la última vez tenías la entrada vetada a todos los clubs. No puedo creer que te hayan invitado a esta fiesta —contesté con asco.

Por fin había recobrado la compostura y no pensaba dejar que viera lo que su presencia provocaba en mí.

—Llevo más tiempo en el mundo del BDSM que tú. No es tan extraño que esté aquí. Recuerda que tú entraste por mí. Incluso tu condición y el respeto que te tienen es por mí.

Mientras hablaba se acercaba más a mí. Su rostro estaba demasiado cerca del mío como para sentirme cómoda así que retrocedí unos pasos antes de contestar.

—El respeto me lo he ganado por mí misma. Tú no practicas BDSM. Tú eres un puto sádico que disfruta haciendo daño a los demás.

—Por supuesto que disfruto, eso es lo bueno de este mundo. Hace un tiempo, que te hiciera daño era lo que te excitaba —me recordó con sorna y me estremecí.

—Con tus palabras me demuestras que no tienes ni puta idea. Yo fui tu juguete durante mucho, hasta que me di cuenta de que no buscabas mi placer, solo mi sufrimiento y esto no funciona así —murmuré entre dientes. No quería que la gente que nos rodeaba se enterara de nuestra conversación. Ni siquiera quería estar teniéndola porque removía la mierda que intentaba olvidar, pero cuando intentaba escapar de las garras de Dek, me agarró del brazo y choqué contra su pecho.

—Me dejaste desolado, Danielle. Nunca he tenido a una sumisa como tú —susurró en mi oído y me lo quitó de encima de un empujón cuando intentó besar mi cuello.

—Ni la tendrás. Porque por ti dejé de ser sumisa. Por ti, saqué mi lado dominante para que nunca, nadie, me hiciera lo que tú me hiciste. Y por supuesto, para no hacerle nunca lo mismo a nadie —escupí con saña. No obstante, mis palabras sólo sirvieron para que soltara una estridente carcajada que llamó la atención de la gente que nos rodeaba.

—Puedo joder tu reputación con solo decir que una vez fuiste mía.

—Hazlo. Todos tenemos un pasado. Pero más llamará la atención que se sepa que en este evento tan exclusivo hay un amo que es un jodido maltratador que se salta todas las normas, que no deja que sus sumisos utilicen la palabra de seguridad y que los límites se los pasa por el forro de los cojones.

La furia que siempre demostraba en su mirada apareció una vez más. Durante un momento, temí por mi integridad física. Alzó la mano de forma amenazante y escondí el rostro para evitar un golpe fuerte en mi cara.

Sin embargo, no llegó.

—Aléjate de ella si no quieres que te parta la cara.

Alcé la vista al escuchar la voz de Jared. Lo miré con sorpresa y a la vez temor.

¿Cuánto tiempo hacía que estaba a mi alrededor? ¿Habría escuchado la conversación con Dek?

—¿Tú quién coño eres? —objetó Dek sin amilanarse.

Ambos tenían la misma estatura pero Dek era un poco más corpulento. Aun así, no dudaba de las habilidades de Jared. Era probable, dado la furia que reflejaba su mirada, que Dek acabaría muy mal si se lanzaba a por él.

—El que te va a cortar la polla como vuelvas a intentar agredirla.

—Oh, vaya. El héroe de la famosa Dama de hierro. ¡Qué conmovedor!

—Vete al infierno, Dek. Lárgate de mí vista, o sino, seré yo la que te parta la cara.

Su histriónica carcajada me cabreó. Sin saber de dónde salió el impulso, cerré la mano en un puño y lo estampé en su cara. Se tocó la nariz que comenzaba a sangrar y desapareció de mi vista, no sin antes de que pudiera decirle unas últimas palabras.

—No vuelvas a aparecer en mi vida, o te aseguro que tus días se convertirán en un infierno. No soy la de antes, y ni tú, ni nadie, puede conmigo —amenacé y nos echó un último vistazo a Jared y a mí antes de desaparecer entre la multitud que lo observaba todo con la boca abierta.

Éramos el jodido centro de atención de toda la reunión. Incluso parecía que la música hubiera dejado de sonar. Jared se quedó a una distancia prudencial. Era lo mejor puesto que los nervios de lo que acababa de ocurrir comenzaban a explotar en mi interior y las lágrimas amenazaban con desbordar de mis ojos.

Me di la vuelta para meterme entre la gente apartándola a empujones y

subí las escaleras de la mansión. Había un cartel que indicaba terraza, lugar al que pocos habían acudido ya que la lluvia amenazaba de forma constante desde que había amanecido.

Ni siquiera me importo que cayera el diluvio universal. Abrí la puerta y dejé que el agua me mojara y se mezclara con las lágrimas que ya no era capaz de retener. Por suerte no había nadie que estuviera presente en mi momento de debilidad. Me golpeé a mí misma mentalmente porque por culpa de quien me lastimó en el pasado, volvían los demonios.

—Danielle...

La voz de Jared hizo que me secara las lágrimas de inmediato. Mi máscara estaba en el suelo, y lo más probable era que pareciera un oso panda.

Tanto rato maquillándome para destruirlo con las lágrimas y la lluvia.

No pregunto cómo me encontraba, simplemente me arrojé entre sus brazos y me consoló con caricias que me hicieron hipar como una niña pequeña en su pecho. Su toque reconfortaba, pero había aguantado tanto frente a Dek, que no era capaz de controlar los sentimientos que se agolpaban en mi pecho.

Sin saber cómo, acabamos sentados en un sillón mojado por la lluvia. Abrazados y sin intercambiar palabra alguna. Cuando al fin pude tranquilizarme, supe que Jared querría una explicación.

Era la primera vez que veía esa parte de mí. La más débil de todas. Una Danielle insegura que había querido borrar de mi vida mucho tiempo atrás, y que años después, volvía para querer hacerme revivir el infierno que una vez pasé.



Capítulo 38

Jared

Mientras me metía en la ducha para prepararme para la fiesta privada en la mansión que haría de anfitriona del evento del Night Blur, estuve a punto de no ir. Había pasado la noche en vela, preguntándome una y otra vez por qué me jodía tanto que Danielle no hubiera querido ir conmigo y tras horas pensándolo, la respuesta cada vez era más clara.

Sentía algo por ella y comenzaba a parecerse a lo que la gente definía como amor. Ella quería mantener su estatus de dominante y por ello me abandonaba para ir a solas. Creía que mi intención era lucirla como un trofeo y en absoluto lo era. Lo único que deseaba era pasar un rato agradable con ella, disfrutando de nuestro mundo oculto con la compañía del otro.

¡Qué les dieran a los demás! No me importaban las habladurías. No sería la primera vez que ocurría en el mundo que dos personas con el mismo rol se sintieran atraídas. Quería entender sus reticencias a mostrarse en público conmigo, pero si no ahondaba en su cabeza para conocer los designios que la destinaban a querer ocultarme ante los demás, no podía hacerlo.

Llegué a la mansión más tarde de lo previsto. Comenzó a diluviar y el taxi que me llevó al lugar pilló un tráfico demoníaco que me retrasó durante más de una hora. Cuando por fin entré, la fiesta ya estaba de lo más calenturienta y apenas se paró nadie a saludar a los que llegábamos rezagados.

Fui directo a la barra a por algo de beber mientras mi mirada recorría toda la extensión del hall principal que apenas dejaba entrever quién me rodeaba. La luz era demasiado oscura como para distinguir rostros a larga distancia. La gente se apelotonaba, por el suelo había cuerpos desnudos, sumisos siendo arrastrados con una correa y gemidos que ensordecían el ambiente. Hasta que a escasos centímetros de mi posición, la vi.

Era imposible no reconocerla. Incluso con la multitud apelotonada, era capaz de encontrarla.

Danielle estaba preciosa con un largo vestido que se ceñía a su cuerpo de forma que debería estar prohibida porque la convertía en una delicia que quería que solo mi paladar pudiera probar.

Mi corazón dio un vuelvo con solo mirarla, como un completo imbécil. No quería avergonzarme de sentir algo por ella, pero lo hacía por no saber cómo manejarlo.

Caminé varios pasos para acortar distancias hasta que frené al percatarme de que no estaba sola. Un hombre se acercaba a su oído y ella se echaba para atrás en el mismo instante en que este le susurraba algo. Parecía incómoda.

—¿Qué demonios? —exclamé en voz alta.

Algo en mi interior me decía que ahí ocurría algo que se escapaba a mi entendimiento. Me mantuve a distancia y escuché parte de una conversación a la que no encontraba sentido, pero supuse que Danielle conocía demasiado bien a aquel tipo y aunque los celos no entraban dentro de mi vocabulario, la situación y la cara de ella, ponía en alerta mi cuerpo.

¿Quién era él? ¿Por qué Danielle estaba a la defensiva?

Jamás había visto en sus ojos una mezcla de rabia y a la vez temor. No me gustaba que se sintiera así. Y en el momento en que vi como aquel individuo alzaba la mano con intención de golpear, aparté a un hombre que pasaba ante mí en ese instante y me interpuse en la trayectoria del puñetazo.

Si no hubiera reaccionado, no quería ni pensar en qué le habría pasado a Danielle. O mucho peor... ¿Y si hubiera decidido no ir a la fiesta?

Jamás me perdonaría que saliera herida.

En el momento en que quise acercarme cuando el tal Dek desapareció tras intercambiar palabras desagradables con ella y conmigo, Danielle salió corriendo escaleras arriba.

Me quede durante unos segundos sin saber qué hacer, pensativo.

¿Debía dejarla a solas o ir con ella? Quizá solo la molestaría, pero... al ser consciente de su rostro oculto bajo la máscara que aun así mostraba un ápice de dolor en sus facciones cenicientas, no podía quedarme quieto en medio de la orgia que era el salón. Mi atención solo estaba puesta en ella, y no saber qué era lo que le ocurría, conseguía formar una opresión en mi pecho que no me gustaba sentir.

—Amo J, que alegría verte.

—Ahora no, Roger. Tú sigue a lo tuyo —dije al amo que desde el principio había querido fastidiar a Danielle.

Me escapé de él y subí las escaleras con rapidez para dirigirme en la

misma dirección que ella. En el exterior llovía a cántaros. Danielle estaba en medio de la terraza, muy quieta y nada más entrar escuché sus sollozos y fue el sonido más doloroso que jamás había escuchado.

En cuanto se giró vi como sus ojos verdes estaban negros por el maquillaje desperdigado por su rostro y la sombra del dolor hacia que perdiera el brillo que la caracterizaba.

Durante mucho rato no hubo palabras. Decidí qué preguntarle no era lo correcto en esos instantes. Necesitaba consuelo y se lo di después de acompañarla a un sillón humedecido por el agua en el que nos mantuvimos muchos minutos abrazados.

Mi mano acariciaba su espalda por la apertura de su vestido. Recorrí círculos por la zona y me aventuré a dejar besos en sus mejillas y su pelo. Poco a poco dejó de hipar, y cuando al fin se recompuso, alzó la vista para mirarme a los ojos con el agradecimiento grabado en ellos.

—¿Te sientes mejor? —Me dio un breve asentimiento y soltó un suspiro cansado.

El agua continuaba cayendo sobre nuestros cuerpos, pero a ninguno parecía importarnos. El sonido de la música llegaba de forma muy tenue a nuestros oídos y la escasa luz de la terraza apenas me dejaba ver sus facciones. Sin embargo, la conexión que tenía con ella desde el principio conseguía que no necesitara ni siquiera mirarla para saber que su estado de ánimo era pésimo.

—Creo que debo explicarte quién era Dek y por qué estoy así —habló al fin.

—Si no quieres, no tienes por qué hacerlo. No voy a presionarte.

—Lo sé, pero tarde o temprano tengo que decírtelo y creo que ha llegado el momento.

—Danielle, de verdad. No tienes por qué hacerlo. Todos tenemos un pasado y aunque lo que he querido desde el principio es que confíes en mí, no quiero que tengas que pasar el mal trago de recordar algo que no te gusta —insistí.

Me moría de ganas por conocer la verdad. Era probable que fuera una parte de su vida que pocos conocían y que quisiera confiar en mí me ponía nervioso porque no hacía más que acrecentar las dudas que yo mismo tenía sobre lo nuestro.

Quería estar con ella, tenerla a mi lado y que no hubiera secretos entre ambos.

¿Era un iluso?

Probablemente. Pero no podía evitar sentirme ilusionado. Cada vez estaba más seguro de que lo nuestro no era solo sexo. Había sentimientos a los que todavía no era capaz de poner nombre, pero ahí estaban. Para confundirme y crear una especie de debilidad en mi forma de ser que conseguía hacerme perder el control cuando la tenía cerca.

—Confío en ti. Mucho más de lo que crees —admitió.

Su respuesta me sorprendió. Examiné en su mirada algo que me dijera lo contrario, pero era sincera. La Danielle que veía en aquel momento era la misma que aparecía en aquellos momentos de charla, cuando no estaba el sexo de por medio. Era la Danielle real, la mujer sin máscara de dominante, ni de sumisa. Solo éramos ella y yo.

Dos humanos, con sus defectos y sus virtudes, sin muros de por medio.

—Dek fue mi amo —comenzó—. Con veintitrés años entré en el mundo del BDSM, pero no lo hice como debía. Dek, o Derek, como es su nombre real, era mi pareja. Estuvimos juntos un par de años y al principio todo iba bien. Él me introdujo en este mundo y la verdad es que no me obligó a ello. Me gustaba. Adoraba que me sometieran, pero aunque él decía estar versado en los conocimientos de estas prácticas, mintió.

Hizo una pausa y respiró. En ningún momento dejé de mirarla a los ojos.

No me sorprendía que aquel fuera su amo, sin embargo me inquietaba conocer el resto de la historia, pero sabía que no me gustaría.

Algo muy fuerte debió pasarle para que su rol de sumisa cayera en el olvido y quisiera convertirse en la dominante.

—Con él no había normas. Ninguna. Se extralimitaba en las sesiones hasta el punto de ser un completo sádico. Yo creía que era normal, que debía someterme a todo lo que dijera aunque no me gustara ni me pareciera ético. Además, no era su única sumisa y ellas nunca hablaban. Éramos pareja, pero no era fiel. Nunca lo fue y yo era una idiota que creía en los cuentos de príncipes azules y soñaba con que algún día, solo me quisiera a mí —soltó una carcajada irónica y me aventuré a coger su mano al ver que cada vez que hablaba, su voz descendía de volumen.

Estaba nerviosa.

—El tiempo pasaba y él no cambiaba. Conmigo nunca iba a clubs, pero sabía que él sí que acudía a ellos en busca de diversión hasta que un día le prohibieron la entrada. Al parecer una sumisa había denunciado sus prácticas, y la frustración que sintió la acabó pagando conmigo.

—¿Qué te hizo? —No quería interrumpirla, pero conforme avanzaba en su relato, una creciente ira se arremolinaba en mi interior.

De forma inconsciente había apretado los puños y me di cuenta al mirar la mano de Danielle que todavía sostenía y en la que comenzaba a verse mis dedos marcados.

La solté y me disculpé.

—Creía que estábamos en una sesión como otra. Había investigado mucho sobre el BDSM y sabía que Dek no estaba haciendo las cosas bien, pero nunca objeté nada porque intentaba hacer todo lo posible para no recibir uno de sus castigos. Sin embargo, ni siquiera aquello sirvió —continuó—. La última vez que estuve con él, acabé en el hospital —dijo en tono lúgubre y sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas—. Dejé que me golpeará hasta el punto en que me fracturó varias costillas. No me hizo caso cuando le dije que parara. Él solo exigía, pero no daba y no me di cuenta hasta acabar ingresada que aquello no era ni sano ni consensuado. Era un maldito infierno en el que yo misma me había metido sin que nadie me obligara.

—Tú no tuviste la culpa, Danielle. Fue él quien hizo las cosas mal. No puede exigir sin dar, y mucho menos hacer lo que te hizo. A eso se le llama maltrato. —Intenté que mi tono de voz sonara suave, pero la ira se ocultaba en mi tono y Danielle lo notó.

Recogí la lágrima que caía en cascada por su mejilla y la acaricié.

Quería hacerle saber, aunque no lo dijera, que estaba ahí, con ella. Que si se caía la sostendría y sobre todo, quería hacerle saber, que nunca, jamás, sería capaz de hacerle algo así.

Derek era un verdadero hijo de puta. El típico psicópata que decidía entrar en el mundo del BDSM para maltratar con la excusa de ser un dominante.

Y no. Aunque la gente pensara lo contrario y dijera que éramos unos depravados y maltratadores, un dominante, siempre, antepone la seguridad de su sumiso a la suya propia.

Un dominante no existe si su sumiso no está a gusto. Se desvive por él. Los castigos forman parte del placer, y siempre, de forma segura y con unos límites.

En aquel momento comprendí porqué Danielle se marchó enfadada en nuestro primer encuentro. Sí era cierto que en ningún momento me pasé con ella, pero no tuvimos palabra de seguridad, nos saltamos las normas y entendía que aquello podía haberla transportado al pasado.

No obstante, en ningún momento había tenido intención de hacerle daño, solo de hacerla disfrutar. Cosa que conseguí, porque estaba claro que si no hubiera sido así, jamás hubiera vuelto a saber de ella.

—Lo sé, pero me marcó de por vida. Por suerte no dejó cicatrices físicas, pero sí psicológicas que tuvieron que ser tratadas. Por él decidí no dejarme dominar nunca. De ahí nació la Dama de Hierro. Inquebrantable, dura, pero también me prometí no ser nunca como él porque así no es el BDSM. Él es un monstruo.

—Y tú eres una reina —finalicé por ella—. Ese hijo de puta no merece ni una lágrima tuya. Por suerte conseguiste huir.

—Y hoy, gracias a ti, no he recibido un puñetazo por su parte. Eso me ha hecho ver que no ha cambiado. ¿Cómo demonios lo han invitado aquí? —la última pregunta la dijo más para sí misma que para mí.

—No lo sé, pero creo que se ha marchado. Todo el mundo lo miraba.

—Joder. Ahora volveré a ser el centro de atención —chasqueó la lengua y soltó un gruñido—. La Dama de hierro, la antigua sumisa de un maltratador. Tendrán tema para rato.

La miré con tristeza y solté un suspiro.

Tenía razón, habría habladurías, pero para ello tenía una solución.

De repente, tras la charla, todo se había esclarecido en mi cabeza.

Al igual que Danielle había retirado sus miedos para contarme un pasado difícil y con muchos baches, debía de alejar yo los míos y abrir de una maldita vez mi corazón. Dejar a un lado mi propio miedo a dejar que los sentimientos salieran y demostrarlos por primera vez en mi vida, ante alguien, que de verdad, y contra todo pronóstico, me importaba demasiado.

—Tengo algo que decirte —murmuré al fin. El rostro de Danielle ya no estaba tan descompuesto. Parecía haberse quitado un gran peso de encima y su mirada del color de la esmeralda comenzaba a recobrar el brillo que la caracterizaba—. No quiero que seas mi sumisa.

—¿Qué? Sabía que contártelo era una mala idea —se lamentó. La vi con la intención de levantarse, de huir nuevamente de mí pero se lo impedí agarrándola con suavidad de la mano.

—Déjame terminar, por favor. Esto que voy a decir es lo más complicado que he hecho nunca y... ¡joder! No quiero cagarla.

—¿Ya no quieres estar conmigo?

—¡Por supuesto que sí! —exclamé exasperado.

Me removí inquieto en el sitio. Más nervioso que el día en que perdí la

virginidad.

¿Por qué era tan complicado expresar en voz alta lo que se sentía en el corazón?

Callé durante varios segundos hasta que noté como Danielle se impacientaba. Su ceja estaba arqueada y me miraba sin entender una mierda.

Quizá la cagaba al soltar lo que iba a decir, pero debía arriesgarme.

Como decía Chris, tenía que encontrar ya de una vez a alguien que me hiciera asentar la cabeza, y Danielle podía ser esa persona. Sobre todo, porque éramos parecidos y juntos, nos complementábamos.

—Habla ya, Jared. Di lo que tengas que decir. No creo que la noche pueda ir a peor.

—Puede que vaya a peor, pero solo para mí —dije en voz baja, sin embargo me escuchó y su mirada se tornó más inquisitiva.

Estaba ansiosa por escucharme, y yo, como un completo imbécil, no sabía ni por dónde comenzar para decirle que me gustaba y que necesitaba estar con ella de verdad. Sin contratos de por medio y con perspectivas de un futuro que esperaba que fuera juntos.

Sí. Efectivamente me había vuelto por completo gilipollas. Pero un gilipollas capaz de querer pasar su vida junto a una mujer excepcional.



Capítulo 39

Danielle

Ansiaba que Jared hablara. Después de contarle lo que tantos malos tragos me había causado en el pasado, mi estado emocional estaba inestable.

Hacía mucho que no lloraba como lo había hecho contra su hombro, y mucho que no sentía tantos sentimientos de incertidumbre en mi interior. Ver a Dek había sido un varapalo. Desde que me fui de su vida para no volver jamás a tener contacto con él, creí estar segura. Jamás pensé que volvería a verlo y menos en un evento del estilo.

No debía de haber venido. El anfitrión debía conocer su mala praxis, aun así ahí estaba y el puto destino lo había traído justo ante mí para hacerme revivir una vez más el infierno que me hizo pasar.

Y en ese instante ahí estaba, calada hasta los huesos junto al hombre que había evitado que me golpeará, expectante por escuchar lo que me tenía que decir.

Tenía miedo. Mucho.

¿Por qué quería dejar de ser mi amo? No lo entendía. ¿Qué había pasado?

Quizá contarle aquello le daba a entender que buscaba algo como lo que Dek me daba y ni por asomo. Eran dos polos opuestos. Dek se sobrepasaba y solo se centraba en su propio disfrute de forma sádica y egoísta. Jared velaba por mí en todo momento y por ello había accedido a firmar y reencontrarme con mi otra parte. Lo quería a mi lado como fuera. En poco tiempo me había demostrado que tenía honor y era de fiar. Y que alguien consiguiera mi confianza tan rápido no era nada sencillo.

Tenía que admitir que se había hecho un hueco en mi pecho y no había forma de sacarlo. Los sentimientos estaban a la orden y aunque lo intentara, no desaparecerían con facilidad. Su intrusión ya estaba hecha y por alguna razón, quería que continuara allí. Continuar viéndole y disfrutar juntos como fuera.

Sus últimas palabras me habían dejado con el corazón a punto de salirse

de mi pecho. Tenía la sensación de que el tiempo se había parado, Jared ni hablaba y el silencio se había convertido en incómodo.

—Joder, habla ya. Si vas a mandarme a la mierda hazlo rápido. Mi día no puede ir a peor —murmure al fin.

No quería sonar derrotista, pero la impaciencia me volvía así. Ni siquiera me reconocía. No era la de siempre. El muro bajo el que me protegía estaba destruido y la positividad ya no existía en mi vocabulario.

—No te voy a mandar a la mierda, Danielle. Es que... joder, no sé ni por dónde empezar.

—Por el principio. ¿Por qué no quieres que sea tu sumisa?

Decidí preguntar para ver si así se animaba a abrir la boca. La expectación me mantenía en vilo y no aguantaba más la tensión que comenzaba a propagarse por todos los músculos. No hacía frío a pesar del diluvio, pero mi cuerpo estaba helado. Mi alma parecía congelarse poco a poco.

—Porque ya no eres sumisa, eres dominante. Y no quiero que eso condicione nuestra relación. Quiero que seas libre de hacer lo que quieras, cuando quieras.

Su respuesta me dejó todavía más intrigada. Tenía razón en que la dominante estaba en mi interior. Pero también la sumisa. Era una mezcla de ambas y había ocasiones para dar rienda suelta a las dos opciones. Creía que le había quedado claro. En el contrato lo ponía, que según mi estado, sería una cosa u otra, cosa que haría que a Jared se le complicaran las cosas para dominarme.

—Soy ambas cosas, Jared. No condiciona una mierda.

—Créeme, he estado con muchas sumisas y lo que hemos hecho estos días me ha hecho ver algo: necesitas sacar tu lado dominante y si yo te domino, apenas te doy la oportunidad. Eres Switch, pero yo solo soy dominante y nunca llegarás a estar cien por cien satisfecha si no sacas tu otro lado.

—Entonces, ¿se acabó? ¿No quieres que volvamos a vernos?

No quería llorar, pero mi ánimo estaba tan bajo tierra que una lágrima traicionera se escapó de mis ojos. Por suerte la lluvia lo ocultó y disimulé secándome el agua que no dejaba de caer.

—En absoluto. No quiero eso. Quiero...

De repente se quedó en silencio. Su mirada se perdió en un punto incierto de la lejanía y quise darle una bofetada para que hablara de una jodida vez.

—Quiero estar contigo, Danielle.

—Yo también, Jared. Por eso no entiendo qué pretendes. —Me encogí de hombros y bufé cada vez más confusa.

No estaba acostumbrada a aquel tipo de conversaciones. Ni siquiera sabía hasta qué punto quería llegar. Sentía la necesidad de tirarme de los pelos.

—No lo entiendes. Quiero estar contigo, como pareja. No quiero que lo nuestro esté bajo un contrato. Quiero formar parte de tu vida. No solo en el sexo, sino a diario. No quiero someterte, quiero que te reveles, mantener nuestra eterna lucha por la sumisión. Jugar con otras personas y compartir cientos de momentos juntos. Disfrutar, conocernos y comenzar algo especial por primera vez en mi vida —soltó casi sin respirar y yo apenas era capaz de parpadear.

Quería hablar, contestar a aquellas palabras que sabía que le había costado mucho pronunciar, sin embargo mi voz había desaparecido y solo podía quedarme boquiabierto como un imbécil, Jared tenía su mirada fija en mí, el rostro contraído, asustado por sus propias palabras y porque por mi parte no había reacción por el momento.

¿Qué podía decir ante algo así?

Era lo más bonito que alguien me había dicho. Sabía que era sincero, porque sólo las palabras que tanto cuesta expresar en voz alta y que salen de improviso, lo son. Jared no mentía, su mirada era clara, cristalina y sin un ápice de burla. Solo estaba a la espera de que yo le contestara, pero no podía.

—Lo siento. Creo que me he precipitado porque apenas nos conocemos, pero tenía que decirlo —comentó ante mi silencio y vi que agachaba el rostro—. Si quieres te acompaño a casa y ya hablaremos.

—No —lo corté—. No quiero ir a casa.

Alargué la mano y lo obligué a que me mirara.

Él acababa de abrir su corazón de una manera a la que no estaba acostumbrado. Jared no había tenido ninguna relación seria, yo solo una y fue con Dek y la cosa había salido fatal. Pero Jared no era él, en absoluto y esa realidad era la que conseguía que de mi interior naciera una valentía desconocida que me preparaba para abrir mi corazón con los sentimientos que me rondaban por la cabeza desde nuestro primer encuentro.

—No quiero dejar de verte, Jared. Lo cierto es que la primera vez que te vi en la cafetería, llamaste mi atención. Comencé el juego de seducirte, quería llevarte a mi cama como hacía con todos mis sumisos, sin embargo, aquella noche en el Fantasía Oscura, cuando intentaste dominarme, todo cambió —

comencé y cogí aire antes de continuar—. Intenté alejarme de ti, me sentí humillada y por un momento me recordó a lo que viví con Dek.

—Lo siento. No debí haberlo hecho, y mucho menos exhibirte —se disculpó.

—Lo sé, y no me molesta ya, porque me di cuenta que aun así, quería seguir viéndote y me vengué —sonreí con brevedad haciendo que él se contagiara—. No me arrepiento de haber continuado viéndote, ni de firmar el contrato. Ni siquiera me arrepiento de intentar ser tu sumisa. Sin embargo, tienes razón. Mi parte dominante también quiere salir, pero no quiero que esto termine. Jared yo... —hice una pausa. Quizá decir aquellas palabras lo sentenciaría todo, pero luchaban de forma intensa con ganas de salir—. Quiero estar contigo. No sé si a esto se le puede llamar amor, pero también sueño con pasar más tiempo a tu lado y no solo disfrutar del buen sexo. Quiero...

—... una relación —finalizó por mí y asentí.

—¿Es una locura? —pregunté en tono temeroso.

Jared me dedicó su característica sonrisa ladeada y sin esperármelo se lanzó a saborear mis labios con premura. Su lengua entró en contacto con la mía y nos unimos en un fuerte abrazo que lo decía todo sin palabras.

—¿Necesitas que responda?

—Creo que no.

—Te quiero, Danielle. Creo que lo hago desde el primer día en que te vi y supe quien eras. Eres una mujer fuerte, especial, y te aseguro que haré lo posible por hacerte feliz.

No pude resistirme a abrazarlo. Su toque me provocaba una calidez que henchía mi corazón. No sabía que era sentirse plenamente feliz, sin embargo, en aquellos momentos, y después del bajón previo, así me sentía. Tenía ganar de reír, de dejar caer todas mis máscaras para que Jared viera a la verdadera Danielle.

Una mujer con sus debilidades, sus miedos, pero que a la vez aguardaba a que llegara el instante en el que poder dejar salir todos los sentimientos que siempre había querido sentir.

¿Era amor?

Era pronto para decirlo, pero al mirar a Jared a los ojos y encontrar en ellos la misma ilusión que recorría mi cuerpo, supe que a pesar de parecer precipitado, había tomado el camino correcto.

Sonreí sin dejar de mirarlo y volví a besarlo.

—No sé si decir te quiero es lo correcto, pero sé que quiero estar contigo. Tenerte solo para mí.

—Mmm... la Danielle posesiva —gruñó divertido—. ¿Ahora viene el momento en el que me pones normas?

—Te daré un manual de instrucciones —bromeé.

—No creo que seas tan complicada.

—Mientras sigas follándome como un Dios, pasemos ratos normales juntos y continúes sirviéndome esos deliciosos desayunos en la cafetería cuando trabaje, estaré contenta.

—Lo de pasar ratos normales creo que será lo más complicado, porque estoy seguro de que cada vez que te tenga en la cama, o la mazmorra, o en cualquier superficie estable en la que poder empotrarte, seré incapaz de parar durante horas.

—¡Qué cosas tan románticas me dices! —exclamé fingiendo que me ofendía y ambos reímos.

—Ya he agotado todo lo romántico que podía salir de mi boca.

—Imagino. Por un instante creí que ya no querías saber nada de mí —admití. Y la sola idea de haberlo imaginado, rompía algo en mi interior que hubiera costado mucho reconstruir.

—¿Eso creías? —Asentí—. Danielle, no paro de pensar en ti. Me paso el día empalmado cada vez que tu imagen se aparece en mi cabeza. Te has metido dentro de mí y aunque al principio no quería que esto fuera a más, no lo he podido controlar.

—Ni yo. Además, admito que me he masturbado pensando en ti. —Jared soltó una carcajada y lo acompañé.

La conversación comenzaba a ser distendida, incluso ridícula, pero aquello nos hacía más cercanos. Me sentía libre, completa. Y aunque la noche no acompañaba por culpa de la lluvia que cada vez nos dejaba más empapados, no quería que terminara.

—Qué te parece si te cojo en brazos, salimos por la puerta, cogemos un taxi y...

—... nos vamos a celebrar que estamos juntos como si nos pareciera lo más normal del mundo —finalicé por él.

—Me parece una idea realmente maravillosa.

Sin importar que el vestido se subiera hasta el punto de que casi enseñaba mis bragas de encaje, Jared me cogió en volandas entre risas y con un poco de dificultad me llevó escaleras abajo. Llamábamos bastante la atención. De

inmediato el sonido de los gemidos de todos los que continuaban con su fiesta particular llegó a mis oídos y sin que me molestara que nos vieran, lo besé. Su lengua se unió a la mía. Al final tuvo que bajarme porque comenzaba a desequilibrarse. Ninguno llevaba la máscara, todos sabían que la Dama de Hierro y J se estaban besando en público.

—¿No te importa que nos vean juntos? —me preguntó con la duda grabada en su mirada.

Miré a mi alrededor y vi a gente conocida con muecas de sorpresa e incredulidad, cosa que consiguió provocarme una sonrisa.

—En absoluto. Que se enteren, que hablen, que opinen. Nada va a cambiar.

—¿Y tú reputación?

—Sigo siendo una Dómina, y lo que piense el resto me lo paso por donde amargan los pepinos.

—¡Qué romántica! —se burló. Me dio otro beso entre sonrisas y volvió a alzarme para sacarnos de allí. No sin antes, ser interrumpidos por el pesado de siempre; Roger.

—¡Pero qué ven mis ojos! La Dama de Hierro ha sido dominada. Enhorabuena, amo J. Has conseguido lo imposible —aplaudió dándoselas del mejor del mundo.

Su sumisa estaba justo a su lado cabizbaja a la espera de alguna orden. La compadecía mucho. Aquel hombre era lo más insoportable con lo que jamás me había topado. No entendía cómo había encontrado a alguien que se dejara someter por él.

Era un capullo.

—Te equivocas, nadie puede dominarla, pero sí quererla y cuidarla como se merece. Y ahora, si me permites, me marcho para provocar a mi querida Dómina durante toda la noche.

—Mmm... no sabes cuánto me pone oírte decir eso. No te dejaré ganar en esta lucha por la sumisión.

—Eso ya lo veremos.



Epílogo

Danielle

Sus manos jugueteaban en la entrada de mi sexo mientras él nos observaba sentado en la silla situada en el centro de la mazmorra. Su mirada se conectaba con la mía en todo momento y sonreía cada vez que de mi boca salía un gemido cuando Shelbie se sometía a todas y cada una de las órdenes que Jared le daba.

Llevábamos juntos varios meses. Meses en los que habíamos discutido, habíamos luchado por el poder en la cama, pero sobre todo nos habíamos conocido para descubrir que nuestra forma de ser era tan parecida que por eso chocaba.

Había llegado el momento de hablar de amor, porque era eso, un amor profundo, casi caótico, que estaba instalado en mi interior y que disfrutaba en todo momento.

Contra todo pronóstico, me había enamorado de él, y él de mí. Ambos nos complementábamos. Rompimos nuestro contrato en el que yo era su sumisa y decidimos disfrutar del sexo como mejor sabíamos, de forma salvaje, a lo loco. A veces a solas, y otras, como esta, junto a una sumisa que entre ambos llevábamos al cielo del placer y compartíamos orgasmos sin descanso.

Jared se masturbaba mientras miraba como Shelbie lo hacía conmigo. Un dedo se introdujo en mi interior y bajo el mandato de Jared la obligó a que lamiera mi clítoris para comenzar un juego en el que acabaría enloquecida.

La sumisa llevaba en sus pechos las pinzas constrictoras unidas por una cadena que tenía en mis manos y que utilizaba para estimularla de vez en cuando tirando de ella. Sonreí ante su gemido contra mi clítoris y la obligué a que se acercara hasta mis labios. Su lengua entró en contacto con la mía y me aventuré a meterme entre sus pliegues para estimular su clítoris hasta que conseguí arrancar un gemido de su garganta.

—No te corras, esclava —susurré contra sus labios.

Jared se levantó de su lugar, con el cuerpo sudoroso y una erección descomunal que se había encargado de estimular mientras miraba como

nosotras jugábamos. Se unió a la fiesta al acercarse por detrás de Shelbie y su mano rozó la mía para llevar al límite a la sumisa.

Gemía de placer. La mazmorra del Fantasía Oscura se llenaba de su placentero sonido mezclado con mis propios gemidos ante su excelente lamida. Sus dedos continuaban en mi interior. De vez en cuando, por culpa de su propio placer, perdía la coordinación y aun así, consiguió que me corriera con un gran grito y un chorro de mi humedad salió disparado.

—Esclava, ponte esto —ordenó Jared y le tendió el mismo arnés que utilicé yo con él cuando me entrometí en su cavidad anal hacía ya mucho tiempo.

Habíamos repetido aquella experiencia, sin normas ni límites, simplemente para disfrutar de nuestros cuerpos y nuestra lucha eterna que jamás tenía fin.

Shelbie obedeció y se hizo a un lado. Jared me cogió en brazos con sumo cuidado y me colocó en la enorme cama del fondo de la sala. Aquella mazmorra en concreto tenía un espejo en el techo. Como siempre la luz era tenue, pero lo suficientemente intensa como para apreciar los rasgos del hombre que me había robado el corazón. Su mirada mostraba la misma devoción que la mía, un brillo especial que erizaba cada vello de mi piel. Dejó un suave beso en mis labios y acarició mi mejilla con dulzura, para después, sonreír de esa forma ladeada que sabía que era la promesa de que le tocaba coger las riendas.

Y por supuesto, no me lo pondría fácil.

—Ahora, mi querida Dama de Hierro, te prohíbo que te corras mientras la esclava y yo, te follamos por todas partes.

—¿Es una orden? —inquirí con la ceja arqueada.

Adoraba sus retos, su mirada mientras pronunciaba aquellas palabras y las caricias espontáneas que dejaba sobre mi cuerpo excitado al máximo.

—Por supuesto. Y por el bien de tu trasero, obedecerás. Y tanto tú, como nuestra esclava, disfrutaréis hasta que perdáis la cabeza, pero yo seré el único que os daré vía libre para correr. ¿Entendido? —dijo y nos miró a ambas.

—Sí, amo J —contestó Shelbie con gran obediencia. Era una sumisa excepcional con la que ya habíamos estado en más ocasiones. Hacer tríos nos encantaba, y a Jared, el verme sentir placer con otra mujer lo excitaba hasta el punto en que después, su forma de follarme era tan bruta que el disfrute aumentaba de forma exponencial.

—Así se habla, esclava —le dio un suave beso en los labios como

recompensa y la colocó sobre la cama, a mis espaldas preparando el dildo de silicona con una gran cantidad de lubricante.

Luego volvió la vista hacia a mí, a la espera de que contestara a su reto.

—No voy a contestarte, cariño. Si me apetece, me correré.

—¿Estas segura? —Su mano se metió casi al completo en mi húmedo coño y con la otra masajeó mi clítoris con una maestría que me hizo enrojecer del calor que consumía mi cuerpo. Salió tan rápido como había entrado y me dio un azote en la vagina que me hizo gemir.

—Muy segura —contesté con voz entrecortada y recibí otro azote por su parte que me hizo fruncir el ceño.

De vez en cuando adoptaba el rol de sumisa, pero aquella no era la noche. Tocaba el intento de Jared por someterme y el mío de revelarme, el que más me gustaba.

Adoraba cuando no cumplía con sus deseos y azotaba mi trasero hasta el punto en que el orgasmo siempre se quedaba al borde de explotar. Siempre me acariciaba, cuidaba de no hacerme daño y en todo momento estaba atento a mis gestos. Juntos habíamos aprendido todas las formas posibles para disfrutar al máximo, y siempre, de forma segura.

No había podido elegir a un hombre mejor para formar parte de mi vida de forma permanente. Lo nuestro era de ensueño. Era divertido, atento y una bestia en la cama. Y para qué mentir, aquello, en un principio fue lo que me conquistó. Sin embargo, con el paso del tiempo, los ratos juntos y todo lo demás, llegué a la conclusión de que había pocas cosas que no me gustaran de él.

—Eres malvada.

—Lo sé, pero te encanta —lo besé sin dejar de sonreír socarrona y recibí otro azote que hizo que gimiera contra sus labios.

A continuación me agarró de las nalgas y obligó a que abriera mis piernas para colocarlas alrededor de sus caderas. Su erecta polla entró en contacto con mi vagina y sin tener que guiarla hasta mi interior, entró de una fuerte estocada que removiό de nuevo la excitación.

—Siempre tan preparada para mí. —Mordió mi labio antes de bombear de nuevo y pellizcó mis erectos pezones—, Esclava, ponte sobre la Dama y dale bien fuerte. Disfrutad ambas del placer que os permito, pero recordad, nada de correrse.

—Sí, amo J.

—Vete a la mierda, J —respondí yo en tono de burla y pellizcó más

fuerte mis pezones antes de acometer al mismo tiempo que Shelbie introducía el enorme dildo por mi trasero provocando la fantástica mezcla de placer y dolor que tanto adoraba.

Las embestidas no tardaron en sucederse una detrás de otra. Jared estaba atento a todas mis expresiones. Desde el inicio, me contuve en soltar gemidos, algo prácticamente imposible. Me sentía colmada, completamente llena y no ayudaba a que Shelbie no dejara de acariciar mis pechos y Jared con sus manos jugar con mi clítoris. El orgasmo estaba a las puertas, tan cerca, pero a la vez tan lejos.

Jared no iba a dejar que lo hiciera, en cuanto mi rostro se contraía y Shelbie también sollozaba con ganas de llegar al clímax, nos obligaba a parar.

—Muy bien, chicas. Así me gusta.

—¡Joder! No pares ahora —lloriqueé e intenté mover las caderas para sentir su dura polla en mi interior, pero sus manos cogían mis caderas con tanta fuerza que me impedían cualquier movimiento que provocara mi placer.

Él también estaba a punto, lo veía en su rostro sudoroso, en la rojez de sus mejillas y en su respiración errática. A mi espalda, Shelbie había salido de mi trasero y se mantenía en silencio a la espera de una nueva orden, pero al echar un vistazo, vi cómo intentaba apretar sus piernas en busca del placer que el arnés con doble dildo podía darle.

—No, esclava. ¿Quieres un castigo? —Cogí la cadena que todavía continuaba unida en las pinzas y tiré con fuerza suficiente como para hacerla gritar.

—Disculpa, Dama.

A pesar de sentir el vacío de inmediato, saqué la polla de Jared de mi interior y me giré para prestar atención a la sumisa.

—¿Qué deseas, pequeña? —Acaricié su rostro con dulzura y lo alcé para saborear sus labios. Eran suaves y adictivos, pero ni punto de comparación con lo que sentía cada vez que besaba a Jared.

Nuestros besos eran explosivos, adictivos y hablaban por nosotros de todos los sentimientos que nos poseían.

—Placer, Dama, deseo llegar al clímax —sollozó.

—Te entiendo, pequeña. Yo deseo lo mismo, así que, ven.

Me puse justo a su lado y lancé una mirada burlona hasta Jared, que miraba todos mis movimientos embelesado por la seducción que transmitían. Cogí a la sumisa por la cabeza, y juntas, descendimos hasta el erecto miembro de mi amor para comenzar a jugar.

—Cariño, este no era el trato.

—Lo sé, pero las normas están para saltárselas —me burlé y mordisqueé con cuidado uno de sus testículos.

Shelbie se entretuvo con su glande. Mis manos acariciaban los pectorales de Jared y los lamí como tantas veces había hecho. El sabor salado de su sudor encendía todavía más mi cuerpo. Descendí hasta su pubis y mi lengua chocó contra la de Shelbie mientras estimulábamos su glande, nos metíamos su falo en su totalidad en la boca y conseguíamos que gimiera presa de las ganas de liberarse.

Jared nos cogió a ambas del pelo con sumo cuidado de no tirar demasiado, pero lo suficientemente fuerte como para separarnos de su polla.

—Móntame, ahora. Y tú, fóllale el culo bien fuerte, esclava. Las dos podéis correrros cuantas veces queráis, pero os prometo, que yo me resistiré hasta que las piernas no os sostengan —dijo con voz profunda y a la vez amenazante.

—¿Ves cómo no era tan difícil? Así me gusta, cariño, que cumplas todos mis deseos.

—Eres malvada. —Sonreí.

—Lo sé, pero que dos exuberantes mujeres te chupen la polla a la vez, es tu punto débil. Ahora folladme, hacedme gritar hasta que me quede afónica y disfrutemos todos de nuestra sinfonía de gemidos.

—Tus deseos son órdenes, Dama de Hierro.

Me empaló con fuerza y Shelbie volvió a su posición en la parte de atrás. Al instante siguiente, los gemidos eran el único sonido que cualquier ser humano podía percibir. Me sentía plena. Ambos iban a un ritmo pausado, delirante para mis sentidos. Jared gemía, Shalbie y yo también. Estábamos todos en pleno éxtasis y nuestros cuerpos sudorosos copados por completo se mecían al compás. Yo fui la primera en estallar en un intenso orgasmo que me hizo gritar como una posesa mientras Jared continuaba con sus embestidas y estimulaba mi clítoris a la vez. Me lancé a por sus sabrosos labios y hundí mi lengua sin dejar que el orgasmo me abandonara, para al momento siguiente, al oír el gran grito de placer de Shelbie, volver a correrme sin remedio.

Ninguno bajó el ritmo. Jared sonreía cada vez que alguna de las dos llegaba y disfrutaba solo con escucharnos, sin embargo yo sabía que él también estaba a punto. Su autocontrol estaba llegando al límite y a los pocos segundos, con un ronco gemido en el que lo acompañé con mi siguiente

orgasmo, se corrió en mi interior y los tres, nos abrazamos sin apenas movernos de la cama. Completamente agotados.

Shelbie fue la primera en levantarse de la cama después de que tanto Jared como yo, pusiéramos crema en las zonas azotadas y retiráramos al fin las pinzas constrictoras de sus pezones. A los pocos minutos se vistió con sus ropajes de sumisa y abandonó la sala.

Sabía a la perfección, que tras la sesión, a Jared y a mí nos gustaba estar a solas.

—Sabes, una vez pensé que cuando encontrara el amor, no dejaría a nadie más que la tocara, pero hacer esto contigo me excita.

—Si hubieras sido así, esto no hubiera tenido futuro. Yo te quiero a ti, Jared.

—Y yo a ti. —Besó mi nariz de forma cariñosa y sonreí abrazada a su pecho.

Estábamos al fin a solas, acomodados en la cama donde llevábamos horas de sexo loco y divertido.

—Pues entonces, ya está. Me gustan nuestras sesiones a solas, pero cuando dominamos los dos juntos es tan excitante que me correría solo con pensarlo —reí.

—Bueno, pues como lo has pensado, lo mejor será que te corras —su mirada de pillo me indicó que la noche no había acabado todavía. Le devolví la sonrisa con picardía y lo besé.

Sí, nuestra vida estaba rodeada de sexo, pero también de amor. Un amor que muchos criticarían y dirían que era depravado, pero muchas veces lo correcto o convencional no debía ser lo único que estuviera permitido.

Tanto en el amor, como en otras cosas de la vida, ser distinto no implicaba hacer las cosas mal. La diferencia convertía al mundo en algo especial. Y el mío junto a Jared era espectacular.

Fin.



